





COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

TOMOS PUBLICADOS

1.º—*Romancero espiritual* del Maestro Valdivielso, con retrato del autor grabado por Galbán, y un prólogo del Rdo. P. Mir, de la Real Academia Española. (Agotados los ejemplares de 4 pesetas, los hay de lujo de 6 en adelante.)

2.º—Obras de D. Adelardo López de Ayala: tomo I.—*Teatro:* tomo I, con retrato del autor grabado por Maura, y una advertencia de D. Manuel Tamayo y Baus.—Contiene: *Un hombre de Estado.—Los dos Guzmanes.—Guerra á muerte.*—5 pesetas.

3.º—Obras de Andrés Bello: tomo I.—*Poesías*, con retrato del autor grabado por Maura, y un estudio biográfico y crítico de D. Miguel Antonio Caro.—Contiene todos sus versos ya publicados, y algunos inéditos. (Agotada la edición de 4 pesetas, hay ejemplares de lujo de 6 en adelante.)

4.º—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo II.—*Teatro:* tomo II.—Contiene: *El tejado de vidrio.—El Conde de Castralla.*—4 pesetas.

5.º—Obras de D. Marcelino Menéndez y Pelayo: tomo I.—*Odas, epístolas y tragedias*, con retrato del autor grabado por Maura, y un prólogo de D. Juan Valera.—4 pesetas.

6.º—Obras de D. Serafín Estébanez Calderón *(El Solitario)*: tomo I.—*Escenas andaluzas.*—4 pesetas.

7.º—Obras de D. A. L. de Ayala: tomo III.—*Teatro:*

*

tomo III.—Contiene: *Consuelo.—Los Comuneros.*—4 pesetas.

8.º—OBRAS DE D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo I.—*El Solitario y su tiempo:* tomo I.—Biografía de D. Serafín Estébanez Calderón y crítica de sus obras, con retrato del mismo, grabado por Maura.—4 pesetas.

9.º—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo II.—*El Solitario y su tiempo:* tomo II y ultimo.—4 pesetas.

10.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo II.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo I. Segunda edición.—5 pesetas

10 bis.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo III.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo II. Segunda edición.—5 pesetas.

11.—OBRAS DE A. BELLO. tomo II.—*Principios de Derecho internacional,* con notas de D. Carlos Martínez Silva: tomo I.—Estado de paz.—4 pesetas.

12.—OBRAS DE A. BELLO: tomo III.—*Principios de Derecho internacional*, con notas de D. Carlos Martínez Silva: tomo II y último.—Estado de guerra.—4 pesetas.

13.—OBRAS DE D. A. L. DE AYALA: tomo IV.—*Teatro*, tomo IV.—Contiene: *Rioja.—La estrella de Madrid.—La mejor corona.*—4 pesetas.

14.—*Voces del alma*: poesías de D. José Velarde.—4 pesetas.

15.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo IV.—*Estudios de crítica literaria.*—Primera serie, 2.ª edición.—Contiene: La poesía mística.—La Historia como obra artística.—San Isidoro.—Rodrigo Caro.—Martínez de la Rosa.—Núñez de Arce.—4 pesetas.

16.—OBRAS DE D. MANUEL CAÑETE: tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—*Escritores españoles é hispano-americanos.*—Contiene: El Duque de Rivas.—D. José Joaquín de Olmedo.—4 pesetas.

17.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo III.—*Problemas contemporáneos:* tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: El Ateneo en sus relaciones con la cultura española: las transformaciones europeas en 1870: cuestión de Roma bajo su aspecto universal: la guerra franco-prusiana y la supremacía germánica: epílogo.—El pesimismo y el optimismo: concepto é importancia de la teodicea popular: el Estado

en sí mismo y en sus relaciones con los derechos individuales y corporativos: las formas políticas en general. — El problema religioso y sus relaciones con el político: el problema religioso y la economía política: la economía política, el socialismo y el cristianismo: errores modernos sobre el concepto de Humanidad y de Estado: ineficacia de las soluciones para los problemas sociales: el cristianismo y el problema social: el naturalismo y el socialismo científico: la moral indiferente y la moral cristiana: el cristianismo como fundamento del orden social: lo sobrenatural y el ateísmo científico: importancia de los problemas contemporáneos.—La libertad y el progreso.—Los arbitristas.—Otro precursor de Malthus.—La Internacional.—5 pesetas.

18.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo IV.—*Problemas contemporáneos:* tomo II.—Contiene: Estado actual de la investigación filosófica: diferencias entre la nacionalidad y la raza: el concepto de nación en la Historia: el concepto de nación sin distinguirlo del de patria.—Los maestros que más han enriquecido desde la cátedra del Ateneo la cultura española.—La sociología moderna.—Ateneístas ilustres: Moreno Nieto; Revilla.—Los oradores griegos y latinos.—Centenario de Sebastián del Cano.—Congreso geográfico de Madrid.—Ideas sobre el libre cambio.—5 pesetas.

19.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo V.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo III, segunda edición (siglos xvi y xvii).—5 pesetas.

20.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo VI.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo IV, segunda edición (siglos xvi y xvii).—5 pesetas.

21.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo VII.—*Calderón y su teatro.*—Contiene: Calderón y sus críticos El hombre, la época y el arte.—Autos sacramentales.—Dramas religiosos.—Dramas filosóficos.—Dramas trágicos.—Comedias de capa y espada y géneros inferiores. Resumen y síntesis.—4 pesetas.

22.—Obras de D. Vicente de la Fuente: tomo I.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón:* primera serie, con retrato del autor grabado por Maura. Contiene: Sancho el Mayor.—El Ebro por frontera.—Matrimonio de Alfonso el Batallador.—Las Hervencias de

Avila.—Fuero de Molina de Aragón.—Aventuras de Zafadola. Panteones de los Reyes de Aragón.—4 pesetas.

23.—OBRAS DE D. A. L. DE AYALA: tomo V.—*Teatro*: tomo V.—Contiene: *El tanto por ciento.—El agente de matrimonios.*—4 pesetas.

24.—*Estudios gramaticales.*—Introducción á las obras filológicas de D. Andrés Bello, por D. Marco Fidel Suárez, con una advertencia y noticia bibliográfica por don Miguel Antonio Caro.—5 pesetas.

25—*Poesías de D. José Eusebio Caro*, precedidas de recuerdos necrológicos por D. Pedro Fernández de Madrid y D. José Joaquín Ortiz, con notas y apéndices, y retrato del autor grabado por Maura.—4 pesetas.

26.—OBRAS DE D. A. L. DE AYALA: tomo VI.—*Teatro*: tomo VI.—Contiene: *Castigo y perdón* (inédita).—*El nuevo D. Juan.*—4 pesetas.

27.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo VIII.—*Horacio en España.—Solaces bibliográficos*, segunda edicion refundida: tomo I.—Contiene: traductores de Horacio.—Comentadores.—5 pesetas.

28.—OBRAS DE D. M. CAÑETE: tomo II.—*Teatro español del siglo* XVI.—*Estudios histórico-literarios.*—Contiene: Lucas Fernández.—Micael de Carvajal.—Jaime Ferruz.—El Maestro Alonso de Torres.—Francisco de las Cuevas.—4 pesetas.

29.—OBRAS DE D. S. ESTÉBANEZ CALDERÓN (*El Solitario*): tomo II.—*De la conquista y pérdida de Portugal*: tomo I.—4 pesetas.

30.—*Las ruinas de Poblet*, por D. Victor Balaguer, con un prólogo de D. Manuel Cañete.—4 pesetas.

31.—OBRAS DE D. S. ESTÉBANEZ CALDERÓN (*El Solitario*) tomo III.—*De la conquista y pérdida de Portugal*: tomo II y último.—4 pesetas.

32.—OBRAS DE D. A. L. DE AYALA: tomo VII y último.—*Poesías y proyectos de comedias.*—Contiene: Sonetos y poesías varias.—Amores y desventuras.—Proyectos de comedias.—El último deseo.—Yo.—El cautivo.—Teatro vivo.—Consuelo.—El teatro de Calderón.—4 pesetas.

33.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo IX.—*Horacio en España.—Solaces bibliográficos*, segunda edición refundida, tomo II y último.—Contiene: La poe-

sía horaciana en Castilla.—La poesía Horaciana en Portugal. - 5 pesetas.

34.—Obras de D. V. de la Fuente: tomo II.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón:* segunda serie.—Contiene: Las primeras Cortes.—Los fueros primitivos.—Origen del Justicia Mayor.—Los señoríos en Aragón.—El régimen popular y el aristocrático. Preludios de la Unión.—La libertad de testar.—Epílogo de este período.—4 pesetas.

35.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo I.—Contiene: Nacimiento de Jesús.—Jesús con la calavera.—Estoria de tiempo de Jesús.—Racontamiento de la doncella Carcayona.—Job.—Los santones.—Salomón.—Moisés.—4 pesetas.

36.—*Cancionero de Gómez Manrique*, publicado por primera vez, con introducción y notas, por D. Antonio Paz y Mélia, tomo I.—4 pesetas.

37.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducido directamente del alemán por D. Euardo de Mier: tomo I, con retrato del autor grabado por Maura. —Contiene: Biografía del autor.—Origen del drama de la Europa moderna, y origen y vicisitudes del drama español hasta revestir sus caracteres y forma definitiva en tiempo de Lope de Vega.—5 pesetas.

38.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo X.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo V (siglo XVIII).—4 pesetas

39.—*Cancionero de Gómez Manrique*, publicado por primera vez, con introducción y notas por D. A. Paz y Melia: tomo II y último.—4 pesetas.

40.—Obras de D. Juan Valera: tomo I.—*Canciones, romances y poemas*, con prólogo de D. A. Alcalá Galiano, notas de D. M. Menéndez y Pelayo y retrato del autor grabado por Maura.—5 pesetas.

41.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XI.—*Historia de las ideas estéticas en España*: tomo VI (siglo XVIII).—5 pesetas.

42.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo II.—Contiene: Leyenda de Mahoma.—De Temim Addar.—Del Rey Tebin.—De una profetisa y un profeta.—Batalla del rey Almohalhal.

El alárabe y la doncella.—Batalla de Alexyab contra Mahoma.—El milagro de la Luna.—Ascension de Mahoma.—Leyenda de Guara Alhochorati. —De Mahoma y Alharits.—Muerte de Mahoma.—4 pesetas.

43.—*Poesias de D. Antonio Ros de Olano*, con un prólogo de D. Pedro A. de Alarcón.—Contiene: Sonetos.—La pajarera.—Doloridas.—Por pelar la pava.—La gallomaquia.—Lenguaje de las estaciones.—Galatea.—4 pesetas.

44.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte de los *Varones ilustres de Indias)*, por Juan de Castellanos, publicada por primera vez con un prólogo por D. A. Paz y Melia: tomo I.—5 pesetas.

45.—*Poemas dramáticos de Lord Byron,* traducidos en verso castellano por D. José Alcalá Galiano, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.—Contiene: Caín.—Sardanápalo.—Manfredo.—4 pesetas.

46.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España,* por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo II.—Contiene: la continuación del tomo anterior hasta la edad de oro del teatro español.—5 pesetas.

47.—Obras de D. V. de la Fuente: tomo III.—*Estudios críticos sobre la Historia y Derecho de Aragón:* tercera y última serie.—Contiene: Formación de la liga aristocrática.—Vísperas sicilianas.—Revoluciones desastrosas.—Reaparición de la Unión.—Las libertades de Aragón en tiempo de D. Pedro IV.—Los reyes enfermizos. Influencia de los Cerdanes.—Compromiso de Caspe.—La dinastía castellana.—Falseamiento de la Historia y el Derecho de Aragón en el siglo xv.—D. Fernando el Católico.—Sepulcros reales.—Serie de los Justicias de Aragón.—Conclusión.—5 pesetas.

48.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo III y último.—Contiene: La conversión de Omar.—La batalla de Yermuk.—El hijo de Omar y la judía.—El alcázar del oro.—Alí y las cuarenta doncellas.—Batallas de Alexyab y de Jozaim. Muerte de Belal.—Maravillas que Dios mostró á Abraham en el mar.—Los dos amigos devotos.—El Antecristo y el día del juicio.—4 pesetas.

49.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte de los *Varones ilustres de Indias)*, por Juan de Caste-

llanos, publicada por primera vez con un prólogo por D. Antonio Paz y Melia: tomo II y último, que termina con un índice de los nombres de personas citadas en esta cuarta parte y en las tres primeras publicadas en la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra.—5 pesetas.

50.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo II. — *Cuentos, diálogos y fantasías.*—Contiene: El pájaro verde.—Parsondes.—El bermejino prehistórico.—Asclepigenia.—Gopa.—Un poco de crematística.—La cordobesa.—La primavera.—La venganza de Atahualpa. —Dafnis y Cloe.—5 pesetas.

51.—*Historia de la literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo III.—Contiene: la continuación de la materia anterior.—5 pesetas.

52.—OBRAS de D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XII. —*La ciencia española*, tercera edición refundida y aumentada: tomo I, con un prólogo de D. Gumersindo Laverde y Ruiz.—Contiene: Indicaciones sobre la actividad intelectual de España en los tres últimos siglos.—De re bibliographica.—Mr. Masson redivivo.—Monografías expositivo-críticas. — Mr. Masson redimuerto. — Apéndices.—4 pesetas.

53.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo V.—*Poesías.*—Contiene: Amores. — Quejas y desengaños. — Rimas varias.—Cantos lúgubres.—4 pesetas.

54.—OBRAS DE D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH: tomo I.—*Poesías*, con la biografía del autor, juicio crítico de sus obras por D. Aureliano Fernández-Guerra y retrato grabado por Maura: primera edición completa de las obras poéticas.—5 pesetas.

55.—*Discursos y artículos literarios* de D. Alejandro Pidal y Mon.—Un tomo con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: La Metafísica contra el naturalismo.—Fr. Luis de Granada.—José Selgas.—Epopeyas portuguesas. — Glorias asturianas. — Coronación de León XIII. — El P. Zeferino.—Menéndez y Pelayo.—Campoamor.—Pérez Hernández.— Frassinelli.—Epístolas.—Una madre cristiana.—Una visión anticipada.—El campo en Asturias.—5 pesetas.

56.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo VI.—*Artes y letras.*—Contiene: De los asuntos respectivos

de las artes.—Del origen y vicisitudes del genuino teatro español.—Apéndice.—La libertad en las artes.—Apéndice.—Un poeta desconocido y anónimo.—5 pesetas.

57.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XIII.—*La ciencia española:* tercera edición corregida y aumentada: tomo II.—Contiene: Dos artículos de D. Alejandro Pidal sobre las cartas anteriores.—In dubiis libertas.—La ciencia española bajo la Inquisición.—Cartas.—La Antoniana Margarita.—La patria de Raimundo Sabunde.—Instaurare omnia in Christo.—Apéndice. 5 pesetas.

58.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo IV.—Contiene: Fin de la materia anterior.—Edad de oro del teatro español.—5 pesetas.

59.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo V y último.—Contiene: Fin de la materia anterior.—Decadencia del teatro español en el siglo XVIII.—Irrupción y predominio del gusto francés.—Ultimos esfuerzos.—Apéndices.—5 pesetas.

60.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo III.—*Nuevos estudios críticos.*—Contiene: Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas.—El *Fausto* de Gœthe.—Shakespeare.—Psicología del amor.—Las escritoras en España y elogio de Santa Teresa. —Poetas líricos españoles del siglo XVIII.—De lo castizo de nuestra cultura en el siglo XVIII y en el presente.—De la moral y de la ortodoxia en los versos.—5 pesetas.

61.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XIV.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo VII (siglo XIX).—5 pesetas.

62.—OBRAS DE D. SEVERO CATALINA: tomo I.—*La Mujer*, con un prólogo de D. Ramón de Campoamor: octava edición.—4 pesetas.

63.—OBRAS DE D. J. E. HARTZENBUSCH: tomo II.—*Fábulas:* primera edición completa.—5 pesetas.

64.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XV.—*La ciencia española:* tomo III y último.—Contiene: Réplica al Padre Fonseca.—Inventario de la ciencia española:

Sagrada Escritura: Teología: Mística; Filosofía: Ciencias morales y políticas: Jurisprudencia: Filología: Estética: Ciencias históricas: Matemáticas: Ciencias militares: Ciencias físicas: 5 pesetas.

65.—Obras de D. J. Valera: tomo IV.—*Novelas:* tomo I, con un prólogo de D. Antonio Cánovas del Castillo.—Contiene: *Pepita Jiménez.—El Comendador Mendoza.* 5 pesetas.

66.—Obras de D. J. Valera: tomo V.—*Novelas:* tomo II.—Contiene: *Doña Luz.—Pasarse de listo.*—5 pesetas.

67.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo VII.—*Estudios del reinado de Felipe IV:* tomo I.—Contiene: Revolución de Portugal: Textos y reflexión.—Negociación y rompimiento con la República inglesa.—5 pesetas.

68.—Obras de D. J. E. Hartzenbusch: tomo III.—*Teatro:* tomo I.—Contiene: *Los amantes de Teruel.—Doña Mencía.—La Redoma encantada.*—5 pesetas.

69. Obras sueltas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, coleccionadas é ilustradas por el conde de la Viñaza: tomo I.—Contiene las de Lupercio: Prólogo.—Poesías líricas.—Epístolas y poesías varias.—Obras dramáticas.—Opúsculos y discursos literarios.—Cartas eruditas y familiares.—Apéndices.—5 pesetas.

70.—*Rebelión de Pizarro en el Perú y Vida de D. Pedro Gasca*, por Calvete de Estrella, y un prólogo de D. A. Paz y Melia: tomo I.—5 pesetas.

71.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo VIII.—*Estudios del reinado de Felipe IV:* tomo II.—Contiene: Antecedentes y relación crítica de la batalla de Rocroy. Apéndice luminoso con 27 documentos de interés.—5 pesetas.

72.—Obras de D. Serafín Estébanez Calderón: (*El Solitario*): tomo IV.—*Poesías.*—4 pesetas.

73.—*Poesías* de D. Enrique R. Saavedra, Duque de Rivas. con un prólogo de D. Manuel Cañete y retrato del autor, grabado por Maura: tomo único.—Contiene: Impresiones y fantasías.—Recuerdos.—Hojas de álbum.—Romances.—La hija de Alimenón.—Juramentos de amor. 4 pesetas.

74.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XVI.—*Historia de las ideas estéticas en España*, tomo VIII (siglo xix).—4 pesetas.

75.—Obras sueltas de Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola, coleccionadas é ilustradas por el conde de la Viñaza: tomo II.—Contiene las de Bartolomé Leonardo: Poesías líricas.—Sátiras.—Poesías varias.—Diálogos satíricos.—Opúsculos varios.—Cartas eruditas.—y familiares.—Apéndices.—5 pesetas.

76.—*Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de D. Pedro Gasca*, por Calvete de Estrella: tomo II.—5 pesetas.

77.—Obras de J. E. Hartzenbusch: tomo IV.—*Teatro:* tomo II.—Contiene: *La visionaria.—Los polvos de la madre Celestina.—Alfonso el Casto.—Primero yo.*—5 ptas.

78.—Obras de D. J. Valera: tomo VI.—*Novelas:* tomo III. Contiene: *Las ilusiones del Doctor Faustino.*—5 pesetas.

79.—Pidal (Marqués de).—*Estudios históricos y literarios:* tomo I.—Con retrato del autor, grabado por Maura.—Contiene: la lengua castellana en los códigos.—La poesía y la historia.—Poema, crónica y romancero del Cid.—Un poema inédito.—Vida del rey Apolonio y de Santa María Egipciaca.—La poesía castellana de los siglos xiv y xv.—4 pesetas.

80.—*Sales españolas ó Agudezas del ingenio nacional*, recogidas por D. A. Paz y Melia.—Primera serie.—Contiene: Libro de Cetrería y profecía de Evangelista.—Carta burlesca de Godoy.—Privilegio de D. Juan II en favor de un hidalgo.—Carta del bachiller de Arcadia al capitán Salazar, y respuesta de éste.—Sermón de Aljubarrota.—Carta de D. Diego Hurtado de Mendoza á Feliciano de Silva.—Proverbios de D. Apóstol de Castilla. Carta del Monstruo satírico.—Libro de chistes de Luis de Pinedo.—Memorial de un pleito.—Carta hallada en el correo sin saber quién la enviaba.—Carta de un portugués.—Carta burlesca de Fr. Guillén de Peraza.—Descendencia de los Modorros.—Carta de Diego de Amburcea á Esteban de Ibarra.—Carta del Conde de Lemos á Bartolomé L. de Argensola. — Carta de Ustarroz al maestro Gil González Dávila.—Epitafios y dichos portugueses.—Carta de un quidam al Castellano de Milán. Carta ridícula de Diego Monfor.—Mundi novi y diálogo.—Carta sobre el destierro del Duque de Escalona.—Cartas del Arcediano de Cuenca al cura de Pareja. Nota de las cosas particulares del anticuario D. Juan Flores.—5 pesetas.

81.—Obras de D. A. Cánovas del Castillo: tomo IX.—*Problemas contemporáneos*: tomo III.—Contiene: Ejercicio de la soberanía en las democracias modernas.—Las revoluciones de la edad moderna.—Clasificación de los sistemas democráticos.—La democracia pura en Suiza.—La democracia del régimen mixto en los cantones suizos.—La soberanía ejercida en Suiza por la Confederación.—El régimen municipal.—La democracia de los Estados Unidos.—El conflicto de la soberania en los Estados Unidos y en Suiza.—Principios teóricos de la democracia francesa.—Conclusiones.—El juicio por jurados y el partido liberal conservador.—La economía política y la democracia economista en España.—La producción de cereales en España y los actuales derechos arancelarios.—Necesidad de proteger á la par que la de cereales, la producción española en general.—De cómo he venido yo á ser doctrinalmente proteccionista. La cuestión obrera y su nuevo carácter.—De los resultados de la conferencia de Berlín y del estado oficial de la cuestión obrera.—Ultimas consideraciones.—5 pesetas.

82.—Obras literarias de D. Manuel Silvela.—5 pesetas.

83.—Pidal (Marqués de).—*Estudios históricos y literarios:* tomo II.—Contiene: Vida del trovador Juan Rodríguez del Padrón.—D. Alonso de Cartagena.—El Centón epistolario.—Juan de Valdés y el *Diálogo de la lengua.* Fr. Pedro Malón de Chaide.—¿Tomé de Burguillos y Lope de Vega son una misma persona?—Observaciones sobre la poesía dramática.—Viajes por Galicia en 1836.—Recuerdos de un viaje á Toledo en 1842.—Descubrimientos en América.—Poesías.—4 pesetas.

84.—Obras de D. Juan Valera: tomo VII.—*Disertaciones y Juicios literarios.*—Contiene: Sobre el *Quijote.*—La libertad en el arte.—Sobre la ciencia del lenguaje.—Del influjo de la Inquisición en la decadencia de la literatura española.—La originalidad y el plagio.—Vida de Lord Byron.—De la perversión moral de la España de nuestros días.—De la filosofía española.—Poesía lírica.—Estudios sobre la Edad Media.—Obras de D. Antonio Aparici y Guijarro.—Sobre el Amadís de Gaula.—Las Cantigas del Rey Sabio.—5 pesetas.

85.—*Cancionero de la Rosa*, por D. Juan Pérez de Guzmán: tomo I.—Contiene: Manojo de la poesía castella-

na, formado con las mejores producciones líricas consagradas á la reina de las flores durante los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX, por los poetas de los dos mundos.—Tomo I, 5 pesetas.

86.—Obras de Andrés Bello: tomo IV: *Opúsculos gramaticales:* tomo I.—Contiene: Ortología.—Arte métrica.—Apéndices.—4 pesetas.

87.—Duque de Berwick.—*Relación de la conquista de los reinos de Nápoles y Sicilia. — Viaje á Rusia:* Prólogo de D. A. Paz y Melia.—5 pesetas.

88.—Fernández-Duro (D. Cesáreo).—Estudios históricos.—*Derrota de los Gelves.—Antonio Pérez en Inglaterra y Francia:* un tomo.—5 pesetas.

89.—Obras de Andrés Bello: tomo V.—*Opúsculos gramaticales:* tomo II.—Contiene: Análisis ideológica.—Compendio de gramática castellana.—Opúsculos.—4 pesetas.

90.—*Rimas de D. Vicente W. Querol:* un tomo, 4 pesetas.

91.—*Cancionero de la Rosa*, por D. Juan Pérez de Guzmán: tomo II.—Contiene: *Manojo de la poesía castellana,* formado con las mejores producciones líricas consagradas á la reina de las flores durante el siglo XIX por los poetas de los dos mundos.—Tomo II, 5 pesetas.

92.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XVII.—*Historia de las ideas estéticas en España:* tomo IX (siglo XIX).—5 pesetas.

93.—Obras de D. J. E. Hartzenbusch: tomo V.—*Teatro* —Tomo III. Contiene: *El Bachiller Mendarias.—Honoria.—Derechos póstumos.*—5 pesetas.

94.—*Relaciones de los sucesos de la Monarquía española desde 1654 á 1658*, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta, con algunas de sus obras poéticas y dramáticas y la biografía del autor, por D. A. Paz y Melia: tomo I.—5 pesetas.

95.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: tomo XVIII.—*Ensayo de crítica filosófica.* Contiene: De las vicisitudes de la Filosofía platónica en España.—De los orígenes del criticismo y del escepticismo, y especialmente de los precursores españoles de Kant.—Algunas consideraciones sobre Francisco de Vitoria y los orígenes del derecho de gentes: tomo, 4 pesetas.

6.—*Relaciones de los sucesos de la Monarquía española*

desde 1654 á 1658, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta: tomo II.—5 pesetas.

97.—*Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*, por el marqués de Valmar: tomo I. — 5 pesetas.

98.—Obras de Fernán Caballero: tomo I. Contiene: Fernán Caballero y la novela contemporánea.—*La familia de Alvareda.*—5 pesetas.

99—*Relaciones de los sucesos de la Monarquía española desde 1654 á 1658*, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta: tomo III.—5 pesetas.

100.—*Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*, por el marqués de Valmar: tomo II.—5 ptas.

101.—Obras de D. Serafín Estébanez Calderón *(El Solitario)*: tomo V. — *Novelas, Cuentos y Artículos.*—4 pesetas.

102.—*Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*, por el marqués de Valmar: tomo III y último.—5 pesetas.

103.—*Relaciones de los sucesos de la Monarquía española desde 1654 á 1658*, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta: tomo IV y último.—5 pesetas.

104.—*Memorias de D. José García de León y Pizarro:* tomo I (de 1770 á 1814).—5 pesetas.

105.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo I.—*poesías.*—5 pesetas.

106.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: *Estudios de crítica literaria.*—Segunda serie.—4 pesetas.

107.—Obras de Fernán Caballero: tomo II.—*La Gaviota.* 5 pesetas.

108.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo II.—*Poesías.*—5 pesetas.

109.—*Memorias de D. José García de León y Pizarro:* tomo II.—5 pesetas.

110.—*Ocios poéticos*, por D. Ignacio Montes de Oca: un tomo, 4 pesetas.

111.—Obras de Fernán Caballero: tomo III.—*Clemencia.* 5 pesetas.

112.—*Memorias de D. José García de León y Pizarro:* tomo III.—5 pesetas.

113.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo III.—*El moro expósito.*—5 pesetas.

114.—Obras de Fernán Caballero: tomo IV.—*Lágrimas.* 5 pesetas

115.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo. IV—*Romances históricos.*.—5 pesetas.

116.—*Estudios de historia y de crítica literaria*, por el Marqués de Valmar.—4 pesetas.

117.—Obras Completas del Duque de Rivas: tomo V.—*Tragedias yLeyendas.*—5 pesetas.

118.—Obras de D. M. Menéndez y Pelayo: *Estudios de crítica literaria.*—Tercera serie.—4 pesetas.

119.—*Oraciones fúnebres*, por D. Ignacio Montes de Oca; un tomo, 4 pesetas.

120.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo VI.—*Dramas y Comedias.*—5 pesetas.

121.—*Sales españolas ó Agudezas del ingenio nacional*, recogidas por D. A. Paz y Mélia.—Segunda serie.—Contiene: Diálogo de Villalobos.—Cuentos de Garibay.—Carta de las setenta y dos necedades.—Cuentos recogidos por D. Juan de Arguijo.—Cartas inéditas de Eugenio de Salazar.—Carta del licenciado Claros de la Plaza, al maestro Lisarte de la Llana.—Màscara en el convento de Trinitarias de Madrid.—Memorial al Presidente de Castilla.—Descripción del Escorial.—Poesía macarrónica á Baldo.—Poema macarrónico de Merlin á la entrada del Almirante en Cádiz.—Pepinada: Poesía macarrónica de Sánchez Barbero.—5 pesetas.

122.—Obras de Fernán Caballero: tomo V.—Contiene: *Elia ó la España treinta años há.*—*Con mal ó con bien á los tuyos te ten.*—*El último consuelo.*—5 pesetas.

123.—Obras de Andrés Bello: tomo VI.—*Gramática dela lengua castellana:* tomo I.—5 pesetas.

124.—Obras completas del Duque de Rivas: tomo VII.—*Dramas y Comedias.*—5 pesetas.

125.—Obras de Fernán Caballero: tomo VI.—Contiene: *Una en otra.*—*Un verano en Bornos:*—*Lady Virginia.*—5 pesetas.

126.—Crónica de Enrique IV, escrita en latín por Alonso de Palencia: *(Décadas de sucesos desu tiempo).* Traducción castellana por D. A. Paz y Melia.—Tomo I.—5 pesetas.

127.—Crónica de Enrique IV, escrita en latín por A. de Palencia.—Tomo II.—5 pesetas.

129.—Obras de Andrés Bello: tomo VII.—*Gramática de la lengua castellana*, tomo II.—5 pesetas.

131.—Obras de Fernán Caballero: tomo VII.—Contiene: *La Estrella de Vandalia.—¡Pobre Dolores!—Un Servilón y un Liberalito, ó Tres almas de Dios.*—5 pesetas.

Ejemplares de tiradas especiales de 6 á 250 pesetas.

EN PREPARACIÓN

Obras del Duque de Rivas, tomo VIII.
Corrección de vicios, tomo I.
Crónica de Enrique IV, tomo III.

COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

NOVELISTAS


EX-LIBRIS.

OBRAS COMPLETAS

DE

FERNAN CABALLERO

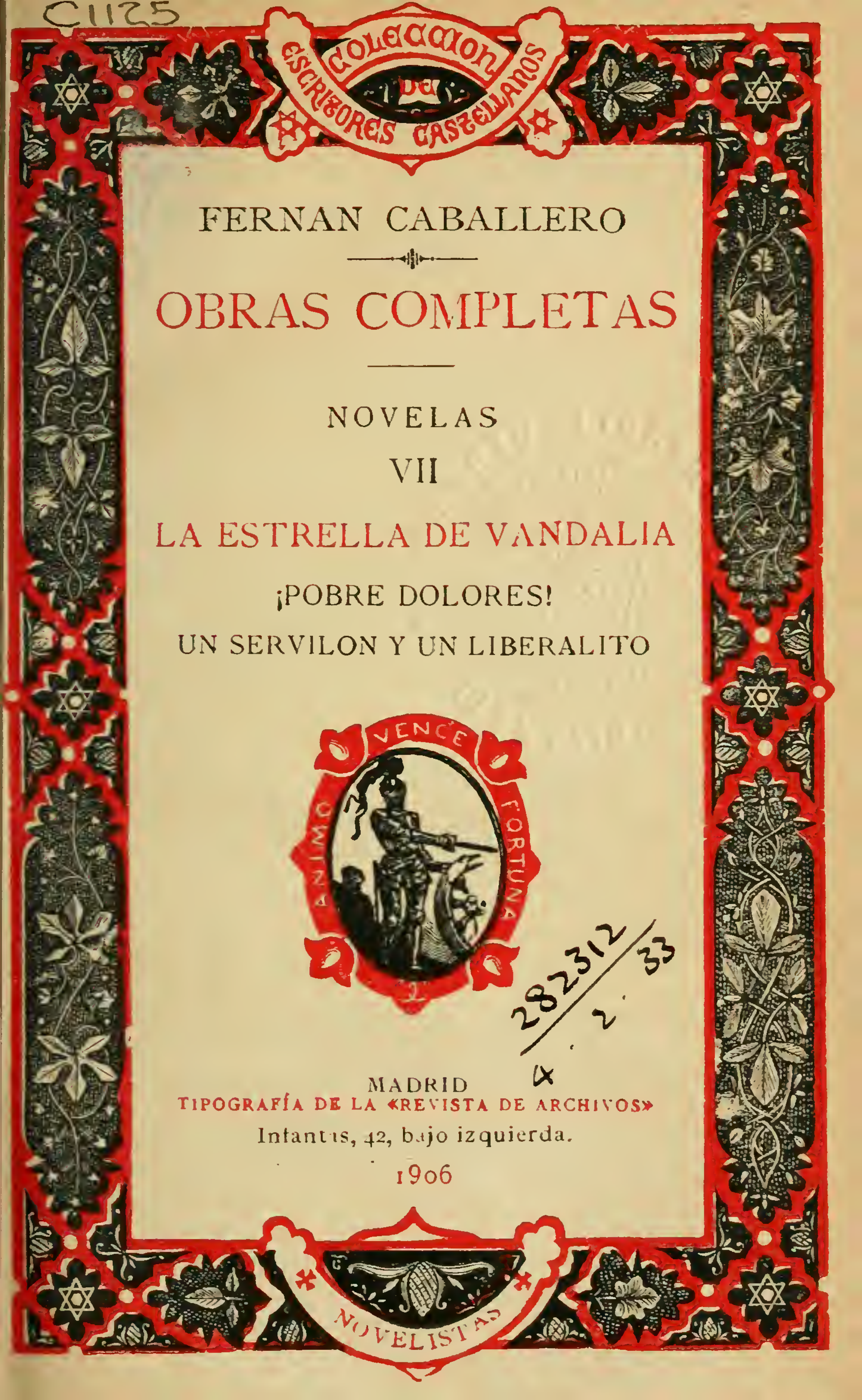
LA ESTRELLA DE VANDALIA

¡POBRE DOLORES!

UN SERVILON Y UN LIBERALITO

TIRADAS ESPECIALES

50 ejemplares	en papel de hilo, del...........	1 al 50
10	»	en papel China, del............	I al X



FERNAN CABALLERO

OBRAS COMPLETAS

NOVELAS

VII

LA ESTRELLA DE VANDALIA

¡POBRE DOLORES!

UN SERVILON Y UN LIBERALITO

MADRID
TIPOGRAFÍA DE LA «REVISTA DE ARCHIVOS»
Infantas, 42, bajo izquierda.
1906





PRÓLOGO

Al comenzar estas pobres líneas, miserable fachada que pego con vergüenza á dos tan graciosos monumentos, y al escribir de novelas, según creo, por primera vez, después de tanto como he escrito en este mundo, juzgo que mis lectores no llevarán á mal el que principie confesándome con ellos sobre esta materia, á fin de que conozcan desde luego mis aficiones, mis hábitos, casi iba á decir mis doctrinas, algo de lo que siento y lo que pienso acerca de una lectura tan generalizada en nuestro siglo y en nuestro país.

Declaro, en primer lugar, que soy enteramente de éstos—de mi país y de mi siglo—en el particular de que estamos hablando; declaro que la buena novela me enamora, me cautiva, me arrastra; que pocas distracciones tienen para mí un encanto igual; que embebido en saborearlas y aun en devorar-

las, he pasado y paso todavía horas y horas, discurriendo con sus autores, viviendo con sus héroes, tomando una activa parte en la ficticia, escogida existencia que son su atmósfera y su terreno.—Si este es un defecto por ventura; si todas las personas graves y formales que me oyeren lo estiman una aberración de juicio ó una puerilidad de carácter, inclinaré la frente y me someteré al rigor de la sentencia común. Pero si hay algunos que conciban semejante ocupación como un decente y provechoso solaz en medio de las pesadas tareas del foro y de las acerbas realidades de la vida pública; si los hay para quienes esa afición á lo distinguido, á lo romancesco, á lo ideal, pueda elevar el ánimo, perfeccionar el gusto, inspirar amor á lo bueno y á lo bello, contribuir, en una palabra, al ennoblecimiento de nuestro espíritu y á la mejora de nuestro ser, permítaseme entonces que me confirme y aferre en mi costumbre, y que, ya que no haga gala de una impenitencia procaz, diga sencillamente, pero sin rubor, que tengo pasión por las novelas, como la tienen algunos por las flores ó por la música, como la tienen otros, y yo también con ellos, por las estatuas y por los cuadros.

Claro, sin embargo, está—y apenas era necesario decirlo—que no todas las novelas, ni aun todos los géneros de novela, han de ser ni pueden ser igualmente aceptables para mí. Desde luego, hasta me parece excusado el descartar para condenarlas las que pertenecen á los géneros sucio y tonto; las que se apartan de los ojos con disgusto; las que se caen de las manos por falta de interés, por falta de talento, por falta de estilo. En obras que se dirigen al corazón y á la mente, condenado está por sí mismo lo que ni ilumina la mente ni tiene que ver con el corazón. En obras que pertenecen al arte, condenado está lo que no tiene condiciones artísticas. Todo el mundo conoce que lo impudente no puede causar sino asco; que lo necio y lo estúpido sólo han de producir fastidio y sueño.

De otra cosa, pues, queríamos hablar cuando hemos dicho que hay novelas, ó géneros de novelas, que nunca nos agradaron. Y como estamos en acto de confesión, lo declararemos también tan sincera como ingenuamente.

Me repugnan ante todo, y me han repugnado desde niño, las que podría llamar novelas anatómicas; aquellas en que, no sé si con verdad ó sin verdad, se analizan, se des-

componen, se reducen á polvo los sentimientos humanos, cual si fuesen nervios ó tegumentos, pretendiendo llevar el escalpelo hasta sus principios más recónditos y elementales, y colocando en una especie de microscopio sus partículas, para que nos den por consecuencia monstruos que no se conocen en el mundo, doctrinas que no son las doctrinas de la sociedad. Tales novelas no necesito de seguro nombrarlas: todos las conocemos; todos hemos tropezado con ellas alguna vez; todos las hemos oído celebrar y recomendar como el límite del ingenio, como la corona de la filosofía y del arte. Pero en cuanto á mí, vuelvo á repetir lo que llevo dicho: siempre me han sido antipáticas tales obras, como me lo es una lección de patología, ó como me lo son esas estatuas de cera que nos demuestran al desnudo las cavidades de las vísceras humanas. Puede cautivar, y cautiva ciertamente mi ánimo, la observación delicada y exacta de nuestros sentimientos; mas esa que pasa á descomposición total, á análisis quirúrgica, ni la sigo con deleite, ni la sufro siquiera con resignación. Suponiendo que semejantes análisis sean verdaderas, paréceme que no es á la literatura, sino á la medicina, á quien corresponden; si

á más de ello fuesen voluntariamente mentirosas, creo que no se las deberá colocar sino en la región de los más repugnantes delirios.

Otras novelas á las que tampoco me he acostumbrado jamás, son las que sirven de cuadro á predicaciones socialistas. Y no por que el socialismo, en mi juicio, carezca de importancia y no deba mirarse con cuidado y con respeto. Derivación, aunque sea bastarda, del espíritu cristiano; engendro doloroso de males incuestionables que no basta cerrar los ojos para no sentir, es algo más que uno de esos accidentes políticos que duran el espacio de pocos días y que sólo dejan en pos un nombre que se olvida luego, y un pequeño vacío que bien pronto y de cualquier modo se llena. El socialismo es y vale mucho más. Ni concebimos un hombre de bien que no tenga el germen de su crítica en el fondo del corazón, ni vislumbramos otro medio de combatir y de enfrenar el desbordamiento de sus ideas, tan destructor y tan terrible, sino el de la sublimación de los principios pura y santamente cristianos, la justicia, la libertad y la caridad, que resuelven todas las cuestiones humanas hasta el punto que nos es dado resolverlas en esta vida de tránsito, de imperfección y de sufrimiento.

Mas aun considerando al socialismo como una cosa grave y seria, hemos tenido la desgracia de encontrar siempre á sus novelistas á la par peligrosos y pueriles; falsos en los caracteres y declamadores en los sentimientos; afectando algo que no nos ha parecido sincero ni real; copiosos en palabras *humanitarias*, pero que mal disfrazan sólo, y que no pueden encubrir su espíritu de rencor á lo que es digno y respetable. Yo no sé si procede esto de la propia naturaleza de tal doctrina, exageración, caricatura de la doctrina evangélica, y dada, por consiguiente, á caricaturas y exageraciones; si se deriva de la situación hostil en que se halla respecto á las antiguas sociedades, y que la impele á esos extremos de hostilidad y odio; si nace, por último, del carácter personalmente agresivo de sus más renombrados escritores que se derrama de su pluma en una emanación tan necesaria como natural. Pero, sea lo que fuere de la causa, el hecho es cierto, es evidente, si no se iluden mis sentidos y mi razón; y las novelas socialistas, que no son en su fondo obras ni de entretenimiento ni de arte, sino meras máquinas de demolición social, libros de pura y ardiente controversia, se me presentan tan desnudas de lo que debía for-

mar su atractivo, de lo que debía envolver entre sus halagos la enseñanza, que no puedo menos de repelerlas con duro desdén, repitiendo el *incredulus odi* del eterno legislador en materias de gusto.

Aparte de las novelas *tontas*, de las novelas *anatómicas* y de las novelas *socialistas*, todos los demás géneros son buenos y aceptos para mí; como que recrean la mente, como que embelesan el ánimo de una manera delicada y apacible. El género descriptivo, el dramático, el histórico; la pintura de caracteres, la narración de sucesos extraños, las combinaciones de imaginación ó de enredo; todo ello es verdaderamente humano, y todo suministra un vivo interés á las más nobles facultades de nuestro espíritu. Cuando Chateaubriand nos presenta en *Renato* el vago refinamiento de unas nebulosas pasiones que son triste consecuencia de la vejez de nuestra sociedad, y cuando Bernardino de Saint-Pierre lo hace en *Pablo y Virginia* de la candidez de otras que llevan el sello de inocencia propio de las situaciones patriarcales, mi entendimiento y mi corazón los siguen á uno y otro terreno, los acompañan por una y otra vía, y llegan á un placer igual, ora derramando lágrimas de ternura, ora

desgarrándose en simpáticos afectos por un dolor que nos penetra hasta el fondo de las entrañas. Si por acaso aparto de allí los ojos y los llevo adonde Walter Scott nos retrata con admirable lucidez las verdaderas costumbres de la Edad Media; Lesage las del décimoséptimo siglo; Cooper los hábitos de los indios y de los *plantadores* americanos; Bulwer las finas maneras del mundo aristocrático de nuestros días; adonde Manzoni nos ofrece sus admirables *Desposados;* adonde Alejandro Dumas, con una incansable facundia, con un talento escénico que tiene pocos parecidos y con una desenvoltura de imaginación que aturde tanto como embelesa, nos da en sus *Mosqueteros* un libro real de Caballería, como es posible en el siglo décimonono, el contentamiento y la satisfacción quizá no son menores, y el doloroso placer de las lágrimas se ve reemplazado por otros, á veces de tan delicada ley, y siempre igualmente racionales, de análoga dulzura, de semejante y no menos vivo interés.

Y no he querido citar, de propósito, entre esos distinguidos nombres que resumen los diversos géneros de la buena novela actual, otro nombre más claro todavía, y que, consagrado por la unánime aprobación de gene-

raciones y generaciones, se levanta y descuella entre todos

quantum lenta solent inter viburna cupressi.

Tal es, sin duda, el del autor del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha;* la primer novela que se ha escrito en el mundo; á la que ni en fuerza de observación, ni en verdad de caracteres, ni en profundidad de pensamientos, ni en gala de estilo y de colores, ni en lo exacto ni en lo ideal, llega ni se acerca ninguna otra de cuantas ha concebido el ingenio humano; siempre fresca y lozana, á pesar de sus dos siglos y medio; siempre leída con el mismo placer y admirada con el propio entusiasmo que en los primeros días; única en el orbe que, después de haber llenado plenamente un especial designio, y cuando parecía que no tuviese ya objeto ni razón, sigue deleitando á toda clase de personas, á la par que desesperando á cuantos cultivan estas flores del espíritu y se afanan por encontrar algo que la imite, ya que no la iguale. De propósito no queríamos hablar de ella, por lo mismo que un profesor ordinario de arquitectura no hablará á sus oyentes de la Gran Pirámide de Egipto ó de San Pedro del Vaticano: que

hay monumentos, y también hay libros, ante los cuales bajamos la frente los hombres del común, como que son nuestro asombro todavía más que nuestro orgullo: que hay nombres que no se pueden pronunciar en medio de otros nombres, porque es necesario al pronunciarlos descubrir la cabeza, inclinar los ojos y colocarse en una respetuosa actitud, como delante de reyes de la inteligencia, enviados por Dios de tiempo en tiempo para abrirla nuevos horizontes y para conducirla por nuevos caminos.

Dejemos, pues, en su incomparable gloria á Miguel de Cervantes Saavedra, blasón de España y eterno modelo de cuantos se propongan enlazar la realidad á la ficción; limitémonos á algo más compatible con nuestra pequeñez, y fijémonos en luces que puedan soportar nuestros ojos sin deslumbrarse y cegar con su brillo. También son altos y dignos los segundos puestos, cuando es tan ingente el que posee una primacía no compartida por ningún otro.

No sé si, continuando ahora en mis declaraciones, deberé también confesar que, incitado por esta idea, y más aún por mi afición al género, hubo una época en que deseé cultivarle, y pensé muy seriamente en alguna

obra que concebía como de agrado y de interés. Padece, sin duda, en ello mi pobre amor propio; pero reconozco y declaro con toda humildad que no supe llevar á cabo semejante intención, y que me sentí inhábil para una empresa que verdaderamente me halagaba. Ora fuese porque carezca en realidad de la clase de talento que es necesario para tales invenciones y narraciones, ora porque, fija mi idea en ejemplos muy nobles, quisiese llegar hasta ellos de la primera vez y no me resignara á lo que me parecía harto lejano de la perfección, es lo cierto que se negó mi pluma á extender y desenvolver lo que confusamente apercibiera mi espíritu, y que después de varios ensayos inútiles conocí que no había nacido para novelista, y me resigné á carecer de esa gloria, y sobre todo de esa satisfacción que me habría sido mucho más importante.

Lo que resultó de ese conato frustrado, de esa triste percepción de mi inhabilidad, fué que desde entonces estimé en más todavía el título de buen autor de novelas, y admiré más lo que no me encontraba con fuerzas para poner por obra. Esta es, indudablemente, una ley de condición humana. Lo que hacemos, lo que nos sentimos aptos para hacer, nos parece siempre obvio, fácil, de menor

mérito; lo que escapa ó excede á nuestra aptitud, eso es para nosotros lo difícil, lo meritorio, lo grande. Yo he escrito de política, de legislación, de artes, de historia; yo he compuesto poesías y dramas; yo he explicado en la cátedra, informado en el tribunal, disertado en la Academia, improvisado y discutido en el Parlamento; todo eso me parece sencillo. ¿Sabéis lo que encuentro grave, lo que me causa admiración, casi iba á decir envidia? Escribir buenas novelas, porque no he sido capaz de hacerlo; y predicar buenos sermones, porque no concibo que se predique sino de memoria; y yo, ni supe jamás la lección cuando era estudiante, ni he podido aprender en mi vida la suma de veinte palabras.

Llegado á este punto de mi confesión, y habiéndome hecho conocer, según creo, de los que me leyeren, en mis relaciones generales con la novela y los novelistas, razón es que nos dirijamos ya á FERNÁN CABALLERO y á las suyas, y que complete desde ese punto de vista especial lo que puedo decir en esta fastidiosa adherencia que, con el nombre de prólogo, autoriza una mala costumbre.

Hace muchos años que conocía á FERNÁN CABALLERO, aunque no le conociese con este

nombre. Era yo un oscuro estudiante de la Universidad de Sevilla, ocupado en revolver el *Digesto* y la *Novísima Recopilación* cuando él—que entonces no era *el*—brillaba entre lo más distinguido de aquella sociedad por las gracias de su persona, realzadas con lo claro y lo apacible de su talento. Yo no le trataba, y aun juzgo no haberle saludado por aquel tiempo ni una vez siquiera. Le admiraba, como todos los que le veían, porque Dios ha querido que se admire en todas las esferas lo bello y lo simpático; pero ni yo ni nadie, ni él mismo quizá, presumía á la sazón que debiésemos alguna vez admirarle de la manera y por los motivos que lo hacemos ahora.

Abandoné de allí á poco á Sevilla, vine á Madrid, corrieron años y años, y al cabo de ellos apareció FERNÁN CABALLERO en el mundo de las letras, y su novela de la GAVIOTA vino á anunciar á España que poseía un notable escritor, capaz de ponerse en línea con los que honran á cualesquiera otros países. La aprobación, el entusiasmo fueron unánimes: siguiólos, como era preciso, la curiosidad, aguijoneada por un evidente pseudónimo; y roto bien luego éste—que nunca duran mucho semejantes velos, y menos aún en la época de publicidad que

alcanzamos—, hube de recordar con singular complacencia aquella grata aparición de mi juventud que ostentaba un alma más hermosa todavía en los puros, interesantes, amables conceptos de su ingenio.

No me incumbe á mí estimarlos ni avalorarlos todos y con detención en este breve trabajo. Vengo después de jueces muy competentes que lo han efectuado de algunos con plena justicia, y no es, por otra parte, lo que me he propuesto el hacer un prólogo universal para las presentes obras. Cumpliría, pues, diciendo algo sobre La Estrella de Vandalia y ¡Pobre Dolores! que van á encontrar sus lectores en este tomo; que saborearán de seguro con el mismo placer que han experimentado en los precedentes, y que les harán desear otros nuevos, igualmente ricos en emociones tiernas y cristianas. Aun ese algo me parecería demasiado si temiese que pudiera servir para dilatar el conocimiento de las propias novelas, y no creyese, como creo, que la inmensa mayoría del público ve siempre—y con mucha razón—los prólogos después que tiene vistas y se ha empapado en las obras.

¿Cómo es posible, sin embargo, escribir sobre cualquiera especial de un autor, par-

ticularmente cuando se le aprecia, cuando se tiene por él una justa simpatía, cuando se le sigue en todo su camino con *amore*, y no decir nada sobre sus dotes generales, sobre su manera, su sistema, sus perfecciones, su mérito? La tentación es demasiado fuerte para resistirla; el deber demasiado claro para desatenderle, y como lo que podrá haber en ello es imprudencia á lo más, pero no pecado, ha de permitírseme el consignar aquí en una docena de frases lo que, si se puede ya presumir por la mera lectura de estas dos pequeñas obras, se ve plenamente justificado por la de los tomos que las preceden, y que tienen de seguro á la vista los que nos honran con su atención en este momento.

Principiaré exponiendo lo que hiere más la mía en las novelas de nuestro autor, lo que me parece su rasgo supremo y característico: tal es la grande, la completa espontaneidad que bajo todos aspectos le distingue. Nada hay en él, á mi juicio, que sea efecto de imitación; nada procede y nace de la profesión literaria; todo es natural, todo es original, todo es absolutamente propio. Sus personajes, sus combinaciones, sus descripciones, su manera misma, emanan evidente-

mente, ya de su instinto creador, ya de una observación fiel y esmerada de personas y de cosas vivas y reales. Yo no sé si Fernán Caballero había leído ó no había leído muchas novelas antes de escribir las suyas; pero sé, pero siento, pero veo que ninguna novela anterior inspira ni se refleja en las que él escribe; que ni caracteres, ni situaciones, ni cuadros, nada es tomado, nada es copiado por él de otras; que sus modelos son del natural, del más puro y sencillo natural, y que al trasladarlos al papel dándoles esta nueva existencia, no se ha preocupado tampoco de la forma en que lo han hecho ó podido hacer los demás escritores, y sólo ha cuidado de que correspondan á los dos principios que deben guiar á todo el que trabaja en verdaderas obras de arte: la exactitud, la verdad en el fondo del retrato, la idealidad en la expresión de la propia figura retratada.

Ignoro lo que pensarán otros; pero confieso que esta circunstancia que acabo de exponer es para mí de gran valor y de una estimación suma y decisiva. Estoy cansado, aburrido, de leer imitaciones y más imitaciones de los buenos novelistas—y aun de los que no son buenos en mi concepto—, he-

chas por quienes, no alcanzándoles en mérito ó habilidad, deslíen sus propósitos, amenguan sus bellezas y parodian tristemente sus obras. Veinticinco años hace era el género de Walter Scott el que diariamente se nos daba con nombres españoles; después ha sido el de Eugenio Süe; hoy es el de Alejandro Dumas, aunque sin su imaginación, sin su talento dramático y sin su gracia narrativa. Se les ha visto célebres, se les ha juzgado interesantes y se les ha imitado por ello, creyendo obtener celebridad y ganar interés, sin comprender los imitadores que existía un maestro superior á todos esos maestros: la Naturaleza; ó sin tener ojos para ver ni corazones para sentir lo que ésta nos ofrece de primitivamente bello, de digno sobre toda comparación de ser observado y retratado. Copiando é idealizando, pues, con lentes que eran de otras vistas, sus copias han resultado falsas, y pueriles y absurdas sus idealizaciones. Pueden agradar por naturales los maestros; pero de seguro no agradan por amanerados los discípulos.

Véase, pues, cómo aprecio tanto en Fernán Caballero esa originalidad, esa espontaneidad, esa franqueza, que por primera dote le reconozco. Véase por qué la estimo y

la señalo sobre todas las demás del artista y del escritor. Véase por qué comprendo que se cifra en ella su más brillante corona. Escapar al peligro de la imitación y de la *escuela* en este tiempo; copiar *d'après nature*, cuando copian tantos de las que ya son copias, y por cierto no muy fieles; desechar esas malas tradiciones; romper esos tristes prestigios; tener valor para empaparse en la pura, en la franca, en la *verdadera* verdad, y para presentarla sin rodeos como sin afeite: he aquí lo que ya indica por sí solo un espíritu sano, un entendimiento recto, un juicio merecedor de toda alabanza. Y si añadimos á eso que, no sólo ha observado por sí, sino que ha observado bien; que ha escogido con talento; que ha pintado con fuerza; que ha sentido con ternura; que ha pensado con corazón, ¿qué otra cosa más hemos de pedirle para ofrecerle en cambio de todo nuestra sincera simpatía y nuestros fervorosos aplausos? ¿Qué otra cosa más se pidió ni se ha de pedir, por ventura, al novelista, desde que el ingenio humano halló la novela, y en tanto que acaricie y conmueva esa obra del arte con sus delicadas ficciones la inteligencia y el corazón de la humanidad?

No es esto decir que una crítica descontentadiza dejaría de hallar en las obras de Fernán Caballero leves lunares sobre que poner su fría y descarnada mano. ¿Cuál es, por ventura, el autor que deja de ser hombre, y que no cae como tal en algún humano defecto? Pero ¿qué importa que peque alguna vez contra la exactitud histórica, como cuando atribuye á los *Romanos* el *sic lucet in* Vandalia; ó que también peque otras contra el Diccionario de la Academia usando tal cual palabra que no sea de la mejor ley para los doctores de nuestro idioma castellano? ¿Por ventura hace profesión de cronista ni se propone escribir unos anales de nuestra nación? ¿Por ventura puede escapar él al contagio que más ó menos nos ha alcanzado á todos, ó se han de libertar su dicción ni su lenguaje de lo que trae consigo la desaforada volubilidad de nuestro tiempo? Si en lo general son fáciles, claros, castizos; si describen con admirable exactitud; si expresan los afectos con patética sencillez; si son á veces sublimes por esa simplicidad misma, ¿qué importa un descuido, qué importa un lunar ó una leve mancha, en esa corriente de naturales y ordinarias perfecciones? Fernán Caballero no tiene, de se-

guro, presunciones académicas, y, eso no obstante, no sé yo si hay en la Academia muchos escritores que pudiesen, no ya concebir, ordenar, pensar, sino contar siquiera una novela del modo que él la cuenta, ni con la gracia con que él la escribe. En cuanto á mí propio, ya dejo dicho que no puedo, que no sé.

Quizás hay en él — porque queremos ser completamente sinceros —, quizás hay en él un defecto mayor que los indicados; mayor, por lo menos, desde el punto de vista del arte y con relación al propio fin que le mueve y le anima en sus propósitos. Tal es el de suspender ó abandonar á veces el papel de narrador para convertirse en el de maestro de moral; el de no contentarse con que la enseñanza de ésta se derive naturalmente de los hechos referidos, y que la saque ó deduzca de ellos el lector; avanzando, por el contrario, á presentársela, á dársela, y no sólo en alguna exclamación ó reflexión corta y breve, sino en razonamientos, en explicaciones, en tono de predicador, ó más bien de controversista.

Yo bien alcanzo que cuando Fernán Caballero toma ese camino, su doctrina es buena, puro su intento, motivada por lo co-

mún su obra; pero, aun así y todo, creo que ganarían artísticamente sus libros en que no se dejara ir por esa pendiente que le arrastra, y que de seguro no perderían nada en el propio objeto moral, pues que las consecuencias que él no sacase las sacaríamos todos á nuestra vez, y sin duda con mayor gusto, y sin duda también con mayor provecho.

Permítaseme explicar de todo punto esta idea, acerca de la cual no quiero que quede incertidumbre. De seguro es el complemento de todas las obras de imaginación el que se aspire al disfrutarlas una enseñanza cristiana y sólida; de seguro es el más noble designio de todo novelista el que sus ficciones, á la par que agradables, sean útiles, sean engendradoras de bien. Mala y vergonzosa corona es la del escritor que ve lanzado su libro del hogar de una honesta familia; triste celebridad la del que despierta pensamientos impuros en el corazón de los jóvenes, ó tiñe de rubor la mejilla de las doncellas. Pero no es, á nuestro juicio, la predicación directa la que produce lo uno ni la que impide lo otro. La gran prueba de ser bueno, enteramente bueno, un libro de esta clase no está en las máximas que ostenta y declama, sino en los

sentimientos que inspira y produce. Esa gran prueba sólo resulta de que, leyéndose con avidez luego que se ha tomado en las manos, deja el ánimo al concluirle en una disposición mejor, más moral, más á propósito para la virtud que cuando se le comenzara. Toda vez que se reúne lo uno y lo otro, no hay que pedir más á las obras del novelista: son interesantes, que es su naturaleza; son morales, que es su ley. Temed que no se tornen, exagerando esta última, en tratados expresos de moral; temed que no pierdan de ese modo su sabor y su atractivo, y que no llegue á nacer de ahí lo contrario de lo mismo que se anhela. No olvidéis nunca la octava del Tasso, suprema norma en este particular de razón y de buen gusto:

Sai che là corre il mondo ove più versi
Di sue dolcezze il lusinghier Parnaso;
. . . .
Succhi amari ingannato intanto ei beve,
E dall' inganno suo vita riceve.

Basta ya, me parece, de juzgar á Fernán Caballero en este aspecto general que me propuse. Gran narrador, gran pintor, gran observador de caracteres, escritor original y espontáneo, al que si puede señalarse alguna leve mancha es nacida de su espontaneidad

propia, uniendo á todo ello el delicado perfume que los hombres, *hombres*, no saben dar á sus obras, ocupa en el día un lugar muy merecido y muy alto, no sólo entre los novelistas españoles, sino aun entre todos los novelistas europeos. No siguiendo las huellas de nadie, dejándose llevar por esa inspiración libre que ha sido una inspiración buena, ha recorrido un camino de aciertos y de triunfos entre el doble aplauso de las personas de letras y de las personas de corazón. Unas y otras han derramado lágrimas sobre estos libros, sin poder abandonar su lectura, mientras que la madre de familia honrada y diligente los ha entregado y los entrega con toda confianza á los tiernos seres que Dios puso bajo su custodia. Así, la prueba de que hablábamos antes está realizada, está vencida; y las obras de FERNÁN CABALLERO, ganando en ella ventaja á otras muchas obras de inmensa celebridad, ocupan á un tiempo los estantes de las bibliotecas, los dorados veladores de los salones y las pobres camillas de pino, en cuyo alrededor se consumen las largas horas de la noche en el humilde interior doméstico.

Cuando sucede de esta suerte, todo lo que hubiera de decir un prólogo, ya que no sea

ridículo, es, por lo menos, excusado. No diré yo, por consiguiente, más; y si algunos extrañasen que no consagre en especial siquiera unas pocas líneas á las dos preciosas novelas de este tomo, sírvame de excusa, primero, que lo que he dicho en general de todas se aplica á ellas con tanta exactitud como á las restantes; y en segundo lugar, y sobre todo, que no puedo persuadirme hayan tenido el mal gusto de perder media hora en estas reflexiones, vagas, estériles, desnudas de agrado y de interés, y no hayan leído previamente esos lindos, esos tiernos, esos acabados cuadros que ha apellidado tan poéticamente su autor LA ESTRELLA DE VANDALIA y ¡POBRE DOLORES!

Madrid, 30 de Junio de 1857.

J. F. PACHECO.



A LA SEÑORA

DOÑA DOLORES TAMARIZ

Mi querida amiga:

Ha poco que leía en una obra del distinguido autor contemporáneo francés Paul de Molène el siguiente trozo que tan magnífica y justamente califica la ridícula tendencia de la literatura moderna que ha resuelto amalgamar los vicios con el cristianismo, é incluir en un mismo anatema la pura y rígida virtud, á la cual llama intolerancia, y toda autoridad, que llama despotismo. Advertiremos que Mr. Molène pertenece á la escuela liberal sensata.

Dice así:

«Lo falso siempre me ha herido, y las necedades sacrílegas que oía en aquella casa me causaban á veces verdaderos accesos de indignación. Allí se oía hablar de un Cristo amigo de las rameras, protector de revoluciones, austero por un capricho místico; pero complaciente con todos los vicios, tierno con toda torpeza, en fin, jefe de una

tribu gitana. Cornelia pretendía ser la Magdalena; sólo que reemplazaba por una orgullosa melancolía la humilde tristeza del arrepentimiento cristiano; pertenecía á la escuela de la disolución declamatoria; pensaba concienzudamente que las escenas y francachelas á que había asistido y los amantes que sucesivamente había tenido y dejado marcaban su frente con el *sello del ángel caído.*»

Nosotros, los ortodoxos por la gracia de Dios; nosotros, los no contaminados de los modernos sofismas y falsos giros religiosos, si bien tenemos que renunciar en nuestras novelas á los efectos dramáticos y romancescos de dicha escuela libre y declamatoria y ceñirnos á la sencilla fe del carbonero, esperamos hallar en su puro círculo pinturas y sentimientos que merezcan la aprobación y adquieran las simpatías de las personas que son altamente cultas, sin dejar por eso de ser rígidas en punto á moral y religión.

Esta esperanza me ha animado á tomarme la libertad de dedicar á usted esta obrita, que por título lleva el dictado y armas de Carmona, esto es, LA ESTRELLA DE VANDALIA.

Si he trasladado al pueblo de usted el teatro de la presente RELACIÓN, ha sido arrastrado por la fuerza y por el encanto de los recuerdos que conservo de ese lindo pueblo. Es entre esos recuerdos el más lisonjero y el más grato á mi corazón la amistad con que me honró una persona que, por su clase, por su mérito, por su delicada benevolencia y exquisita finura, ocupa en Car-

mona, como ocuparía en todas partes, un lugar tan distinguido y preferente.

Este recuerdo me impulsa á ofrecer á usted en estas hojas otro, hijo del primero, que resplandecerá siempre en mi mente, como resplandece en nuestro suelo La Estrella de Vandalia.

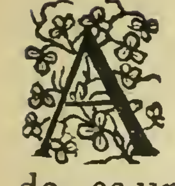
Fernán Caballero.



LA ESTRELLA DE VANDALIA

CAPÍTULO PRIMERO (1)

> Todo hombre que tiene una pluma en la mano debe, ante todo, tener algo que decir; es preciso, sobre todo, que sea sincero y crea en su obra.
>
> CHAMPFLEURI.



A seis leguas de Sevilla, andadas por el hermoso y bien denominado camino real que, aunque ya arruinado, es una de las grandes obras de Carlos III, se encuentra la antigua ciudad de Carmona.

---

(1) El hecho que vamos á relatar es cierto y positivo. Si nos hemos decidido á publicarlo es porque la familia del protagonista está extinguida. Hemos además tenido la precaución de trasladar la escena á otro pueblo, de variar la época de los sucesos, de poner otros nombres y apellidos á las personas. Volvemos á recordar á los que buscan en nuestras composiciones la novela, que no lo son, sino que son cuadros de costumbres, y que la intriga es sólo el marco del cuadro.

Hállase labrada la ciudad primitiva sobre una alta roca, como un *bienteveo* que algún Rey de la Andalucía baja hubiese erigido para abarcar con la vista sus dominios. Viniendo por el camino de Sevilla, se eleva el terreno paulatinamente y casi sin sentir, hasta atravesar un gran arrabal ó ciudad nueva y llegar á la grandiosa puerta moruna que forma un largo y estrecho callejón, entrecortado por una especie de patio ó plazoleta. Esta entrada es ya pendiente, prolongándose la cuesta más ó menos suavemente por las calles, hasta el pinacho de aquella inmensa roca, desde donde desciende el terreno abruptamente, y principia la magnífica vega que cubren campos de trigo, que en primavera forman un mar sin límites, verde como la esperanza, y en el estío un mar dorado como la abundancia. A la derecha concluye este inmenso paisaje en la sierra de Ronda, y á la izquierda en Sierra-Morena, á cuyos pies caminan hacia el mar las aguas de sus arroyos que, reunidas, toman el nombre de Guadalquivir.

Lo magnífico y sorprendente de esta vista tendría en otros países una fama y renombre universales, y habría sido descrita mil veces, tanto en novelas como en poesías. Pero en España es poco común el gusto y la pasión por las bellezas campestres, las que suelen

admirar sin que en este sentimiento tomen parte ni el corazón ni el entusiasmo. Una vista, por bella que sea, se suele apreciar, digámoslo así, clásica y no románticamente.

La bajada en la de que hablamos es casi perpendicular, y no la puede arrostrar la carretera, que rastrea penosamente el primer tercio, y ciñe después á la peña como un cinturón, salvando su mayor altura; después de lo cual vuelve á emprender su ascensión hasta llegar al alegre y activo arrabal, en que se hallan casas nuevas y bonitas, los paradores, los mesones, el correo, en fin, cuanto pertenece á la vida de movimiento; dejando tranquila, gracias á su altura, á la aristocrática y antigua ciudad, con sus casas solariegas, sus iglesias y conventos, sus grandiosas ruinas moriscas y los trozos que aún conserva de los muros que la ceñían cuando tenía fuerza y mando. Todo en la ciudad es antiguo, bello y digno. Sólo en su parte más alta, á la derecha, esto es, hacia el Levante, ha labrado la era moderna un feísimo telégrafo, que lleva la matrona como sello de actualidad en su frente, en la que parece una berruga. No es culpa nuestra si los telégrafos son feos; si son caricaturas de torres; si hacen *muecas*, como decía un amigo nuestro; si, simbolizando la velocidad, son unas moles pesadas y sin gracia; si, significando

la publicidad y las comunicaciones, son *frondíos* y mudos oráculos que despiertan la curiosidad sin satisfacerla, envueltos como lo están para los profanos en silencio y misterio; ni que al pasar por ellos la acción y la vida queden ellos inertes y muertos, como si protestasen contra ambas, ni, por último, que careciendo de belleza en su forma y de poesía en su objeto, sean grotescas esfinges que solemnizan la cotización de la Bolsa.

No concebimos el moderno afán por vestirlo todo con la misma librea y por querer borrar en los países y en los pueblos la nacionalidad que les es peculiar. De todas las tiranías, la de la uniformidad es la que más se resiste á la independencia popular. Arrancar á países, pueblos y personas su ser, su carácter, su individualidad, es la más cruel, la más necia y la más antipoética arbitrariedad. Uniformar á los pueblos como á los presidiarios, diciéndoles: «No seréis lo que habéis sido; no seréis lo que os llevan á ser vuestro suelo, vuestro cielo, vuestro carácter é inspiración espontánea; formaos sobre este modelo único y uniforme en el universo; todos sois carneros de una misma manada, menos nosotros, que somos los pastores y zagales, llevando á guisa de cayado la pluma»; esto está muy bueno para los que se erigen en pastores; pero para los que se

quiere convertir en uniformes carneros no tiene ningún género de seducción y de simpatía.

En España, más que en otro país alguno, tienen las provincias diversas y marcadas fisonomías; así como las tienen distintas entre sí los pueblos de una misma provincia. Todo aquel que haya permanecido en ellos y los haya observado con cuidado y con *amore* podrá haber notado lo que dejamos dicho. Pero ¿qué autor se rebaja á observar y describir material y moralmente un pueblo de campo para pintar después sus costumbres y detallar su localidad? Verdad es que si á esto uniesen datos históricos y las tradiciones y leyendas que les son peculiares, harían obras originales, simpáticas y provechosas, dando á conocer y poetizando nuestro hermoso país, que tanto se presta á esto último. Pero hoy día, según dice monsieur Etienne, lo que agrada es *poetizar el mal.*

Los rasgos peculiares á Carmona son, en lo material, un aseo excesivo, tan general y erigido en costumbre, que no lo ostentan, ni lo pregonan, ni aun lo notan. El famoso aseo de Holanda podrá ser más ostensible; pero ni es tan genuino ni tan general. Cada casa, cada calle se presenta tan pulcra, que inspira el verlas un inexplicable bienestar; y lo

mismo las habitaciones de los pobres que las de los ricos. En las casas humildes vese en los patios rivalizar la cal de Morón y las flores, como para probar que el aseo y el primor, sin ser dispendiosos, pueden prestar á la vida bienestar, encanto y elegancia natural. En lo moral, el rasgo que distingue á la generalidad de los carmonenses es la religiosidad y, por consiguiente, la caridad. Y hemos presenciado allí tales rasgos de ambas sublimes virtudes (que en sí resumen todo el Decálogo: A DIOS SOBRE TODO, AL PRÓJIMO COMO Á TI MISMO), que hemos exclamado con entusiasmo que bien merece Carmona la denominación que le dieron los romanos y le otorgaron por armas, que es una estrella con este mote: «SICUT LUCIFER LUCET IN AURORA, SIC IN VANDALIA CARMONA.» (Como brilla la estrella de la mañana en la aurora, brilla en Vandalia Carmona.) (1)

Como prueba de esta religiosidad y de esta caridad muestra la cantidad y hermosura de sus iglesias y conventos, así como la de sus instituciones de beneficencia, que queremos consignar, para ponerlas al frente de las raquíticas obras de la filantropía.

---

(1) Véase lo que sobre esto se dice en el *Prólogo*, página 27.

Hubo en otros tiempos en Carmona escuelas de primeras letras y dos cátedras de gramática al cargo de los jesuítas, y cátedra de filosofía en el convento de Santo Domingo; todo de balde. Muchas fundaciones de dotes para pobres; una dotación para estudiar en Salamanca, que fundó el Arcediano D. Luis Puerto; tres dotes anuales para pago del Colegio mayor de Sevilla, que fundó el Sr. Sarmiento. La Marquesa viuda del Saltillo fundó un hospicio para niñas huérfanas. El número de estas niñas no está prefijado, sino que entran cuantas pueden sostener las rentas con que dotó dicha señora al establecimiento que fundó. En época reciente, siendo elegidos administradores el señor Marqués del Valle y su hermano el dignísimo presbítero Sr. D. Juan Tamariz, pudieron sostener dichas rentas 45 niñas internas y 150 externas, á las que se daba enseñanza de balde. Hemos visto aquel inmenso salón y las 150 sillitas en que se sientan las inocentes que ha reunido la caridad para enseñarles á conocer á Dios y á trabajar, y hemos pensado con dulce consuelo que, si hay mucho malo en el mundo, hay también mucho bueno.

Tiene Carmona cuatro conventos de monjas, y uno que se demolió para mal situar una plaza de abastos; cinco de frailes: San

Francisco (hoy parador de diligencias), San Jerónimo (demolido) y Santo Domingo, extramuros; San José y el Salvador, cuya hermosa fábrica atestigua fué de los jesuítas en la ciudad. Su iglesia mayor, Santa María, es magnífica, y la labró Antón Gallegos. Su parroquia de San Pedro fué edificada por Andrés Acebedo, natural de Carmona, que murió á los cuarenta años, y fué muy sentido. Su torre y su capilla de Dios son dos obras maestras de arte y de buen gusto, que si estuviesen en otro país tendrían fama europea.

En una de las calles que avecinan á San Felipe estaba situada una casa, la que, como todas las principales, tenía un zaguán hábilmente enchinado de menudo guijarro. En éste se hallaban las puertas de las cuadras y escalera para subir á los pajares. A la derecha estaba la puerta por la que se entraba en el gran patio, en el que naranjos y limoneros encerrados en sus arriates circulares dejaban entre sí espacio á las macetas que, según la estación, se renovaban, trayéndoles allí la primavera las bellas rosas, como para obsequiar al suave azahar; el verano, la odorífica albahaca y los frescos pinos, que viven de agua como el camaleón de aire, y en el estío hacen tan dulce contraste con la agostada naturaleza en el campo, y el invierno, las constantes y monótonas laureolas, abortado

laurel de flexibles é inodoras ramas, sin tronco y sin altura.

En un ángulo se hallaba un jazmín, que por sí, y sin ser guiado, había subido tanto, y se había hecho tan frondoso, que cubría las ventanas alambradas de un granero, formando para el salón de los garbanzos unas floridas celosías que hubiesen envidiado los gabinetes de las más elegantes beldades.

Este patio tenía una alegría espléndida como la de los niños. Sus corredores habían sido abiertos; mas, fuese á causa de las mejoras y comodidades que consigo trae el tiempo, ó bien la necesidad—pues, á no dudarlo, y según lo afirman ancianos observadores, el clima en España es más frío de lo que fué antiguamente—, estos corredores habían sido cerrados con tabiques, que tenían ventanas y puertas de cristales. El que estaba al frente de la sala formaba una galería que servía de antesala; la casa era espaciosa. A la espalda se hallaban en amor y compañía, y en simpática conversación, el jardín con sus flores que perfumaban, el corral con sus gallos que cacareaban sin aprensión ni timidez, el lavadero cubierto de un espeso emparrado, debajo del cual cantaban las lavanderas, y encima del cual cantaban los pájaros con ellas á porfía, y la puerta de la cocina por la que se arrojaban los recios y prosaicos sonidos

del almirez, como repicando triunfalmente la fiesta de San Positivo.

Todas estas cosas no se amalgaman; convenido. Una elegante superlativa y un *dandy quintesenciado* se horripilarían de esta democracia doméstica. Y, no obstante, el aseo y el primor es tal, que formarían un lazo de unión entre estas cosas opuestas, si no lo formase ya el ser el pueblo, así como las cosas referidas, esencialmente campestres.

El segundo piso de la casa sólo se componía de graneros, teniendo, como la tienen allí muchas casas, una torre ó mira. Pero la escalera que subía á esta torre se había caído muchos años había, y no siendo ni los anteriores ni los presentes dueños aficionados á las buenas vistas, no había sido reedificada esta escalera, y aquella torre quedaba del todo olvidada, siendo sólo inexpugnable baluarte á las lechuzas y otras aves agrestes.





CAPÍTULO II

> Los hombres en general están dispuestos á elogiar las edades pasadas, aun con detrimento de la suya; pero el orgullo de los modernos no ha vacilado en atribuirse la preferencia sobre todos los que les han precedido. La misma disposición hubo en Roma en los últimos días de la República.
>
> SANTIAGO CLEMENTE GARCÍA.

En esta casa vivía D.ª Amparo Figueras, viuda de D. Juan Trigo, rico labrador afortunado y jovial, que murió porque Dios quiso, que por su voluntad no hubiese muerto, como aquel portugués al que pusieron dicha aserción por epitafio.

Doña Amparo era una mujer de más de cuarenta y tantos años, fresconaza, activa, bondadosa y razonable, sin más defecto que el de una economía demasiado inclinada á traspasar sus límites. Criada en casa de sus padres, labradores también, llevaba la labor con inteligencia y acierto desde que murió

su marido. Pero en cuanto á educar á dos hijos que tenía, conociendo que no estaba á su alcance el hacerlo, había tomado al efecto, desde la exclaustración, á un religioso del convento de San Jerónimo, que era lejano pariente suyo, y que tenía la merecida fama de ser un hombre, no sólo ejemplar en sus costumbres, sino docto y erudito. Efectivamente, el P. Buendía, que había tenido gran intimidad y exclusivo trato con los libros, tenía mucha erudición, pero poca ciencia de mundo. Conocía á fondo las crónicas; pero lo contemporáneo pasaba para él casi desapercibido. Sabía latín y griego, pero no sabía una palabra de francés ni de inglés; por lo cual en nuestra ilustrada y extranjera corte habría pasado por un mastodonte ó un megaterio. Nadie cual él conocía la historia en sus faces religiosa, política y guerrera; pero en cuanto al mundo, era un laberinto para su abstraída mente, por el que pasaba conducido por la rutina como un ciego sordo conducido por su perrito.

Cuando la exclaustración, el Prior de su Comunidad, que tenía gracia, le había aconsejado que, al quitarse los hábitos, se hiciese, para reemplazarlos, un vestido de pergamino. Su parienta D.ª Amparo cuidó con poco buen gusto y con mucha economía de su equipo en aquella ocasión al traérsele á su

casa; de lo contrario, no se puede colegir lo que hubiese sucedido. Unos pantalones negros muy holgados, medias de estambre negras con fuertes zapatos, una levita de paño basto, amplia y muy larga, un sombrero de copa muy baja y ala muy ancha; tal fué el equipaje con que se presentó á los sesenta años el pobre P. Buendía. Y en él se halló, á pesar de estar todo hecho como para un señor mucho más grueso que él, tan atado, que este malestar redobló la profunda tristeza que sentía al salir de aquel precioso convento, situado al pie de la formidable altura en que se presenta la ESTRELLA DE VANDALIA al que del Norte de España baja á Andalucía.

Amargo era el desconsuelo del buen religioso al dejar aquel precioso y tranquilo convento en el que había pasado casi toda su vida; al ausentarse de aquella iglesia de su más amante devoción; al dejar aquella alegre celda y aquella silenciosa librería del convento, fuente de goces de su vida entera y al separarse de sus compañeros y amigos. Cuando á los sesenta años la costumbre de toda la vida ha formado en el hombre una segunda naturaleza, perder de una vez y para siempre cuanto constituía esta costumbre —y especialmente cuando estaba en concordancia con la conciencia y en armonía con las inclinaciones—, es lo más cruel que puede

acontecer al individuo; es el trastorno más desgarrador que puede sufrir la existencia. Y así, bien sabido es cuántos de los monjes ancianos arrancados de sus conventos murieron de tristeza, y otros de dolor, al ver profanados, vendidos, derribados aquellos santuarios que levantó la fe espléndida en gloria de la religión y honra y bien del país. Con el espíritu y el sentimiento que llevaron á construir esas maravillas mueren los grandes arquitectos, escultores y pintores que las hicieron. ¿En qué se habrían de ejercitar ya? ¿Págalos el desprendimiento grandioso del que da á Dios? ¿Inspíralos la fe de Murillo? ¿Estimúlalos la idea de trabajar para el país? ¿Anímalos la convicción de ser este trabajo para la posteridad?

Era, pues, el P. Buendía un sabio tonto; especie que se va perdiendo, porque, á no ser en alguno que otro alemán, hoy día no se ve sobrepujar lo abstracto á lo concreto. Así es que D.ª Amparo probaba tener mejor tino para elegir capataces y aperadores que no preceptores. Y era esto tanto más de sentir, cuanto que sus hijos, muy mal guiados hasta entonces y muy dueños de su voluntad, necesitaban un freno poderoso; pues el freno, por más que se diga, es el solo contrapeso al mal. El freno que desde pequeños imponen los padres á sus hijos; el de la virtud, que el

hombre que la ama se impone á sí mismo; el del honor, que pone el mundo; el de la política, que exige el trato; el que tiene una sociedad constituída, á saber, el derecho de imponer á los desmanes de los perturbadores de sus leyes; sin contar el suave freno de la religión que, si verdadera y completamente rigiera, haría él por sí solo inútiles todos los demás.

Mauricio, el mayor de los hijos de la viuda, era desgraciado y enfermo; era flojo, dejado y tenía horror á todo trabajo, así material como intelectual. Su pasión era la pereza; su estado habitual el decaimiento y la inercia. Su madre, de quien era el predilecto por su estado doliente, le llamaba *un bendito*.

Raimundo, el menor, era, como le denominaba su madre, un toro: violento de carácter, acre en su contacto como en su sentir, grosero en sus maneras y expresiones. Tolerado por su madre, aplaudido por los demás pilluelos que capitaneaba, cada obstáculo que hallaba le parecía un contrario, y legítimos todos los medios para derribarlo. Este desenfreno, este no atender á nada ni á nadie, engendraron en Raimundo el más asombroso y ridículo orgullo, pues que no tenía más base sobre qué fundarse sino sobre sí mismo. Si Raimundo hubiese hablado el lenguaje del día, se hubiese denominado á sí

mismo un *mocito de fibra;* pero como no estaba á esa altura, se contentaba con cantar:

¡Sobre mi gusto, canela;
sobre mi gusto, azafrán;
sobre mi gusto ha de ser;
sobre mi gusto será!

A la persona de Raimundo, muy andaluza, ó por mejor decir, árabe, sólo faltaba un turbante para ser un Almanzor ó un Malek-Adhel, y habría agradado mucho, á no ser por la dura y malévola mirada de sus grandes ojos negros y la expresión insolente y grosera de su rostro.

Estos niños, de trece y once años—edad suficiente para haber podido arraigarse sus respectivas malas tendencias—, fueron los que puso su madre, después de ver medir veinte fanegas de garbanzos, al cuidado y bajo la férula del P. Buendía.

Apenas vió Raimundo el poco gracioso sombrero, bajo de copa y ancho de ala, que su madre había proporcionado á su pariente, cuando se echó á reir y le dijo:

—Padre Buendía, usted que sabe tanto, ¿á que no sabe la solución de este acertijo?

Tamaño como una cazuela,
tiene alas y no vuela.

El Padre no respondió al pronto; pero á la mañana siguiente le dijo en el almuerzo:

—Raimundo, hijo: paréceme que en el acertijo que me dijiste ayer te has equivocado, y que no es acertijo, sino un memento popular y tradicional, que necesariamente debe aludir á un hecho histórico anterior á las guerras de Viriato, que, según unos, duraron ocho, y según otros, catorce años. Fué el caso, que en la guerra entre Romanos y Cartagineses, en la ciudad llamada Bética, venció Escipión á Magón, hermano de Aníbal. Este se retiró, y fortaleció sus reales en la ciudad llamada Careón, esto es, aquí, como punto inexpugnable. Dióse una batalla cerca del río Curbión, aquí en la vega, y quedó vencido Magón. Es de presumir que para ir al campo saliesen sus huestes por la puerta más cercana al sitio en que tuvo lugar el combate, que era la puerta de la Acedía, de la que no queda ni aun vestigio. Formaría Magón sus tropas en dos alas, y teniendo que huir ante Escipión, querrían y no podrían volar; lo que daría origen á aquel memento popular, y aludiendo al ejército, diría:

Salió por la puerta de la Acedia,
Tiene alas y no vuela.

Al oir esta interpretación histórica de su acertijo, de la que no comprendió una palabra, Raimundo se echó á reir y repuso:

—Vaya, P. Buendía, que tiene usted un modo de adivinar más confuso que el acertijo. No se trata del río Curbión, ni del general *Matón*, ni del otro *Animal*, sino que lo que es tamaño como una cazuela, tiene alas y no vuela... es su sombrero de usted.

—No dices mal—repuso el Padre, que tenía buen genio, que en su vida había llevado sombrero y estaba á matar con la nueva cobertera de su cráneo—; no han inventado los hombres cosa más fea ni más incómoda. Pero ya que habéis concluído vuestro chocolate, vamos á ocuparnos en vuestra enseñanza. Veo que estáis muy atrasados, pues nombras á Magón *Matón*, y á Aníbal *Animal*. Es, pues, preciso recuperar el tiempo perdido. Vamos á trabajar, y pronto cogeréis el fruto; que dice San Bernardo: *Si labor terret, merces invitat;* esto es, «si nos asusta el trabajo, anímanos la recompensa».





CAPÍTULO III

> En las buenas repúblicas, los individuos viven en chozas y los dioses en templos magníficos; y no hay peor señal que cuando los templos yacen abandonados y los individuos habitan palacios.
>
> WINKELMANN.

VARIOS años pasaron sin que sacase el pobre P. Buendía fruto de su trabajo. Por suerte, no le asustaba el trabajar, ni necesitaba que le animase la recompensa, puesto que enseñaba más por el placer de enseñar que por la gloria de sacar fruto. Sembraba la buena simiente, dejando tranquilamente á la tierra aprovecharla ó no.

En Mauricio cayó aquella simiente como sobre una roca, que no penetró. En Raimundo cayó en tierra feraz, pero seca y sin preparar, y las distracciones y desaplicación se la comieron como pájaros; mas la que llegó á prender, brotó robusta. Sólo se aprovechó

de la enseñanza de la historia porque le divertía, y de la del latín por emulación con el hijo del Alcalde, que se jactaba de saberlo como preliminar de sus estudios en la Universidad de Sevilla.

En los paseos que daban por las tardes con el P. Buendía, les explicaba éste sobre el terreno la historia local y la de los monumentos que allí existen. Era entre estos paseos el preferido por el Padre el que conducía á su convento, es decir, al sitio en que estuvo, pues vendido que fué, tuvo el dolor de verlo derribar y llevárselo piedra á piedra, columna á columna, puerta á puerta... para labrar quizás un mesón, dejando el espacio que ocupara, hecho árido por los escombros, como una cicatriz en aquella frondosa, verde y lozana vega. La iglesia subsiste sola y condenada al abandono; y abandonada estaría si no fuese por uno de los monjes que ha quedado, el que, ayudado por algunos fieles, mantiene en ella algún culto. ¡Culto sublime que expende la caridad por manos de la fidelidad! ¡Culto que, ofrecido al lado de aquellas ruinas, tiene la humilde dulzura de un desagravio, y que enternece como lo triste, y eleva como lo santo!

Para emprender este paseo solían salir por la puerta de Córdoba, puerta que ha sido reedificada en el año 1608. Baja después el

camino dirigiéndose á la derecha para reunirse al camino real, teniendo á un lado el monte, que se levanta perpendicularmente, coronando su cúspide con el viejo alcázar moro, y al otro la vega, que separa á Carmona del río, salpicada toda de haciendas, huertas y olivares. Sobre esta puerta hay un letrero latino, cuya traducción se ha hecho del modo siguiente:

No porque en fuerte, levantada altura
situada estoy, ó que de ricas mieses
mis vegas me coronan, yo me afano;
ni porque el sol desde su oriente alegre
mis muros bañe, ó tanto me engrandezcan
de mis vecinos la nobleza antigua.
Mas soy tres veces más dichosa y grande
de dos patronos por la gloria ilustre:
ó bien de Teodomiro, el hijo mío,
ó bien Mateo Apóstol, por el tuyo.

Después de atravesar el camino real, y prosiguiendo el descenso, siempre dirigiéndose á la derecha, se llega al convento.

Como éste está situado en cuesta, delante de la iglesia hay un terraplén ó terrado enladrillado al andar, que da vuelta, y por cuyo costado se puede asomar el que lo pasea, y ver una fuente con su pilón, que se apoya en el muro, y parece simbolizar, ó por mejor decir, hacer una de las obras de misericordia. Al fin de ese terraplén hay una puerta, y, bajando por una escalera de muy linda fábrica, se llega á una pequeña cueva oscura

y húmeda, en el fondo de la cüal brota una cristalina fuente. Sobre esta fuente se ve un nicho rústico muy húmedo.

—Aquí es—decía el P. Buendía á sus discípulos—donde escondieron los cristianos, cuando la invasión sarracena, á nuestra Santa Patrona La Virgen de Gracia, la que ahora veis en su camarín en la hermosa iglesia de Santa María, cuyo magnífico santuario labró Antón Gallego en el sitio en que estaba el famoso templo de Ceres, en cuya ocasión se hallaron tantas estatuas, monedas, lápidas y restos de arquitectura romana.

En el año 1209, esto es, cuarenta y tres después de la conquista de Carmona por el Santo Rey, descubrió un pastor, milagrosamente guiado, la bella imagen de la Señora, tan admirablemente conservada después de cerca de seis siglos en aquella húmeda y desconocida cueva, como sigue estándolo hace otros seis siglos en su santuario.

—¿De suerte que es Carmona muy antigua?—preguntó Raimundo, mientras Mauricio, que había llegado mucho después que sus compañeros, había entrado en la cueva para beber en la fuente.

—Esto no es dudoso—contestó el Padre—. Pretenden unos que fué fundada por Baco mil trescientos veinticuatro años antes de la

venida del Salvador; otros aseguran que Brigo, cuarto rey de España, fué su fundador, pues el licenciado Juan Fernández Franco pretende que Brigo fué cuarto rey de España, y cita en confirmación al Beroso y á fray Juan Annio, y asegura que reinó mil novecientos diez y siete años antes de la venida de Cristo. Otros dicen que la fundaron los griegos de Arcadia, y que éstos la denominaron Carmona en memoria de la población que en su tierra tenían denominada Carmón, y otros atribuyen su fundación á Túbal, nieto de Noé, que vino á España dos mil ciento veinte años antes de la venida de Jesucristo, y, según afirma Francisco Tarrafa, barcelonés, en su *Crónica de España*, Carmona se amplió por el rey Brigo ciento cuarenta y ocho años después que se fundó por el patriarca Túbal.

Hablando así, habían vuelto á subir al terrado, y se habían seguido paseando en la huerta, donde se encontraron con el hortelano que la tenía arrendada, en el momento en que decía Raimundo riendo:

—Padre Buendía, ¡y que se crea usted como Evangelios todas las cosas que dicen esos cronicones! Ya ha dado usted una docena de fundadores á Carmona. ¡Vaya, que es esta la niña de los muchos padres! Tiene usted las tragaderas untadas de jabón.

—Te he referido las varias opiniones de sabios y cronistas, sin formular la mía—repuso el Padre.

—¡Qué, señor! Todos van descarriados—dijo el hortelano, que, como buen andaluz, se había impuesto desde luego en lo que se trataba, y quiso echar su cuarto á espadas y lucir su erudición histórica—. Quien le puso nombre á Carmona fué un Rey moro.

—¿Un Rey moro?—exclamó el P. Buendía—. En cuanto he leído no he visto nada que se le parezca.

—Y si el padre no lo ha leído, no está ni impreso ni escrito—dijo lánguidamente Mauricio—, porque cuanto hay escrito é impreso lo ha leído su mercé. ¡No sé cómo tiene ojos ni paciencia!

—*At me nocturnis juvat impallescere chartis*—respondió el Padre—. ¿Me has comprendido?

—No, señor; ni ganas—contestó Mauricio—. Ya sabe usted que el latín no me entra, ni yo á él; me da jaqueca.

—¿Y tú, Raimundo?—preguntó el Padre, dirigiéndose á éste.

—Sí, señor; dice que á usted le place palidecer sobre los libros. Y ese gusto es *rara avis*. Pero—prosiguió Raimundo, volviéndose hacia el hortelano—cuente usted cómo y

en qué ocasión le puso el moro nombre á Carmona.

—Sí, cuéntanos eso, Nicolás—añadió el Padre—; pues cuando, merced á la traición del Conde Don Julián, que entró en Carmona como amigo, fué entregada á los moros sus sitiadores, no dejaría de tener ya su nombre.

—Pues señor—así principió el hortelano su relato—, han de saber ustedes que en tiempo de los moros, que fueron los que labraron los tres alcázares, las murallas y las puertas, estaban ellos aquí tan agarrados y tan seguros, que ni el mismo demonio los hubiese podido echar.

Súpolo esto la Reina de Hungría, que era una hembra como un Cid, y se vino aquí con todo su ejército, con intenciones de cantarle al Rey moro esta nanita:

Anda vete, morito,
á la Morería,
que mis tropas no entienden
tu algarabía.

Pero *ende* que vió el peñasco ese, al que no trepan sino las cabras, así como el valladito de argamasa almenado, y tras cada almena un moro con un dardo como una lanza, se quedó como toro agarrochado, á medio embestir.

Entonces acudió á la astucia, que para eso las mujeres se pintan solas, P. Buendía. Mandóle al Rey moro un mensaje diciéndole que tenía antojo de conocer á S. R. M., y que quería visitarle; que para tener ese gusto había venido de su tierra, Hungría. Los moros, como sabrán sus mercedes, eran muy finos y rendidos con las señoras mujeres, y *asina* respondió el Rey moro al mensajero que le dijese á quien le enviaba que tenía á mucha honra que su real majestad le visitase, y que al día siguiente le tendría *aprevenido* un recibimiento y un banquete como correspondía á tan encumbrado huésped. Y *asina* fué; y cuando le estaba el Rey enseñando á la Reina el real alcázar—aquel que *atodavía* está allí en el pináculo á espaldas nuestras, sobre el despeñadero—, abrió un balcón, y abajo en el llano estaban los húngaros. Asomóse la Reina, y cuando todos la vieron, armaron un griterío y una algazara, que no parecía sino que se hundía el mundo, pues así lo había dispuesto S. M.

—¿Qué es eso?—preguntó el Rey.

—¿Qué ha de ser?—contestó la Reina.—Mis soldados, que se divierten con una mona.

—¿Una mona?—dijo el moro, asomándose al balcón para verla.

La Reina, que esto aguardaba, le cogió por los pies y le echó por el balcón. Como que

la altura es tanta, tardó el desdichado en llegar al suelo, y mientras caía, dando vueltas por el aire, iba diciendo: «¡Cara mona, cara mona!» Y de ahí le viene el nombre, sin que le quede á su mercé duda, P. Buendía.

—Pues yo te digo, Nicolás, que lo que dices es un *sinfundo*. Las Reinas de Hungría ninguna ha venido á guerrear á España. El P. Arellano dice que vino Muza á Carmona. Fuéle dicho por los que venían con él que por ningún combate podría ser tomada la villa, por su mucha fortaleza. Envió al Conde D. Julián con algunos cristianos, que aparentaron huir como vencidos en batalla, y recibido el Conde por huésped, dió la villa en manos de los árabes; y quien después la tomó del poder de los moros fué el Santo Rey Fernando, y así dice:

Soy de Túbal fundación,
fuí Municipio romano,
debo mi restauración
del dominio mauritano
al Rey Santo con Girón.

En tiempo de los Romanos tuvo Carmona Senado y senadores, que llamaban decuriones. Julio César la sublimó con el título de Municipio, favor concedido á pocos pueblos, y que tenía el privilegio de batir moneda. Las armas de Carmona—atiende, Raimundo, ya que Mauricio se está durmiendo—son una estrella con este letrero por divisa: «Sicut

LUCIFER LUCET IN AURORA, SIC IN VANDALIA CARMONA.»

—¿Y eso qué quiere decir en nuestra lengua, P. Buendía?—preguntó el hortelano.

El Padre contestó:

—«Así como brilla la estrella de la mañana en la aurora, así brilla Carmona en Andalucía.» El Santo Rey, su conquistador del poder mahometano, le añadió una orla para rodear la estrella, en que alternan castillos y leones.

—¡Vaya!—repuso el hortelano—. Aquellos romanos lo entendían y eran gente de gusto.

—Así, Nicolás—prosiguió el Padre—, no te trastornes las mientes con la Reina de Hungría. El Santo Rey fué el que conquistó á Carmona del poder de los moros. Al otro lado del pueblo, á la derecha viniendo de Sevilla, tenía sus reales en el campo del Real, como se denomina aún hoy día, ahí donde está la capilla que el mismo Santo mandó labrar en honra de la VIRGEN SANTA, que tanto le favorecía. Quédate con Dios, Nicolás.

—Vaya su mercé con Dios, P. Buendía —contestó el hortelano—. La conquistaría el mismo Rey, no me opongo; pero estoy para mi que el Rey moro le dió el nombre. ¡Si el mismo nombre lo está diciendo!

—¡Qué zoquete! — exclamó Raimundo cuando se hubieron alejado—. Las tradiciones son disparates.

—Te engañas, Raimundo — contestó el Padre—. Lo que nos ha referido Nicolás es un chascarrillo que inventó la chuscada, y que la buena fe prohijó; pero, por lo regular, son verdades y datos perdidos que, no recogidos en las bibliotecas, se han refugiado en la memoria del pueblo, en que se han archivado; y así nunca deben desecharse sin maduro examen, y esto te lo probará un hecho que voy á referirte:—En un viaje que hice á Sevilla vi á un joven, hijo de un amigo mío, hacendado de Vejer. Este me contó que, habiendo ido á hacer una excursión al Cabo de Trafalgar para ver una magnífica cueva de estalactitas que se halla allí, fué á embarcarse á dos leguas de Vejer, en los límites de la dehesa de Zahara, sitio que llaman los Caños de Meca. La marea estaba baja, y así pudo observar á flor de agua dos, al parecer, peñas de igual tamaño; pero, al considerarlas atentamente, reconoció, á pesar del verdín marisco que las cubría, ser éstas moles formadas de piedras, y ser obra de manos de hombres.—Preguntóles á los marineros, así como á unos cabreros que se hallaban allí, lo que podrían ser aquellas extrañas construcciones, y todos unánimes le contestaron sen-

cillamente que eran los sepulcros de los Geriones. Consta que estos reyes ó jefes de las tribus que apacentaban en aquellas fértiles comarcas sus ganados, murieron defendiendo su territorio cuando allí desembarcaron los fenicios, y que fueron enterrados á orillas del mar. Este ha ido evidentemente ganando terreno, y ha cubierto lo que antes fué orilla, y de boca en boca los moradores de aquellas comarcas han conservado su nombre á aquellos sepulcros desconocidos á la historia. Mariana dice: «Los tres Geriones fueron vencidos por Hércules. Dióse sepultura á los cuerpos en la misma isla de Cádiz, donde se hizo el campo» (1). Ya veis, hijos, cómo la tradición conservó en sus anales verbales el sereto que ocultó la mar á las investigaciones de los historiadores.

---

(1) Una sociedad de anticuarios de Tarragona acaba de pedir datos sobre el hecho que hemos referido. Pero dudamos que pueda obtener otros que los que damos nosotros, y que debemos á la complacencia y finura de la curiosa é instruída persona que nos los ha dado, y que fué la que descubrió los sepulcros que cubre el mar.



CAPITULO IV

Toute ruine a sa grandeur.
PAUL FÉVAL.

UNA tarde dirigieron el maestro y sus discípulos su paseo hacia el magnífico alcázar que se halla á la izquierda en la parte alta de la ciudad. Para eso se dirigieron hacia la iglesia de San José, que fué convento de Carmelitas, pasaron por delante de la magnífica casa de Freyre, Marqués de San Marcial, que es la última en aquel extremo del pueblo, y al concluir el pequeño trozo de calle que le sigue, que tiene á un lado las tapias del jardín de aquel edificio, se hallaron en un espacio desahogado, que á la izquierda tiene la magnífica y grandiosa ruina del alcázar.

No hay pluma que pueda describir la impresión que causa aquel sitio siempre; pero en particular, la que produce la primera vez que se pisa. Si dice un autor que toda ruina tiene su grandeza, ¿qué se dirá de ésta, que

reúne todas las grandezas?... La fuerza de un guerrero, la magnitud de un potentado, la altura de un dominador, la nobleza regia de un soberano, la belleza de una hija del arte, la dignidad del que á sí mismo se basta, el decoro del que muere sin debilidad, perseverando, siendo lo que fué, como el mártir á quien despedazan miembro á miembro, sin que varíe de semblante ni desmaye. ¡Roca artificial sobre la roca natural, magnífica obra de los hombres, que otros hombres van destruyendo y llevándose pedazo á pedazo, para hacer tapias, para hacer cuadras, para hacer zahurdas! ¡Obra magna de otros tiempos, que desprecia el presente que labra palacios de cristal! ¡Cuántos siglos has estado en pie, como si el caer fuese para ti una palabra vana de sentido!

No hace muchos años, cuando la epidemia asiática pasó por Europa, dejando tumbas por huellas, aún existía entero el suntuoso alcázar, y prestó sus ventilados y frescos salones como refugio á los acometidos del mal; y la época que se jacta de culta é ilustrada, esta época corta, ha podido más en veinte años que los seis siglos anteriores! ¡Y, no obstante, entregada al pillaje, te despedazan, te mutilan, y no caes! ¡Levántanse aún tus torres, sobre las que tantos siglos y temporales se han estrellado, vacías y desnudas

como las han puesto, tan dignas, compactas y severas, que no consienten que las acaricie y alegre la compasiva yedra, ni que insinuadora planta parásita corone sus tersas frentes! ¡Torres altas y esforzadas, ruinas de bronce que no sabéis desmoronaros, sois la desolada imagen del abandono! Pero también lo sois de la dignidad en la desgracia, de la fuerza de resistencia en ignominioso vasallaje, de la noble austeridad en la vejez solitaria y despreciada, de la firmeza en conservar vuestro puesto, aunque no interrumpa ya el silencio sepulcral en que yacéis sino el mugir de los huracanes y el tronar de las tormentas que atrae vuestra encumbrada altura. ¡Y hay manos que os derriben, bella y noble diadema de Carmona! ¡Sí, porque hay gentes para quienes demoler nada significa! Para nosotros, el demoler edificios públicos, propiedad y mayorazgo del país, nos parece contra el derecho de los muertos, crimen de leso patriotismo, el triunfo de la fuerza brutal y material sobre la influencia moral de la cultura; nos parece, en fin, un expolio de lo pasado, una usurpación á lo presente y un robo al porvenir.

Entrado en aquel alto recinto, abarca la vista con ansia el magnífico paisaje que á los pies del alcázar se despliega sobre una

base de innumerables leguas, puesto que cuando el día está claro se distinguen desde las altas torres los pueblos siguientes: Sevilla, Cantillana, Brenes, Tocina, Alcolea, Villanueva, Lora del Río, la Campana, Fuentes, Marchena, el Arahal, Paradas, Osuna, Morón y Utrera.

Mas aquella tarde era borrascosa: había llovido mucho los días anteriores y aún corrían por el cielo nubarrones que parecían una enorme manada de blancas y negras ovejas que huyesen presurosas del lobo, echando sus oscuras sombras sobre algunas partes que aparecían graves y melancólicas, mientras otras reían y brillaban bajo los rayos de sol, y otras, sin rayos de sol y sin negras sombras, parecían dormir sosegadas el sueño del justo.

A veces, en una de las vueltas que toma el río, venían los rayos del sol á buscarle y á hacerle brillar sin su anuencia, como suele hacer la Fama alguna vez con la virtud modesta, que sigue perseverante su callado curso. Las sierras y los horizontes se unían en lontananza, como se unen muchas cosas en este mundo de engaños, esto es, á la vista y no en realidad, pues son incompatibles, así material como moralmente.

Movíanse los árboles impacientes ó temerosos bajo el impulso de las fuertes ráfagas

del vendaval que desencadenaba la naturaleza, como para animar su obra; los unos alargaban sus brazos como para implorar protección; otros temblaban; otros, humildes, agachaban sus cabezas; otros parecían perderla en convulsa agitación, menos los pinos que, inmóviles, parecían, según dice el poeta norteamericano Longfellow, viejos bardos druídicos envueltos en sus mantos de musgo, apoyados en sus arpas, murmurando de quedo extraños y misteriosos cantos.

Mugía el viento entre aquellas magnas ruinas tan triste y desconsoladamente, como si ellas le impregnasen de su tristeza.

Todo aquel magnífico y expresivo conjunto hubiese entusiasmado á un poeta y arrebatado á todo aquel que por vez primera lo hubiese visto. Pero el P. Buendía y sus discípulos no eran poetas, y no contemplaban aquella maravilla por primera vez.

—Ya veis — decía á los discípulos su preceptor, que era más inclinado á la enseñanza que á la poesía — este alcázar, conocido entre los tres que tuvo Carmona, por el de Arriba. Tenía tres patios; en este segundo, donde vamos á entrar, había un estanque cubierto que servía de baño. Mirad el grueso de las paredes; las interiores, que son de ladrillo, tienen dos varas de grueso; las exteriores, así como las torres, son de esa arga-

masa con la que los moros hacían rocas. Tenía fosos por los costados de Norte y Levante, que existen en parte; por los de Mediodía y Poniente no los necesitaba, por bajar el elevado monte casi perpendicularmente. Para defensa del referido foso, en la esquina que divide los dos costados, se ve una obra llamada el Cubete. Es su construcción redonda, toda de sillería, y se angosta hacia lo alto, aunque no cierra enteramente. Hace, como sobresaliendo á su redondez, cuatro esquinas, y en cada una de ellas hay una garita alta con sus troneras: también tiene troneras en lo bajo; mas todas ellas no pueden servir sino para flechas ó mosquetes. En su interior forma un corredor circular, y sobre éste una azotea. Tiene su bocamina, que le servía de pozo; dos puertas, una que mira al foso del Norte y otra al de Mediodía; tiene veinte pasos de circunferencia, y es obra que ha sido siempre muy celebrada por los inteligentes.

Discurriendo así, habían dado la vuelta á aquella ostentosa ruina y regresado al primer patio ó solar, que aún conserva su puerta de entrada abovedada entre sus murallas de argamasa.

Al frente de la entrada, y cerca de la rápida cuesta ó despeñadero, estaban tres niñas. La mayor, que tendría de once á doce

años, era altita, y tenía una de esas caras perfectas y como vaciadas en molde, tales cuales con frecuencia se ven en Andalucía, y á las que suele ser aneja una finura de facciones y una expresión de dulzura y de modestia que hace se les denomine caras de VIRGEN. De pie en el paraje más alto y escueto, fijaba sin interrupción sus miradas hacia un mismo punto de la vega. El viento, que se llevaba sus enaguas, su pañuelo y el negro cabello que adornaba su frente, la hacía aparecer como la personificación alegórica de una temprana esperanza, combatida ya por los temores y vendavales de la vida. Si en lugar de bajarlos, hubiese tenido alzados sus hermosos ojos, hubiera aparecido como la Inocencia aislada en el borde del precipicio, empujada á él por el soplo de la maldad, é implorando al cielo en su auxilio.

Las dos más pequeñas estaban sobre la verde alfombra que formaba el menudo césped. Habiéndose en este momento nublado el cielo, decía la más chica á su hermana:

—¡Ya metió el viento al sol en un saco! ¡Va á llover, y *pae* se va á mojar!

—Pues para que no suceda— respondió su hermana—, vamos á cantarle al Santo.

Pusiéronse en seguida una al frente de la otra, y posando alternativamente un pie y levantando el otro, se pusieron á repetir en

un recitativo que no era canto, ni era habla, esta plegaria:

San Isidro Labrador,
quita el agua y pon el sol.

—Niñas—dijo el P. Buendía, dirigiéndose á las chicas—: ¿qué hacéis aquí, solas, en esta tarde tan cruda?

—Estamos aguardando á padre — respondió la menos chica de las dos.

—En aquella torre—dijo Raimundo, señalando á una de las que allí se veían — está el moro Mustafá, que se lleva á las niñas á Berbería para que guarden manadas de leones.

La chiquita corrió á su hermana y se abrazó de ella, volviendo su angustiada carita hacia la torre, cuya negra entrada no prometía nada bueno; pero la más grandecita se echó á reir.

—¿Te ríes?—añadió al notarlo Raimundo. —¡Pues qué! ¿No tienes miedo?

—¿Yo? No, señorito; ni á moros ni á cristianos. No seas tonta, Mariquilla — añadió, desprendiendo de sí á su hermanita—; el señorito es *guazón* y ha comido melón, que pone á las gentes pesadas.

—¡Padre! ¡Ahí viene padre! — exclamó la mayor de las tres, echando á correr hacia la puerta de entrada, para ir á buscar la subida

más accesible que debía tomar el que llegaba.

—¡Padre! ¡padre! — repitieron con júbilo sus hermanas menores, echando también á correr, aunque no tan rápidamente como pudo hacerlo la mayor.

El P. Buendía y sus discípulos siguieron su paseo en la misma dirección que habían tomado las niñas, mientras decía éste á los distraídos muchachos:

—Dice el Eclesiástico: «Aquel que teme al Señor honra á sus padres y sirve como á sus dueños á los que le han engendrado. Honrad á vuestro padre en obras, en palabras y con vuestra sumisión, á fin de que os bendiga. El que enoja á su padre ó á su madre es maldecido de Dios.»

—¡Qué de textos de Escritura sabe el Padre! — dijo Mauricio á Raimundo.

— Yo creo que los inventa — respondió éste.

Vieron entonces á un hombre subir denodadamente y con paso firme por la áspera pendiente, mientras las tres niñas la bajaban, haciendo á cada paso hincapié, ya en una piedra saliente, ya en una mata recia.

Reuniéronse al fin aquellos seres, que ya unía el más puro, el más profundo, el más tierno, el más santo de los amores; amor el

más semejante al augusto amor de Dios; amor á la vez instintivo y razonado, para el que no existe la inconstancia, pues con él nacemos y con él morimos; amor que es á la vez un precepto, una virtud, un lauro y una felicidad: el dulce amor á los padres, que sublimó el DIOS HOMBRE en la Cruz.

Detuviéronse el padre y las hijas sobre una roca saliente, que en aquel despeñadero se presentaba como lugar de descanso. Entonces sacó el hombre de una espuerta tres ramos de flores silvestres primorosamente hechos, los que repartió á las tres niñas (1).

Nada podían oir los paseantes de las palabras que en aquella escena mediaron. Pero sí vieron que la mayor de las niñas cogió la mano de su padre y la besó repetidas veces sin querer soltarla, y que las dos chicas se pusieron á saltar de alegría. Volvieron en seguida á emprender su ascensión, llevando el padre á la menor en brazos, la que alzaba triunfalmente su ramo como un estandarte. Seguía en pos la segunda casi gateando, pero

---

(1) No se crea que nuestro amor al pueblo de campo nos lleva á inventar escenas idílicas. Si no hubiésemos *presenciado* esta escena no la describiríamos. No es tan insignificante como parece. El hombre rústico que después de un rudo trabajo discurre y halla tiempo para coger y formar tres ramos de flores silvestres para sus hijas, tiene, no sólo un corazón de padre, sino de padre, madre y amante.

sólo con una mano, porque en la otra llevaba su regalo. Y detrás de todas iba la mayor, que arrimaba las flores á sus labios, besándolas y respirando su perfume.

No tardaron el P. Buendía y los niños en emparejar con ellos; y el Padre dijo, sonriendo y dirigiéndose al jornalero:

—Vaya, José Flores, que no te cuadra mal el apellido, pues cargado vienes de ellas para tus niñas. ¡Bien hecho, hombre! Dar gusto á las criaturas en lo que es regular es de buen padre.

—Señor Padre Buendía —contestó José Flores—: ¡si parecen las chiquillas estas abejas ó mariposas por lo que se despepitan por una flor!...

En este momento, Raimundo, que pasaba cerca de la mayor de las niñas, dió con una varita que llevaba al ramo que ésta tenía en la mano un golpe de lado tan bien asestado, que las tronchó todas.

La niña prorrumpió en amargo llanto.

—Gracia, hija de mi alma—le dijo su padre—, no llores; que mañana, si Dios nos da vida, te traeré otro.

—Otro mejor le llevará Raimundo mañana — añadió el P. Buendía — como es su deber. Lo que acaba de hacer es contra el amor al prójimo y contra la caridad, y dice San Pablo: *Si charitatem non habuero, nihil*

sum. (Nada tengo, si no tengo caridad.) Y San Agustín: *Qui diligit proximum, legem implevit.* (El que ama al prójimo, cumplió la ley.) ¿No es verdad que se las llevarás, hijo?

—¡Por supuesto!—contestó Raimundo—. Le enviaré todas las que están en el jardín de casa. ¿Para qué las quiero yo?

La niña, no obstante, no cesaba de llorar sus flores, cuyos destrozados pensiles conservaba en sus manos; y su corazón, encogido por la primera, grosera é inmotivada hostilidad que lo rozaba, permanecía oprimido.

—¡No parece sino que te he dado en los dedos!—dijo impaciente Raimundo.

—Más quería á mis flores que á mis dedos—contestó la niña.

—¡Pues mire usted la zancona, con vara y cuarta de enaguas, llorar por flores!—repuso Raimundo.—¿No te he dicho que mañana te llevaré un esportón?

—Pero no serán las que me ha cogido mi padre—respondió en queda voz y meneando la cabeza la niña—; ¡no serán mi ramo!

—¿Y qué particularidad tenía tu ramo?

—Tenía una estrella blanca.

—Sería—repuso Raimundo con una carcajada—esa famosa estrella de Vandalia, que no es más que una. En el jardín de casa hay

un camino de Santiago de todos colores; así, consuélate, comadre llorona.

—Toma el mío—dijo la chiquitita, que ya estaba cansada de llevar el suyo, y lo quiso echar de potencia medianera.

—Con Dios, José Flores — dijo el Padre Buendía—; niñas, adiós; hasta mañana.

— Adiós, llorosa estrella de Vandalia —añadió Raimundo con burla—. Guarda tus lágrimas para llorar tus pecados, y así las emplearás mejor.

—Lo que has hecho es una mala acción —dijo á Raimundo su preceptor cuando se hubieron alejado.

—¿El deshojar las flores? — repuso con burla el reconvenido.

—No; el hacer llorar á tu semejante sin motivo ni razón.

—Pues seré como la cebolla, que hace llorar sin querer.

—Si queriendo prueba esto crueldad, el hacerlo sin querer prueba grosería y dureza. Ve de evitar ambas cosas, pues ambas son odiosas, hijo mío.





CAPÍTULO V

> —¿Por qué cultiváis semejante género? — preguntó el comprador.
> —Por ser el que más me place y en el que creo copiar mejor á la naturaleza — respondió Théniers.

En una de las calles que avecinan el molino de aceite, que se dice ocupa el punto culminante del picacho sobre el que está labrada Carmona, se veía por su abierta puerta el interior de una casa pobre y humilde, pero blanca y florida como la mente de sus moradores.

Alzábase en medio de su alegre patio un olivo, modesto símbolo de paz y abundancia, que extendía sus ramas sobre la cabeza de los habitantes de la casa, como un padre sus manos, para bendecirlos. Hallábase á la sazón tan cubierto de esquilmo, como si la Providencia con un hisopo le hubiese salpicado de menudas flores que tornarán los meses y el sol en esa oliva, de poca apariencia, pero de más valor que las manzanas de oro

del jardín de las Hespérides, cuyo zumo nos alumbra, contribuye al culto religioso, y es el *Ave María* del *Pan nuestro de cada día* del pobre.

Por su tronco culebreaban, envolviéndolo en sus vueltas, algunas matas de campanillas; las que, lejos de atormentar á este Laocoonte, al llegar á sus ramas le sonreían con sus ojos azules y con sus bocas de color de rosa.

Veíase en un rincón una parra tan vieja, tan arrugada y tan corcovada, que inducía á creer que, así como Túbal era nieto de Noé, fuese ella nieta de la parra que plantó dicho patriarca. No tenía, en verdad, documentos con que probar su antigua nobleza, puesto que todas sus fes de bautismo y demás pergaminos de su propiedad, apenas amarilleaban, se los llevaba el viento revolucionario del otoño, al que nada resiste sino los pinos, que son los militares de la vegetación, derechos, bien guiados, uniformes, inmutables y serenos.

No obstante, la anciana no se daba por jubilada, ni era momia, como parecía á primera vista. Cuando llegaba Febrerillo el loco con sus días veintiocho, asomaban á la calla-callando en sus extremidades unas hojitas pálidas y tiernas, y detrás de ellas sacaban la cabeza unos racimitos microscópicos. En-

tonces el sol los acariciaba para animarlos, el viento los sacudía para fortalecerlos y poco después las lozanas hijas rodeaban á su anciana madre, abrazaban su cuello, colgaban de sus brazos, y le presentaban sus nietos, los bellos racimos de que se gloriaban. La familia de la casa se encontraba insensiblemente su patio entoldado, sin trabajo, ruido ni costo, y la parra decía á su vecino el romero, al que se prendía cariñosamente con sus sarmientos: «Yo también cumplo la misión de nuestro Criador»; el romero respondía con su grave, suave y perfumada voz: «*Gloria á Dios en las alturas y paz al hombre en la tierra*», las hojas susurraban, y los pájaros cantaban: *Amén.*

Entre las plantas que tan confortable como sosegadamente vivían en su arriate solariego, sin más incomodidad que la del fastidioso zumbido de tal cual moscón inoportuno, se distinguía por su serena y perenne hermosura el ya mencionado romero, que es tan simpático y amigo del pobre, que jamás logra el pudiente verlo en sus cultivados y costosos jardines tan lozano como le tiene el pobre en su humilde moraqa. Nada allí le hace enfermar ni alejarse; ni las bestias que á su paso le rozan, ni los chiquillos que le tiran, le jalan y lo estropean; ni las excesivas contribuciones que se le sacan, ya para

remedio en las dolencias, ya para purificar el ambiente quemándolo, ya para confeccionar ramos de flores, hechos, ó con objeto divino ó con objeto profano.

¿Será esta predilección que demuestra el romero por las casas de los pobres, á causa de que en ellas se le considera como planta santa, por haber la Virgen tendido sobre sus ramas, para secarse, las ropas del Niño Dios, y porque agradece más este culto del corazón que el cultivo material del jardinero? ¿O será que, considerándose propiedad de los pobres, le sucede lo que á la hierbabuena, de la que se dice que si su dueño ó su encargado no coge sus vástagos, se seca?

Al estampar esta encantadora creencia de nuestro pueblo, así como otras muchas que con tanto amor recolectamos, se nos ocurre que no faltará doctor *sabijondo* que las califique de supersticiones, de supina ignorancia; y hasta profesor de matemáticas que las declare irreverentes dislates.

¡Equivocados estarían los graves y doctos! Y quien se lo asegura con todo el aplomo de la convicción es el no grave y no docto escritor de estas hojas. No engendraron estas suaves creencias ni la ignorancia ni la superstición; pero sí las engendraron en sus primeros amores la imaginación casta, pura y florida, y el sentir rico y santo!

Pues de este pueblo meridional, criado por el catolicismo, se puede decir que tiene una imaginación que *siente*.

Entre estas creencias las hay que se toman la libertad de ser ciertas sin la autorización de la ciencia. Y si se nos pregunta si creemos en ellas, dejaremos á Carlos Nodier contestar, que lo hará mejor que nosotros:

«Me permitiréis — contesta á igual pregunta ese sabio é ilustrado escritor—no pronunciarme tan á la ligera sobre creencias apoyadas por el testimonio del pueblo, que se funda él mismo sobre la experiencia.»

Y en otra parte añade:

«El examen en estas materias es una operación del entendimiento que demuestra ingratitud y desconfianza.»

Pero volvamos á la casa del pobre: ¡allí donde aún se cree, ama y espera con tan sano corazón! ¡Qué bien se respira allí! ¡Qué paz siente el alma que está en armonía con cuanto allí la rodea!

Escuchemos á las golondrinas, que son tan queridas que, cuando llegan, brotan las flores, y cuando se van, mueren las hojas. Escuchémoslas, pues, aunque trabajan mucho, cantan aún más, ¡porque también son pobres! Debajo de cada teja se veía una de sus chozas, labrando así una aldea en una casa. El gato, subido en la escalera del sobrado, con

las manos guardadas en los bolsillos y las piernas encogidas, cerraba los ojos y meditaba sobre los más ó menos grados de calor que tenía el sol en tal ó cual paraje, sin dejar por eso de vigilar, como buen guardia civil, la puerta del sobrado en que había trigo, por si veía algún Caco ratonil, echársele encima desenvainando sus aceros.

En el arriate, frente al Mediodía, se notaba un modesto cactus que levantaba en alto como dedos verdes sus penquitas, señalando á sus flores frías y yertas ese sol que tanto ama su dilatada familia, que mira á los trópicos como su tierra de promisión.

Estas flores, llamadas del *lagarto*, son tan idénticas al animalito cuyo nombre llevan, hasta en la frialdad y aspereza de su contacto, que dejan al que las mira en la duda de si en una inobservada metempsícosis se unen las ojas de la flor, y sacando de su cáliz unos ojitos y unas patitas que guardan escondidas, se echan á correr por las paredes como flores calaveras, ó bien de si los lagartos, cansados y contritos de su vida vagabunda, curiosa y entremetida, escalando tapias, haciendo lupanares y garitos de las venerables rajas de los muros vetustos, profanando con sus locas carreras las augustas ruinas, forzando á la honrada hiedra y al pulcro jazmín á ser encubridores de sus cui-

tas amorosas, entran al fin en sí, se desprenden de sus ligeras patas, cierran sus curiosos ojos, se encapuchan en su piel, y se vuelven flores frías é inodoras, flores trapenses en su convento de las Pencas. El que las mira se pregunta, abstraída la mente en las reflexiones investigadoras que engendran: ¿qué será lo que contiene aquel oculto y encerrado cáliz? ¿Será acaso un corazón de lagarto arrepentido, ó unas patas de flor de emancipadas y libres ideas, que desean ponerse en rápido movimiento, siguiendo la marcha y doctrinas del sigló?

Por una parte, hay en favor de esta última versión el que, para morir, no se deshoja la flor como sus compañeras, sino que envejece, se encoge y se seca lenta, tranquila y paulatinamente, como la vida en el claustro. Pero en favor de la primera versión, esto es, la de que sean lagartos exclaustrados, hay que los lagartos salen de tierra cuando el sol los llama, y desaparecen cuando las escarchas los echan, lo mismo que las flores. Además, en pro de esta aserción es la notoria buena propensión del lagarto á la santidad, pues sabido es que, aun en la fuerza de su vida disipada, nunca se recoge sin bajar antes á besar humildemente la tierra.

Poseemos una maceta de esta planta esfinge, la que nos preocupa como un enigma

inacertable. Por más que hemos observado la misteriosa flor al sol y á la luna, que es el astro de los duendes, por si eran flores de su naturaleza, ellas, metidas entre sus pencas, observan su regla, y callan como hijas de San Bruno; y ha sucedido que este arcano ha llegado á ser la constante preocupación de nuestra mente. Si alguien descubre la solución de este problema agradeceremos que nos la participe.

Mas nos perdimos en un laberinto de flores. Pedimos perdón á los enemigos de nuestras digresiones y adversarios de los laberintos, como si en cada uno hubiese un Minotauro. Dice Lamennais: «*L'esprit revient sans cesse sur ce que le cœur aime.*» (Siempre recae el pensamiento sobre aquello que ama el corazón.)

Al frente tenía el patio la cocina, por la que se pasaba para ir al corral. Al lado de la puerta de entrada había una salita con su ventana á la calle y su alcoba interior; al lado de ésta otro cuartito con puerta al patio.

Desde la calle se veía cerca de la cocina una escalera de ladrillo sin baranda y sin techar, labrada sobre un arco de material, que llevaba á un sobrado, en la que hemos visto ya al gato en el desempeño de sus funciones.

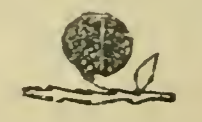
Estas escaleras rústicas que aparecen entre matas y flores dan á las casas en que se hallan un aire tan pintoresco, tan genuino, de viviendas pobres, campestres y sencillas, que causa el mirarlas el mismo dulce y simpático efecto que causan las construciones de los nacimientos.

Ansía uno por embutirse en aquella linda y candorosa pobreza; le parece á uno que, así como el romero halla allí su adecuado y preferente lugar, lo hallaría uno igualmente. ¡Ah, feliz romero! superior en tu noble independencia al imponente Minos social, su alteza el *Qué dirán*, que con su multitud de ladradores canes, hijos del primitivo Cerbero, preside y dirige nuestras acciones, y juzga por su propia virtud al que quiere y al que no quiere ser juzgado en su tribunal, que, por cierto, á pesar, ó quizás á causa de todos los gases modernos, suele estar muy mal alumbrado.

En la aseadísima salita se veían unas toscas sillas; de la pared colgaban unos malos cuadros de Santos, más admirados por ojos fervientes que los de Murillo y Velázquez por ojos artísticos, y ved por qué los Santos, como el romero, prefieren las casas de sus amigos los pobres.

Sobre una mesa había una imagen de bulto de la Señora, bastante buena, cuyos flotan-

tes vestidos, que eran también de talla, estaban primorosamente pintados y dorados, y de una manera tan sólida y permanente, que una incalculable serie de años sólo habían logrado amortiguar algún tanto su brillo. ¡Qué artistas, qué artífices, qué menestrales, los de la época del obscurantismo!





CAPÍTULO VI

> Los espíritus fríos que no comprenden el encanto de la *devoción práctica*, me han asombrado siempre.
>
> CARLOS NODIER.

> Saber es quizás engañarse; creer es la sabiduría y la felicidad.
>
> IDEM.

A la puerta de la sala estaba sentada una anciana remendando un vestido de niña, reemplazando la destrozada espalda con un pedazo de tela de color y de dibujo distinto al del vestido.

Concluía su último sobrehilado, cuando se oyó bulla en la puerta, y las tres niñas que hemos visto ir al encuentro de su padre entraron presurosas, enseñando á la anciana, que era su abuela, los ramos de flores que traían.

—Y tú, Gracia—preguntó la anciana, dirigiéndose á la mayor—, ¿no traes flores?

— Tenía el mejor de los tres ramos, que traía una estrella — respondió Antonia, que

era la segunda—; pero ese pícaro Raimundo, el hijo de la viuda de Trillo, se lo hizo pedazos con su bastón.

Gracia presentó á su abuela el destrozado ramo, sobre cuyas estropeadas flores brillaban como gotas de rocío sus lágrimas.

—No le hace—dijo la anciana—. Con las que traen tus hermanas basta para llenar los floreritos, que para la fiesta de mañana, el Patrocinio de su santo Esposo, pondremos ante la SEÑORA. Aunque las flores sean del campo, y aunque sean pocas, no importa; porque bien sabéis que la intención basta. Esto os lo probará un ejemplo que voy á referiros:

Había en una huerta un pobre niño huérfano, que por caridad habían criado en ella. Todas las madrugadas venía al pueblo á traer la berza, y después de entregarla al revendedor, se iba á la iglesia de un convento. Allí se ponía de rodillas ante la imagen de una VIRGEN con mucho amor y fe, y no pudiendo traerle otra cosa como ofrenda, depositaba en aras del altar unas hojitas de las berzas que criaba. Los Padres, que notaron esta extrañeza, parecida á un desacato, llamaron un día al niño y le preguntaron por qué hacía aquello.

El niño contestó que lo hacía por el grande y tierno amor que tenía á la SANTA MA-

DRE DE DIOS, que miraba como suya por no tener otra.

—¡Y qué!—le preguntaron los Padres—, ¿no sabes demostrárselo de otro modo? ¿No sabes rezar?

El niño contestó que no. Entonces le dijeron que todas las mañanas entrase en el convento, y que ellos le enseñarían. Así sucedió; y el niño en poco tiempo aprendió á rezar, á leer, á escribir y otras muchas cosas, y ya no le llevaba las hojas de sus berzas á la Señora, porque le daba vergüenza. Pero sucedió que el niño cada día se fué poniendo más triste. Los Padres quisieron averiguar la causa de esta tristeza, y se la preguntaron, á lo que contestó el niño que la Virgen no le quería ya tanto como antes.

— ¿Y cómo sabes esto? — le preguntaron los Padres.

— Lo sé, lo sé — respondió el niño.

— Pero ¿desde cuándo es que no te quiere como antes? — tornó á preguntar el Prior.

—Desde que tanto he aprendido—contestó el niño.

—¡Pues qué!—le dijo el Prior—, ¿te mira mal la VIRGEN, ó te despide cuando formulas tus oraciones ó cantas sus alabanzas?

—No, no; eso no—respondió el niño.

— Pues entonces — preguntó el Prior — , ¿por qué dices que te quería más antes?

—¡Porque antes—contestó el niño—, cuando le traía las hojitas de mis berzas, se sonreía..... y ya no se sonríe!

Ved, pues, hijas mías, por qué dice el SEÑOR: «BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU», pues cuando son ricos de corazón hay para ellos gracias excepcionales, negadas del todo á los soberbios fariseos y falsos doctores. Gracia, hija, las que más agradece la Señora son las flores cogidas en nuestro corazón, con las que diariamente le tejemos su corona (1).

En seguida pusieron las niñas las flores en los floreritos de cristal con algunas ramas de romero; hecho lo cual se arrodillaron las tres ante la imagen de la VIRGEN, y la abuela empezó á rezar la siguiente devoción:

CORONA DE ROSAS

PARA ADORAR Á MARÍA SANTÍSIMA

Para alabar á María
dadnos gracia en este día.
MARÍA, Reina gloriosa,

(1) Véase otra y otra vez lo más sublime de la ley de Jesucristo, demostrado prácticamente por el pueblo católico español, pues de las ocho Bienaventuranzas, la que, según todos los Santos Padres, debe conceptuarse más excelente y de todas ellas la primera es la de *los pobres de espíritu*.

La más alta cultura dice hoy por boca del liberal Carlos Nodier: «La culpa del Paraíso es la *ciencia* malhadada, hija de la curiosidad.»

Las niñas respondieron en coro:

Mi amor te ofrece esta rosa.

La rosa significa el Ave María, que en seguida empezó la abuela y concluyeron las niñas, siguiendo después de esta suerte:

ABUELA. Virgen pura y candorosa,
NIÑAS. Mi amor te ofrece esta rosa.

Ave María.

ABUELA. En tu concepción dichosa,
NIÑAS. Mi amor te ofrece esta rosa.

Ave María.

ABUELA. De DIOS PADRE HIJA amorosa,
NIÑAS. Mi amor te ofrece esta rosa.

Ave María.

ABUELA. De JESÚS MADRE piadosa,
NIÑAS. Mi amor te ofrece esta rosa.

Ave María.

ABUELA. Del SANTO ESPÍRITU Esposa,
NIÑAS. Mi amor te ofrece esta rosa.

Ave María.

ABUELA. Luz de los cielos hermosa,
NIÑAS. Mi amor te ofrece esta rosa.

Ave María.

ABUELA. Mujer fuerte y victoriosa,
NIÑAS. Mi amor te ofrece esta rosa.

Ave María.

ABUELA. Santa la más milagrosa,
NIÑAS. Mi amor te ofrece esta rosa.

Ave María.

ABUELA. Emperatriz poderosa,
NIÑAS. Mi amor te ofrece esta rosa.

Ave María.

ABUELA. Mártir santa y silenciosa,
NIÑAS. Mi amor te ofrece esta rosa.

Ave María.

TODAS EN CORO

Guirnalda de rosas bellas
pongo en tus sienes gloriosas;
¡oh, MARÍA! logre por ellas,
quien te corona de rosas,
vértela puesta de estrellas.

¿Quién habrá podido contemplar tres lindas é inocentes criaturitas arrodilladas ante la PURA MADRE DEL HOMBRE-DIOS, y oído sus suaves vocecitas ofrecerle sus oraciones bajo el símbolo de una corona de rosas, sin sentirse conmovido? ¿Quién, entonces, no habrá considerado, ó más bien, *sentido*, que sólo es verdadera aquella religión que encuentra á Dios y le adora de este modo puro, espiritual, tierno, ferviente, elevado y dulce, con todas cuantas facultades, á su divina semejanza, puso Dios en la criatura que crió para obedecerle y amarle? ¿Qué hacéis vosotros, moralistas falsos, fríos escépticos, amargos filósofos, con estas divinas facultades? ¡Las ahogáis en hiel y en egoísmo!

—*Mae* abuela—dijo la más chica de las niñas, volviéndose sin levantarse hacia uno

de los cuadros que colgaban de la pared y representaba á Cristo en la cruz—, ¿vamos á rezarle un *Credito* al Señor *enclavao* para que vuelva presto *pae?*

—Sí, hija mía – contestó la anciana.

La que en seguida empezó á recitar el Símbolo de la fe con las niñas. Y apenas lo concluían, cuando, como si el Señor se dignase, sonriendo, conceder en el acto su amante é inocente petición á aquellos pequeños seres que en su peregrinación en la tierra llamó á sí, abrióse la puerta, en cuyo umbral apareció la bella y bondadosa persona del que llamaríamos, si pudiésemos hacerlo sin irreverencia, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo de aquella familia.

—¡Padre! ¡Pae! ¡Paecito!

Lanzando cada una de las niñas uno de estos gritos, se habían arrojado hacia el recién entrado, colgándose la mayor de su cuello, la segunda de su brazo, y abrazándose la más chica de una de sus rodillas.

—Mae—dijo éste, dirigiéndose á la anciana—, ya me tienen rendido y sujeto, lo propio que los alanos al toro; ya no soy *naide.*

— Niñas — dejad sentar á vuestro padre, que vendrá rendido—, dijo la abuela.

— Padre, rogando estábamos á Dios para que volviese usted pronto—dijo la mayor.

—Sí, al SEÑOR *enclavao*— añadió la chica.

—Y diciendo amén, usted en la puerta —prosiguió la segunda—. ¡Como que es ese Señor más *milagroso!*... (1)

—Como que es este Señor un traslado del de la Vera-cruz, de quien dijo Juan Espera-en-Dios que era idéntico al Señor —dijo la anciana.

—¿Quién es ese Espera-en-Dios, madre-abuela? —preguntó Gracia.

—Es el Judío errante.

—¿Y quién es ese judío, abuelita? —preguntó Antonia.

—Ese judío —contestó la abuela —es un zapatero que vivía en Jerusalén en la calle de la Amargura, y cuando el Señor pasó por ella con la cruz á cuestas, al llegar á la puerta de su casa, iba tan destrozado y exhausto, que quiso descansar en ella, y le dijo al dueño:

—¡Juan, sufro mucho!

Y Juan contestó:

—¡Anda, anda, que más sufro yo, que estoy aquí cosido al remo del trabajo!

---

(1) ¡Qué ignorancia tan crasa, qué evidente prueba de superstición! Creer que Dios puede oir nuestros ruegos, creer que pueda conceder nuestras peticiones, y llamar á esta concesión—sobre todo si es pronta y extraordinaria—*milagro*, es el colmo del fanatismo. Si no nos *desfanatizan y desupersticían* los misioneros protestantes y sus secuaces, ¡qué será de nosotros!

Entonces el Señor, viéndose tan cruelmente despedido, le dijo al zapatero:

-- ¡Pues anda tú, anda... hasta la consumación de los siglos!

Al punto aquel hombre sintió que andaban sus pies sin él moverlos ni poderlos retener, y desde entonces empezó á andar, á andar... y desde entonces anda sin nunca pararse, y andará hasta la consumación de los siglos, para que se cumpla la maldición de Dios que se atrajo.

Viendo aquello, conoció aquel despiadado que era un castigo del cielo por su dureza, y por aquella palabra cruel de «¡Anda, anda!» que le echara á la cara al maltraído que le pidió descanso, y se arrepintió con el alma de lo que había hecho, y empezó á llorar su culpa y á desesperarse. Y así anduvo, hasta que al año, un Viernes Santo á las tres de la tarde, se le apareció en lo más lejano de los horizontes, y entre los elementos y celajes, un Calvario con tres cruces. Al pie de la más alta, que era la de en medio, estaba una Señora tan hermosa como afligida, tan afligida como mansa. Esta Señora volvió su cara descolorida y llena de lágrimas hacia él, y le dijo:

— ¡Juan, espera en Dios! (1)

---

(1) Textual del relato popular.

Entonces sintió un consuelo muy grande, y siguió andando, y anda sin pararse jamás desde hace diez y ocho siglos. Y cuando se ve tan solo y desconocido á las generaciones que ve surgir y caer, sus amigos muertos, su estirpe extinguida, su tierra, que fué la del Dios de Israel, en poder de moros, su pueblo maldecido, desparramado, despreciado y mal visto, y que, á pesar de todo, queda impenitente y descreído, con una señal en el rostro como Caín, se acongoja y desfallece su corazón. Pero vuelve el tiempo santo y con él el Viernes Santo, y á las tres se le reaparece el Calvario en los lejanos horizontes, y la Señora, que con su dulce voz le dice: «*¡Juan, espera en Dios!*» Entonces recobra la esperanza, y con ella ánimo para cumplir su condena, y vuelve á andar y andar sin nunca pararse; por lo cual le nombran el Judío errante (1).

---

(1) ¡Qué versión popular católica del Judío errante, esa tradición universal que es en verdad apócrifa, porque puede que sea esto parte del destino de aquel ser excepcional! ¡Sufre su expiación certera en este mundo, en que pasa desconocido! Tradición que nada obliga á creer, pero que nada impide que sea creída; tradición que se desea cierta, porque nos pone casi en contacto directo con la gloriosa época de nuestra redención; tradición profundamente melancólica y altamente consoladora, que corona la expiación con el premio; tradición que guarda el pueblo en el archivo de su *Fe ciega*, como debe ser, pues así se simboliza la Fe. Lo cual no prueba igno-

— Y ese Juan Espera-en-Dios, como que conoció á CRISTO nuestro bien — dijo Gracia—, deberá saber si el SEÑOR DE LA VERACRUZ se parece al que representa.

—Así es, hija mía—contestó la anciana—. Así acaeció que cuando inauguraron su capilla, y llevaban á ella en procesión á la Santa Efigie, se vió pasar á un hombre, que era forastero y á quien nadie conocía, el que alzó la vista y miró al Crucificado; se le cayeron dos lágrimas por su tostado rostro, y dijo: «¡Cómo se parece al de la calle de la Amargura!» Todos los que oyeron se quedaron asombrados; y como aquel hombre prosiguiese andando sin pararse, no faltó quien le siguiese y viera cómo atravesaba el pueblo sin detenerse, y sin *relantecer* su marcha, ni aflojar el paso, desaparecía en la distancia (1).

---

rancia ni falta de alcances, como lo suponen las medianías pedantescas, sino sumisión, obediencia, buena fe y espiritualismo; cualidades de corazones sanos.

(1) La preciosa leyenda del Cristo de la Veracruz que acabamos de referir no es de Carmona. Está en otro pueblo esta efigie del Señor de la Veracruz, de la que era muy devoto el afamado torero Paco Montes. Según decía, por su poder había sido libertado en grandes peligros. Aseguraba que en los momentos supremos se encomendó é imploró á este Cristo con tanto fervor y fe, que le vió con sus ojos acudir y presentarse á sus ruegos. «Todos—añadía—vieron desvanecerse como por ensalmo la certera catástrofe, y todos decían que me había salvado mi suerte; yo sólo sabía que me había salvado mi fe.»

Los extranjeros llaman á Juan Espera-en-Dios, *Ashavarius*.



CAPÍTULO VII

> La misión del arte es espiritualizar la naturaleza.
>
> BALZAC.

¡QUÉ lastimosa es esa historia, abuela! —dijo Gracia—. ¡Pobre Juan Espera-en-Dios! ¡Qué lástima me da!

—¡Toma! Para lo que hizo, bien poco castigo fué—opinó Antonia.

—¡Ya!—repuso su padre, que se había sentado teniendo en sus brazos á la más chica de sus hijas.—Como que tú no puedes estarte quieta, te—parece á ti que eso de andar sin descanso no es martirio.

—¡Ay, *pae*, que trae usted aquí una pulga! —exclamó la niña.

—Déjala, que pronto viene San Pedro y se van todas las pulgas á cabildo.

—¡A cabildo! ¿Y por qué?

—Porque ya cobraron la contribución.

—Gracia — dijo Antonia —: ¿á que no aciertas este acertijo?

Si la tienes la buscas,
si no la tienes,
ni la buscas ni la quieres.

La interpelada no contestó.

—¿No aciertas, chacha?—preguntó Antonia.

—Deja á tu hermana, á la que no divierten los acertijos—dijo la abuela—. Hijo—añadió, dirigiéndose al padre de las niñas—, ¿cobraste los garbanzos?

—No, señora, madre. ¡Bien me pesa de haberle fiado á ese hombre, y no haber tenido presente que «oveja fuera, duro en la montera»!

—¡Válgame Dios!—exclamó la anciana.—Ese hombre tiene con qué pagar, y no hacerlo es puramente mala voluntad. Pero debía tener presente el refrán que dice: «El que paga descansa y es dueño de lo ajeno.»

—Los cicateros el refrán que tienen presente, señora, es el suyo: «La vergüenza pasa, y el dinero queda en casa.»

—Debías ponerle por justicia, hijo.

—¡Qué, señora! Ese era el modo de que se fuera el dinero bueno tras el malo.

—¡Pero, hijo, si tu derecho está claro como el sol y tienes por ti la ley!

—Mas qué *asina* sea. ¿No sabe usted aquello de: «¿Dónde vais, leyes?—Donde quieren Reyes?» Señora, necios y porfiados hacen ri-

cos á los letrados. Ello es que me ha sucedido como á Sebastián Cebada, que fué y vino y no le dieron nada. Pero no hay que apurarse, que todos los días paren las madres.

—¿Y dónde fué y vino Sebastián Cebada, *pae?*—preguntó la niña Antonia.

—A Madrid, á ver al Rey.

—Paecito, cuéntelo usted—rogó la niña.

—Pues han de saber ustedes—contestó José Flores—, que era Sebastián Cebada el más gañán y el más bárbaro de su pueblo, en el que había muchos de su jaez. Púsosele entre ceja y ceja que había de ir á Madrid á pedir un empleo, y no hubo quien le pudiese sujetar, y en Madrid se encampó. Plantóse ante el palacio real, aguardando á que saliese su real majestad, y conforme se tocó la marcha real, y se formó la tropa, y vió salir á su majestad, se puso á dar desaforadas voces gritando:

—¡Eh, eh, tío rey, tío rey!

Al oir aquellas voces, se volvió su real majestad y le dijo:

—¡Insolente, rudo, patán!

—Ya va su mercé cercano, pues me llamo Sebastián—dijo el pretendiente.

El Rey se echó á reir de tanta barbaridad, y le preguntó que qué era lo que quería; á lo que respondió éste muy en sí que quería un empleo.

—Bien está—dijo su real majestad—; hágote administrador de la yesca.

Volvióse Sebastián á su pueblo más alegre que unas carnestolendas, y más en sí que uno de los usías ingertos que se usan á la presente.

—Con que—le dijo su mujer *ende* que entró—¿viste al Rey?

—¡Vaya si le *vide!*

--¿Y te habló? -volvió á preguntar su mujer.

--¡Toma! Y me llamó por mi nombre.

--¿Y te dió un empleo?

--Y de los buenos.

La mujer se alborotó y llamó á las vecinas todas para decirles la buena nueva, y después de felicitarla con muchos parabienes, quisieron saber cuál era el decantado empleo.

Cuando les dijo el agraciado que era la administración de la yesca, se fueron riendo y refiriendo que Sebastián Cebada fué y vino y no le dieron nada.

Y yo, hijas, pasé por tres cabrerizas, me dieron tres quesos, y ahí queda eso.

--Padre—dijo Gracia, tomando entre sus manos la cara de su padre, que dirigió hacia un lado de la pared del patio, en que en una teja, sujeta en ella, se veía un magnífico clavel--, ¿le ve usted, medio blanco, medio encarnado, como las nubes á la puesta del sol?

--Ya veo, ya veo--contestó el padre, mirando á su preciosa hija con inefable cariño.

Un rosal cría una rosa,
Y una maceta un clavel;
Y un padre cría una hija...
¡Sin saber para quién es! (1)

—¡Pobre rosal, pobre maceta y pobre padre!—murmuró la abuela, que recordó una hija difunta que había casado con un mal hombre.

En este momento entró en la casa un vecino, que era un muchacho de diez y siete á diez y ocho años, no mal parecido de rostro, pero muy pequeño y diminuto; lo que había hecho que le pusieran por apodo *Peneque*, apodo que le sacaba de tino, contra el que se resistía, se rebelaba y protestaba con poquísimo éxito.

Mientras más se obstinaba en rechazarlo, más inherente se hacía el mal nombre; sucediéndole lo que al pobre pez, que mientras más esfuerzos hace por zafarse del anzuelo, más profundamente se le clava. Pocos días antes había acontecido que, exasperado á lo sumo, se había ido á quejar al alcalde; cuya entrevista se refería del modo siguiente. Es

(1) ¿Puede darse un sentimiento más tierno y paternal, y más poéticamente expresado?

de advertir que el alcalde, que le conocía, que sabía que era un excelente chico, que desde pequeño mantenía con incansable afán á dos hermanitos y á su madre, enferma y viuda, le quería mucho, y le recibió con bondad.

Llegado á presencia de la autoridad el diminuto agraviado, diz que le dijo:

—A mí me llaman Peneque,
Señor Alcalde: ¿qué haré?
—Vete tranquilo, Peneque,
Que yo lo remediaré.

contestó el alcalde, incurriendo, por la fuerza de la costumbre, en la demasía que le prometía refrenar.

Al entrar en la casa Peneque, mal y melancólicamente engestado y con un carrillo hinchado, se dejó caer de medio ganchete sobre una silla.

—¿Qué traes, Alonsillo, que parece que has probado vinagre?—le preguntó José Flores, que era su padrino.

—¿Estás triste?—dijo Antonia.—Si estás triste, cuélgate un cascabel de las narices.

—¡Qué he de traer, padrino!—contestó Peneque, sin hacer caso de la escaramuza de Antonia—. Las penas se me empalman. ¡Ahora estoy malo!

—¿Pues qué te duele, hombre?

—¡Todo lo que se llama Alonso!

—Que eran treinta, y todos tontos — observó Antonia.

—Hijo, si son dolores de frío los que tienes—dijo José Flores—pronto se te quitarán, pues nada los cura mejor que polvos de Mayo y cáscaras de brevas.

—No son dolores de frío, padrino, ¡es que tengo un golondrino! ¡Y esto en este mes, cuando más apremia la obra de zapatería, que tiene que estar lista para el Corpus! ¡Y el malhadado del maestro, que cuando se lo dije me respondió que era yo como los perros del Padre Lobo, que cuando salía la liebre, se les ofrecía ensuciar!

—Tú eres—dijo Antonia—como la vieja del Olivar, que cuando no tenía sarna tenía postillas, Peneque.

—¡Qué Peneque?—exclamó éste, poniendo fiero su rostro desigualmente repartido—. No me llamo Peneque, que me llamo Alonso.

—Poncio Berengena, capitán de la manga llena—repuso Antonia—, ¡bien sabes que todos te llaman Peneque, hasta el alcalde!

—Los deslenguados no más—exclamó el ofendido—. Mira como Gracia no me lo dice.

—¡Ya!—respondió la chiquilla—. Gracia es la *paz vobis*.

—Y cata ahí—dijo Alonso—por qué la quieren todos, por su *angelidad*. ¿No me ve us-

ted la cara qué hinchada la tengo, tía Juana *Poluceno?*

Peneque quería decir Juana Nepomuceno.

—¡Vaya por Dios, hombre!—contestó la anciana.

—Tengo una *influción*—prosiguió Peneque—. Cuando se lo dije al maestro me respondió con burla: «Al que le duela la muela, que se la saque ó que rabie.» ¿Le parece á usted eso *rigular?*

—Hijo, toma unas buchadas de romero cocido en vinagre.

—Yo te coceré el romero—se apresuró á decir Gracia.

—¡Qué había de tomar buchadas—repuso tristemente Alonso—, si tenemos que velar para concluir la tarea!

—¡Cómo ha de ser, hijo!—opinó la anciana—. El trabajo es la única herencia que nos legaron nuestros padres desde Adán. Mira á mi hijo José, que va á trabajar á la luz de la luna á su haza.

—Como que el trabajo es la honra del pobre—dijo José Flores.

—Ya lo sé—repuso Alonso—, y que Gracia se va con su mercé.

—Como está entonces el campo tan solo, yo acompaño y velo á mi padre—dijo Gracia.

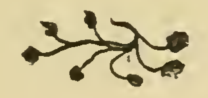
—Y mira tú, Alonsillo, á un hombre favorecido, que tiene ángeles de guarda á pares —añadió José Flores.

—¡Ay, *pae!*—exclamó Antonia.—Lo propio que usted dice la madre de Alonso.

—Así bendecirá Dios á Alonso, como su madre lo hará; y á Gracia como la bendigo yo.

—¿Y á mí, padre? ¿Y á mí, padre?—exclamaron las dos chicas.

—¡A las tres!—contestó el buen padre á sus hijas, que se habían abrazado de su cuello.





CAPÍTULO VIII

> Hay personas que no creen en nada. Preferible es á esto el creerlo todo.
>
> VIZCONDE DE ARLINCOURT.

A la mañana siguiente, cuando vino Alonso á la hora de comer, á casa de su padrino, como tenía de costumbre, antes de entrar en la suya, se quedó sorprendido de hallar en ella al P. Buendía y á sus discípulos que le habían precedido. Mauricio tenía las manos en los bolsillos y bostezaba, y Raimundo en las suyas un hermoso ramo de flores.

El Padre se había acercado á la anciana, y le decía en este momento:

—Ayer tarde destrozó Raimundo el ramo que tenía su nieta de usted, y hoy le trae otro en compensación. El perjuicio que se ocasiona, se resarce.

Antoñita ó Antoñilla, según la nombraban, que, como hemos visto, era viva y despierta y nada tenía de tímida, se acercó al ramo y le echó mano.

—¡Arre allá!—dijo con su díscola grosería Raimundo. — El ramo no es para ti, sino para la otra; para la llorosa estrella de Vandalia, que es más bonita que tú.

—Nadie llora sin causa, ni aún las estrellas — dijo de repente Alonso, cuya entrada no había notado nadie.

—¡Ay qué cara!—exclamó Raimundo, soltando una carcajada.—Oye, Peneque: ¿es tu madre gorda y tu padre flaco?

—Al pobre le duele una muela — dijo la anciana—; si hubiese hecho lo que yo le aconsejé, ya estaría curado.

—¿Y qué fué lo que usted le aconsejó?— preguntó el P. Buendía.

—Que se enjuagase la boca con vinagre cocido con romero. Tomando calientes estas buchadas nunca se pica la dentadura.

—No sabía yo que el romero tuviese esa virtud—repuso el Padre.

—¡Señor, si las que tiene esa mata bendita son tantas que no se pueden contar! Era en su principio un hierbasco del campo; pero desde que la Virgen Santísima tendió á secar en ella la ropita del Niño, está siempre verde, se hizo oloroso y adquirió sus muchas virtudes.

—¡Qué! ¿Tendió la Virgen las ropitas del Niño en un romero? — exclamó Raimundo, en quien despuntaba ya el amable, el elegan-

te y simpático tipo del escéptico ignorante, del necio pedante *Juan Niega*.—¿Cómo lo sabe usted, señora?

—Todo el mundo lo sabe y lo ha sabido de unos en otros—respondió la anciana—, y hasta la copla de Noche-Buena lo dice:

Lavando estaba la Virgen,
Y tendiendo en el romero;
Los pajaritos cantaban;
¡Adoremos el misterio!

Hay más, señorito: desde la muerte del Señor florece todos los viernes, día de su martirio, como para embalsamar su santo cuerpo. Trae ventura y santifica las casas que con él se sahuman la Noche-Buena. Ahuyenta su humo al enemigo, y purifica la atmósfera, evitando los perniciosos contagios: los polvos del romero secados, traídos sobre el corazón, lo alegran. La flor y las hojas, puestas entre la ropa, le dan buen olor y ahuyentan la polilla. Los cogollos más tiernos, comidos con pan y sal en ayunas, fortifican el cerebro y conservan la vista. El romero ahuyenta todo animal ponzoñoso. Bañar el cuerpo en agua en que ha caído romero, conserva la salud y fortifica el cuerpo. La flor del romero mezclada con miel blanca, espumada y hecha *lectuario,* limpia y fortalece el estómago. Las hojas del romero, cocidas en vino blanco, hacen un emplasto

aparente para llagas envejecidas, y este vino sirve también para sujetar las raíces del cabello. El zumo del romero, aplicado en el oído, quita el dolor que proviene de frialdad. El humo que produce al quemarlo, es bueno para aire perlático y para dolores, es...

—¡Señora!—le interrumpió Raimundo.—¿Por qué no dice usted de una vez que es el *sánalo-todo?* Por lo visto, el romero este que tiene usted aquí, y que en lo grande parece un lentisco, es el médico y el boticario de esta casa; aquí no habrá males nunca.

—Sí, señorito, que los hay — contestó la anciana—. Dios, que le dió sus virtudes al romero, no le hizo más poderoso que su voluntad, la que alguna vez se le opone, porque así conviene.

—Niña sensible—dijo Raimundo, dirigiéndose á Gracia que, tanto por cortedad, como por antipático desvío hacia aquel muchacho áspero y audaz, se había retirado lejos—aquí tienes un ramo con tus lloradas estrellas. Vienen las mismas que, según dice la copla, hay en el cielo, esto es, mil y siete; con las dos de tu cara y la de Vandalia, son mil y diez. Si no quieres tomar las flores, aquí las meto entre las ramas del romero, por si padecen de algún achaque, que se lo cure.

¡Vaya contigo! que más pronta estás para llorar las flores cuando las pierdes, que para celebrarlas cuando se te brindan.

—Es que aquéllas me las trajo mi padre —murmuró la niña.

— ¿Y eran por eso más hermosas que éstas?—preguntó con burla Raimundo.

—No; pero yo las quería más—respondió Gracia.

—¡Ay! ¡Qué *superfínica, superlatívica y supersupínica* eres!—dijo Raimundo.

Y dirigiéndose á la anciana, añadió:

—Tía abuela, usted que le reconoce tantas virtudes al romero que será preciso canonizarlo y rezar á San Romero, ¿me querrá usted decir si le reconoce alguna á las abulagas? Pues por mí no sé que tengan otra que la de quemarles las cerdas á los cochinos difuntos, y la de pincharles por detrás á los gatos cuando se acercan á las macetas de flores, en las que se las coloca á ellas como guardas de honor.

—Nada bueno sé de las abulagas—contestó la anciana—, sí sólo sé que la calle de la Amargura y el Monte Calvario están hechos un espeso abulagar desde que por ellos pasó el Señor con la cruz á cuestas.

—¿Usted lo ha visto?

Esta muletilla de los sabios y entendidos, que no se las tragan como ruedas de mo-

lino, como nosotros los necios é ignorantes, se le ocurrió á Raimundo, á pesar de ser un zoquete. ¡Cosa más rara! Pero á fuer de verídicos tenemos que consignarlo.

—No, señorito—contestó la anciana—. Pero si sólo se creyese lo que se ve, los pobres ciegos no creerían nada.

—Bien dicho, tía Juana Nepomuceno—dijo el P. Buendía—; y mejor de lo que usted piensa. La fe no entra por los ojos, que entra por el oído: *Præstet fides supplementum sensuum defectui*. (Supla una fe viva á la escasez de nuestros sentidos.) Hágame usted el favor—añadió el Padre dirigiéndose hacia el arriate—de darme unas ramas del romero; que me daré, según usted aconseja, un sahumerio en esta pierna, en que me molesta un dolor reumático.

—¡Señor, cuantas quiera su mercé! Ahí está la mata á su disposición.

Y la abuela y sus nietas arrancaban á competencia ramas al romero.

—¡Basta, basta, señora!—dijo el Padre—. que va usted á despojar al arbusto.

—Pierda su mercé cuidado—repuso la anciana—; en cogiendo al romero sus ramas con buen fin, mientras más se le arranca, más mete. Le sucede como al rico limosnero, que mientras más da á los pobres, más aumenta Dios su caudal.

—Bien dicho, señora—repuso el Padre—; que á nadie empobrece la limosna.

Cuando hubieron salido, dijo á los niños:

—¿Veis cómo está al alcance de todos la santa ley de Dios?

—¡Ya!—respondió Raimundo—. La definición de la limosna la tienen los pobres en la punta de la uña; como que les tiene cuenta, pues ellos son los que la cobran.

—Te equivocas, Raimundo, como siempre que habla por tu boca la malicia—repuso el Padre—. Los pobres dan todos, sin excepción, á otros más necesitados, si á ellos acuden; y no todos, sino pocos, reciben limosna. Avergüenzan, pues, al rico, para el que es un precepto religioso, una obligación social, y la más dulce prerrogativa de la riqueza, el dar á manos llenas y sin contar.

—Todas sus rentas, aunque se queden sin ellas, ¿no es eso?—preguntó Raimundo con ironía.

—No, hijo; eso no. Expresa el pueblo con su buen sentido en un refrán la justa medida en el dar, de esta forma: «Ni á ti que te luzca, ni á mí que me haga falta.» Pero se debe dar cuanto no se necesite. Dice fray Manuel en su Carta portuguesa, traducida por Isidro Fajardo: «Quien gasta menos de lo que tiene, es prudente; quien gasta lo que tiene es cristiano; quien gasta lo que no tiene, es la-

drón.» Dice San Lucas: «Dad á todo el que os pida. Haced bien, y prestad sin esperanza de recobrarlo.» Esta es la ley de Cristo, hijo. Y ten presente que dice San Benito: «No soy cristiano en verdad si á Cristo no sigo.» Tú, Raimundo—prosiguió el Padre—, eres, no sólo descortés, sino áspero en tu trato, lo que no deja de ser también una falta de caridad; y es preciso, hijo, ser cortés con todos, aunque sean inferiores; que esto, *si es honra para quien la recibe, más es para quien la hace* (1).

Antes de irse, y mientras cortaban la abuela y las nietas las ramas del romero para el P. Buendía, se había acercado Raimundo á Alonso y le había dicho:

—Oye, Peneque: ¿con que has entrado en la hermandad de la lezna?

Alonso no contestó.

—Como eres tan finito y repulido—prosiguió Raimundo—harás zapatitos de tabinete para las mujeres, y de tafilete encarnado para los niños.

—Hago zapatos de vaca para los hombres; ¿está usted, señorito?—respondió Alonso—.

---

(1) Ramillete de divinas flores de Bernardo de Sierra. No es la primera vez que hacemos notar que en el espíritu religioso y en los preceptos cristianos se hallan aún las más cultas reglas de delicadeza y finura social.

Que aunque le parezco yo á usted fino, soy recio para el trabajo y para cuando se necesita serlo.

—Y, sobre todo, necesitas serlo para la vida que vas á llevar—repuso Raimundo—, pues es sabido que los zapateros llevan una vida trabajosa.

Lunes y martes de chispa;
Miércoles la están durmiendo:
Jueves, viernes, mala gana,
Y sábado entra el estruendo.

Hoy es viernes, te toca mala gana, y bien se te conoce.

—No es mala la que tengo...—dijo Alonso cerrando los puños de coraje.

Lo demás de la frase no lo oyó Raimundo, que le había vuelto la espalda.

—Cuando oigo y veo á ese señorito Raimundo—dijo Alonso así que se hubieron alejado el P. Buendía con sus discípulos—, se me pone el cuerpo envenenado y con una hormiguilla que me desatienta. Es más raído, más *insultativo* y provocante que un baratero. Más humos tiene que una hoguera sin llama, porque tiene dineros mal ganados, siendo un don Nadie, y levantado del polvo de la tierra ayer de mañana; que mi abuelo conoció al suyo arriero, andando tras de los burros.

—Calla, Alonso—le dijo la buena anciana—; que haces malamente en echar juicios temerarios y decir que el caudal de los Trillos es mal ganado.

—Señora, quien dice la verdad, ni peca ni miente.

—No afirmes lo que no sabes, hijo. Tú no conoces á esas gentes de rejas adentro, y nunca han tenido en el pueblo mala nota.

—¡Mire usted que hacer burla de Gracia!... Sólo ese mal alma lo hace. ¡Buena prenda saldrá el niño ese! Que por las vísperas se conocen los Santos.

—Raimundo es áspero y desamoretado, no digo que no—dijo la buena anciana—; pero, hijo mío, cada tejadito tiene su jaramaguito. El se enmendará; que para eso tiene á su lado al P. Buendía, que es un señor muy docto y muy santo.

—¡Qué se había de enmendar, señora!—exclamó cada vez más exasperado Alonso—. La zorra mudará los dientes, pero no las mientes. ¡Mire usted que después de hacer llorar á Gracia, que es tan bendita, hacer burla de su llanto!...

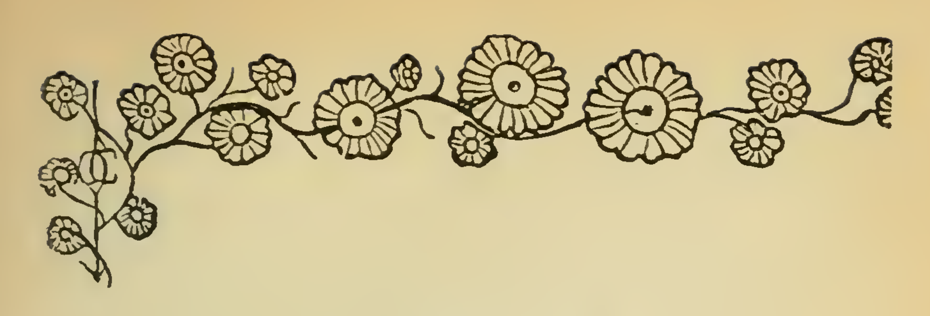
—Ya ves cómo le ha traído en desagravio un hermoso ramo de flores—observó la abuela—. Tú, Alonso, eres muy noble, y tienes el corazón muy sano; y así, son tus corajes

como la risa del negro, que se apaga al instante.

—No lo crea usted—exclamó Alonso, á quien el golondrino, la muela y Raimundo, en unión y competencia, habían exasperado; sino que, como no tengo dinero, me llamo *callar;* pero la procesión anda por dentro. Acuérdese usted de lo que le digo, tía Juana *Poluceno*. Por ese charrán, por ese guapo de esquina, me ha de venir á mí algún mal.

—No seas caviloso, Alonso—repuso la anciana—, ni abrigues enemistad; que eso es traer un judío en el cuerpo. El señorito Raimundo no te ha hecho mal; pero caso que te lo hubiese hecho, ten presente que dice la ley de Dios: «No tengas odio con quien te ha hecho mal; necia cosa es pecar tú por aborrecer al que pecó, y no se ha de castigar un pecado con otro.»





CAPÍTULO IX

Galicia, en realidad,
Da de sí la gente honrada;
Que aunque es un poco pesada,
Guarda palabra y verdad.

PASARON algunos años. El tiempo, ese gran reloj al que Dios dió cuerda, y para el que no hay paradas, los fragua en su incesante andar, y los fraguará mientras el gran poder que le ordenó andar no le mande parar.

Estos años habían pasado sin traer mayor alteración en la vida y circunstancias de la familia de Trillo. La viuda había seguido ocupándose de la labor y de su casa. El Padre Buendía había perseverado participando su saber y sembrando su enseñanza; pero, menos afortunado que su parienta, sin recoger la más mínima cosecha. Sólo un sucedido había marcado la época que pasamos por alto. Había muerto un hermano, viudo, de D.ª Amparo, dejando un buen caudal y una hija, y á su hermana albacea del primero y

tutora de la segunda, que dicha señora había traído á su casa.

Esta niña era el engendro de lo indefinido y de la monotonía. En su físico eran su cuerpo y talante un conjunto de líneas rectas sin ondulaciones. Era indefinido el color de su tez, que no era ni blanca ni morena; el de su cabello, que no era ni rubio ni oscuro; el de sus ojos, que no eran ni negros ni azules, y toda ella ni era bonita ni fea. Su trato, de la misma conformidad: ni agradable ni desagradable, pues ni se alzaba á la gratitud ni alcanzaba á la exigencia. Rodeábala un círculo de atmósfera impermeable. Así era que refería una maldad con severas palabras, pero sin la menor indignación; contaba una cosa graciosa sin reirse, y las más tristes sin inmutarse. Y tan nulo era su pulso interno, que siempre que hablaba sobre lances en los que su intervención hubiese podido ser útil ó evitar un mal, y alguna persona le decía con energía: «Pero tú, ¿por qué no hiciste aquello ó estotro?», contestaba indefectiblemente sin añadir más palabra ni razón: «¿Yo?»

Este *yo*, muy usual, es, según el tono con que se pronuncia, altanero, despreciativo, esquivo, tímido ó medroso. En ella no era nada de eso: era simplemente la expresión de la sorpresa.

Nombrábanla Trinidad, aunque habrían acertado mejor en llamarla *Unidad*. Tenía entonces catorce años, esto es, seis menos que Mauricio, que á la sazón contaba veinte; y era el sueño dorado de la viuda unir con toda legalidad á estos dos pimpollos, objetos de su cariño, y los dos caudales, objetos de su ternura. Pero ello es que la viuda tenía en su mano disponer que los mismos arados penetrasen en las tierras de distintas procedencias; mas no tenía la facultad de disponer que los mismos sentimientos penetrasen en aquellos corazones de diferentes dueños.

Doña Amparo nunca habia oído hablar de imanes, de simpatías, de filtros, de atracciones magnéticas ni aun de sortilegios; ni siquiera de *medias naranjas*. Todo esto, que en realidad es medio griego, era para ella griego entero; á no ser así... —no quisiéramos hacer juicios temerarios— pero puede... puede que algún mal pensamiento se le hubiese ocurrido para llevar á cabo uno bueno. A pesar de las pocas esperanzas que le daban el pazguato Mauricio y la pánfila Trinidad de constituirse en amantes de Teruel, D.ª Amparo se consolaba con estas sensatas reflexiones:

—Son muy jóvenes; de aquí á dos años comprenderán lo que les tiene cuenta.

Y en esta confianza, la señora dormía profundamente, hasta que el despertador de la casa ponía á todo el mundo en pie, con un quiquiriquí perentorio y sin apelación, lanzado en sus barbas á Morfeo.

Lo que es Raimundo, hacía una burla completa de su prima, á la que había puesto por apodo *Jaletina*, y con este nombre, una banderilla al flemático amor propio de su prima. Por vez primera en su vida Trinidad se había picado; de resultas de lo cual D.ª Amparo proscribió en la conversación, como lo estaban de su mesa, toda clase de *jaletinas*.

Poco después declaró Raimundo á su madre que quería ser abogado, y para eso, pasar á Sevilla á estudiar.

La casa se alborotó. La viuda se opuso. El Padre Buendía se retiró de la peliaguda contienda, diciendo: «*Velle suum cuique est, nec voto vivitur uno.*» (Cada cual tiene su parecer, ni es uno solo el plan y la idea que hay para vivir.) Mauricio apoyó á su hermano por tal que se fuese, y D.ª Amparo tuvo que ceder contra toda su voluntad y convencimiento, como sucede á muchos padres de la era presente, de la que ha dicho un autor (1):

---

(1) Don Ramón Navarrete: *Tipos españoles.*

«La revolución no modificó sólo las instituciones, sino que alteró las ideas y las costumbres. Debilitóse entonces con otros principios el de la autoridad paterna, hasta ser reemplazado con no menos exageración por la tiranía filial. Antes el padre imponía sus opiniones á la familia; ahora obedece.» Esto es, añadimos nosotros, que están los frenos trocados. ¡Y así anda ello!

Doña Amparo halló algún consuelo, al partir su hijo, en su consejo privado, que se componía de dos veteranos beneméritos.

Era uno el capataz, que fué de opinión que con *estudios finos* se era un buen alcalde y se les ponía las peras á cuarto á los ensuciatinta, abogados y escribanos, plagas del mundo; y que, aunque la corriese algún tanto el muchacho, no debía apurarse su madre, en vista de que *carrera que no da el potro, en el cuerpo se le queda*.

El otro consejero, que era un antiguo criado gallego, muy simpático á su ama, fué de la misma opinión, y dijo á su señora:

—Déjelu ir, mi ama, si le da jana; la llave se echa á lus cuartus, e non á lus mozus.

Es preciso decir algunas palabras de este gallego, que era persona de alguna importancia en casa de Trillo. Esta importancia, que él sabía hacer valer, no la debía, por cierto, ni á su finura ni á sus lisonjas. Blas

Sampayo no medraba por semejantes medios de mala especie; la debía á sus servicios y á su hombría de bien, y poco le importaba que estuviesen contentos sus amos ó no. Lo que le importaba era que marchasen las cosas bien y derecho; es decir, que, como los gatos, amaba á la casa sin querer mucho á sus amos. Habría llorado un peso duro que hubiesen perdido; pero si uno de los niños se hubiese roto un brazo, le habría dicho con mucha indiferencia: «Bien empleadu se te está; ¿e pur qué te caes?»

Tenía Blas la fidelidad, pero no la abnegación de los suizos; que la avaricia y el egoísmo son gemelos que crecen á la par. Daba sin que le pidiesen su opinión—la cual era, si bien no siempre entendida, siempre recta y honrada—sobre lo que era de su incumbencia y sobre lo que no era también. Para él no había predilecciones ni oposiciones: eran para él las *cosas* antes que las personas; el cálculo antes que el sentir. La señora le entendía. Mauricio no le escuchaba, y Raimundo le mandaba callar, á lo que no obedecía jamás el fiel servidor, que había criado muchas alas, sin dejar por eso de ser muy pesado.

Cuando primero se presentó para ajustarse, empezó D.ª Amparo por enumerarle las faenas que tenía que hacer; y á cada cosa

contestaba: «Está bien, está bien.» De suerte que la señora fué cargando la mano de una manera tan extraordinaria, que si hubiese tenido el día cuarenta y ocho horas en lugar de veinticuatro, ninguna hubiese quedado para el fámulo vacante y sin ocupación. Discutióse en seguida el renglón de la comida; pero el gallego le cortó el hilo de la conversación á la señora, asegurándole que en ese particular sólo miraba la cantidad y no la calidad. En seguida preguntó:

—¿Y la paja?

—¡La paja!—repuso la señora—. ¡Vaya una pregunta! ¿Qué te importa la paja?

—Impórtame mucho, mi ama.

—Pero ¿para qué la quieres?

—¡Tuma! Para mí.

—¡Pues qué! ¿Tienes acaso algún borrico á quien dársela?

—Nun tengo burricu; es para mí.

—¡Extraña exigencia!

—Más extraño es querer tener mozos é non darles paja.

—Pues yo no doy paja á mis criados.

—E yu nun trabajo sin paja.

—¿Quién ha visto á un sirviente exigir paja?

—¿E quién ha visto á un amu querer le sirvan sin dar la paja?

La señora se impacientó; el gallego se indignó; y habríanse separado furiosos, á no

acertar á entrar el capataz, que explicó á D.ª Amparo que la *paja* era la *paga.*

Estando en el cortijo por temporada, la señora, que era religiosa, que tenía mucho arreglo y que no permitía se quedasen sus criados sin misa los días festivos, envió un domingo á Blas al pueblo para que oyese la misa de doce, montado sobre una burra que á su vuelta debía cargar con comestibles.

La burra era vieja, y por más que Blas la arreó, llegó tarde á la puerta de la iglesia y no pudo alcanzar la misa.

Desesperado Blas, se volvió hacia la burra, y tirándole con coraje el sombrero que en la mano derecha tenía, «¡sobre tu alma va!» le dijo.

Hizo tan buena alianza con D.ª Amparo, y se identificó tanto con la casa—con esa ley y esa buena fe anejas á los gallegos—, que pasaron años y años sin regresar á su tierra, ni acordarse de su mujer, la que al fin mandó una requisitoria para recuperar judicialmente su perdido bien. No hubo escapatoria: Blas tuvo que ir á dar cuenta de su persona á su Dido.

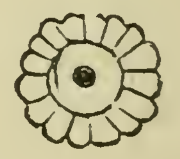
Pero fué el caso que llegó en el fatal momento en que se había acabado de morir una de las dos vacas con las que araba la mujer su campo. Esta, que era una virago intrépida, puso á su marido, que quiso que no, á

ocupar al lado de la vaca viva el lugar de la vaca muerta, y el campo se aró y se sembró. Blas llevó este papel de comodín á regañadientes; pero al fin se conformó. Mas como en seguida los vecinos le quisieron hacer alcalde, con eso no se conformó, y bajo la impresión de su pánico, echó á correr, sin volver la cara atrás, hasta llegar á Vigo y embarcarse en el vapor. Y una vez en éste, se metió en las más profundas entrañas del barco, en amor y compañía con el carbón de piedra, y no sacó su garbosa persona á luz hasta haber anclado el vapor en la bahía de Cádiz.

Así fué que regresó Blas de pésimo humor, merced al resultado de su viaje, que fué dejar en Galicia un campo arado, un hijo más y una vara de alcalde desairada; todo lo cual le costó seiscientos reales, que lloró siempre harto más amargamente que sus pecados.

Raimundo partió. Llegado que hubo á Sevilla, y siguiendo sus buenas y finas tendencias, se matriculó en la sociedad del tabaco, y no en la Universidad; se dedicó á las francachelas, y no á las cátedras; frecuentó garitos, y no frecuentó aulas; intimó con las cigarreras, y no con los profesores; abrió muchas botellas y pocos libros, hallando para todo esto dinero, porque el dinero, si ha de servir para vicios, no se hace de pencas,

como lo hace cuando ha de servir para buenos fines. No parece sino que esas monedas pálidas y sucias, esos napoleones encanallados, esos pesos, á los que con tanta propiedad se les añade la calificación de *duros*, se retiran y se niegan cuando se les busca con buenos fines, y que sonríen, bailan, se prestan y van al encuentro de los malos.





CAPITULO X

Il y a dans ces tableaux un charme d'innocence à convertir les plus rebelles.

(Hay en esos cuadros (1) un encanto de inocencia capaz de convertir á los más rebeldes.)

VICTOR PAVIE.

El hombre más feliz es aquel que pone en relación el principio y el fin de su vida.

GOETHE.

MIENTRAS estos sucesos tenían lugar en la casa de Trillo, la de José Flores era presa de la gran calamidad de los pobres, de la que tras sí arrastra todas las demás, la enfermedad. José, víctima en toda la fuerza de su robustez y actividad, de la parálisis, yacía sin movimiento sobre su lecho.

Sólo los ángeles del cielo vieron y pudieron contar las desgarradoras lágrimas y las selectas pruebas de cariño que el amor ma-

(1) Del pueblo sencillo de campo, católico.

terno y el filial prodigaron á porfía, y unas tras otras sin intervalo al paciente. Así es que aquellos angeles, compadecidos, traían á veces consuelos que se notaban en la dulce sonrisa del enfermo y en la infinita felicidad que estas sonrisas comunicaban á los que le rodeaban.

Quien era el incansable ayuda de estas desvalidas y consagradas criaturas era Alonso. Siempre que salía del trabajo se apresuraba á acudir allí; hacía sus comisiones, pagaba la botica, traía de cuando en cuando al enfermo media libra de chocolate ó su cuarta de bizcochos, y los distraía y consolaba á todos, contándoles cuanto sabía y cuanto se le venía á las mientes.

Mas los recursos iban escaseando, y un día la pobre anciana llamó aparte á Alonso, y le dijo llorando:

—Algún buen ángel te ha traído aquí, hijo. Sin ti, ¿qué sería de nosotros?

—¿Quiere usted callar, señora, por María Santísima?—contestó Alonso, al que se le iba oprimiendo su hermoso corazón.

—Oye, hijo, que tengo que decirte—prosiguió la anciana—. Ya sabes, Alonso, que donde sale y no entra... el fin se le ve. Ya, hijo, todo se ha ido en la enfermedad, y no nos queda más remedio que vender el haza; y yo quisiera que me buscaras comprador.

¡Cómo ha de ser! Dios nos la dió, y por eso siento tanto más perderla.

—Dios lo da todo—dijo Alonso.

—¡Verdad es!—repuso la anciana—. Pero has de saber que esta haza vino á nuestro poder de una manera extraña, y que como á son de trompa nos la dió la Providencia. Un día que pasaba yo por la lotería con una vecina, instóme ésta á que echase con ella. Yo no tenía más que tres reales, y mi hijo estaba trabajando en un cortijo, y hasta el sábado no venía á holgar, ni había quien entrase un real por mis puertas. Alonso, hijo, me desvanecí, y eché veintiún cuarto con la vecina.

Apenas llegué á casa y me hallé con solo cuatro cuartos en la faltriquera, cuando conocí mi desacierto, y me pesó en el alma haberlo cometido. Llegó entonces un pobre á la puerta, y le despedí con poco agrado y sin compasión.

Salí poco después para mercar siquiera cuatro cuartos de habas para poner un potaje á mis niñas, cuando al salir, lo primero que me eché á la cara fué al pobre anciano que me había pedido limosna, arrimado á la pared de enfrente, en un rayito de sol, comiéndose un tronco de col. Yo no sé lo que sentí, Alonso; pero mi espíritu se perturbó, y el corazón se me oprimió como puesto en

prensa. Corrí á él, y le di los cuatro cuartos. Entonces, Alonso, me dijo por tres veces: «¡Dios se lo pague á usted! ¡Dios se lo pague á usted! ¡Dios se lo pague á usted!» Y si aquella voz no fué la misma de Jesús, fué una voz que llegó á él; que si bien aquella noche nos acostamos sin cenar, á la mañana siguiente pagó Dios la deuda del pobre, con muchas creces, como paga Su Divina Majestad, pues había puesto en mis números un premio de 15.000 reales de vellón (1).

Con ese dinero, hijo, remediamos muchas miserias propias y ajenas; hicimos á la casa aquel *soberado*, una función de gracias al SEÑOR DE LA VERA-CRUZ, y compramos el haza. ¿Fué ó no fué milagro?

—No se descorazone usted, tía Juana—respondió Alonso—. Dios tiene más que dar de lo que ha dado. No faltarán socorros, y el haza no se vende viviendo yo y teniendo desempeñado mi mayorazgo.

Y el excelente joven señaló sus brazos.

En seguida trajo 200 reales, que á cuenta de trabajo pidió á su maestro. El haza no fué vendida. José lo supo, y no pudiendo hablar, expresaron su sentir dos gruesas lágrimas; y haciendo seña á Alonso para que se acercase,

---

(1) Histórico todo. Estas cosas no se inventan.

puso trabajosamente sus manos sobre la cabeza que éste inclinó, y levantando sus ojos al cielo, hizo una oración mental para bendecirle. Así lo comprendieron su madre y sus hijas, porque cuando José volvió á bajar la vista, las vió arrodilladas, y las oyó decir: «Amén».

Alonso salió del cuarto con tal congoja, que después de beber el agua que se apresuró á traerle Gracia, reclinó y escondió su rostro en el seno de la anciana que le había seguido.

¡Dios mío! ¿Qué es el alambicado, redicho, recalcado sentir y las emociones ficticias de las gentes melancólicas, extremosas, descontentadizas ó malhumoradas, comparadas con el primitivo y enérgico sentir de la naturaleza en sus puras y genuinas fuentes?

Sí, mientras más tiempo pasaba, miraba Alonso con más amor á Gracia, ésta á su vez miraba á Alonso cada día con más gratitud y más ternura, porque no pertenecía Gracia á aquella especie de mujeres de descarriadas inclinaciones, á las que no atrae ni ilusiona lo bueno y lo honrado. No, al contrario; lo bueno y lo honrado era lo que simpatizaba con su noble y puro ser. Añadióse á esto que cada uno de los cuidados que Alonso prodigaba á ese padre que ella adoraba era una nueva raíz con la que se profundizaba en su

corazón aquel amor, hijo de su gratitud y aprecio.

Una noche entró La Majestad en la casa del pobre, sin séquito ni apariencia, como para ejemplo de humildes anduvo por la tierra hecho hombre.

Nuestro joven y su hermano llevaban dos faroles; un monacillo tocaba una campanilla. Dios venía pobre como anduvo por el mundo, y, como entonces, acudía á los pobres y mansos; como entonces, adorable, consolador, salvador y grande!

Verdad es que si aún hubiese estado viviendo hecho hombre, por su propia voluntad hubiese venido á aquella pobre casa, en la que con tanto amor se le llamaba, con tanta esperanza se le aguardaba, con tanta fe se le recibía!

Cuando llegó Alonso de vuelta de acompañar á La Majestad, José, que no podía hablar, le hizo seña de que se acercase. Entonces fijó sus ojos en el altar que para el augusto acto habían prevenido. La desconsolada Gracia, que con su manso valor de cristiana reprimía su inmenso dolor por tal de no separarse un momento del lado de su padre, comprendió, ó mejor dicho, adivinó lo que deseaba, y puso ante sus ojos el cuadro del Señor de la Vera-cruz que adornaba el altar.

José movió los labios como si quisiese hablar.

Gracia, que ya estaba acostumbrada á comprender su mudo lenguaje, dijo:

—Palabras.

José hizo una señal afirmativa, y alzó tres dedos.

—¿Tercera palabra?—preguntó Gracia.

—¡MUJER, VE AHÍ Á TU HIJO!—murmuró entre sollozos la anciana, recordando las de la Cruz.

José volvió á hacer una señal afirmativa, y miró con sus expresivos ojos, primero á su madre y después á Alonso.

Este, penetrado del pensamiento del moribundo, se acercó á la pobre anciana, á quien abrazó diciendo:

—¡HOMBRE, VE AHÍ Á TU MADRE!

En el semblante de José brilló un santo gozo y una tierna gratitud.

Después miró á Gracia, y en seguida á Alonso; ambos comprendieron. Gracia bajó los ojos, y Alonso dijo en queda y conmovida voz:

—¡Si ella quiere!...

José miró al SEÑOR en la CRUZ, y dió un suspiro. Gracia alzó la vista y lanzó un grito: la cabeza de su padre había recaído sobre la almohada; sus ojos estaban cerrados; con aquel suspiro de amor y gratitud había vo-

lado su cristiana, honrada y amante alma al seno de su Criador! La muerte iba borrando poco á poco con su austero sello aquella dulce y santa sonrisa, ¡última expresión de su buena vida!

Innecesario es, así como es imposible, pintar el dolor de aquellas amantes y desvalidas criaturas, cuando en la casa no quedó ni aun el cadáver del que tanto amaban.

El dolor exalta la juventud y abate la vejez; es más déspota en su reinado cuando lo considera temporal, como sucede con el de los jóvenes, que no cuando lo sabe perdurable, como lo es en los ancianos. Así, la abuela fué la que, ayudada por la conformidad cristiana, vertió sus consuelos y enseñanzas á sus nietas.

—No desconfiemos, hijas mías—les decía—; que Dios no abandona á quien en él confía. El es Padre de los huérfanos, y esto os lo probará el ejemplo que voy á contaros.

Cuando Dios andaba por el mundo, caminaba un día con San Pedro, cuando acertaron á pasar por una casa en que estaba una niña que lloraba amargamente.

—¿Por qué lloras?—le preguntó el Señor.

—Porque se me han muerto mis padres —contestó la niña.

—Será también—dijo San Pedro—porque no tendrás ahora quien te mantenga.

—No pienso en eso—respondió la niña.

—¿Pues quién te va á mantener?—le preguntó el Santo.

—No me cuido de ello—contestó la niña—; que Dios me crió, Dios me mantendrá.

Poco después pasaron el Señor y San Pedro por una casa en que estaban dos ancianos, marido y mujer, trabajando con mucho ahinco.

—¿Por qué trabajáis con tanta ansia y afán, si no tenéis necesidad de ello?—les preguntó el Señor.

—Es preciso—contestaron los viejos—pensar en el día de mañana.

—Más valiera que pensaseis menos en el día de mañana y más en la eternidad, y que confiaseis más en la Providencia—les dijo San Pedro.

Cuando el Señor y su discípulo se pusieron á comer, sacó el primero un platito de su comida y le dijo á San Pedro:

—Anda, llévale este platito de comida á la niña que confió en su Criador, y dile que nunca le faltará.

Así lo hizo el Santo, y cuando pasó por delante de la casa de los viejos ricos y codiciosos, vió que habían entrado en ella unos ladrones, que por robarlos habían muerto á sus dueños.

Ya veis, hijas mías, que no tenemos que desconsolarnos. Tenemos á Alonso que mi-

rará por nosotros, y ustedes que saben coser y bordar, se ayudarán con sus manos.

Efectivamente, las niñas, en particular Gracia, cosían y bordaban con perfección.

Parece increíble cómo sobresalen muchas jóvenes en los pueblos en estos trabajos de mano, sin más que su buena disposición y la enseñanza que reciben en las pobres AMIGAS, en que se *canta* la doctrina en aquel monótono é infantil sonsonete, en el que alternan las grandes que preguntan y las chicas que contestan; en aquellas *amigas* en que aprenden las graciosas relaciones tan *naïves*, esto es, sencillas y cándidas, que desprecia y rechaza la época y que se van disolviendo en el olvido. ¡Cuán cierto es que el escepticismo hostil y el racionalismo rastrero traen consigo por primer ayudante el prosaísmo, por primer resultado el desencanto, y por consecuencia la preponderancia de lo material sobre lo espiritual!

¿Qué han adelantado aun los menos apóstatas con su Teodicea, sino anular la revelación, extinguir la fe y crear este gran caos de ideas incoherentes, confusas, alambicadas, incomprensibles y contradictorias? ¡Disidentes: *no enturbiéis la fuente que estancó vuestra sed* (1)!

---

(1) Shakespeare.

El tierno corazón de Gracia había hecho, como ya hemos dicho, del aprecio y del agradecimiento que le inspiraba Alonso, un amor puro, suave, modesto, como lo era ella, y tan exclusivo, que todo el universo se encerraba para ella en aquella humilde casita en que habían nacido y habían muerto sus padres, en la que se veía rodeada de su buena abuela, de sus hermanitas y de Alonso. Mas desde la muerte de su padre, este amor, que en ambos jóvenes vivía sentido y no expresado, como música sin palabras, se había declarado á todos con la buena fe y franqueza que existe en estas materias en el pueblo de campo. La última voluntad de su padre había consagrado este amor, y Gracia se apresuraba á acudir á la reja cuando de noche oía la voz del honrado y feliz Alonso, que llegaba cantando:

Oprímeme el corazón
Verte vestida de negro;
Que la sombra de tu pena (1)
A mí me da sentimiento.

¡Malhaya la ropa negra,
Y el sastre que la cortó!
Que mi niña tiene luto
Sin haberme muerto yo.

---

(1) ¿Hay nada más delicado y poético que llamar al luto la *sombra de la pena*?



CAPÍTULO XI

> ¿En dónde hallar en adelante esas bellas nociones de moral, que referían nuestros deseos hacia un mundo mejor? Camina el egoísmo con la frente erguida, invádelo todo, desde la juventud trabajada por una ávida ambición, en la edad en que sólo sentimientos generosos abrigaba otras veces, hasta la vejez, la que con un pie en la sepultura, especula sobre el alza y sobre la baja, y sueña con un confortable y sólido porvenir para un soplo de vida que le queda.
>
> *(Discurso de Mr. Kératry en la Asamblea.)*

Un día de otoño estaban en casa de la viuda de Trillo, en el comedor, sentados á la mesa de pino sin pintar, esta señora, el P. Buendía, Trinidad y Mauricio.

Cubría la mesa una mantelería primitiva, tal cual se ven en posadas y paradores; mantelerías que están mandadas recoger y no se recogen; las que, si son de lino, parecen de punto de aguja, y si son de algodón, pueden servir de cobertores; que pesan sobre las faldas, y lastiman los incautos labios que se les

arriman. En eso hacen bien; les dan una lección de elegancia, pues los labios pulcros nunca deben estar en el caso de necesitar servilleta.

Cubría el mantel una abundante comida, bien condimentada, aunque sin serlo á la francesa, ni con elegancia, puesto que la viuda dirigía las hornillas de su casa con el mismo tino certero con el que dirigía su labor.

La loza era de la fábrica nueva de Cartuja, extendida ya y usada en toda la provincia.

La cristalería era una legión extranjera, de variadas edades y hechuras. La plata, buena y pesada; el vino, malo y ligero, y el mismo para todas las botellas, en las que estaba como Periquito entre ellas.

Una nube de tristeza reemplazaba la uniforme calma antes aneja al rostro de doña Amparo. Tres años había que su hijo Raimundo estudiaba en Sevilla—, al menos así lo creía la pobre señora—y, no sólo no escribía á su familia, ni iba á visitarla, sino que no ignoraba del todo su madre la vida de calavera que llevaba, puesto que en varias ocasiones había tenido que pagar, por reclamaciones apremiantes, sumas que, aunque no eran muy considerables, visto el círculo ordinario y mezquino á que había descendido su hijo, eran suficientes á demostrar sus extravíos.

Mauricio, aunque había seguido achacoso, se hallaba á la sazón un tanto robustecido, merced á los baños minerales de Chiclana, que le habían prescrito los médicos.

Lo que D.ª Amparo con su buen sentido había previsto, se había verificado. Fuese por la natural inclinación que engendra el trato, fuese por el apego, hijo de la costumbre, fortalecido por el convencimiento de que le convenía, Mauricio se había apegado fuertemente á su prima. Menos explícitamente había sentido lo mismo Trinidad, á la que la ausencia de su primo en su viaje á los baños había dejado un vacío, así en la casa como en la mesa, que la llevó á desear su regreso, á la manera que desean las personas adeptas de lo cómodo y de la uniformidad, que las cosas que se quitan de su lugar vuelvan á ocuparlo.

Así es que, cuando lo dispusiese la viuda, estaban ambos muy prontos á casarse, sin que entre ellos mediasen ni antes ni después palabras de amor, de pasión ni de celos, estimulantes que graduaba D.ª Amparo tan innecesarios en los buenos matrimonios como el de las especias finas en sus amasijos. Y razón llevaba la señora en su sensata prosa, que el puro arroyo corre siempre claro, tranquilo y sereno, mientras apacible y sin nubes está la atmósfera.

El P. Buendía y Mauricio acababan de regresar de su expedición al principio de este capítulo, y Mauricio refería durante la comida los pormenores y las *impresiones* de su viaje, que las *impresiones* están al alcance de todos los que viajan.

Ya había relatado el viajero las maravillas del vapor, que era un estrado metido en un barco, el que andaba como los molinos, por medio de ruedas; las sacudidas que le dió el mar, que parecía una dehesa de agua que nunca se está quieta, ni de día ni de noche, y echa espuma como ojo de jabón. Había contado cómo las casas de Cádiz tenían al menos diez cuerpos, uno encima de otro como torres; y cómo era Chiclana un campesino muy acicalado, con muchos señores de frac y gabán y muchos toros de cuerda, y los primeros con las lenguas tan sueltas, que era fama intercalaban hasta en el Padre Nuestro voces que en tiempo de nuestros padres jamás manchaban los labios de la gente decente.

—Madre—añadió—, no sabe usted lo mejor del cuento. Una tarde que estábamos durmiendo la siesta el Padre y yo, nos despertó un alboroto que se oía en la calle; nos asomamos al balcón, y vimos que los que lo causaban eran unos estudiantes de la tuna, que venían cantando con guitarra, palillos y pandereta, y traían un séquito de chiquillos

que llenaban la calle. Entre los estudiantes los había buenos mozos. Pero, señora, ¡qué fachas! De propósito se habían desgarrado los vestidos y los manteos, que traían terciados. Tenían atravesados los sombreros de tres picos, y las caras más alegres que unas pascuas. Cantaban con sus voces claras y recias como clarines, y muy bien por cierto, estas coplas, que se me han quedado impresas:

Cuando un estudiante llega
A la esquina de una plaza,
Dicen los revendedores:
¡Fuera ese perro de caza!

—Anda, vida mía, no comas tomates,
Que esa es la comida de los estudiantes.

—

Un pobrecito estudiante
Se puso á pintar la luna,
Y del hambre que tenía
Pintó un plato de aceitunas.

—Anda, vida mía, súbete al tejado,
Verás una vieja peinando un lagarto.

Dirigiéndose al balcón frente al nuestro, al que se habían asomado unas señoras, cantaron:

Si en el libro hubiese damas
Como las que estoy mirando...
Toda la noche de Dios
Me la llevara estudiando.

—Anda, niña mía, súbete á la torre,
Mira la veleta, y el aire que corre.

Viéndonos á nosotros, se encaró uno de ellos con el P. Buendía, y cantó:

¡Caballero generoso!
Denos usté una peseta,
Que tenemos la barriga
Como cañón de escopeta.

Pero quisiera, madre, que hubiese usted visto la cara del Padre cuando el estudiante levantó la suya al presentarle su sombrero, que tomó en la mano, para recoger la moneda. ¿Quién piensa usted que era? ¡Raimundo! Raimundo en persona, que conforme miró y reconoció al Padre, se puso á cantar:

Vamos, compañeros,
Larguémonos presto,
Que en aquel balcón
Está mi maestro.

Al oir estas palabras, el tenedor y el cuchillo cayeron de las manos de la pobre madre, y un vivo carmín se extendió sobre su honrado rostro.

—¡Mi hijo! ¡Raimundo! — exclamó — ¡Hecho un estudiante de la tuna! ¡Rodando por caminos, calles y mesones! ¡Viviendo, sin vergüenza ni empacho, de la bolsa ajena! ¿Así se ha avillanado? ¿Así está infamando á su familia por su conducta? ¿Así está perdiendo lo que, una vez perdido, no se recupera: su buen crédito?

Y la pobre madre se echó á llorar amargamente.

El P. Buendía, que estaba, si cabe, más escandalizado que la señora, y tan avergon-

zado maestro como ella avergonzada madre, no halló una palabra de consuelo en español, y dijo en latín: *Non pudet ad morem discincti vivere Nattæ.* (No tiene vergüenza de vivir como Natta) (1).

Doña Amparo aseguró que no volvería á ver en su vida á aquel mal hijo que deshonraba á su familia, y que, usando de sus derechos de madre y de tutora, le retiraría la pensión que le daba y que despilfarraba con escándalo. Y como toda persona que tiene la íntima convicción de que obra en razón y según su conciencia es firme en sus resoluciones, ni el pacífico y condescendiente Padre Buendía, á quien escribió Raimundo para interesarle en su favor, ni otras personas que lo intentaron, pudieron lograr que variase la señora de propósito; de lo que resultó que al cabo de dos meses el hijo pródigo, sitiado por hambre, se cansó, no de guardar puercos, sino de guardar abstinencia, y emprendió la vuelta á sus lares.

Las iras de una madre, por muy mujer fuerte que sea, son tormentas de verano, detrás de las cuales está el sol de la misericordia ansiando por esparcir sus rayos, desde que la lluvia ha ablandado la tierra.

---

(1) Célebre pillo.—*Sátiras de Persio.*

La tierra que en esta ocasión debía recibir los rayos de misericordia maternos no se presentaba muy blanda. Pero la buena madre le echó otra encima, dió un último, triste y tierno recuerdo á las fanegas de trigo y arrobas de aceite que, convertidas en sonantes especies, había echado su hijo en el pozo Airón de su no debatido presupuesto, y sentó á su hijo en la cabecera de la mesa, mediante á un perdón condicional é interino, que concedió la señora al P. Buendía, que en nombre, pero sin la anuencia de Raimundo, prometió la enmienda.

Todo entró en su lugar. La borrascosa vida de Raimundo hacía pausa, como el viento antes de tomar otro giro.

Doña Amparo decía con satisfacción: «Quien quita la ocasión, quita el pecado; y á puerta cerrada, el diablo se vuelve.»

El P. Buendía exclamaba con el rey David: *Beati quorum remissæ sunt iniquitates.* (Bienaventurados aquellos á quienes son perdonadas sus iniquidades.)

Blas, á quien la escapada de Raimundo con los estudiantes de la legua había hecho gracia, al ver una crecida cuenta de botas de charol, aconsejó á su ama que encerrase al señorito en los Toribios.

Conociendo lo difícil que es volver á traer al orden lo desordenado, murmuraba el ca-

pataz: «Escoba desatada, persona desalmada... Quieto se está; pero esto es, en los de su calaña, descansar para tornar á beber.»

Lo que es las gentes en general, al saber que después de tres años, aparentemente dedicados á estudiar, volvía Raimundo á su pueblo sin un grado siquiera, fueron de opinión que era éste como otro que zoquete fué á Madrid y zoquete volvió á venir.

La parte femenina de las gentes le halló muy mejorado de persona, muy airoso y desenvuelto; y cuando volvió á vestir el traje andaluz, que tan perfectamente sentaba á su cuerpo y á su talante, pareció tan bien, que vino á ser el figurín de modas macareno, el conde de Orset (1) de Carmona.

---

(1) El elegante por excelencia que ponía la moda en Londres.





CAPÍTULO XII

A la fina política del siglo último hemos sustituído nosotros el apretón de manos inglés; así como hemos reemplazado el perfume del ámbar con el olor del cigarro.

ALEJANDRO DUMAS.

El hombre posee una facultad de venerar que, más ó menos ligada al resto de sus cualidades, las realza todas.

SCHLASSER.

RAIMUNDO había regresado hecho el tipo del insolente. Y para darle á conocer en todo el desarrollo que había adquirido en sus tres años de emancipación, haremos la fisiología del insolente, que es hoy día un tipo tan generalizado, que todo el que nos lea pensará que hemos querido retratar á su vecino de la derecha y copiar al de la izquierda.

El insolente brilló en todas épocas; pero en la nuestra deslumbra y se generaliza como el gas. Ha reemplazado al hipócrita, pues nadie se toma ya la molestia de serlo desde que no se respeta lo bueno y lo santo.

Este respeto á lo bueno y á lo santo originaba en los malos la hipocresía, que llamó La Rochefoucauld un homenaje que rendía el vicio á la virtud. Hoy día el cinismo ha libertado al vicio de todo homenaje, y le ha dicho: «¡Nada de coronas! La gorra; con la cual estarás más á tus anchas. ¡Nada de togas ni uniformes! La piel de oso. ¡Nada de vara de justicia ni bastón de mando! El zurriago, el látigo. ¡Nada de pulidas ni corteses armas! La porra. ¡Fuera respetos, esos vasallajes morales, relegados á las ominosas épocas del oscurantismo!» Así acontece que el insolente, que encumbra el *yo* y menosprecia el *vos*, lleva el cuerpo derecho y la cabeza erguida. Si no es alto, se le figura que lo es; y si lo es, se le figura que es gigante. Si anda unido á otro sujeto, toma por un impulso espontáneo la acera. Cuando encuentra á un amigo, y aunque sea una amiga, y se para á hablarle, él es el que toma siempre la iniciativa de la despedida. Pregunta, no por curiosidad, ni menos para demostrar interés, sino por el gusto de ostentar que ni atiende ni escucha la respuesta. Si se sienta, será el primero en hacerlo, y en el mejor asiento; si es en la mesa, será en el puesto más alto que halle vacante, con preferencia á otras personas de más edad, de más saber, de más categoría y hasta de más caudal, la

más incontestable superioridad en nuestra era *positiva*.

Si se analizase su derecho á la preeminencia, se hallaría que era éste el ser *él*, añadiendo que no reconoce superioridad. Que el rico tiene la suya en la bolsa, el sabio en las academias, el viejo en los consejos; pero que toda superioridad adquirida deja de existir en el trato social, en el que sólo figura la individual, debida al carácter y ascendiente de la persona genuinamente superior, ó á la que sabe colocarse de por sí en su puesto; lo que quiere decir: «Eso es mío, eso me toca á mí.» Por lo cual el insolente lleva á mal que le falten, y lleva igualmente á mal que otros exijan de él que no les falte.

El insolente trata á todo el mundo en su cara con un *sans façon* en extremo chabacano (á pesar de que por vestir bota charolada y llevar guante nuevo lo cree en él aristocrático), y á espaldas trata á todas las personas y todas las cosas con un desdén que hiere más que la calumnia. Llama mujeres á las señoras; á las señoritas, muchachas; á las mujeres, tías; á una persona conocida, Fulano; á un título, por su apellido; y así sucesivamente rebaja los tonos de la escala social, representando en ella un enorme bemol. ¡Oh juventud! ¡Cuándo te convencerás de que es en ti el respeto la mayor prueba

de aristocracia moral, de finura, de buen gusto y buen sentir, de pureza de alma y de corazón, que es el sello de superioridad intelectual, y la que realza y hace amabie, mientras que la insolencia rebaja y hace odioso al que lo es!

La insolencia da margen á represalias; y cuando esto sucede, el insolente se echa á reir, tornando en chanzas sus impertinencias; esto es, que hace bailar al oso que antes embestía. Las gentes delicadas huyen del baile, como evitan las embestidas.

Tiene el insolente un repertorio de insolencias groseras, que llama oportunidades y chistes, que desea sean repetidas, lucidas y conservadas en la memoria, como lo son las célebres y entendidas agudezas de un General Castaños, de un Talleyrand.

El insolente tiene para su uso particular unas armas agresivas y ofensivas que le suministra su osadía, como en los pugilatos ingleses á los luchadores se las proporciona la fuerza de sus puños; armas que á una persona realmente culta y delicada le es tan imposible usar en su defensa, cuando se ve atacada, como difícil sería al armiño revestir las púas del puerco-espín. Consisten éstas en:

Un *ksss*, que silva como una culebra.

Una risa, que abofetea como una granizada.

Un desentenderse, interrumpir y contradecir, que ofenden, secan y hostigan como el simoun.

Un *¡qué!* que le tira á la cara al más pintado, como un diploma de Juan Lanas.

El insolente está persuadido de que el motor ascendente del hombre es la hostilidad. Y la suficiencia propia y la época que ellos han formado les da razón, siendo hoy las palabras y no las acciones las que encumbran al hombre. Derriban por insolencia, y á su vez son derribados por ella.

Siendo las leyes de la finura y de la delicadeza en el trato social realzar á los demás y rebajarse á sí mismo, es evidente que ambas cosas, delicadeza y finura, son para el insolente desconocidas, pues es su tendencia la de realzarse á sí mismo, darse una importancia ficticia y rebajar á los demás. Así es que, creyéndose altivo como un príncipe, es grosero como un patán.

Para el insolente— de que era el tipo Raimundo — no hay respeto de ninguna clase, no hay consideraciones de ningún género, no reconoce obstáculos de ninguna especie á su omnímoda voluntad. Al divinizar la insolencia filosófica, el individualismo ha hallado á todas las malas tendencias dispuestas y oficiosas para vulgarizar y poner al alcance

de todos su mal espíritu anticatólico, audaz y rebelde.

Raimundo encontró á su prima mudada en mejor; la jaletina había adquirido consistencia. Había embarnecido, se peinaba y vestía con algún más esmero; en fin, sin que precisamente le agradase, dejó de chocarle como sucedía antes. Los diez y nueve años habían ganado la palmeta á los quince, caros á los poetas, pero que en realidad tienen todavía un pie en la edad que define el prosaísmo, justa, pero antipoéticamente, con la denominación de *la edad de la chinche.*

Entre calavera y hombre positivo no hay, que sepamos, incompatibilidad. En la época nuestra de toda clase de asociaciones, se ven en este género las más heterogéneas. Entre estos nuevos vínculos—que se forman á medida que se disuelven otros bellos y santos—, se ven los de la vanidad y de la economía y los del calavera y el hombre positivo. Estas cosas separadas eran tolerables, porque al menos tenían, si no los *defectos de sus cualidades*, las *cualidades de sus defectos.* El vano era espléndido; el económico, sencillo y modesto; el calavera, desprendido; el hombre positivo, razonable y ordenado. Hoy día se han unido, como les sucede á los malos, para acabar de pervertirse uncs á otros.

Así sucedió que Raimundo pensó que le tendría cuenta casarse con su prima, cuyo caudal en manos de D.ª Amparo, del capataz y de Blas Sampayo, había ganado y se había mejorado en la misma proporción que su dueña. Verdad es que estaba su hermano Mauricio de por medio. Pero ¿qué obstáculo era éste para un hombre sin conciencia, sin respetos ni cariño de familia?

Fácil es colegir que el agraciado y currutaco Raimundo suplantaría á poca costa al desairado y doliente Mauricio en la afición de su prima, que si bien no tenía pasiones ni sensibilidad, tenía ojos y amor propio; cosa que ni *las jaletinas* dejan de tener.

Toda esta intriga se tramó pronta y secretamente; y dispensaremos al lector de sus insulsas peripecias, en las que Trinidad siguió el impulso que, con más despotismo que cariño, le imprimió Raimundo.

Cuando se empezaron á hacer las diligencias para pedir la dispensa á Roma para casarla con Mauricio, y cuando se hallaban reunidos con este objeto en la sala de doña Amparo el cura, el escribano y la familia, entró de repente Raimundo, diciendo con la mayor calma que se presentaba allí con el solo objeto de advertir que se pusiese en la solicitud, en lugar del nombre de Mauricio, el de Raimundo.

Grande fué el efecto causado por este golpe teatral, ideado por Raimundo para comprometer públicamente á su prima. Había calculado con su perspicaz criterio que si el asunto se discutía en la familia antes de hacerse pública la decisión, su madre y su hermano tendrían bastante persuasión para convencer á Trinidad de que lo que hacía era una villanía, una inconsecuencia, un capricho injustificable y una mala y cruel partida, á que no había dado lugar, ni era acreedor Mauricio; y que estas sensatas razones tendrían bastante influencia y poder sobre la inconsistente y blanda índole de Trinidad para hacerla desistir de su nuevo propósito.

Al oir la perentoria declaración de Raimundo, el escribano se había quedado parado, el cura absorto, el P. Buendía terrificado, y D.ª Amparo, como herida de un rayo, se hubiese quedado muda y petrificada, si en el mismo instante, al agolparse su sangre á su corazón, no hubiese sido Mauricio acometido de una horrorosa hemorragia, causada por el rompimiento de una ignorada aneurisma.

Trinidad se había alejado asustada é inquieta, por el efecto que había causado una cosa que Raimundo le había pintado tan sencilla, como á ella misma, pobre limitada, le parecía. Así fué que cuando Raimundo, sereno é impasible, fué á buscarla, la halló llorando.

Su primer y amable impulso al verla llorar, fué incomodarse; pero lo reprimió, y le hizo notar lo bien restablecido que estaba su hermano, en quien la primera contrariedad producía un vómito de sangre, y que ella habría hecho un desatino sacrificándose á sí misma si se hubiese casado con semejante valetudinario.

—¡Pero es tan bueno!—dijo Trinidad, en quien el remordimiento despertaba la lástima.

—Cuando estamos enfermos todos somos buenos—repuso Raimundo—. Mi madre quiere más á Mauricio que á ti y á mí. Por esto nos quiere sacrificar á ambos á él, en vista de que el egoísmo materno es más feroz mil veces que el personal. Ya que es mi madre tan casamentera, que case á su Benjamín con la Fuente Amarga de Chiclana, que es la que le da la salud.

Mauricio, que había sido siempre uno de aquellos seres tranquilos, cuyas índoles se comparan á aguas mansas y dormidas, había despertado dolorosamente por cuantos estímulos pueden conmover una naturaleza inerte. Su tranquilo amor se alzaba grande é irritado al verse traidoramente arrebatar á la que amaba, en la que cifraba todas sus esperanzas, pues para Mauricio no existía en el mundo más mujer que Trinidad. La in-

dignación del engaño sufrido, la energía de los celos, la irritación que le causaba su impotencia para impedir su desgracia ó castigar la traición, pusieron al enfermo en un estado tan alarmante como cruel.

Que no alterasen su sangre, ni el ejercicio, ni emociones violentas, había sido la primera y más encarecida prescripción de los médicos. Pero ¿cómo procurarle el sosiego y calma moral que requería su estado?

Doña Amparo perdía la cabeza en las extrañas y dolorosas circunstancias que la rodeaban, las que no alcanzaba á dominar su sencillo buen sentido, que hasta entonces tan buen piloto le había sido en su cotidiano círculo de acción.

Como todo alteraba al enfermo, los médicos prohibieron que, á excepción de su madre y del P. Buendía, ninguna otra persona entrase á visitarle. Mas, á pesar de estas y otras precauciones, á los pocos días murió el infeliz en los brazos de su madre, ahogada su débil vida en la sangre que á borbollones vertía su corazón.

A los seis meses asistía D.ª Amparo, enlutada su persona y enlutado su corazón, al casamiento de su hijo Raimundo y de su sobrina. La buena madre quería persuadir á los demás, y á sí misma, que estaba contenta; ¡pero no lo conseguía! La mortaja que

envolvía el cadáver de su difunto y desgraciado hijo había envuelto para siempre su vida. En vano procuraba separar en su mente la sangre y la culpa. Veíalos siempre unidos en su fuero interno, y culpaba á todos, á Trinidad, á los médicos, á sí misma, por tal de descargar de la cabeza de Raimundo parte de la responsabilidad que sobre ella pesaba; pues el amor de madre es un sublime sofista. Así es que dice el pueblo, ese recto y justo apreciador de amores: «¡AMOR DE MADRE!... QUE LO DEMÁS ES AIRE.»





CAPÍTULO XIII

Había tanta armonía en ella, que parecía una música muda.

LONGFELLOW.

Tan casta, tan gentil, graciosa y bella,
Que el aire en torno se enamora de ella.

ALDANA.

DOÑA Amparo había perdido á un tiempo la energía moral y la robustez física que la prometían una tardía, sana y activa vejez. Había envejecido y decaído en poco tiempo más de lo que habría hecho en veinte años felices. Movida por su decaimiento y otras razones, había levantado la mano en todo, así en la dirección de la labor como en el manejo de la casa. Y si algo le sonreía aún en esta vida, era un nietecito, que al año vino, como vienen los ángeles á las casas, estrechando los lazos de la familia, trayendo consigo el amor, la unión, la esperanza y todos los sentimientos dulces.

Cuando se intentó vestir al niño de corto, procuraron las señoras que viniese una obrera hábil para que lo hiciese con lujo y primor.

Con este motivo fué requerida Gracia Flores, como la más sobresaliente bordadora y costurera del pueblo.

Esta vino traída por su abuela, y se entregó con tanto primor como asiduidad á su faena.

Hallábase instalada con todos los avíos y requisitos de su costura en uno de los corredores cerrados, y en el extremo de éste se hallaba la puerta del comedor.

Un día que, como siempre, se estaba sentada en su silla baja, y como siempre, callada y sin levantar cabeza, acabado de comer que hubieron los señores, Raimundo, al salir del comedor, dió sin causa ni razón tal puntapié á un pobre perro de la casa, que estaba acostado en el corredor, que el animal prorrumpió en lastimeros quejidos.

Al oir aquellos aullidos, Gracia, compadecida, levantó la cabeza, saliendo involuntariamente de sus labios una exclamación de lástima.

Raimundo volvió la cara y la miró, y quedó sorprendido.

Gracia, sencillísimamente vestida con un traje liso de tela de algodón lila, con un pañuelo de seda de la India, á cuadros, fondo carmelita, con su magnífico cabello, primorosamente alisado y sencillamente recogido, tenía una belleza tan cumplida y tan grave,

que el verla causaba una admiración profunda y prolongada.

Así fué que por un rato calló Raimundo; pero de repente, sonriendo á un recuerdo, exclamó:

—¡La Estrella de Vandalia!

Gracia volvió á bajar la cabeza con la misma austera gravedad con que la había levantado, y siguió cosiendo, sin que desplegase sus labios ni palabras ni sonrisa.

—Tú eres, sí, tú eres—prosiguió Raimundo, acercándose á ella—la que llorabas por las flores que jugando te destrocé. ¡Qué hermosa te has puesto! Si hoy te murieras tú, las flores todas serían las que llorarían por ti.

Gracia no levantó la cabeza ni contestó.

—Mírame, Gracia—dijo Raimundo—, que recuerdo que Gracia te llamabas, aunque mala la tienes conmigo. ¡Y qué! ¿Me guardas aún rencor? ¿Por qué no contestas?

Gracia estaba sobre ascuas. Toda la repulsa que había inspirado á su dulce y delicada índole cuando niña aquel muchacho osado é insultante surgía más enérgica y angustiosa bajo la mirada audaz de aquel hombre.

Las mujeres delicadas y castas tienen instintivas antipatías hacia ciertos hombres que las profanan sólo con mirarlas. Las natura-

lezas elevadas se encogen en la cercanía de las naturalezas bajas, porque las presienten.

—Mucho me haces esperar tu respuesta —añadió Raimundo, viendo que Gracia no contestaba—. ¿Será para retenerme?

—No estoy acostumbrada á gastar conversación con señoritos—respondió la acosada Gracia—. Así, dispénseme usted que no le responda.

—Cuando se es tan hermosa como lo eres tú—replicó Raimundo—se tienen las llaves del sacristán. Así no me ofendo, aunque lo que me das se llama un tapaboca. Pero, si no estudias para monja, compláceme en levantar la cara, que te prometo no hacerte mal de ojos.

Gracia ni contestó, ni levantó la cabeza.

—Mira que te pasas de esquiva, y llegas á huraña. Dime: ¿te ha dado Dios la hermosura para que te avergüences de ella? Vamos, alza la cara, á fin de que yo la mire; no temas á mi vista, que no soy basilisco.

—Señor, me está usted mortificando—repuso Gracia fatigada por la insistencia de Raimundo.

En este momento se oyó la voz de doña Amparo.

—¡Que te mortifico!—dijo exasperado y precipitadamente Raimundo—. ¡Pues ahora empiezo!—añadió con esa mezcla de cruel-

dad que ponía en cuanto hacía y en cuanto decía.

Y así sucedió. Porque desde aquel día Raimundo, primero con la tenaz voluntariedad del indómito, y después con toda la pasión de un carácter enérgico y violento, siguió persiguiendo á Gracia, exaltándose su amor por los mismos insuperables obstáculos que hallaba en las graves y decididas repulsas de Gracia.

Aunque la pobre huérfana huía cuidadosamente las ocasiones de estar sola con su perseguidor, no siempre le era posible evitarlas.

—Gracia—le dijo éste un día—: ¿con que decididamente... me desprecias?

—Señor—contestó ella—: lo que hago decididamente es ser honrada y no dar margen ni oídos á palabras, que serían atrevidas en un hombre soltero, y que son criminales en un hombre casado.

—¿Y porque soy casado no me quieres?

—Aunque fuese usted soltero no le querría.

—Pero ¿por qué? ¿Se puede saber?—preguntó irritado Raimundo.

—¡Válgame Dios, señor! ¡Qué manera de apremiarme! ¿No tiene acaso su voluntad libre el pobre como el rico? ¿Impónese la voluntad? ¡Déjeme usted... por Dios! ¡Déjeme!

—No puedo, Gracia, no puedo. Quiero que me quieras como yo á ti te quiero. Y cuenta que está por ver que lo que yo haya querido no lo haya logrado. Para Raimundo Trillo no hay imposibles.

—El mar es bravo, señor, y la humilde arena lo para—repuso con modesta firmeza Gracia.

—Serás mía—recalcó Raimundo.

—¡Antes muerta!—repuso Gracia.

—¡Y no de otro; yo lo juro!—añadió con violencia Raimundo.

—Señor — respondió Gracia, cuya voz temblaba de indignación—: Dios puso la impotencia del hombre como dique á sus desbarros. Pero yo no volveré á esta casa en la que se ofende y amenaza á una pobre honrada, no porque se la ama, sino porque se la desestima, en vista de que el lenguaje que gasta usted no es el del amor, sino el del desprecio.

—Ves desprecio donde hay amor, porque no sabes sentirlo—repuso Raimundo—. Gracia, correspóndeme, y te juro y afirmo de no amar á otra que á ti. La necia de mi mujer no puede estorbarte. Pero si así lo hiciese...

—Señor, quien en esta casa estorba soy yo—dijo Gracia levantándose—; aquí soy yo la piedra del escándalo, y antes que éste se aumente y se divulgue debo cortarlo de raíz.

Gracia dió por pretexto á las señoras para dejar de venir el que los males de su abuela no la permitían llevarla y traerla, y no volvió.

Como se podrá colegir por las muestras que hemos dado, no era por cierto Raimundo un *amante fino*, pues lo fino se va extinguiendo hasta en el amor, que por su esencia debía ser su último santuario; pero para la insolencia no hay santuarios. Dice un autor francés, Mr. Edmond About, hablando de su país, del que con tanta propiedad ha dicho Masegosa que sirve de modelo á todas las pasiones revolucionadas: «El payo caballero es un tipo ridículo de otras épocas: en cambio tenemos en la nuestra el del caballero payo.» En España tenemos ahora la ventaja de disfrutar de ambos tipos á la vez. ¡Nuestra época no es estéril, no; es fecundísima en todo: en obras, en pensamientos y, sobre todo... en palabras!





CAPÍTULO XIV

Amor loco;
¡yo por vos, y vos por otro!
(Refrán.)

Eran las doce de la noche. Todo estaba silencioso é inmóvil, cual si hubiesen dejado de existir á un tiempo el ruido y el movimiento. Miraba la luna á la tierra de lleno y tan tristemente como miraría una suave y solitaria anacoreta un campo de batalla después del combate.

Gracia estaba en su reja, aguardando con alguna inquietud á Alonso, que tardaba; y aun cuando éste llegó en breve, su inquietud no se disipó, sino mudó de causa, porque, contra toda su costumbre, le halló triste y preocupado.

—¿Qué tienes, Alonso?—le preguntó con su suave voz.

—Nada—contestó el interrogado.

—Me engañas y me afliges, Alonso.

—¿Por qué te aflijo?

—Porque me quitas una creencia, y cada creencia que se pierde es una flor del corazón que se aja—repuso Gracia con su poético sentir y su culto lenguaje; porque hay seres

privilegiados que tienen la cultura en su pensar, instintiva, y la tienen en la expresión por intuición.

—¿Y cuál es esa creencia que tenías y que te quito yo?—preguntó Alonso, que era todo lo bueno, lo noble y lo delicado que es dable, sin salir de su esfera sencilla y campesina.

—La que tenía de que entre tú y yo no era posible que cupiese engaño.

—Pues si quieres que te diga la pura verdad—repuso Alonso—, hace días, Gracia, que me da el corazón golpes que me sacan de tino. Y has de saber que decía mi abuela que los golpes del corazón son avisos.

—¿Y qué crees tú que puede avisarte? —preguntó ella.

—Mira, Gracia, desde entonces se me ha clavado en el pensar que valiendo tú más que yo, yo no te merezco, y que no has de llegar á ser mujer mía.

—¡Que yo valgo más que tú!—exclamó Gracia con expansión y sinceridad—. ¿Quién, quién, dime, vale más que tú?

—Gracia, no se me oculta que mi persona es ruin.

—Alonso, los hombres no valen ni se quieren por la talla. Además, la bendición de mi padre te hace á mis ojos más alto que hombre ninguno.

—Tú en cambio, Gracia—prosiguió Alonso—, eres la muchacha más bonita de Carmona.

—Calla, Alonso; deja las lisonjas á los que no tienen amor.

—No son lisonjas; es la pura verdad. Hoy lo decían todos en la tienda, y Antonio Pérez, el oficial mayor, refirió que eso mismo dicen los señoritos, y que D. Raimundo Trillo (pillo, debería decírsele) te había puesto por nombre *la Estrella de*... qué sé yo qué estrella; la que está pintada en los blasones de la ciudad, en esos blasones que le dieron sus moradores remotos á este pueblo. Y otras cosas decían; pero por aprender esto de la Estrella, las otras las dejé ir.

—Alonso—dijo Gracia, disimulando la cruel mortificación que le causaron las palabras que oía—: ¿quién hace caso de las burlas y vaciedades de los señoritos ociosos que, no teniendo en qué pensar, se divierten y pasan el tiempo con palabras vanas?

—¿Quién hace caso?—exclamó el honrado Alonso—. ¡Caramba! Yo, que no quisiera que los tales señoritos pusiesen los ojos, ni menos tomasen en boca, ni para mal ni para bien, á la que ha de ser mi mujer. Y menos que ninguno ese señorito Raimundo, que es más malo que cuantos Barrabases pagan sus

culpas en gayola; y como ha estudiado, es un *ideísta* del demonio.

—Alonso: ¿no sabes que es casado?

—Verdad es; pero tan buen marido es como fué buen hermano.

—No murmures, Alonso.

—No murmuro; digo la pura verdad. «No la hagas y no la temas.—Quien oculta ó disculpa lo malo, no sirve á la caridad, sino al pecado.—La pura verdad no la ataja Dios, porque no quiere; ni el diablo, porque no puede.—El que hizo lo de Caín podrá hacer lo de David.» Yo no quiero que vuelvas allá á coser. ¡Ojalá... y que nunca hubieras ido!

—Ha días que no voy y que me traigo á casa la costura.

—¿A que ha sido porque te requebró ese mal nacido?

—Fué porque abuela se puso mala y no podía llevarme y traerme.

—¡Bien hecho, Gracia! Y no salgas más de tu casa; que estarse en su casa es honestidad. Y bien sabes que siempre se ha dicho:

> En el cielo no hay faroles,
> que todas son estrellitas.
> ¡Qué bien parece, señores,
> la honestidá en las mocitas,
> y la razón en los hombres!

—Pues ya ves, Alonso—repuso Gracia—, que si enseña la copla la honestidad á las

mocitas, enseña también la razón á los hombres. Y es carecer de ella dejarte perturbar por habladurías de casquivanos.

—Pero hay más, Gracia, para meterme una devanadera en los cascos y un gusano en el corazón. No me parece que estás contenta ni satisfecha. Muchas veces te veo llorar.

—¡Siempre que hablamos de mi padre!

—Nunca te veo reir.

—Verdad es que me río poco. Alonso, tenemos dos ojos para llorar y sólo una boca para reir. Así como no tenemos sino un corazón solo para amar, en el que no cabe sino un solo amor.

—¿Me quieres de veras?—preguntó Alonso conmovido.

—Todo lo que hago es de veras. Si no fuera por lo que te quiero, Alonso, entraría en un convento, que es donde en la tierra se está más cerca del cielo.

—¿De verdad?—exclamó Alonso—. Y si yo me muriese, ¿te entrarías monja?

—Tan cierto como lo es el que tú eres el solo hombre que he querido y el solo que querré.

—Gracia—dijo Alonso con todo su corazón—, ¡bien sé que dicen que yo no te merezco! Pero tan fijo como hay Dios que menos te merecen ellos. Gracia, casémonos pronto, porque me parece que mientras estés

moza has de andar en boca de esos guardacantones de las esquinas.

—¡Si aún no están las cosas prevenidas, Alonso!

—¿Qué le hace? ¿Qué cosas hay que prevenir para que éntre yo con mi jornal en esta casa de huérfanos y desvalidos y que se sepa que ya no lo sois? Habla con tu madre Juana, y verás como dice lo propio que yo; y mañana mismo empiezo á sacar los papeles y á menear la cosa.

Así sucedió, y el domingo siguiente se corrió la primera amonestación.

Raimundo lo supo, y nunca pudieron la combinación de tan varias y violentas pasiones crear una ira desesperada como la que se apoderó de él. Mas en vano buscó la ocasión de desahogarla; en vano quiso hallar el medio de impedir esa boda que le desatinaba, y que se juraba á sí mismo, como lo había hecho á Gracia, que no se verificaría. Alonso seguía modesto en su perpetuo trabajo. Gracia encerrada en su puro y austero hogar; inútilmente rondó aquel casto nido de humildes palomas. A nadie vió, de nadie pudo dejarse oir.

Así pasó la semana.

El domingo siguiente, que debía leerse la segunda amonestación, Raimundo se levantó antes del alba, se envolvió en su capa y se

puso en acecho en la esquina de la calle donde vivía Gracia.

Lo que había previsto, sucedió. A poco salieron de su casa Gracia y sus hermanas para oir la primera misa. Por desgracia, aquel día la pobre anciana estaba indispuesta, y no acompañaba á sus nietas.

Raimundo les salió al encuentro; Gracia retrocedió sobrecogida.

— Una palabra, Gracia — dijo Raimundo con voz sosegada — ; una palabra, Gracia. Es para un encargo de mi mujer.

Las dos hermanas menores, sin malicia, é ignorantes de lo que oculto había quedado entre Raimundo y Gracia, siguieron adelante.

— ¿Te casas? — dijo éste cuando estuvo á su lado en quedas, pero profundas y recalcadas palabras.

Gracia contestó con un *sí* sereno, modesto, pero decidido.

— ¡No te casarás! — repuso temblando de ira Raimundo.

— ¿Por qué?

— ¡Porque yo lo impediré!

— Dios sólo puede impedirlo — contestó indignada, pero siempre serena, Gracia.

— ¡Y yo, te digo!

— ¿Quién le da á usted ese derecho, y cómo hallará los medios?

— El derecho me lo tomo; el medio será cerrar con tiempo y para siempre los labios al que se atreviese á decir *sí* á la pregunta de si te recibe por esposa.

Gracia retrocedió aterrada, y nunca efigie alguna representó cual ella á la VIRGEN DE LAS ANGUSTIAS.

Es cierto que el semblante de Raimundo asustaba.

La ira, que no se advertía ni en su voz, pues hablaba quedo, ni en sus ademanes, pues estaba inmóvil, se notaba en sus ojos, que ardían cercados de negras ojeras, y en su semblante, que parecía solemnizar esa palidez de cadáver, que á veces usurpan á la muerte el furor y el espanto en sus paroxismos.

— ¡Amenazas!... — exclamó con desfallecida voz Gracia.

— Que cumpliré, aunque pierda mi alma. ¡Tú unida á otro! No sucederá en mis días. ¡Desprecias mi amor y te crees por eso libre de mí!... Pues entiende que no lo estás.

—¡Señor, por Dios! ¿Por qué no soy libre?

— ¡Porque no se puede inspirar pasión tal como la que por ti siento, y desoirla!

Las hermanas de Gracia, viendo que ésta se detenía, retrocedieron y se incorporaron con ella en este instante, y Raimundo se alejó.

El efecto que esta escena causó á Gracia fué terrible; pero en toda la semana que siguió, se fué borrando su impresión. Considerada la amenaza de Raimundo á la serena luz de su razón, le parecieron bravatas efervescentes y vanas de enamorado, dichas sólo por ver si la retenía de casarse; pero que no podían ser premeditadas, ni menos cumplidas. Y acabó por culparse á sí misma de crédula y pusilánime, y de que acaso daba ella más importancia á estas amenazas de la que les diera el mismo que las pronunció.

Al siguiente domingo fué Gracia á misa con su abuela, y á hora que estaban las calles concurridas; y en este día se corrió la tercera amonestación.

Debiendo pasar las veinticuatro horas prefijadas para mediar entre éstas y el casamiento, se dispuso su celebración para el lunes en la noche.

En la del domingo acudió, como siempre, Alonso á la reja.

— ¡Qué despacio viene el día de la boda! — le dijo á Gracia —. Sobre que parece el tiempo, en su andar, una babosa.

— No arrees el tiempo, Alonso — contestó ella —. ¡Quién puede saber lo que trae consigo!

— Trae la boda nuestra. Pero tú estás tan parada, que parece no la deseas.

—¡Temo desear, Alonso!... Que los deseos á veces espantan las cosas que quieren venir con sosiego y sin repiques.

— Ello es que tú no estás alegre, Gracia.

—No; pero estoy contenta... que es mejor.

— ¿Y por qué?

— Porque la alegría tiene alas, y el contento tiene asiento.

— ¡Tú tienes mucho sentido, Gracia! Pero yo, aunque con peores explicaderas que tú, te diré que el contento, cuando es mucho, se vuelve alegría.

Fuese Alonso, y Gracia se recogió á su alcoba. Halló aún á su abuela levantada y ocupada en algunos preparativos de la boda.

— Hija, acuéstate — le dijo la anciana — , que tienes que levantarte temprano para ir á confesar y pedir á Dios que sigas cumpliendo las obligaciones de tu nuevo estado tan bien como has cumplido las anteriores.

—Dios me quita el mérito en cumplirlas, haciéndomelas tan dulces, madre Juana — contestó Gracia.

En este momento sonó un tiro, Gracia y su abuela se arrojaron á la sala y á la ventana, que abrieron. La calle estaba desierta y silenciosa.

—¿Le parece á usted una gracia el descargar una escopeta á esta hora?—dijo cerrando

su postigo la vecina de enfrente, que se había asomado también á su ventana.

—¡Cosas de chavales! — respondió la anciana—. Gracia, hija mía, vámonos á acostar.

Gracia la siguió y se acostó; pero sin que se sosegasen los violentos latidos que en su corazón produjo la explosión siempre siniestra de un arma de fuego.

Un pensamiento que graduó de insensato había atravesado su mente, rápido, fulgurante, aterrador, como un relámpago. Y no pudo conciliar el sueño, á pesar de que repetidas veces oró:

¡Oh, Jesús, mi dulce Dueño
Y Redentor de mi alma!
¡Dadle á mis ojos el sueño
Y á mi corazón la calma!

A la mañana siguiente, de madrugada, se levantó la anciana para traer de la plaza los comestibles que habían de preparar para la cena de la boda. A alguna distancia de su casa, y en una encrucijada, vió, á pesar de lo temprano de la hora, gentes arremolinadas. Apenas se acercaba, cuando destacándose del grupo una mujer, se vino á ella, y le dijo con la brusca franqueza del pueblo:

—Tía Juana, ahí está un muerto; ése le mató el tiro que anoche sonó. Le ha atravesado la cabeza de sien á sien; debió caer sin

decir Jesús, pues nadie de los vecinos ha oído otra cosa más que el tiro... ¡Y es el novio de su nieta de usted, Alonso! ¡Qué dolor de mozo!

Al recibir, cual otro tiro, esta nueva, la pobre anciana quedó trastornada; se sintió desfallecer, y hubo que llevársela entre dos á su casa.

Al verla entrar, Gracia lanzó un grito agudo.

—¡Alonso es muerto!—exclamó—. ¡El tiro de anoche le mató!

—Pero, criatura—preguntó una de las vecinas que sostenían á la anciana—, ¿quién te lo ha dicho?

—¡El corazón... que no miente!

—¿Y quién que fuese aquel tiro?

—¡El corazón... que no engaña!—respondió la noble criatura, que, aun en medio de su desesperación, retuvo con generosa prudencia lo que hubiese podido comprometer al infame que sabía ser el alevoso asesino del compañero que tanto amaba.

La noche antes había entrado Raimundo tarde en su casa; venía embozado hasta las cejas, y no se desembozó sino después de entrar en su cuarto, que cerró con llave. Entonces arrimó á la pared una hermosa escopeta de dos tiros con la que solía ir á cazar.

—¡Uno bastó!—murmuró—. Tengo la mano certera. Pero si un tiro hubiese marrado, otro quedaba en la escopeta... y firme la voluntad.

Raimundo apagó su luz, y se echó sobre su lecho. Un rayo de luna que descendía de una ventana alta cayó de lleno sobre la escopeta, aún negra del tiro. Un pensamiento pareció ocurrírsele á Raimundo, pues de repente se levantó, cogió la escopeta, salió de su cuarto, subió con precaución al granero; en seguida, trayendo la escalera de mano, la sacó al tejado, la arrimó á la torre de que hemos hecho mención, cuya escalera de material se había desmoronado, la apoyó en la pared, tomó la escopeta, subió, y la tiró en aquel abandonado mirador. Al oir el golpe que dió al caer, una multitud de pájaros nocturnos y de mal agüero levantaron el vuelo graznando lúgubremente.





CAPÍTULO XV

No siempre es poderosa
Carrera la maldad, ni siempre atina;
Al fin la frente inclina;
Que quien se opone al cielo,
Cuando más alto sube, viene al suelo.

FRAY LUIS DE LEÓN.

Gracias á Dios, segura ya camino
De este valle de lágrimas, mi suelo,
A mi alto fin, al cielo cristalino.

PEDRO DE SALAS.

HAY personas cuyas conciencias están oprimidas por graves pesos, y hasta por losas sepulcrales, ¡y se las ve llevar un semblante sereno, hablar y aun reir!

¿Es acaso que se ha borrado de su memoria su culpa?

No. Es que son pocas las naturalezas vigorosas que, bueno ó malo, pueden sostener un mismo temple y conservar una misma impresión. Algunas hay ó ha habido, es verdad.

Pero los conventos de los Rancés y Franciscos de Borja, las casas de locos y el suicidio han sido el amparo de las naturalezas elevadas, de las medianas y de las descreídas

que no han podido hallar la calma de la debilidad, que es el indolente descuido, el que encubre, aunque no borra, lo que el remordimiento ó el pesar estamparon en el corazón con lágrimas ó con sangre. Obsérvese al que abriga la convicción de su maldad, aunque sea ésta oculta. Por distraído que se halle, dedicado á intereses generales, si por casualidad viene á tocar una palabra, una alusión, una referencia aquel recuerdo desatendido, aquella cuerda aflojada, se verá la instantánea sombra que oscurece su semblante, se oirá decaer su voz, poco antes recia y decidida, y su mirada huir de la de los demás, temiendo que por ella se transparente el oculto pensamiento que en su mente ha surgido.

Oirásele á veces retar á la conciencia con el cinismo del árido despecho. La conciencia, cual un reloj que obedece sólo á su propio impulso, no contesta á su reto, pero sigue su uniforme y constante golpeteo para sonar á su hora señalada. Pídale el pecador á Dios que esta hora le halle con vida y con voz para clamar: «¡Misericordia!!»

Uno de estos retos que daba Raimundo á su conciencia era éste: El deshacerse de su enemigo es un derecho natural; la sociedad se le otorga, y le hace ley; las naciones le adoptan, le llaman gloria en sus guerras; el

individuo le consagra en sus desafíos, y le llama honra. Sólo la Religión dice: «No matarás»; como dice otras muchas cosas muy buenas y santas, pero poco practicadas.

¡Y no obstante!... quien hubiese visto á Raimundo algunos años después de la catástrofe que hemos referido, y cuya causa y autor habían quedado ocultos, no le hubiese conocido. Su manera petulante había desaparecido; su vida bulliciosa y aventurera había cambiado. Aislado, taciturno, brusco, irritable, hostil á toda cosa y á toda persona, en particular á su mujer, á quien odiaba, había llegado á ser un ente tan mal visto como temido.

Es cierto que Raimundo era muy desgraciado, y que esto le agriaba, pues sólo las personas que no han hecho mal á nadie y sí todo el bien que han podido tienen el excelente privilegio de no agriarse en la desgracia. Lo que verdaderamente agría los caracteres son los remordimientos, esa convicción interna de la culpa y de la maldad, que se desfogan en hostilidad, en descontento de otros y de nosotros mismos, como lo hemos hecho observar en otra ocasión.

Raimundo hacía ostentación de desdén y de indiferencia. Su madre había muerto sin que una señal de cariño y de dolor por parte de su hijo hubiese dulcificado sus últimos

momentos, y sin que éste hubiese vertido una lágrima sobre su sepultura. Había dejado salir de su casa al anciano pariente, al amigo de su madre, al respetable religioso, que con tanta paciencia y bondad había sido su maestro, cuando obtuvo el curato de una miserable aldea, sin procurar retenerle, sin sentir su ida, sin echarle de menos. Hacía alarde de dicha indiferencia y desdén hacia su mujer, como si le fuese en todo inferior, como si quisiese abrumarla con la cadena que á él mismo tanto le pesaba. ¡A este estado de acerba desgracia le habían traído sus pasiones desenfrenadas, esas calenturas de la humanidad, con frenesí y delirio, que la destruyen!

La sola flor que perfumaba aún el devastado y seco corazón de aquel hombre era el apasionado amor que tenía á su hijo. Aquel niño era la única sonrisa de su triste y adusta vida, la única esperanza de su árido y negro porvenir, la única estrella que lucía en el cielo de su amor, en el que había brillado la Estrella de Vandalia, desaparecida á su vista para siempre, absorbida en el gran sol de vida, la religión, en que había entrado.

Gracia había logrado entrar en el convento, ese asilo de la inocencia y de la desgracia, ese amparo de débiles, esa grey de desvalidas que se agrupan humildes alrededor

del altar, para pedir á Dios protección, y á los hombres únicamente olvido! ¡Y este rebaño de inofensivas reclusas se ven atacadas y perseguidas en su institución! ¿Puede esto creerse? Anticatólicos: ¿acaso os pesa no haber contribuído ó contribuir á que estas santas vírgenes aumenten la horrorosa falange de prostitutas que de otras habéis formado?

Pero Dios vela sobre ellas, y ha puesto como guarda á las puertas de esos santos asilos de inocentes desvalidas la opinión pública, tan compacta é imponente, que os hace retroceder y bajar los ojos.

En este refugio respetado había huído Gracia de la infame pasión adúltera que había perseguido y amargado su existencia; en esta clausura—inviolable mientras haya quien sostenga, aunque sólo sea la equidad profana—había ido la infeliz, víctima del despotismo de un amor odioso y criminal, á llorar su soledad y desgracia; allí, que era donde podía permanecer pura y virtuosa, sin persecuciones osadas y criminales.

Raimundo, pues, vió su atentado sin más resultado que el de satisfacer sus celos. Mas esto solo le hubiese bastado para cometerlo.

Trinidad era infeliz, y cada día se empeoraba y se agriaba más su carácter con la intolerable existencia que le hacía sufrir su despótico y acerbo marido.

Contaminada por la constante hostilidad y contrariedad que hallaba en él, mientras más crecían los extremos que éste demostraba á su hijo, más disminuían los de ella; porque las personas contrapuestas acaban por someterlo todo al espíritu de oposición. Esto, ¡quién no lo ha notado con dolor!

Como ya no se divertía Raimundo con sus amigos, como su interior doméstico le era insoportable, como, en fin, todo le era odioso, pasaba largas temporadas en el campo, dedicándose á las tareas agrícolas, buscando en esta actividad material alguna diversión á la interna.

En estas excursiones llevaba siempre á su hijo, que crecía alegre, robusto y hermoso, y tan travieso y sobre sí, merced á lo que él le consentía, que su madre, no pudiendo sujetarle, siempre veía partir con gusto tanto al hijo como al padre.

Un día que había ido Raimundo al campo sin su hijo, regresó luego por el ansia de verlo.

Apenas se apeó del caballo, cuando preguntó por el niño; pero no pudiendo satisfacer los criados á su pregunta, entró en el cuarto de su madre á preguntar por él.

—¿Qué sé yo? — contestó Trinidad á su pregunta—. ¿Acaso le puedo yo sujetar? Estará en el corral con la cabra, ó en el jardín buscando nidos de pájaros.

—¿Es ese — exclamó su marido — el cuidado que tienes con tu hijo? No sólo eres cuerpo sin alma, pero cuerpo sin corazón.

—¡Mire quién habla de corazón! — repuso exasperada Trinidad—. ¡El hijo, el hermano y el marido modelo!

—¡Soy buen padre... y basta!

—No basta, no basta—repuso su mujer.

—No quiero sino á mi hijo — prosiguió Raimundo—, porque él sólo se lo merece.

—Pues permita Dios — exclamó desesperada Trinidad — que ese amor te cueste todas las lágrimas que tú has hecho derramar á los que te han querido.

En este momento sonó un tiro.

Raimundo se extremeció hondamente.

—¿Qué es esto? — preguntó, saliendo al patio, á los criados que allí se habían reunido, alarmados por la explosión—. ¿Quién en mi casa ha disparado un tiro?

—El tiro ha sonado hacia la torre—dijo el capataz.

Raimundo levantó la cabeza: una lívida palidez se extendió sobre su rostro. Había visto en el tejado, arrimada á la torre, una escalera de mano, tal cual en la noche de funesta recordación la había puesto él para ocultar allí á sí mismo y á los demás el instrumento de su crimen! La escopeta tenía dos tiros: uno había bastado á su intento,

otro quedaba en el cañón... El niño buscaba nidos de pájaros, y éstos abundaban en la torre... Todos estos pensamientos unidos pasaron á la vez como roja exhalación por su extremecida mente.

--¡Mi hijo!--gritó, precipitándose cual el huracán hacia la escalera, subiendo al tejado y trepando por la escalera de mano.

En el suelo del mirador yacía el cadáver de un niño en un mar de sangre, y á su lado se veía la escopeta de su padre... negra como la culpa, inflexible como la justicia, certera como la expiación.





EPÍLOGO

Poco sobrevivió Raimundo á su hijo.

Si en el tiempo que aún vivió sufrió su dolor, agrio y seco como castigo infructuoso *infligido* por el *Destino,* á estilo pagano, ó si lo llevó mansa y resignadamente como expiación, según el espíritu y la fe cristiana, Dios, su confesor y él lo sabrán.

Pero, piadosamente pensando, como dice nuestra hermosa frase familiar, *conjeturamos* que Dios no pronunció su terrible fallo de justicia distributiva sin darle su doble misión de castigar lo pasado y mejorar lo venidero para el contrito sumiso. Y son pocos los cristianos que en los momentos supremos de temor, de desamparo y de dolor no levantan su corazón á Dios implorando del cielo el socorro, el amparo y el consuelo que no pueden hallar en la tierra.

La noticia de la fúnebre catástrofe penetró las paredes del convento en que estaba Gracia.

Ella fué la sola que vió patente el dedo de Dios en el trágico suceso, y con renovado fervor oró por vivos y muertos, por amigos y enemigos, por el descanso de los buenos y la conversión de los malos, repitiendo cada día con más dulce convicción:

¡Dichosa el alma que en sagrado anhelo
desprecia los engaños de esta vida
por sólo una verdad... que es la del cielo!

FIN

¡POBRE DOLORES!



¡POBRE DOLORES!

CAPÍTULO PRIMERO

> Hay gentes en este mundo que no pueden contar con nada, ni con la casualidad, pues hay existencias sin casualidades.
>
> BALZAC.

Entre Sanlúcar de Barrameda, que despide al Betis, y la pulida Cádiz, que se abre paso entre las olas como para ir al encuentro de sus escuadras, en una saliente elevación de terreno se ha asentado Rota, pueblo que, aunque tranquilo y modesto, es de noble y antiguo origen, como lo atestiguan la historia y su magnífico castillo perteneciente á los Duques de Arcos, tan bien conservado y tan cuidado... que han pintado sus rejas de verde. Los seculares cantos sillares que forman los robustos muros del castillo y el fresco verde *casino* con

que han cubierto sus sólidas rejas, forman, no sólo un contraste, sino una disonancia que las personas entendidas y de buen gusto comprenderán mejor de lo que nosotros pudiéramos decir.

Hacia el lado que mira al Sudoeste, esto es, el que hace frente al océano Atlántico, el elevado terraplén en que se asienta el pueblo desciende abrupta y perpendicularmente desde una gran altura hasta la playa. Ésta presenta el uniforme aspecto que da el contacto del mar á la tierra que lame; muertas arenas alternativamente bañadas y abandonadas por las olas, en las que se busca con indistinto ahinco algún curioso secreto del mar lanzado de su profundo seno, algún triste vestigio de un ignorado y solitario naufragio, pero en las que sólo se hallan inocentes y lindas conchitas; algunas estrellitas del mar, que perdieron su luz con la vida; espumas que, arrojadas por las olas que les dieron ínfulas y brillo, decaen mustias y deslustradas; pesadas y transparentes aguas malas metidas en su masa de flema cristalina, como la yema del huevo en la clara; pobre pólipo que no se sabe si está vivo ó está muerto. porque en él tan inerte es la vida como la muerte; algún torpe cangrejo que alza su diforme mole sobre sus delgadas patas para correr con el esfuerzo y desmaña del lisiado

que se vale de sus muletas; gran cantidad de algas, que escupen á la tierra las olas que las desdeñan; algún pedazo de cordel ó de servida madera, que no son pavorosas ruinas de barcos, sino sencillamente sus desechos, y un lindo arabesco que dibujan en la tersa arena las finas huellas de las gaviotas; esto es de lo que se componen esas playas que engarzan á España, campo neutro que no adorna la tierra y que no cubren las olas, siendo así suelo sin flores y cama de mar sin perlas.

Á la izquierda del pueblo se entra el mar á pasear por la tierra, formando una ensenada, que haría un buen puerto á no tener tan poco fondo, que en la baja mar se queda en seco, y presenta una ancha extensión de negro y pedregoso cieno.

Cuando crece el mar, llega hasta las casas, guarecidas de sus embestidas por una valla natural de piedras, contra las que baten y se agitan con violencia sus olas, como las pulsaciones de un corazón oprimido.

En la punta del triángulo que forma el pueblo está el muelle, y en él los faluchos que diariamente llevan las frutas y legumbres á Cádiz, y las barcas de los afamados pilotos, que van al encuentro de los ricos huéspedes de la bahía de Cádiz para traerlos por la mano cuidando que no tropiecen.

Lo apartado que está Rota de todo camino, no siendo tránsito para ninguna parte; lo incomunicado que se halla con otros pueblos; sus ningunas pretensiones, y lo poco que figura, le dan un sosiego y una índole tranquila y patriarcal poco común, sobre todo en puertos de mar.

Un pueblo campestre, sosegado y tranquilo, asentado á la orilla del mar, que le aturde con su gran é incesante ruido, que le distrae con su inquieto y continuo movimiento, semejante al del siglo en que vivimos, y al que surcan atrevidos barcos, cada cual con su distinto gallardete, ya empujados, ya contrarrestados por las olas y las corrientes, como los hombres que actúan en la época presente; un pueblo en estas condiciones nunca ha podido completar para nosotros el ideal de lo campestre. Simpatízanos más aquel que por horizontes sólo tiene sus campos de trigo y sus olivares; por ruido únicamente el canto de sus pájaros, el cacareo de sus gallos, el murmullo de sus árboles y el toque de su campana, y que por vecino más cercano sólo tiene otro pueblo á quien llama compadre.

La mar y la tierra son contrapuestos, como lo son lo tranquilo y lo agitado, la estabilidad y el movimiento, la seguridad y el peligro; como lo son lo que produce y lo que destruye.

No obstante, difícil sería hallar otro lugar más pacífico que Rota, y que tuviese habitantes más laboriosos é industriosos en agricultura, que es la industria genuina del país.

Todos los roteños tienen su tierra propia, que cultivan, porque hay pocos labradores en escala grande. La uva, el melón, la sandía y toda clase de legumbres, que son siempre tempranas y muy buenas, constituyen sus principales ramos de cultivo. Entre éstas sobresalen, por su tamaño, cantidad y buena calidad, las calabazas y los tomates, cuya abundancia ha valido á los roteños el apodo de *tomateros;* así como es igualmente notable la enorme cantidad de canastos, puestos allí en uso para la traslación de sus cosechas.

Los andaluces, que, como es sabido, hacen burla de todo, sin exceptuarse los unos á los otros, y que con este fin inventan una innumerable cantidad de cuentos, sobrenombres, chascarrillos y coplas, tienen un abundante repertorio, en que son víctimas los buenos roteños.

Entre los muchos, sacaremos unos cuantos, no sólo porque nos parecen muy graciosos, sino también porque son una muestra legítima de la clase de chiste y del giro de ideas de este agudo é ingenioso pueblo andaluz.

En una ocasión quisieron hacer los roteños una función á su santo patrono San Ro-

que. Con este motivo convidaron á un predicador de fama y á otros dos clérigos, que vinieron á hospedarse en casa del Alcalde.

Averiguado por éste que lo que querían cenar sus huéspedes era chocolate, llamó á la cocinera y le mandó hacerlo.

—Pero ¿qué se le echa?—preguntó aturrullada la cocinera.

—Agua —contestó su amo.

La cocinera se quedó suspensa; mas acordándose que allí cerca vivía una mujer que tenía fama de ser la mejor cocinera del pueblo, se fué allá y le preguntó que cómo se hacía el chocolate.

—¿Y qué te ha dicho tu amo?—preguntó la profesora.

—Que lo haga con agua.

—¿Con agua no más?—repuso la otra—. ¡Jesús! Sépaste, mujer, que quien le quita al chocolate el tomate, le quita toda la gracia.

Tema que han puesto *muy bien enversado* de la manera siguiente:

Una señora fué á Rota
para buscar cocinera,
y la encontró desde luego;
pero le advertía ella
que no sabía guisar
con tocino la puchera.
sino con pringue de olivo
y con salsa tomatera.

Este es otro:

Los roteños se propusieron escalar el cielo con sus canastos. Al intento, los fueron poniendo unos sobre otros, de manera que pasaron más alto de la luna y las estrellas. Sólo les faltaba uno para llegar al cielo, y ese uno no lo tenían por estar ya todos colocados. Para no dejar por tan poca cosa de conseguir su intento, sacaron de debajo de todos el primero que habían puesto, con lo que todos los demás se vinieron al suelo.

A lo que acompaña la misma idea en verso:

Un roteño de los listos
Sobre canastas quería
Subir al cielo, por ver
Si tomates allí había;
Mas para llegar al cielo
Una canasta faltó,
Agarró la de debajo...
¡Y junto á Londres cayó!

Y éste el tercero:

Una vieja de Rota se encontró en un camino con uno del Puerto, que venía cantando el romance del Gran Capitán, y ambos se encararon en el momento que el del Puerto cantaba:

Aquella sangrienta espada
Que á los bárbaros de-rota.

—¡Los del Puerto serán los bárbaros, so tunante!—le dijo furiosa la vieja.

En cuanto al sinnúmero de coplas, sólo unas cuántas daremos por muestra:

No se ha podido saber,
Ni se sabrá á punto fijo,
Los borricos que hay en Rota,
Porque llega á lo infinito.

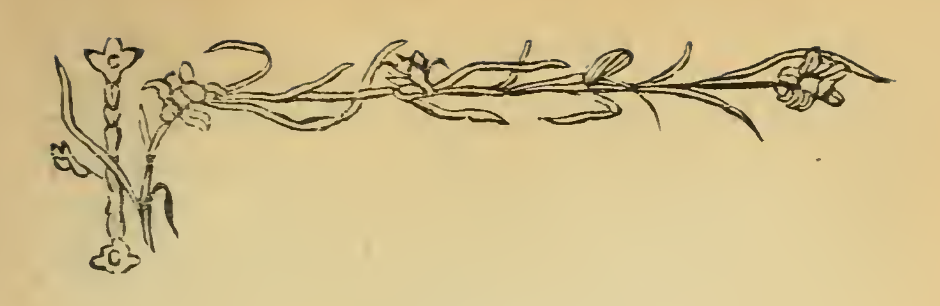
Los roteños á sus novias
Acostumbran regalar
Pepitas de calabaza,
Que son confites allá.

Un hombre sabio de Rota
Estaba pensando un día
Que si no hubiese tomates
El mundo se acabaría.

En fin, para concluir, hasta en la calamitosa época de los franceses les sacaron ésta:

Si á Rota le apuntaran
Las baterías,
Ella con sus tomates
Las hundiría.





CAPÍTULO II

NADA recrea más la vista ni alegra más el corazón, que ver al caer la tarde volver del campo á los labradores. Cada cual viene montado en su burra, que las más veces es seguida de un ruchillo que corre y salta, gozando de su corta niñez, como si le avisase un instinto profético que esa alegría, ese solaz, esos alegres saltos, serán los primeros y los últimos en su triste vida de trabajo y de desprecio. Traen los labradores sus serones llenos de frutas y de legumbres, coronados de frescos tallos de maíz, que son la cena de su buena compañera; ésta apresura su lento paso al ver llegar á los niños, que salen al encuentro de sus padres. Completa la comitiva un perrito basto y feo, pero humilde y fiel, que se cuenta como de la familia, y que no dejaría el pedacito de pan que le da su amo por todos los manjares de un palacio. Unos padres alzan al más pequeño de los niños y le sientan delante de sí, mientras los mayores abrazan y retozan con

el ruchillo. Otros se apean, sientan en la burra á los mayores, y llevan en sus brazos al más pequeño; y cada uno de estos variados grupos se dirige á su casa, en que les aguarda la madre y la esposa feliz.

¡Oh! ¡qué de veces hemos mirado con profundo enternecimiento estos cuadros de íntima y pura felicidad, que no se ostenta ni se oculta, que no brilla ni se esconde, como la suave luz de la luna! Y nos hemos preguntado con amarga melancolía: ¿Por qué la cultura material, con su insaciable ambición, su refinamiento de goces y su estúpida elegancia de formas, ha reemplazado estos santos y puros goces, con otros que tampoco satisfacen al corazón, á la poesía del alma ni á la conciencia? Porque, despreciando esta felicidad que Dios nos brinda y enseña, ha concebido otra facticia que, con sus anhelos por lo irrealizable, osa echar el desprestigio sobre aquella que nuestro destino, Dios y la razón nos señalan.

¡Cuándo comprenderemos que lo ideal no se debe buscar en los aires, en un globo sin dirección y sin rumbo, llevado al soplo de las pasiones, sino que el que nos debe servir de norma y de anhelo está bajo nuestra mano, como flores con que Dios siembra la senda que nos ha trazado! ¡Cuándo se convencerán los poetas, esos ruiseñores que can-

tan y nos alegran en los días claros, y nos consuelan en las noches mustias de que se compone nuestra existencia, que mientras exalten, exageren é idealicen las pasiones del hombre podrán agradarle y lucirse, pero que no contribuirán, como deberían hacerlo, á su bienestar y á su mejora!

No es decir por eso que no existan las pasiones. Ellas en lo moral, así como las calenturas en lo físico, son males de la humanidad, que no llegan á destruir ni los esfuerzos de los moralistas, ni los trabajos de la medicina; y sería difícil—á no escribir un idilio—el pintar escenas de la vida humana sin que en ellas, tarde ó temprano, ocupasen un lugar. Pero la mala y extraviada propensión está, á nuestro entender, en graduar de bello, noble ó interesante, el estado en que nos ponen, y aún es peor el craso error que las pinta como propias de almas superiores. Las almas superiores las moderan, si son buenas; las vencen, si son malas.

Venía hacia el pueblo de Rota, una suave tarde de verano, un anciano montado en su burra. Seguíanle dos mozos bien parecidos, morenos y airosos, llevando sus azadas al hombro. Ya cerca de su casa, vieron venir á un niño de cinco años que traía á remolque una niña de tres, sofocado y colorado con los esfuerzos que hacía para apresurar la marcha

aún vacilante de su hermanita. Paróse el jinete, y el mayor de los mozos, cogiendo á los niños, que eran sus sobrinos, colocó el uno al lado derecho y el otro al lado izquierdo del anciano; hecho lo cual, la burra, sin recibir aviso, volvió á emprender su pausada marcha hasta llegar á una casa, á cuya puerta se paró sin ser necesario que resonase el *¡soo!* en sus orejas gachas.

Antes de entrar en esta casa, que pertenecía al anciano jinete, es preciso describirla y dar cuenta de quiénes eran sus moradores.

Entrábase, al atravesar la casa-puerta, en un gran patio entrelargo, empedrado de menudos chinos: á la derecha tenía un gran arriate, en que se aglomeraban tantas flores, arbustos y enredaderas que parecía un congreso de plantas; á la izquierda lo cubría un espeso emparrado, delcual colgaban racimos colosales; al frente estaban las puertas de la cocina, cuadra y corral, y una escalera maciza de ladrillos sin techar, que llevaba á un sobrado ó desván. A la derecha de la puerta de la calle había una salita y una alcoba; á la izquierda otra igual, á las que seguían unas cuantas habitaciones con salida al patio. Cerca de la cocina, y con ventana al corral, tenía otro cuartito tranquilo é independiente.

Esta buena y desahogada casa, á pesar de repetir su dueño, el tío Mateo López, muy

á menudo: «Vecina, ni Santa Catalina», tenía todas cuantas podía contener.

El partido de la izquierda lo vivía su dueño con su familia, inclusa su hija Catalina, casada con un yegüerizo, y madre de los niños que hemos visto venir á recibir á su abuelo.

Tenía arrendado en seis reales al mes el sobrado á la viuda de un infeliz marinero que se había ahogado y había dejado á su mujer enferma y con dos hijos, la que no se lo pagaba nunca; el tío Mateo tampoco le pedía los caídos, haciéndose esta buena y juiciosa reflexión: «¡Si no tiene la *desdicháa*, ¿cómo ha de pagar?»

El cuarto inmediato á la cocina se lo tenía dado de balde á un pobre fraile desde la exclaustración.

La sala de la derecha se la tenía arrendada en diez reales á un carabinero y su mujer, y éstos eran los únicos que pagaban.

El carabinero era un excelente hombre, llamado Canuto, y á nadie le venía mejor el nombre, porque no se dió nunca hombre más flaco, más tieso ni más vacío. Había sido soldado, y siempre un soldado grave, serio y de pocas palabras; pero, desde que era carabinero, esto es, hombre de confianza del Gobierno, había llegado su gravedad á lo inmutable de la de un Catón de mármol.

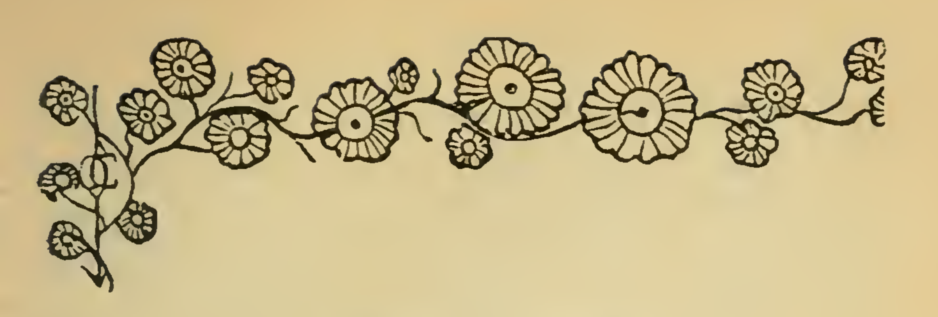
Señor Canuto, que no había tenido desde que nació voluntad propia, era el más celoso de su autoridad, y no se mudaba chaleco sin preguntar á su mujer cuál era el que debía ponerse. Había sido cincuenta años atrás blanco y rubio; mas el pícaro del tiempo y los malvados trabajos no habían dejado por vestigios de estas dos ventajas sino unos bigotes que parecían dos estropajos. Pero su mujer decía que había sido su marido más blanco que una azucena y más rubio que unas candelas, y que, aun á lo presente, en sus espaldas se podía escribir como sobre un pliego de papel.

Pepa, que así se llamaba su mujer, era mucho más joven que él, y una de esas mujeres modelo, que tienen de suyo los más bellos dotes para prestarlos y dedicarlos á sus maridos, más por amor que por deber; mejor dicho, por la fusión del amor y del deber; fusión tan dulce y santa como sabia y admirable. Tienen talento para guiar á sus maridos y enmendar sus torpezas, cuando las hacen, haciéndolo de modo que les persuaden, así como á los demás y á sí mismas, que son ellos los que aciertan y llevan razón; la prudencia para templarlos, sin que conozcan la intención, como las madres tienen sus cantos para dormir, distrayéndolos, á sus hijos; la resignación, para inculcársela con la

palabra y el ejemplo; el sumo orden y limpieza, para que estén ellos siempre bien atendidos y vistan con lujo y primor; la condescendencia hasta ocultar el propio sacrificio, por no hacer parecer exigente al que los impone, y, sobre todo, el apego, la abnegación y el propio anonadamiento, á punto de que, si no fuese tan respetable su origen, llegaría á ser ridículo cuando el marido no es acreedor á ello.

Señor Canuto casi nunca abría la boca, en lo que hacía muy bien. Pero cuando sucedía, era hablando lacónicamente, por sentencias y con gran aplomo, persuadiéndose que todos los oídos eran tan benévolos como los de su mujer. Y, en realidad, en cuanto á los habitantes de la casa en que vivía, no se equivocaba del todo nuestro buen carabinero.





CAPITULO III

El exclaustrado que había recogido la excelente familia de López se llamaba el P. Nolasco, y era un buen señor. No había inventado la pólvora, ni la imprenta, ni era colaborador de ninguna enciclopedia; pero sabía lo que tenía que saber para el cumplimiento de sus funciones. Si le faltaba un algo de dignidad, sobrábale celo y conocimiento del pueblo, de sus costumbres y de su lenguaje para atraerlo á la senda del bien; lo que lograba alguna vez con un ¡caramba! dirigido á los mayores y con un sosquín aplicado á los chicos. Como el instinto del pueblo es tan justo y perspicaz, por lo mismo que no tiene esa espuma de cultura — que no basta para penetrar y sobra para extraviar — conocían que el Padre *no perdía la derechura*. Así es que le querían y veneraban, aunque á veces se reían de sus cosas.

Atento á esto haremos una salvedad al mismo tiempo que una observación, y es: que hay dos clases de risas, muy distintas, ó,

mejor dicho, contrapuestas: la risa benévola y la risa despreciativa. La primera es dulce, alegre é inofensiva; la segunda es amarga, poco alegre y zahiriente. La primera nace de un corazón sano, como los claros borbotones de un manantial de aguas claras; la otra nace de un corazón duro y acerbo, y filtra como un licor corrosivo que quema y ennegrece cuanto toca. La una se corona de flores, la otra se reviste de púas. Inútil es añadir que la que inspiraba *las cosas* del buen Padre, que era queridísimo de todos, era la primera.

El Padre Nolasco estaba un poco sordo, lo que le hacía trabucar á veces las cosas que le decían. Por lo cual solía acontecer que sus exhortaciones en el confesonario servían á dos fines: como tales, para el penitente; como pláticas, para el concurso. No podía darse un hombre más sin hiel, sin que por eso dejase de tener su buena dosis de malicia, que no se la pegaba tan fácilmente el que quería engañarle. Nunca tampoco se vió otro más franco y verídico; lo que hacía que sin gastar tono de superioridad, ni menos tener agrior, decía á cada cual, cuando le parecía, que iba errado y obraba mal, sin que nadie se ofendiese por eso.

En cuanto al exterior, parecía el Padre Nolasco una de esas caritas de goma elástica

que se hubiese estirado cuanto daba de sí á lo largo; tenía larga y angosta la cabeza, larga la nariz, larga la barba, largos los dientes, largos los brazos y las manos, las piernas y los pies. Vestía, desde la exclaustración, una chaqueta, un chaleco y unos pantalones negros de cúbica, que le habían sido dados de limosna por un favorecedor venido de América llamado D. Marcelino Toro, cuyas ropas, á fuerza de servir y ser cepilladas por su buena patrona, habían adquirido un brillo que las hacía aparecer de hule.

El Padre Nolasco, aunque contaba más de setenta años, era ágil, y, á excepción de algunos flatos que se curaba con *la thé,* gozaba de buena salud, gracias quizá á su frugalidad y á la sencillez de sus alimentos. La hermana de su favorecedor, D.ª Braulia Toro, le regalaba cada mes dos libras de chocolate de á treinta cuartos; el que, con unas tostaditas secas, componía sus almuerzos. Su compadre, el rico tío Gil Piñones, le regalaba garbanzos por que enseñara á sus hijos á ayudar á misa; y aquéllos, con media cuarta de carne y con media onza de tocino que le daba el serrano por que le escribiera sus cartas, formaban el puchero que comía los trescientos sesenta y cinco días del año, del que guardaba una taza de caldo para ce-

nar y otra daba á la pobre viuda que vivía en el sobrado.

Por de contado el Padre Nolasco tuteaba á cuantos habían nacido en el siglo de las luces. Un día el médico, que era un joven que la echaba de importante, le hizo notar que esa libertad que se tomaba era contra la dignidad del hombre.

—¡Dignidad del hombre!—contestó el padre Nolasco—. Eso han sacado ahora. ¡Vaya! ¡Dignidad en las palabras, é indignidad en los hechos! ¡Con que tuteo á mi seráfico padre San Francisco, é iría yo á darle mercé ó señoría á un barbilampiño como tú! Anda, cura-tabardillos, y no me lo des á mí, que no me he de poner al uso del día; que está ya el alcacer duro para pitos, ¿estás?

Pero con quien sostenía el P. Nolasco una hostilidad perenne era con el hijo de la pobre viuda, gracioso, vivo, bonito y simpático muchacho de doce años, que quería ser marinero contra la voluntad de su madre. Esta, que había perdido á su marido en un naufragio, se estremecía con la idea de que se embarcase su hijo; y había acudido al P. Nolasco, á fin de que le prestase su auxilio para disuadir al niño de su intento. Pero éste había sido ineficaz; mientras más le había encomiado el Padre las prerrogativas de la tierra firme y las ventajas de la vida sosegada,

más se había entusiasmado el aventurero muchacho por los azares del mar y por los largos viajes sobre las inseguras olas. El padre Nolasco, en venganza, le había puesto por nombre *Montevideo*. Ya sabemos que para ciertas gentes se encierran los largos viajes de mar en el de América, y que para ellos el *Finisterre* es Montevideo.

—No irás á la mar, no—le decía el buen Padre.

—¿Y por qué no, señor?—respondía con una sonrisa tan alegre como dulce Tomasillo; sonrisa que era peculiar á él y á su hermana, en la que se unían la alegría y la dulzura, como se unen en el sol el brillo y el calor.

—Porque la mar es enemiga del hombre, bien lo sabes; y que en ella murió tu padre. Así es que no sé, testarudo, cómo tienes valor de embarcarte.

—¿Y el padre de usted, P. Nolasco, dónde murió?—preguntó Tomasillo.

—¡Toma! En la cama muy descansado—respondió el Padre.

—¿Pues cómo tiene usted valor de acostarse en una cama, P. Nolasco?

—No me vengas con entraditas de pollo inglés, Tomasillo. Bien sabes que de diez que van á la mar se ahogan nueve en la flor de su vida, y mueren sin confesión; lo que á ti,

que eres más malo que ninguno, te vendrá peor que á ninguno también. Si dejas ésta por otra, el mal ha de ser para ti, pues en lo demás poco se pierde; para ti digo, y para tu pobre madre, que te ha de sentir; como que te parió. Y que es preciso que tú la mantengas.

—Pues ¿qué quiere usted, P. Nolasco, que vuelva yo á andar como anduve á principio de verano por las recortas del manchón del tío Mateo, con un cencerro en la mano ahuyentando pájaros, con la cantinela:

Al agua patos,
Que se comen el trigo los gurupatos?

—¡Vaya! ¿Pues qué peligro hay en eso?

—A mí me gusta el peligro, P. Nolasco.

—¡Calla, pez volante! que quien ama el peligro, en él perece. Hablé con mi compadre, tío Gil Piñones, y me dijo que te tomaría de porquero.

—Que no voy. ¡Qué! ¿Había yo de guardar puercos? Que los guarde su amo.

—¿Con que no quieres trabajar, so malandrón? ¿No quieres ser hombre de bien y ayudar á la pobre de tu madre? ¿Di, libertino?

—Sí, señor; sí, señor. Pero no quiero ser *espachurra-terrones,* ni pasar mi vida en mi casa como *caracol burgado.* Si me muero...

¡tanto me da! Pero no quiero que me llamen tomatero, eso no.

—Y mejor será que te llamen Montevideo, ó bien

Que te llamen pocas penas,
Pariente de mala gana,
Y por apellido tengas
¡A mí no se me da nada!

Ya veremos si vas al cortijo del compadre tío Gil Piñones. Yo, en propia persona, te voy á llevar; y si te repercutes, te llevo cogido de una oreja. ¡Vaya! ¡Después de los pasos que he tenido que dar y del empeño que he puesto!... ¿Cuándo te podías tú figurar, peje-sapo, que habías de llegar á ser porquero del compadre Gil Piñones? Con que ya te puedes alistar para mañana con la fresca coger la vereda.

A la mañana siguiente el chiquillo se escapó, se metió en una barca, y no hubo quien de allí le sacase. Como era tan bonito, tan alegre, tan dispuesto y tan simpático, le hizo gracia al patrón, que le conservó en su barca, y á la sazón había ascendido á la dignidad de *cuarterón*, nombre que dan á los muchachos ya enseñados y que alcanzan estipendio, por ganar la cuarta parte de lo que gana un hombre.

— Montevideo — le dijo el P. Nolasco cuando le volvió á ver—: eres como las piñas

de la Rápita, que estuvieron siete años dándoles golpes, y el primer piñón les saltó un ojo.

—Padre Nolasco—respondió Tomasillo—: «Tres cosas hacen al hombre medrar: ciencia, mar y Casa Real.»





CAPÍTULO IV

Después que hubieron cenado, se reunieron todos los vecinos de la casa en la puerta de la calle, menos la pobre viuda, á quien sus males y sus quehaceres retenían en el sobrado.

En un banco, á la derecha, se sentaron el P. Nolasco; el Sr. Canuto, á quien no tocaba la guardia en los puestos aquella noche, y el tío Mateo. Entre sus rodillas estaba su nietecito, que tenía extendidos sus brazos sobre los muslos de su abuelo.

—Tío Mateo—le decía Pepa—: hasta el suelo se le cae á usted la baba con ese chiquillo.

—Verdad es—contestaba el tío Mateo, que era zumbón—. No lo puedo negar: tira la sangre; y que, hijo de mi hija, ser mi nieto; hijo de mi hijo, no saberlo.

En el banco de la izquierda se sentaron: Esteban, que era el mayor de los dos hermanos que hemos visto volver con su padre del campo, y contaba veinte años; su hermano

Lorenzo, que contaba diez y ocho, y al lado de ellos María Dolores, la linda hija de la pobre viuda, á quien todos querían con extremo, lo mismo que á su hermano. Así era, que cuando el tío Mateo decía: «¡Qué hechizo tiene ese Tomasillo! Es más alegre que un fandango: se acuesta y levanta cantando como los pájaros», respondía la tía Melchora, su mujer: «Verdad es; pero... ¿y María Dolores? ¡Qué ángel tiene! Esa se acuesta y se levanta como los serafines, alabando á Dios!»

Contaba Dolores catorce años; edad en que se abrazan la niñez y la juventud en tan estrecha unión, que necesitan á veces los años llamar las lágrimas en su auxilio para separarlas.

La tía Melchora estaba sentada en el escalón de la puerta de la calle, y junto á ella su nietecita, que había dejado caer su cabeza en la falda de su abuela, y sin soltar de su mano un racimo de uvas, se había quedado dormida como una pequeña Bacante.

Pepa la carabinera y Catalina, la madre de los niños, que estaban estrechamente unidas por lo que á éstos quería Pepa, habían traído sillas bajas y estaban sentadas de frente. Catalina tenía dormido en sus brazos al hijo más pequeño, al que criaba.

—Paréceme que quiere llover—dijo el carabinero—, que apunta el Levante, y por este

tiempo siempre que viene el Levante echa agua. ¿Qué le parece á usted, tío Mateo?

—Que no dice usted malamente — respondió éste—. Hoy es jueves, día de señal como el domingo; y en acostándose en estos días de señal el rubio entre cortinas, mudanza de tiempo.

—¿Te vienes, Lorenzo?—dijo Esteban á su hermano, al que quería con ternura—. Los mozos tienen una guitarra y una fiesta armada.

—No voy — contestó lacónicamente Lorenzo.

—Pues no vengas — repuso Esteban—; así como así por todo armas camorras. Con que más vale que no vengas; siempre estás que parece que te deben y no te pagan. ¿Te duele algo?

—La cabeza, de oirte.

—¡Pues, hijo, con Dios! Al que le duela la muela, que rabie, ó se la eche fuera.

Esteban se alejó.

—¿Por qué no vas?—le preguntó Dolores.

—Porque me gusta más quedarme aquí.

—¿Por qué?

—¡Qué se yo!

—Pues si yo pudiese ir donde hubiese guitarra, no me quedaba yo aquí, no.

—Si tú hubieses estado cavando todo el día...

—¡Quita allá, flojón! ¿No lo han estado los otros lo mismo que tú?

—¡Los otros! Los otros no van por la guitarra, que van por la novia.

—¿Y tú no tienes novia, Lorenzo?

—Yo no — respondió en tono brusco el muchacho—. Mira, Dolores — añadió después de un rato—: desde ahora te digo que cuando me llegue á enamorar, ha de ser de ti. Y en mi vida de Dios he de tener más novia que tú.

Dolores empezó á reirse en sonoras carcajadas.

—¿Te ríes?—preguntó muy picado Lorenzo.

—¡Pues no me he de reir! ¡Tú mi novio! ¡Ay qué reidero!

—Pues no siempre ha de ser para ti un reidero. Porque en siendo tu novio te he de poner las peras á cuarto, y no has de estar siempre riéndote como Juanilla la tonta.

—Es que no seré tu novia — dijo con decisión Dolores.

—¿Que no? ¡Ya veremos!... Aunque no quieras, lo has de ser.

—Que no.

—Que sí.

—Que no.

—Que sí.

—¡Que no, ea!—exclamó medio llorando la niña.

Oyóse entonces una alegre y clara voz que venía cantando:

¡Bendito sea Dios, madre,
Que ya pareció el perdido!
Que no se puede perder
Pájaro que tiene nido.

—Ese es mi Tomás — dijo Dolores con júbilo, corriendo al encuentro del que cantaba.

—Buenas noches, señores—dijo Tomás—, que traía un canasto con pescado.

—Dios te las dé muy buenas, hijo.

—Tía Melchora, aquí tiene usted un rape que sé que le ha de gustar para hacer sopa. Señá Pepa, tome usted estos salmonetes. Padre Nolasco, tome usted estas pescadillas para cenar — dijo el niño, repartiendo casi todo el pescado que traía.

—¡Qué! ¿Ya estás de vuelta, Montevideo? ¡Vaya, qué pronto has venido! Andas más que una mala noticia. ¿Qué dices?—dijo el P. Nolasco.

—Que tome usted estas pescadillas para cenar, Padre — gritó Tomasillo.

—No, no; no quiero sino mi sopa; que en mis años vale más caldo de carne, que carne de pescado.

—Dios te lo pague, Tomasillo — dijo la tía Melchora.

—Gracias— añadió Pepa.

—No hay de qué darlas; quien esto da, diera cosa mejor si la tuviese — respondió el cuarterón.

—¿Has estado lejos, Tomasillo?—preguntó el tío Mateo.

—¡Jesús! Hasta Gibraltar, que es tierra de ingleses.

—¡Pues qué! ¿has estado en *Ingalaterra?* —preguntó Catalina.

—No, que el Peñón es de España, y es de los ingleses; y eso es como si dijese usted que mi mano era suya. ¿No es verdad, Padre Nonasco?

—Chiquillo — dijo la tía Melchora—: no se dice Nonasco, que se dice Nolasco; te lo he dicho más de treinta veces.

—Nonasco; así le dicen en Cádiz, que es gente pulida. ¿No es verdad, Sr. Canuto?

El grave y callado carabinero, obligado á contestar á esa pregunta directa, respondió en voz hueca:

—No se dice Nonasco.

—¿Lo ves?

—Ni tampoco Nolasco.

—¿Lo ve usted?

—¿Pues cómo se dice?

—Se dice Nonato.

—¡Qué, señor! Ese es San Ramón — observó la tía Melchora.

—Es que los dos llevan un mismo apellido — repuso con aplomo el Sr. Canuto.

—Cuando señor Canuto lo dice, verdad será; pues sabe su mercé más que *Seeneca* —dijo Catalina.

—¡Oiga! ¿Y quién es *Seeneca?*—preguntó el cuarterón.

—¡Qué sé yo!—contestó la yegüeriza—. Será un abogado.

—Padre Nonasco—gritó el marinerillo—, dígame usted: ¿quién es *Seeneca?*

—¿Rebeca?—respondió el Padre, que no oyó bien—. Es una pastora de las de Belén.

—No pregunto eso — contestó el cuarteron—; sino ¿quién es *Seeneca?*

—No lo sé—contestó el buen señor—; ese santo no está ni en el añalejo, ni en el martirologio.

—Señor Canuto — prosiguió preguntando Tomasillo—: sáqueme usted de curiosidad, y dígame quién es *Seeneca*, que esto pica en misterio.

—*Seeneca*—respondió con todo aplomo el carabinero—es un sabio de los moros, que ayuda y guía á su rey, como por acá el Papa al nuestro.

—¡Vaya! No sabía yo eso—dijo su mujer—. Aunque siempre he oído decir que los moros saben mucho.

—¡Como que encierran á las mujeres! Mire usted si serán avisados — observó el tío Mateo—. ¿No es *asina*, P. Nolasco?

—¡Por supuesto!—contestó éste—. La mujer honrada, la puerta cerrada. Pero hoy día son más callejeras que el humo, que siempre está buscando por dónde salir.

—Toda la vida de Dios ha sido *asina*, Padre Nolasco—dijo el tío Mateo—. Oye, cuarterón— prosiguió—: ¿has visto por esas mares anchas á la Sirenita del mar?

—Yo no; lo que querrá usted decir son tiburones ó *goifines*, tío Mateo.

—No, no — intervino la tía Melchora—. La Sirenita es una muchacha muy sin vergüenza, que andaba por esas playas enamorando á los marineros con su buen parecer y sus cantos, hasta que su padre la maldijo, deseando que se volviese pez; y así sucedió, volviéndose pescado de medio cuerpo abajo. Metióse avergonzada en la mar, y se fué lejos por sus centros, en los que canta siempre como en las playas hacía, para atraer á los hombres á su perdición. Y así es que dice la copla:

La Sirenita del mar
Es una pulida dama.
Por maldecirla su padre,
La tiene Dios en el agua (1).

---

(1) ¡Y cate usted la Sirena mitológica hecha cristiana por el pueblo!

—¿No sabías, Tomasillo, que cuando saltan los delfines y cantan las Sirenas es señal de tempestad y presagio de naufragio?

—Yo no, señora; no he oído más que los ronquíos de la corbina. Esa Sirena será pez de otras mares, digo yo. Ea, voy á ver á madre, y á decirle que me embarco de *gurumete* en una fragata tamaña como el castillo.

—¡Muchacho! ¿Y adónde vas?...—exclamaron todos.

—A lo más remontao de la América.

—¡Jesús!—volvieron á exclamar todos.

—¿Qué dicen?—preguntó el P. Nolasco.

El tío Mateo se lo dijo en recia voz.

—¡No lo dije!—exclamó el P. Nolasco.—¡A las Indias, á Montevideo! ¡Si no había de parar hasta lograrlo ese atronado, más aturdido que unas carnestolendas! ¡Mire usted que dejar de ser porquero del compadre Gil Piñones para ir á ser pasto de peces!... ¿Se podrá creer?...

—¡Dejar nuestra madre la tierra por esa *madrastra* la mar!—dijo la tía Melchora.

—Señora, el dinero no se gana tendido. Y yo quiero ganar dinero mucho y aprisa, para que mi pobre madre tenga la vejez descansada—respondió el cuarterón.

—Tomasillo, el que quiere ser rico en un año, al medio le ahorcan—observó el tío Mateo.

—¡Ay, Dios mío!—dijo echándose á llorar Dolores.—¡Hermano de mi alma, no te vayas tan lejos por esos mares, sepulturas de cristianos!

—Calla, calla, *Dolorsiya*, que voy á volver como D. Marcelino, con mucho oro.

—Sí, del que depone el moro—murmuró Lorenzo.

—A madre le voy á traer una caja de azúcar para sus jarabes, á ti un loro y al P. Nolasco un negrito para que le ayude la misa.

—Déjate de negritos—repuso el P. Nolasco—, y acuérdate que quien ama el peligro en él perece. Pero á unos no basta el arre ni á otros el só.

—Padre Nolasco, la gloria y el dinero son para quien los gana.

—¡Sí! ¿Y si para lograrlos pierdes la vida ó la salud? ¿Y si no vuelves?

—Volveré; sí, señor, ¡volveré!... con salud y con pesetas, que es salud completa—repuso alegremente el cuarterón, entrándose á ver á su madre.





CAPITULO V

Nada pudieron sobre el emprendedor y decidido muchacho las reflexiones de sus amigos ni las súplicas y lágrimas de su madre y hermana.

—Quien no se arriesga—respondía—, no pasa la mar. ¿No sabe usted que dice la copla:

Si no te ha dado tu suerte
un mayorazgo en España,
embárcate en un jabeque
y pásate á la otra banda?

Tomás partió. No hay pinceles que pinten ni palabras que expliquen la aflicción de su pobre madre, cuya vida, entre el dolor de lo pasado y la angustia de lo presente, se extinguía como la de la encina que estuviese á un tiempo herida de un rayo y roída de un gusano.

Así pasó un año.

Un día entró en casa de la pobre viuda un piloto, antiguo conocido de su marido. Este hombre traía una carta; esa carta era dictada

por Tomás, y fechada del famoso Montevideo.

Escribía más alegre que nunca; decía que había hecho un viaje de damas; que estaba tan contento como el pez en el agua; que había crecido media vara, y que volvería con el mismo barco y el mismo capitán, que le quería mucho. Desde aquel día la viuda no faltó uno en ir á la playa y recorrer con la vista la desierta y brillante extensión azul, en la que había de dibujarse, como un aro de perlas que engasta un brillante, la fragata que le traía á su hijo. Habían querido disuadirla, porque esos inútiles viajes dañaban á su debilitada salud; pero fué en vano. Cuando la realidad niega toda felicidad, el corazón se ase á una ilusión... y no la suelta, pues sólo por ella vive. Pero pasaban los días, las olas y las nubes... ¡y Tomás no volvía!

Era una noche del equinoccio. Partía el brillante y luminoso verano, dejando la tierra seca y agostada, y llegaba el frío y severo invierno á reanimarla, sacudiéndola con sus huracanes, y á fertilizarla con sus claras aguas. Anunciábase con un temporal estrepitoso, que todo lo conmovía... ¡hasta los ánimos!

¡Oh! ¡cuán dichosa es aquella familia que en semejantes noches se reúne completa alrededor de la lumbre, y que, después de dar

gracias á Dios por tamaño beneficio, cruza sus manos y ruega por los que sufren ó peligran, pagando así su tributo á los lejanos y desconocidos sufrimientos de nuestros semejantes!

No era este el caso en que se encontraba la infeliz viuda. El hijo que idolatraba se hallaba embarcado, y cada ráfaga de vendaval arrancaba á sus ojos sus últimas lágrimas, como á los árboles sus últimas hojas, ¡y levantaba olas de angustias en su corazón, como olas amargas en el seno del mar! En este estado de congoja había pasado la noche; por la mañana no se hallaba capaz de levantarse.

Su hija, después de traerle la taza de sopas que le hacía guardar el P. Nolasco de su pobre puchero, se fué á escoger trigo en casa de una rica panadera.

El P. Nolasco hacía aquella obra de caridad sin graduarla de tal. Y como en otra ocasión hemos dicho que ver sufrir injusticias sin graduarlas de tales enternece profundamente, decimos lo mismo en cuanto á las obras de caridad que se hacen sin conceptuarlas así. Sufrir lo injusto sin necesitar resignación y hacer buenas obras sin sensibilizarse, son, mirándolo reflexivamente, la perfección en ambos géneros; esto es, conformarse sin que ayude la fuerza de la virtud,

hacer bien sin el arrastre de un corazón impresionable, andar derecho sin báculo, caminar al fin sin brújula. Es hacer uno su deber, como canta el pájaro y como embalsama la flor.

Apenas se halló sola la pobre viuda cuando, no dejándole sosiego su angustia, se levantó y se fué á la playa.

¿Quién no ha visto con terrorífica admiración el espectáculo grandioso del océano cuando á la vez lo arrojan sobre las playas los vientos, la marea y el empuje que unas de otras reciben sus inmensas olas, que, como dice Shakespeare, se levantan rizando sus monstruosas cabezas? ¿Quién no ha creído ver vibrar su ira en la vacilante hinchazón de sus olas, y oirla en su hondo mugir de acosada fiera? ¿Quién no se ha estremecido al considerar su poderío, que en la tierra nada contrarresta? ¿Quién al mirar morir una ola en la playa, y seguirla tan luego otra mayor, no le ha comparado á aquella hidra fabulosa que ninguna pérdida disminuía, ninguna derrota debilitaba?

El horizonte parecía cerrado con un muro de lluvia; la que, empujada por el viento, formaba sesgadas líneas entre las que desaparecían Cádiz y su faro, como si borrarlo intentase del gran mapa del mundo la poderosa mano del temporal. El peso de las nu-

bes les robaba su ligero vuelo y airosas formas, y caían de prisa, como todo lo que desciende.

La pobre viuda, parada en la playa, azotada por el huracán, que pegaba sus pobres ropas á su demacrado cuerpo, miraba al mar y nada veía sino esa gran convulsión de la Naturaleza, entre la cual había desaparecido todo ser viviente como barrido por las ráfagas, á las que aquella débil mujer resistía, ¡como si su amor de madre la prestase sus últimas fuerzas! Así era que no se movía, creyendo distinguir en cada cresta espumosa con que se coronaban las olas las blancas velas de un barco que buscase el puerto.





CAPITULO VI

Aquella tarde entró muy de prisa el Sr. Canuto en su casa, y hallando que su mujer había salido, se sintió muy contrariado. Daba algunos pasos, se paraba y se rascaba la oreja, formando una especie de gruñido impaciente.

—¿Qué trae usted, Sr. Canuto?—le preguntó la tía Melchora.

—Traigo... traigo un entripado—contestó el carabinero.

—¿Y qué es, señor? Pues usted no es de los que se descoyuntan por poca cosa.

—¡Es... es que me he hallado en la playa una mujer muerta!

—¡Jesús María! ¿Matada?

—No, señora; muerta legítimamente, de muerte física. Pero no es eso lo peor, sino que esa mujer es su vecina de usted, la tía Tomasa.

—¡María Santísima! Señor Canuto, ¿qué está usted diciendo?

—La verdad sin círculos madroños, tía Melchora. Y no es eso lo peor, sino que tengo que dar parte.

—Eso es lo de menos—dijo echándose á llorar la tía Melchora.

—¡No es lo de menos, vaya! ¿Le parece á usted que un parte es un buñuelo que se echa á freir? ¡Y Pepa que no está ahí! ¡Me lo temí!—añadió el carabinero, viendo reunirse la familia y las vecinas y oyendo sus voces de lástima y desconsuelo—. ¡Escriba usted un parte con esta liorna! Pocas veces hablo, y no hablo una que no me pese. ¿No habrías podido callar, Canuto, parlanchín del dianche? ¿No sabes que en la boca del discreto lo público es secreto?

Por fortuna entró en este momento su mujer, á la que pidió la llave, abriendo en seguida el cuarto, en el que se encerró para escribir su parte (1).

---

(1) Este parte no es del caso en nuestra relación; pero no queremos privar al lector de tan curioso y *auténtico* documento. Decía así:

«El susodicho que firma más abajo, da parte á la autoridá del juez de esta *sudiá*, que en el punto de Torre Arenas, que se nombra, hay tendido á la larga el cadáver de una muger muerta del *too*, la que es una viuda sin marido y madre con hijos de esta vecindá; lo que hago saber á mis superiores para no pecar á sabiendas de mi ignorancia para conocimiento de la *dina* autoridá que manda estas tierras y sus *alreores*, y lo digo á V. S. para obsequio de la *umanidá*.—El encargao, CANUTO MICON.»

—¡Para la pobre—dijo la tía Melchora— es una suerte haber dejado de sufrir! Y como era una santa y una mártir, buen zarpazo habrá dado en el cielo. ¡Dichosa ella!

—Y dice usted bien, tía Melchora; como que dicen los *autiores* que el castigo que ha dado Dios á Caín es el de no morir; unos dicen que está debajo de tierra, y otros que está en los cuernos de la luna; pero morir no puede. La muerte ha sido para la pobre Tomasa un premio.

—La ida de su hijo la acabó de hundir— dijo Catalina—. A la que hay que compadecer es á la pobre de su hija.

—Señá Pepa—dijo una de las vecinas—: usted que la quiere tanto y no tiene hijos, bien podría prohijarla.

Ya ese hermoso y caritativo pensamiento había surgido en el corazón de aquella excelente mujer; pero no pudiendo determinar por ella sola, ni queriendo demostrar un buen deseo, que si no se llevaba á cabo, echaría sobre su marido toda la culpa de la negativa, contestó:

—La ayudaré en lo que pueda; pero eso de cargar con hijos ajenos es un cargo de los grandes; y por lo mismo que es voluntario... tanto más obligatorio. Dice el refrán: «Brasa trae en el seno quien cría hijo ajeno.»

—¿Y quién le dice á la pobre Dolores la muerte de su madre?—preguntó apurada Catalina.

—Se lo dirá el P. Nolasco cuando vuelva de la iglesia—contestó la tía Melchora—. Siempre para estos casos apurados se cuenta con los Padres, y nunca se echan fuera.

Pepa había entrado en el cuarto, en que halló á su marido cerrando el parte que laboriosamente había escrito; luego salió para enviarlo con un propio al juez del Puerto de Santa María, partido á que corresponde Rota.

—¿Sabe usted lo que decíamos?—le dijo la buena anciana—. Que á esa pobre niña que queda huérfana y desvalida le había Dios de enviar un amparo, y ese podría ser usted, pues Pepa la quiere mucho.

—Y Pepa ¿qué ha dicho?—preguntó el carabinero.

—Ha dicho que eso de cargar con hijos ajenos era un cargo de los grandes; pero si usted quisiera...

—¡Yo querer!!!—exclamó el carabinero abriendo unos fieros ojos—. ¡No valía más!... ¿Soy yo algún mayorazgo de los millonarios para meterme á amparar huérfanos, como la reina? Vaya, tía Melchora, tiene usted unas cosas... que son *cosazas*. Sepa usted que dice la sentencia:

Ni fíes, ni desconfíes,
Ni hijos ajenos críes:
Ni pongas viña, ni domes potros,
Ni tu mujer enseñes á otros.

Diciendo esto, se entró el carabinero con aire terrible en su cuarto.

—Conque, Canuto, ¿no respiraba ya la pobrecita cuando la hallaste?—le preguntó llorando su mujer.

—Tan muerta estaba como si hubiese estado tres días en la playa; y la marea que subía le mojaba ya los pies.

—¡Pobrecita! ¡pobrecita! ¡Si siquiera antes de morir te hubiese visto, tú que eras una cara amiga!

—¡Verdad es, mujer!

—¡Si siquiera hubieses podido dulcificarle sus últimos momentos diciéndole: «Muera usted descansada, que yo me hago cargo de su hija, y le diré á Pepa que cuide de la pobre Dolores!»

—Dices bien, mujer—repuso el carabinero, cuyo aire fiero había sido reemplazado por un aire compungido al ver llorar á su mujer.

—¡Qué dolor, hombre, que no diese tiempo á que hicieses esa buena obra, tan propia de tus buenas entrañas!

—Pero, mujer, ¿no dijiste tu á la tía Melchora que los hijos ajenos eran cargo de los grandes?

—Y no me desdigo. Pero no he dicho que yo los huyese; y más teniendo presente la máxima de Dios, que dice: «Amparaos los unos á los otros». Y más te digo, y es: que me había de alegrar que lo hubieses hecho. ¡Bien sabes que siempre he deseado tener una hija! Dios no nos la ha dado, quizás porque nos tenía destinada á esa desgraciada.

—Pues me parece que sería una obra buena, Pepa; y todavía estamos á tiempo. Sí, sí, me parece bien; te ayudará, y así podrás tú descansar.

—Por eso no lo hagas, Canuto; pero hazlo por caridad; que quien bien hace, para sí hace. Si yo fuese tú, iría á cuidar de que á la pobre ahogada la recogiesen y llevasen á la iglesia, donde se ponga con decoro y con sus blandones, pues la pobrecilla no tiene á nadie propio que cuide de eso.

El carabinero se encasquetó su morrión de hule, salió al patio y dijo á la tía Melchora con prosopopeya:

—Tía Melchora, yo me hago cargo de la niña, que Dios dice: «Amparaos los unos á los otros», y esa niña podrá ayudar á mi Pepa.

—¿Pues no dijo ella que no?—repuso atónita la buena mujer.

—Yo mando en mi casa, tía Melchora, y mi Pepa no tiene más voluntad que la mía. ¿Ahora se desayuna usted con eso?

Diciendo esto, salió el Sr. Canuto á paso de marcha real.

Entró á poco el P. Nolasco, á quien fué referido todo lo que había pasado.

El P. Nolasco tenía esa impasibilidad, tan apreciable y útil en los cirujanos para las dolencias del cuerpo, como en los sacerdotes para las dolencias del alma. Bien sea ésta originada en hombres superiores por una gran fuerza y elevación de alma, ó en los adocenados por la costumbre de su triste misión, esta impasibilidad es inapreciable, y da muy benéficos resultados.

— ¡Anda con Dios! — dijo el buen Padre cuando de todo estuvo enterado. — Hoy tú, mañana yo, todos tenemos que andar ese camino. No es lo peor que se haya muerto, sino que haya sido sin los Sacramentos, como un moro de Berbería. Pero aquella pobrecita era una justa, y no ha de ir donde van los perversos, no.

Oyeron entonces á Dolores, que volvía de en casa de la panadera de escoger trigo, y que llegaba cantando alegremente.

—Dios les dé á ustedes buenas tardes. Padre Nolasco, la mano — dijo al entrar ésta.

Y levantando la cara, como viese cerrada la puerta del sobrado, añadió:

— ¿Y madre? ¿Acaso ha salido?

La niña miró con ojos asombrados á las mujeres allí reunidas, que sólo con lágrimas contestaron á su pregunta.

— Pero... ¿qué hay? — preguntó con ahogada voz.

Nadie contestó.

Entonces pareció que toda la sangre agolpada en su corazón le impedía latir y la sofocaba.

—¡Mi madre! ¡mi madre! ¿Dónde está mi madre?—gritó al fin.

—Tu madre está donde todos quisiéramos estar — dijo el P. Nolasco.— Ya eso no tiene remedio. Con que así... á encomendarla á Dios como buena hija y buena cristiana. Lo demás no es sino faltar á la santa conformidad, que es nuestro Cirineo.

Dolores dió un agudo grito, y se precipitó hacia la escalera. Catalina y Pepa corrieron tras ella, y la agarraron por los brazos, diciéndole:

—No está allí, hija; no está allí.

—¡No está allí!—dijo fuera de sí la pobre huérfana.—¡No está allí! ¿Pues dónde está?

—En la iglesia.

La niña se desprendió de las manos que la sujetaban, y se arrojó hacia la puerta de la calle.

Catalina y Pepa la siguieron.

—¡No detenerme! ¡No sujetarme!—gritaba la pobre niña, haciendo esfuerzos por desasirse de las manos que la sujetaban.—¡Quiero verla! ¡Quiero ver á la madre de mi alma!

— No vas; que te lo mando yo, que soy tu confesor — dijo, acercándose, el P. Nolasco. — ¡Pues qué! ¿Quieres alborotar el pueblo y armar escándalo en la iglesia? ¿Qué ibas á remediar con ir? Vamos, hija, sosiégate; que todos hemos de morir, y la muerte no asusta sino á los malos.

Dolores cayó, prorrumpiendo en gritos y sollozos, en brazos de Pepa y de Catalina, que la acostaron en la cama de esta última.

Pronto llegaron del campo el tío Mateo y sus hijos, á quienes la tía Melchora había mandado avisar. Venían consternados; acercáronse á la cama en que yacía Dolores, que seguía gritando entre sollozos:

— ¡Quiero ir con mi madre! ¡Que me dejen ir con mi madre! ¡Quiero verla; que después que la entierren no podré más verla! ¿Quién tiene derecho para impedírmelo? ¡Mi madre está sola, sola, en la iglesia, sin más compaña que cuatro luces; sin más ruido que el del viento que sacude las ventanas; sin que vele más que la lechuza que está en el campanario! ¡Madre!.. ¡Madre!.. ¡Yo quiero ver á mi madre!

—No te aflijas, Dolores; que allá voy yo á velar á tu madre—dijo Lorenzo.

—Y yo también—añadió Esteban.

—Dios y María Santísima y todos los Santos del cielo os paguen esa santa obra de caridad—exclamó Dolores, que empezó á verter un nuevo torrente de lágrimas; pero cuya desasosegada desesperación se mitigó, cayendo en seguida inerte y con los ojos cerrados sobre la almohada.

Al cabo de un cuarto de hora se alzó de repente, y apoyando ambas manos sobre su corazón, gimió con ahogada voz:

—¡¡¡Qué va á ser de mí!!!

—Lo que de mí fuese—dijo Pepa abrazándola—, porque no nos separaremos; que si una madre has perdido, en mí hallarás quien procure hacer sus veces, hija mía.

Dolores echó sus brazos alrededor del cuello de Pepa con apasionada gratitud, sin poder expresarla más que con sus lágrimas.





CAPÍTULO VII

Eran las doce de la noche. Un profundo silencio reinaba en el pueblo, sólo interrumpido por el chapaleteo brusco y sonoro de las aguas del mar, empujadas por la creciente marea contra las piedras y las rocas. Esparcíase la fría y pálida luz de la luna, como se esparce suave el eco de un lejano sonido, y el pueblo se habría asemejado á un reloj parado, si de cuando en cuando no hubiese lanzado el gallo con descoco sus tres notas agudas como un «¡centinela alerta!» dirigido á sus camaradas.

En el patio de la casa del tío Mateo estaba un joven reclinado contra una de las rejas que daban á él. Por el lado de adentro se veía el rostro de una linda joven, el que, cubierto exteriormente por la luz de la luna, é interiormente por una expresión de tristeza, aparecía pálido y grave, con una mirada apagada y profunda, que le hacía asemejarse á la imagen de la Meditación, que á un

tiempo simbolizase un triste pasado y un triste porvenir.

El muchacho, al contrario, tenía el rostro sereno y enérgico del hombre de acción, la mirada fija y ardiente del hombre de fuertes pasiones y la frente altanera del hombre indómito que no se deja arredrar, pero sí reta á todos los obstáculos con brutal arrogancia.

— ¿No te lo decía yo? — dijo el joven —. ¿No te lo decía que habías de ser mi novia? Lo que yo quiero ha de ser... por la fuerza de mi voluntad. Tu te reías, ó te enfadabas.

— Entonces era yo una niña — contestó ella.

—¡¡Entonces!! Como quien dice ha un siglo, y hay tres años.

—No sé el tiempo que hay. Lo que sí sé es que desde entonces dejé de ser niña, y que entonces hiciste tú una cosa que te ganó mi corazón y te habría ganado ciento que hubiese tenido.

—Yo no quiero que me quieras por agradecimiento, Dolores; que ese amor es como deuda que se paga, y no como don que se hace.

— Si el agua que bebes satisface la sed de tu corazón, ¿qué te importa el manantial de que brota?

— Impórtame para saber su calidad.

— La calidad es buena, Lorenzo.

—Eso está por ver, que aún no se ha experimentado. No puedo remediarlo; pero no creo que me quieres.

—¿Por qué, criatura?

—Porque siempre estás triste; lo que prueba que mi amor no te satisface.

—Mira, Lorenzo, que un amor que á todos los demás borra, no es de buen metal, y que un corazón sin memoria nunca es firme en el querer.

—Es que tampoco será de buen metal el que por lo que ya pasó olvide lo presente, Dolores; y tú te gozas en tus recuerdos como hacerlo debieras en tus esperanzas, si bien me quisieras.

—¡Ojalá y pudiese borrar de mi memoria el cuadro que en ella encuentro á todas horas! Este cuadro es el de mi madre de mi alma, agonizando sola y desamparada sobre la dura y fría arena del mar, sin oir otros auxilios que los bramidos de sus olas que se acercaban cada vez más, cada una adelantando á la otra, y mojando sus pies; de manera que moriría más de angustia que de sus males! ¡Y yo, que no estaba allí! ¡Yo, que no la vi después de muerta! ¡Eso, Lorenzo, son dos clavos que me atraviesan el corazón, y que nada puede arrancar de la llaga! De mi gente sólo me queda el hermano de mi alma; ¡y Dios sabe si la mar, que no pudo hacer

presa de mi madre, se vengue en hacerla de su hijo, como la hizo ya de mi padre! ¿Cómo he de estar alegre, ni olvidar?

—Por esa cuenta, como que todos tenemos difuntos, no debería nadie quitarse el luto.

—¡Verdad es!—dijo suspirando Dolores.

—Pues entonces, ¿á qué crió Dios los colores, me querrás decir?

—Para los niños, los pájaros y las flores, Lorenzo—contestó ella, apoyando su frente en la reja.

—María Dolores—dijo Lorenzo con aspereza—: quien tanto ama á los muertos y á los ausentes poco cariño puede quedarle para los presentes.

—¡Te engañas, Lorenzo! Que el mismo sol que da vida al ciprés se la da también á la rosa. Pero, créeme, tu desconfianza ha de ser la hiel que amargue tu vida y la mía.

—La desconfianza no la teme ni la moteja sino aquel á quien le estorba.

—Yo no la temo, pero me avergüenza, como al hombre honrado que le registran, ni más ni menos que al contrabandista.

—¿Y sabes por qué es eso? Porque muchos, sin ser contrabandistas, hacen contrabando.

—¡Y había yo de hacer contrabando, Lorenzo!—preguntó ella con dulce reconvención.

—Dice el P. Nolasco que las mujeres mienten sin querer, y engañan sin otro fin que engañar.

—Lo dice de las malas; pero no lo dirá de de mí.

—¡Ya! ¡Cómo lo ha de decir de ti, si eres su ojito derecho!... Quien tiene al padre alcalde, seguro va á juicio.

—Pues si el P. Nolasco, que es desamoretado y no es de los blandos, me fía, razón llevará. ¿Y siempre has de ser así, Lorenzo?

—¡Siempre! A no volver á parirme mi madre.

—Mira que llevar constantemente un judío en el cuerpo, es un mal; y que del mal que el hombre tiene, de ese muere.

—Y tú sábete que lo que hay que esperar de la mar es la sal, y de las mujeres mucho mal; y la mujer hoy la hallas, y mañana la encontrarás falla.

—¡Quiera Dios que siempre lleven todos con la paciencia que yo tus malos juicios, Lorenzo!

Apegada por su exaltada gratitud, sufrida por su dulce índole, esclavizada por el despotismo de Lorenzo, Dolores inauguraba así una vida como se hallan muchas entre las santas esposas y madres del pueblo.

A los pocos días se puso al público un edicto. Era éste un puñal que á todos los ha-

bitantes hería, que iba á destruir muchas felicidades, á cortar muchos lazos y á clavarse hondamente en el corazón de las madres. ¡Este edicto anunciaba el sorteo!

No son tristes calamidades para el campesino el trabajo por que ansía; ni las privaciones, que le afectan poco; ni los muchos hijos, que ama; el drama de la vida del campesino es la quinta, la bien denominada *contribución de sangre.* ¡La mano del Ministro que firma el decreto que la ordena temblaría si supiese los torrentes de amargas lágrimas que va á costar, los corazones que va á partir y las existencias que va á destrozar!

¡Cuándo querrá Dios que veamos á la civilización echarse en los brazos del cristianismo su padre y, unidos, lograr que no se armen los hombres sino voluntariamente, y con el solo fin de rodear el trono para su decoro y la justicia para su fuerza!

La tía Melchora estaba en un estado que participaba de la más desconsolada desesperación y del más profundo abatimiento, pues sus dos hijos entraban en suerte, porque tenía otro hijo mayor casado en Chipiona.

Esteban había salido libre en otro sorteo, y por lo mismo pensaba que no concede dos dichas la inconstante suerte. En cuanto á

Lorenzo, decía él mismo que tenía presentimientos de que por su propia mano le vendría el mal. Y no se equivocaron en sus previsiones ni la madre ni el hijo, porque ambos hermanos cayeron soldados.





CAPÍTULO VIII

LA panadera donde solía ir Dolores á escoger trigo era una joven viuda que se había prendado de Lorenzo. Buscaba constantemente pretextos para ir en casa de la tía Melchora, y los hallaba igualmente para atraer á Lorenzo á la suya, ya para llevarle el trigo al molino, ya para hacerle acarrear el que compraba, de algún granero á su casa. El natural desvío, que era peculiar á Lorenzo, y que con ella, á pesar de ser joven, rica y buena moza, rayaba en hastío é impertinencia, no bastó á hacerla desistir de su intento; al contrario, la aferró más en él.

El día que había caído soldado fué Lorenzo á llevarle unos melones de su cojumbral que le había encargado.

Subiólos éste al sobrado, y volvía á irse sin hablar una palabra, como solía hacer, cuando le llamó la viuda.

—¿Con que...—le dijo—has caído soldado?

—No podía fallar—contestó Lorenzo—; que tengo la fortuna mocosa.

—Vamos á ver—prosiguió la viuda—: ¿y si hubiese quien te diese á mano para que te librases?

El corazón saltó en el pecho al joven, como si le hubiese tocado la pila de Volta.

—¿Y sabría usted quizás de quién me emprestase ese dinero?—preguntó con ansia.

—Sí, sí — contestó la viuda—; y quizás de quien te lo diese; teniendo presente que real que guarda á ciento, es buen real.

Al oir estas palabras, Lorenzo, que había tiempo conocía las intenciones de la viuda, comprendió la indirecta, y su alegría momentánea se apagó como una luz, y su semblante se cubrió de su habitual ceño.

—¡Vaya! ¿Qué dices, Lorenzo? ¿Y es tan mala la proposición, que te encapotas como cielo de Diciembre? ¿Qué dices?

—Señora, aconseja la copla:

En tu vida de nadie
Dádivas tomes,
Y con eso te excusas
De obligaciones.

—Vamos, ven acá, hombre! No estés tan retenido y metido en ti, ni seas como el tío May Miguel, que tenía vergüenza hasta de ser hombre de bien. Todo tiene remedio en este mundo, menos la muerte. Si no fueras tan díscolo... ¡podría una entenderse! Ya sabes que mi Juan, cuando murió, me dejó la

casa, el horno y la panadería; yo necesito, como el comer, un hombre que esté al frente de ella; el trabajo, para el que al frente se ponga, es poco, y la ganancia mucha. Podrías tú...

—Señora, yo no entiendo de panadería.

—También sabes que me dejó una piara de vacas de las grandes, y que surte á la carnicería; hay en ella rastras, añojos, utreros y aralos (1).

—Señora, yo no he manejado ganadería.

—También me ha dejado buenos cuartos; hallarás *morusa*.

—¿Y yo qué tengo con eso?

—Que podrías manejarlo.

—No, señora; yo no entiendo de grajas peladas—dijo alejándose Lorenzo—; no quiero cargos; mientras menos cargos, menos descargos.

—Vamos, hombre, lo que estás diciendo no son más que chánchárras y mánchárras. ¿No te digo claro que á tú querer, todo sería tuyo?

—Yo no quiero bienes con tranquilla—dijo, saliéndose, Lorenzo.

—¿Habráse visto calza-polainas más encrestado?—murmuró la panadera al verlo salir.

---

(1) Crías de meses, de uno, dos y tres años.

La viuda, que tenía la convicción de que Lorenzo admitiría sus ofertas, se había dejado decir que bien podía tocarle la suerte á Lorenzo, pero que las insignias de soldado no habían de caer en su cuerpo; que no había de pisar lodo ni comer en rancho.

Como todo se repite con añadiduras y variantes en los pueblos como en las ciudades, llegó este dicho de la viuda á casa de los López, ganando en cada nueva edición, si no corrección, aumento. Al tío Mateo le dejó incrédulo, enajenó á la tía Melchora y consternó á Dolores.

—Lorenzo — le gritó su pobre madre al verle llegar—: ¿es verdad que la viuda te va á poner un sustituto?

—¿Qué está usted diciendo, madre?

—Que dicen te da el dinero para ello.

—¡Dar! ¡dar! Señora, lo que se da son los buenos días.

—Pues no serán dados; serán *emprestados*.

—No se *empresta* sino paciencia, ni se convida mas que á misa, señora.

—Es que tú no lo habrás querido tomar, Lorenzo.

—Yo... ¡Madre! ¡Pues si estoy como las ánimas benditas, deseando siempre que me den!...

—Y bien que ha hecho de no tomar prestado—dijo su padre—porque más que sea un

buen trabajador que todos le quieren y siempre anda pujado, sabe Dios cuándo habría podido pagar, y cochino fiado, gruñe todo el año.

—Lorenzo, hijo: es que dicen que se quería casar contigo. ¡Y tú rehusas esa suerte!... —dijo su madre.

—¿Quién ha sacado eso? ¿No sabe usted, señora, que es de calidad el no, que la hembra se lo dice al varón? Porque quieren desacreditar á esa mujer.

—No la desacreditan, hombre; nada malo se ha dicho.

—No, no la echan abajo; pero la van destechando. ¡La envidia, señora, la envidia! Pues, como es rica y buena moza, las otras rabian y muerden.

Mientras todos sentados á la puerta se quejaban y lloraban por la ida de los hermanos, Lorenzo, que había notado la penosa é inquieta impresión que había causado en Dolores cuanto sobre la rica panadera se habló, se había sentado en el banco en que solía sentarse, y apoyada la cabeza en la pared, clavada la vista en las estrellas del cielo, á las que parecía dirigirse, cantaba en queda pero clara voz, y con la admirable flexibilidad y el exactísimo oído que hacen necesarias las delicadas y á veces extrañas modulaciones y cambios de tonos que tienen las melodías populares.

La canción que cantaba, por de contado era dirigida á Dolores, la que no perdía una sílaba del texto, ni una modulación de la tonada que llegaba á un tiempo tan dulce y melodiosa á su oído y á su corazón.

Era esta la canción:

—Pastor, que estás en el campo
De amores tan retirado,
Yo te vengo á proponer
Si quisieres ser casado.
—Yo no quiero ser casado,
Responde el villano vil;
Tengo el ganado en la sierra;
Adiós, que me quiero ir.

—Tú, que estás acostumbrado
A ponerte esos sajones,
Si te casaras conmigo,
Te pusieras pantalones.
—No quiero tus pantalones,
Responde el villano vil;
Tengo el ganado en la sierra;
Adiós, que me quiero ir.

--Tú, que estás acostumbrado
A ponerte chamarreta,
Si te casaras conmigo,
Te pondrías tu chaqueta.
--Yo no quiero tu chaqueta,
Responde el villano vil;
Tengo el ganado en la sierra;
Adiós, que me quiero ir.

--Tú, que estás acostumbrado
A comer pan de centeno,
Si te casaras conmigo,
Lo comieras blanco y bueno.
--Yo no quiero tu pan blanco,
Responde el villano vil;
Tengo el ganado en la sierra;
Adios, que me quiero ir.

--Tú, que estás acostumbrado
A dormir entre granzones,
Si te casaras conmigo
Durmieras en mis colchones.
—Yo no quiero tus colchones,
Responde el villano vil;
Tengo el ganado en la sierra;
Adiós, que me quiero ir.

—Si te casaras conmigo
Mi padre te diera un coche,
Para que vengas á verme
Los sábados por la noche.
--Yo no quiero ir en coche,
Responde el villano vil;
Tengo el ganado en la sierra;
Adiós, que me quiero ir.

—Te he de poner una fuente
Con cuatro caños dorados,
Para que vayas á ella
A dar agua á tu ganado.
—Yo no quiero tu gran fuente,
Responde el villano vil;
Ni mujer tan amorosa
No quiero yo para mí.

Por la noche, mientras los demás quintos, más alegres ó con cariños menos profundos que Lorenzo, se reunían y bebían para ahogar y disimular su abatimiento, y recorrían las calles cantando:

Muchachas, si queréis novios
Pintadlos en la pared;
Que los mocitos de España
Son de la Reina Isabel.

Lorenzo, con amarga y trémula voz, decía á Dolores:

—¡Ya sabía yo que me tocaría la suerte! Ahora quedas tú campando por tu respeto.

—¡Válgame Dios! — repuso Dolores, que estaba llorando.—Te empeñas en amargarme más la ausencia, Lorenzo.

—¿Me olvidarás, Dolores?

—No, aunque me olvides tú.

—¡Sabes que eso no cabe!

—En ti, más bien que en mí.

—¿Por qué razón?

—Porque tú no tienes, como tengo yo, un recuerdo que te alza en mi corazón un altar.

—Y cata ahí por qué confiar no puedo en tu amor, que es más amor de hija que de novia.

—¡Anda, no caviles; que amor que nace del recuerdo de una madre no será de peor calidad, sino más santo y más firme que los que nacen al son de la guitarra!

—Pues júrame guardarme tu fe.

—Te lo juro.

—¿Por qué?

—Por mi salud.

—No basta.

—Por mi vida.

—No basta.

—Por mi salvación.

—No me satisface.

—¡Por el alma de mi madre! Pero... ¿por qué desconfías tanto?

—Porque me da el corazón que me has de olvidar.

—Tu corazón es tu verdugo, Lorenzo.

—Porque es leal. Otra cosa me has de jurar.

—¿Qué cosa?

—Que no te irás de aquí, ni del lado de mi madre, aunque se vaya Pepa á otra parte.

—Bien está; te lo juro.

—Ahora una cosa te advierto. Si por otro me dejas, en volviendo yo, no ha de comer aquél más pan, pues á mis manos muere.

—No amenaces, Lorenzo; que no está eso bien.

—No es amenazarte, es prevenirte.

—No he de hacer por miedo lo que no haga por cariño, Lorenzo. Y ya que desconfiado eres, más habías de desconfiar de un amor que amenazas que de un amor que halagues. Disfruta de él como la abeja de su miel; no lo destroces, como el lobo su presa, y déjame al partir un recuerdo que consuele y no amargue la ausencia.





CAPITULO IX

Pasó un año, y en la casa del tío Mateo López cada día se hacía más larga la ausencia de los hijos, porque el padre anciano no podía labrar sólo sino parte de su tierra.

Los alegres y serenos ojos de la tía Melchora se habían empañado con las lágrimas y entristecido con la expresión de un incesante recuerdo. La casa había venido á menos y perdido aquel aire de tranquila felicidad que la hiciera tan apaciblemente alegre.

Pero aún le esperaba otro nuevo trastorno, y todo trastorno en esas suaves y monótonas existencias suele ser siempre un nubarrón en un cielo despejado. Señor Canuto era destinado á Sevilla, y debía partir. Si era esto para todos una pesadumbre, para Dolores era una pena destrozadora, porque no quería separarse de Pepa, aquella excelente mujer que tanto cariño le había demostrado, y no podía, por la terminante palabra que había dado á Lorenzo, ausentarse de allí.

Tampoco le era posible quedarse con la familia López, por lo atrasada que se encontraba con la falta de los hermanos. Pepa se la quería llevar, y la tía Melchora conservarla á su lado, pues la quería con ternura, por ese sentimiento que lleva á las madres á amar á los que aman á sus hijos, hallando en el corazón de Dolores un eco fiel de sus cuidados y de su aflicción. Pero, como hemos dicho, la pobre Dolores se veía obligada á rehusar ambas ofertas.

Puede que hallen algunos que esta verdadera pugna de generosidad por amparar á una huérfana entre dos familias pobres es pintar como querer. A esto sólo contestaremos que los que no lo crean vayan por los pueblos de campo en que no hay casas de expósitos y no se conoce el infanticidio, y averigüen qué se hace de las muchas criaturas que llegan á ser huérfanas, en un país en que, por lo regular, es corta la vida de los hombres, como combatida por muchas vicisitudes desconocidas en el Norte.

Dolores acudió en sus apuros al P. Nolasco, el que, si bien no conocía á Séneca, ni le contaba en el número de los Santos de su devoción, conocía mucho el corazón, las pasiones y las circuntancias de las gentes de campo. Así es que con sana razón y expedientes poco remontados sabía allanar las

dificultades mejor que otros con más ciencia y más alcances hubiesen podido hacerlo. El P. Nolasco, sin devanarse los sesos (cosa que no acostumbraba á hacer), propuso á Dolores el medio de sacarla de sus apuros:

—Mira—le dijo—: Doña Braulia me ha encargado moza; quiere una buena muchacha, recogida, aseada, hacendosa; en fin, de mi satisfacción. Métete á servir allí, que son gentes de las buenas, ya lo sabes; no sales de aquí, no gravas á nadie y ganas veinte reales al mes, que al año son doscientos cuarenta, con lo que tendrás para comprar tu ajuar cuando venga cumplido Lorenzo. Si el torbellino de tu hermano se hubiese metido á porquero en casa del compadre Gil Piñones cuando yo le proporcioné la conveniencia, no andaría dando tumbos por esos mares. ¡Qué picudillo era! No bien se le quería enterar de alguna cosa, cuando decía: «¡Ya está acá!» y estaba impuesto. Y con eso, tenía la sangre de un cordero, más alegre que el día y más blando que un vellón; pero terco era como mula gallega.

Dolores accedió á la proposición del Padre, aunque sintió profundamente separarse de Pepa, y ésta, si bien tuvo un gran pesar, nada pudo oponer á tan buena resolución y á las causas que la motivaban.

Doña Braulia Toro era una buena mujer, muy vulgar, muy gorda y muy jovial; pero esta última buena cualidad la había perdido desde que había heredado el caudal de don Marcelino Toro, su hermano. En su lugar le había entrado una desgraciada pasión por lo *fino*, la que la llevaba á amargarse la vida, embutiendo sus recias formas, criadas á la buena de Dios, en un corsé que mandó venir de Cádiz, y sus maneras francas y á la pata la llana en una remilgada afectación, cuyas ridículas pretensiones quitaban á su trato, como el corsé á su cuerpo, toda la bonachona naturalidad propia de su persona.

En cambio Rosa, que era su hija única, y contaba trece años, era una verdadera hija de la naturaleza andaluza: despejada, viva, alegre, maliciosa y sincera.

Nunca pudiera hallarse un exterior más en armonía con el carácter y la edad de la persona. Su cara era redonda y sonrosada; su fresca boca siempre estaba en ejercicio, luciendo su deslumbradora dentadura hablando, cantando ó riendo; sus hermosos ojos lanzaban, ya burlonas, ya alegres, ya despóticas miradas, maliciosas sin ser malignas, é inocentes sin ser cándidas; su garbosa cabeza, en continuo movimiento y siempre adornada con flores; sus movimientos bruscos, su poco asiento, unido á su buen

corazón y rectos instintos, formaban un conjunto tan gracioso y tan seductor, que forzaba á todos á quererla por un irresistible impulso, como es preciso sentir la grata impresión de una fresca y loca brisa.

Rosa creía la alegría el estado natural, y la franqueza la sola expresión posible en la criatura; no había aún comprendido las lágrimas, ni menos la tristeza.

Le aburrían las gentes serias, empezando por su madre, desde que se había metido á fina y compasada; de las tristes huía cielos y tierra. Nunca había pensado dos minutos seguidos sobre una misma cosa; la reflexión era mucho peso para una cabeza que no conocía otro que el de las flores. Criada sin traba alguna por su madre, tenía las ventajas y desventajas de esta crianza. Tan imposible hubiese sido inculcar una idea grave en su indómita mente, como un sentimiento malo en su corazón inmaculado. Rosa corría la senda de la vida como las de su jardín; de ambas quería flores por tributo, puesto que criarlas era su misión.

Tenía Rosa dos grandes deseos: el uno, ya antiguo, era tener una muñeca que abriese y cerrase los ojos; el otro, moderno, era tener un novio que le diera el inexplicable placer de cogerle las vueltas á su madre y de acudir á la reja *como las mozas*. Si ambos deseos se

hubiesen realizado, hubiese sido la muñeca que abría y cerraba los ojos una temible rival para el novio, y habría alguna vez logrado lo que no la autoridad materna: el hacerle faltar á una cita.

Cuando su madre había querido darle maestros, ya era tarde. No fué posible que aprendiese la *a*, ni que hiciese un palote.

—¡Pues qué! ¿quiere usted—decía á su madre—que salga yo ahora como los chiquillos de la escuela: «b, a, ba; b, e, be, la cartilla no la sé; no me pegue usted, maestro, que mañana la sabré», para que todas las otras mozas se rían de mí?

—¡A ver la niña! ¡Moza tempranera! El saber es de gente fina y es un caudal—decía su madre.

—¡Qué, señora!...—objetaba la niña—. Dice la copla:

Con saber y no tener,
no prevalece ninguno;
que lo que le sobra al sabio
son muchos días de ayuno.

Doña Braulia había hecho intervenir en este asunto al P. Nolasco, pero con pésimo éxito.

—Todas las edades son buenas para aprender—le decía el P. Nolasco—. Tu tío á los cincuenta años aprendió á pintar, y salió un portento.

—Pues, usted, ¿por qué no aprendió á pintar?

—La pintura no la pueden aprender sino los ricos; pero todos pueden aprender la leyenda, y todo lo sabe el que sabe leyenda.

—¿Sí?—repuso Rosa—. ¿Pues á que usted con su leyenda no sabe una cosa, y eso que es de su oficio?

—¿Qué cosa?

—¿En qué se parece un ético á una ermita?

—¡Tales sandeces! ¿En qué se han de parecer? En nadita la cosa de este mundo.

—Pues se parecen.

—¡Ea, calla!

—Que se parecen, digo. Y usted debería saberlo más bien que yo, que no soy clériga ni médica.

—¿Qué estás ensartando, chiquilla?

—Que con tener pluma y leyenda, no sabe usted que una ermita y un ético se parecen en no tener cura. ¿Lo sabe usted ahora, P. Nolasco?

—Ya levantó el vuelo ese chorlito—dijo el Padre, al ver á Rosa entrarse corriendo y saltando en el jardín.



CAPÍTULO X

Debemos dar al lector una reseña de quién era este D. Marcelino Toro, que entre bastidores ha hecho varias veces papel en este relato.

Don Marcelino, hijo de un mercader de tan mínimas proporciones que no cabían el padre y el hijo detrás del mostrador, fué enviado por Marcelino, padre, á América, donde halló otro mostrador de mayor tamaño, detrás del cual, con los años, la paciencia y la hombría de bien, salió de repente un día millonario, según sus paisanos, pero en realidad con veinticinco mil duros. Volvióse con ellos triunfante á su pueblo, con ítem más unas sardinetas en las bocamangas, de no sabemos qué comisaría; en fin, de lo más ínfimo en la abundante clase de bordados, galones ó sardinetas concedidas á las personas que menos analogía tienen con el significado que presentan.

Como hay grandes desgracias, hay grandes felicidades que pasan en este mundo desaper-

cibidas. No es fácil que nadie se llegue á hacer una idea de la íntima dicha con la que D. Marcelino volvió á su pueblo, del que saliera como Job y al que volvía como Creso.

Lo primero que hizo fué comprar una casa adecuada á un personaje como él. Entre los encontrados impulsos que le movieron en esta empresa, esto es, su deseo del bienestar y de lucir, y el apego á los mejicanos, dulce fruto del trabajo de toda su vida; entre su deseo de lucir, que le empujaba, y el de gastar poco, que le retenía; entre su mal gusto y su afán por lo elegante, se confeccionó la casa del modo siguiente: No queriendo labrar de planta, compró la mejor casa que halló de venta; pero á poco, pareciéndole chica, compró la de junto y se la agregó. Después de esto echó de menos un jardín, y D. Marcelino quería á toda costa jardín, pero un jardín aristocrático, en armonía con las sardinetas de su dueño, con bojes, estatuas, perspectivas, estanque con peces colorados y, sobre todo, con laberinto: ¡el laberinto era el ideal de D. Marcelino! Con este fin compró otra tercera casa con un gran corral que lindaba con el suyo, echó la tapia abajo y formó su jardín, en el que aglomeró todas las cosas que llevamos expresadas, menos las perspectivas, por no ser dable; pero las hizo pintar en la pared por un chafalmejas que mandó venir

de Cádiz, y con el que entabló las más simpáticas relaciones, como veremos después. Este jardín, gracias á los jazmines, á las madreselvas, á las parras, á los rosales, mirtos y otras mil ninfas de la corte de Flora, se hizo en breve un paraíso, á pesar de lo ridículo de su planta y construcción. El laberinto, en que sólo se perdían los topos, fué un ramillete encantador de mirtos; las enredaderas cubrieron las paredes con sus templetes celestes, color de rosa y amarillo con pretensiones atenienses. Las parras hicieron de la alberquita de los peces colorados un sitio delicioso de sombra y frescura, y los arbustos de flor y los rosales cubrieron decentemente á las estatuas de madera de una Diana raquítica y de una Venus enana, de manera de no dejarles asomar más que sus narices no griegas.

Al alhajar su casa, lo primero de que se ocupó D. Marcelino fué de mandar á su querido chafalmejas que sacase su retrato con el fin de perpetuar la memoria de sus sardinetas. El chafalmejas trasladó, en efecto, á un gran lienzo la triste figura de D. Marcelino, entristecida aún por unas siniestras sombras que le guindaban á ambos lados de su boca como bigotes, se dibujaban en su sien como dos parches para el dolor de cabeza, y en su nariz como un cardenal. Pero, en cambio, ha-

bía echado el resto el pintor en la parte esencial del retrato, esto es, la mano izquierda, que, traída sobre el pecho, metía en el chaleco tres dedos como tres garrotes, luciendo en la manga las susodichas sardinetas. En la otra mano tenía D. Marcelino una carta abierta como un cartelón de toros en que se leía:

JUAN ALMAZARRON FECIT

Esta obra de arte fué colocada en el testero de la sala, y cubierta con un deshilado para preservarla de las irreverentes embestidas de las moscas. D. Marcelino se entusiasmó de tal manera con esta obra maestra por el arte de Apeles, que se decidió á cultivarlo él mismo, y á dedicarle sus ocios.

Como el *burgeois-gentilhomme* de Molière, que á los cuarenta años se halló de repente poeta, D. Marcelino á los cincuenta se halló de repente artista. El chafalmejas le animó, y despertó entre sus sentimientos—buenos y pacíficos veteranos—la noble emulación y el ardiente amor por las glorias de Murillo.

Dejamos á la consideración del lector la monstruosidad de los mamarrachos que confeccionaron entre el discípulo y el maestro. No obstante, hallaron muchos admiradores, y entre ellos era el más sincero el P. Nolasco, amigo de D. Marcelino; lo que le valió el re-

galo que le hizo del imperecedero vestido de cúbica.

Los primeros ensayos tomados del natural que hizo el aprendiz novel fueron bodegones. El chafalmejas, encargado de la composición y de la pintoresca agrupación de los objetos que debían agruparse, fué á la cocina y trajo una sartén, un candil y cuatro estropajos, y de la despensa, entre otras legumbres, en obsequio á Rota, una de sus afamadas calabazas, que destinó á ocupar el puesto de honor en el cuadro. Fué, pues, colocada sobre los estropajos, que le formaron una barba corrida de gastador, poniéndole de vanguardia unos nabos, y de centinela unos espárragos. El candil se colgó en el fondo del cuadro, y encendido con bermellón, esparcía sus rojos reflejos sobre los nabos, que trocó en remolachas, y sobre los estropajos; de lo que resultó que la calabaza apareció como el rostro del famoso pirata Barba-Roja.

Después del buen éxito de este bodegón, que pasó á adornar el comedor, envalentonado el discípulo, pasó á hacer santos. El tamaño de los cuadros fué creciendo con el entusiasmo del pintor, hasta llegar á un San Cristóbal gigante, que alborotó al pueblo y hubo empeños para ir á verlo. El P. Nolasco, que estaba más ancho que el mismo autor, llevó al santo una gran cantidad de admira-

dores: «¡Aquí, aquí!—les decia, llevándoselos al extremo opuesto del taller—. ¡Aquí, aquí! Que la pintura, el rey y el sol, de lejos se ven mejor». Y luego, enseñándoles los pinceles y los colores, añadía: «Esto, Miguel, vale más plata que tu cosecha. Y con tantos colores y tantos pinceles, ¿no quieren ustedes que pinte bien? Lo que tendría que ver es que con ellos pintase mal. Con buenos avíos, no hay cocinera mala».

Al ver el triunfo de su San Cristóbal, la pasión artística de D. Marcelino se desbocó, su ardor no tuvo límites, y preparó un lienzo de cinco varas de ancho y cuatro de alto, para dedicarse al género histórico. Titubeó entre la toma de Rota por Alfonso X, *el Sabio*, por los años de mil doscientos y tantos, ó la toma de Rota por el Conde de Essex, que desembarcó en ella el año de mil setecientos y tantos, á favor de la traición del gobernador del castillo, que era italiano, y se llamaba Escipión Brancacho. Mas se decidió por la primera, no por ser más patriota, sino por el deseo de pintar turbantes.

Pero aquí se presentaron serias dificultades, no artísticas—éstas no existían para Almazarrón y su discípulo—; eran materiales. D. Marcelino, que era chico, no podía alcanzar ni á la tercera parte de la altura del lienzo. Entre varios expedientes que se bus-

caron para poner las manos del artista al nivel del objeto que pintaba, el que se adoptó fué el que propuso el P. Nolasco, que era traer un púlpito de cátedra, que aún existía en su convento, al que un carretero aplicó unas ruedas para poderlo mover, y al que se le puso—puesto que el cuadro monstruo se pintaba en el patio al aire libre—un paraguas por vativoz. Metido, pues, en su púlpito, como un predicador, pintó D. Marcelino con su acólito la segunda parte; pero quedaba la tercera, á la que no alcanzaba ni puesto de puntillas en el púlpito.

En vano se devanaban los sesos el maestro, el discípulo y el P. Nolasco; no hallaban expediente. El desaliento iba reemplazando al entusiasmo, como en la playa la baja mar á la alta mar. Pero, como no era posible que quedase el castillo sin almenas, los caballos sin orejas, los héroes sin cabeza, los moros sin turbante, las astas sin pendones, y el cielo sin la media arroba de azul de Prusia preparado para su confección, era indispensable proveer al medio de poner á D. Marcelino en proporción de poder repartir almenas, orejas, turbantes y pendones. El Padre Nolasco propuso unos zancos, el maestro una escalera; ambas cosas fueron desechadas por incómodas y peligrosas por D. Marcelino, que, como el más interesado, halló al

fin el medio á propósito, cómodo y seguro para ponerse á la conveniente altura.

Compró una cincha de albarda, á la que afianzó una gruesa soga; colocó una fuerte argolla de hierro en el techo, por la que pasó la soga; afianzóse la cincha al cuerpo, é hizo que, tirando el maestro y el P. Nolasco de la soga, le izaran á la altura conveniente. Todo fué á medida del deseo, y mi D. Marcelino, con su paleta y sus pinceles en la mano, fué subiendo por los aires como un serafín, con gran satisfacción de los maquinistas del aparato; pero apenas estuvo á cierta altura, cuando la soga, que era nueva y muy torcida, con el peso que tenía, empezó á destorcerse con creciente rapidez. Fué tal el asombro del P. Nolasco y del maestro al ver á D. Marcelino, con los brazos abiertos y gritando á todo gritar, dar por los aires aquellas desatinadas vueltas, que soltaron la cuerda y echaron á correr; con lo cual el pobre D. Marcelino cayó al suelo, en el que quedó aplastado como una rana.

Recordando y comparando entonces su accidente con el que al pobre Murillo costó la vida, sintió enfriarse su entusiasmo artístico, y colgó las armas de Apeles.



CAPÍTULO XI

Don Marcelino se encontraba en su posesión tan satisfecho, que á haber podido tener noticias de que un francés no había hallado más hombre feliz que un paria en una choza india (1), no se habría reído, porque no era hombre risueño, pero se habría indignado contra las pamplinas y paradojas de los embadurnadores de papel. Paseábase por su jardín y por su casa en una especie de tranquilo éxtasis, en el que sólo sentía que el día no tuviese más que veinticuatro horas, ni el año más que trescientos sesenta y cinco días.

Diez años disfrutó D. Marcelino su bienaventuranza, ocupándose en invertir sus amados mejicanos según el consejo que con su buen sentido común le había dado el P. Nolasco, diciéndole: «Finque usted, finque usted, D. Marcelino; *que el caudal de tu enemigo en dinero lo veas.*» Pero al cabo de es-

(1) *La Cabaña Indiana*, de Bernardino de Saint-Pierre.

tos diez años, y cuando menos se pensaba, tomó la parca por tijeras una pulmonía, y en ocho días pasó D. Marcelino, aunque con pocas ganas, á mejor vida.

Don Marcelino tuvo una buena muerte. No perdonó á sus enemigos, por la razón de no tener ninguno; distribuyó muchas limosnas en su testamento, encomendó piadosamente su buena alma á Dios, y, como postrer debilidad humana, mandó que le enterrasen con su uniforme puesto.

Su hermana, D.ª Braulia Toro, viuda de un arriero, heredó el caudal de su hermano y se trasladó á la casa heredada, que sabemos era como la Trinidad, tres en una. Por de contado permanecía en el puesto de honor el famoso retrato, en el que, desde la muerte de su original, se habían aún obscurecido las sombras. No lo miraba una vez el P. Nolasco sin que le tributase un elogio, y en seguida rezase devotamente por su amigo un Padre nuestro. Rosa lo había notado, y cuando iba allá el Padre, no cesaba la alegre y traviesa muchacha de llamar su atención sobre el retrato, segura de que no marraba una vez sin que exclamase el buen Padre: «¡Bello señor!», y le rezase en seguida su Padre nuestro.

La madre, que había notado esta travesura, había reñido á su hija, y prohibídole la rein-

cidencia. Pero Rosa, con su acostumbrada indocilidad, no hacía caso de la prohibición, y el buen Padre seguía, cada vez que Rosa nombraba al difunto, con el infalible *¡Bello señor!* y con su inseparable Padre nuestro.

¡Qué de expresiones hay (sea dicho entre paréntesis), que por triviales y comunes no nos llaman la atención, y que son las más profundas sentencias! Una de ellas es: «¡Cuántos hay que se van al cielo en calzones blancos!» Esto hará alzarse de hombros á los que consideran al talento como la mayor superioridad del hombre—lo que es el más craso de todos los errores—y á los que están en el no menos craso de que la superioridad de este mundo es la misma que la del otro. Dumas, al que no se tachará de místico, lo ha dicho: «Es cierto que lo grande á la manera de los hombres no es lo grande á la manera de Dios» (1).

Danos vergüenza traer citas de un autor profano cuando esta gran verdad se halla tan repetida en la Sagrada Escritura. Pero lo hemos hecho porque creen los más que los textos de la Escritura sólo pertenecen á las altas regiones del alma, y que son impropios á descender y mezclarse en el círculo rastrero de la vida común. Míranlos como el

(1) En su *George*.

incienso, que es perfume sólo adecuado á los templos; sin tener presente que es éste un holocausto que de la tierra sube al cielo, y que la palabra de Dios, al contrario, del cielo baja á la tierra para guiar al hombre.

Al día siguiente de la conversación que había tenido con Dolores, fuese el P. Nolasco en casa de la viuda, y después de saludarla, le dijo:

—Braulia: te tengo una moza completa.

—Vaya, me alegro—contestó ésta—. ¿Tiene juicio? ¿Es buena cristiana? ¿Sabe lavar? ¿Es aseada? y, sobre todo, ¿no es muy gansa?

—Mujer, te digo que es una prenda.

—Padre Nolasco—dijo Rosa—: ¿no le parece á usted que al retrato de mi tío le han dado un golpe, y que está ladeado?

El P. Nolasco levantó la cabeza, le miró y contestó:

—¡Qué! No; tan derecho está como estaba tu tío, en paz descanse. ¡Qué buena pintura! ¡Particular! Aquel Juan Almazarrón sabía su oficio. El otro día dijo el cura que hay uno en Madrid que retrata á la Reina, que le dicen D. Federico Madrazo, que es un asombro. Pero ¡qué! A éste no llega. ¡Qué ha de llegar! Mas esas son suertes de las criaturas. Si Juan Almazarrón hubiese ido á Madrid otro gallo le habría cantado. ¡Si allí vieran este retrato! ¡Bello señor! Padre nuestro...

Lo demás lo prosiguió en voz baja.

—Lo que estás haciendo—dijo D.ª Braulia á su hija, bien cierta de que el Padre no la oía—es muy ganso, y no lo hace ninguna señorita bien *ducada*. Si lo vuelves á hacer, te he de tirar un pellizco que te chupes los dedos de gusto; me has de ser fina, ó he de poder poco, ¡canario!

—Madre, déjese usted de lo fino, que se quiebra, y deme un racimo de uvas, que las tiene usted más guardadas que oro en paño.

—La gente fina no come á *deshonra*—objetó la económica señora.

—Padre Nolasco—exclamó la niña—: mi madre no me quiere dar uvas porque dice que es muy ganso y deshonra. ¿No es verdad que mi tío Marcelino, que era fino, las comía hasta hartarse?

—Verdad es—repuso el P. Nolasco, sonriendo á sus recuerdos—: las moscateles se traían de la viña á cargas.

—Y como las uvas engordan, se pondría como chivo de dos madres—observó suspirando Rosita.

—Hogaño (digo, este año) se han ajeñado las moscateles—dijo D.ª Braulia.

—¡Mentira!—murmuró Rosa.

—¿Qué dices?—le preguntó el P. Nolasco.

—Que si no le parece á usted—gritó la chiquilla—que mi tío tiene unos parches

para el dolor de jaqueca en las sienes como las gitanas, y un moscón en las narices.

—¡Qué! No—respondió el P. Nolasco, mirando al cuadro. — Está idéntico; esa mano está propia. ¡A bastantes socorría esa mano... que le están echando de menos! A mí me regaló este vestido y me dijo: «Padre Nolasco, que lo deseche usted con salud.» —En vida de usted, respondí yo. ¡Pero mi deseo no se cumplió! ¡Ni el suyo tampoco se cumplirá, porque más ha de vivir el vestido que yo! ¡Bello señor!—añadió suspirando—. Dios le tenga en gloria. Padre nuestro...

— ¡Ay! ¡ay! — gritó Rosita echando á correr, por haber sentido en sus brazos el fino contacto de los finos dedos de su fina madre.

Al día siguiente entró Dolores en la casa, triste y tímida; pero con el buen deseo de agradar y de cumplir con su obligación.

A poco Rosa la quería con extremo, y D.ª Braulia estaba muy satisfecha de ella, porque, además de callada, trabajadora y aseada, tenía para la económica y fina señora dos grandes excelencias: comía poco y no era gansa.

Un día dijo á su hija:

—Dolores muy buena es; pero es un poco zorrolla (1), tiene unas fuerzas como un

(1) Pava.

mosquito arrecido y anda como gorgojo por alquitrán.

—¡Vaya con las finuras de usted, madre! —exclamó Rosa soltando una carcajada—. Por más que hable usted *supuesto*, la última palabra al centro va.

—Lo que quería decir es *espaciosa* —repuso avergonzada D.ª Braulia.

—¡Y qué! ¿Quiere usted, madre—respondió con viveza Rosa—, que todo se lo halle hecho, sin hacerlo, y sea como la beata de Sevilla, que ponía huevos con una bebida?

—No se dice madre; se dice mamá ó mamaíta, ¡gansa!

—¡Señora, por el amor de Dios! Deje usted eso de papá, mamá, tata, nana, para los niños y para las gentes que tienen malo el pronunciado y la lengua gorda; que yo tengo clara el habla y la lengua bien colgada.

—¡Oiga!.. So desvergonzada, ¿de dónde le vino al garbanzo el pico?

—¡Y qué! ¿Quiere usted hacer de mí una mona? De eso no ha de haber *naa*, madre. Trabajadora seré como mula gallega; pero soy mosto de mucha *caliá* para alambicado —respondió Rosa.

—No quiero que trabajes; para eso tengo moza—repuso su madre—. Quiero que *cuezas*, lo que haces muy mal, pues entre puntada y puntada, te cabe una vieja sentada.

Allí pasó Dolores un año tranquilo, y aun hubiérase podido decir contento, si su corazón no hubiese contenido el recuerdo de su madre, como unas tristes cenizas, y los de Lorenzo y Tomás como dos llamas vivas agitadas por la inquietud.

Un día le dijo de repente Rosa:

— Dolores: ¿tienes novio?

El amor en los pueblos de campo, como precursor que es siempre del matrimonio, es cosa tan natural, autorizada y legal, que nunca los que por él están unidos lo niegan. Así fué que contestó Dolores sencillamente:

— Sí, tengo.

— ¡Dichosa tú!.. — repuso Rosa —. Pero ¿dónde está, que no le he visto?

— Está fuera.

— ¿Fuera? ¡Ay! Entonces, ¿cómo sabes que es tu novio?

— Como sabe él que yo soy su novia; porque nos queremos.

— Un novio que está fuera... es como un jilguero que no canta. ¿De qué sirve eso? Yo no lo quiero. Si yo tuviese novio, había de ser para que me trajese música y nos casásemos prontito.

— ¿Y por qué tienes ese afán por casarte?

— ¡Pues no es nada! Para salir de debajo de la férula de mi madre, que es más cansada que un moscón de siesta. Pero has de

saber que si viene tu novio... ¿Cómo se llama?

— Lorenzo.

— ¿Lorenzo López? ¡Ay Jesús! ¡Pues si dicen que ese tiene tres por banda y la capitana (1)! ¡Estás fresca! ¡POBRE DOLORES! Pues si viene Lorenzo, digo, y entra á verte, se muere mi madre de berrenchín como un gorrión, pues creo que se ha figurado que cuantos novios hay en el mundo son asesinos. Estoy para mí que mi padre fué su marido sin ser su novio.

— No entrará—dijo sonriendo dulcemente Dolores.

— Es que ni hablar por la reja podrás si lo llega á saber; te digo que cree mi madre que los novios traen la peste.

— No saldré á la reja, señorita — dijo Dolores.

— No me digas señorita cuando mi madre no esté delante: te lo he dicho más de once mil veces. Mi madre, esa chanflona que con el justillo ó cotilla que ha echado, y con la manteleta de *fleque*, parece un revoltillo mal liado, la echa de Doñata, y le pega el Doña como á mí el traje de cola de la infanta: sucédele lo mismo en todo. Las cosas de dulce que antes hacía se podían presentar al Rey:

(1) Genio fuerte, mal carácter.

natillas, arroz con leche, pestiños, rosas, alfajores, leche frita y tortas nadie las hacía como su mercé. Ahora no quiere hacer más que *buínes*, y todos los quema, ó los deja crudos, y no se pueden comer. Pero ya que tienes novio, Dolores, deberías estar contenta y alegre; no que siempre estás con la cara como la Señora de las Angustias, y en tu vida de Dios ni hablas, ni ríes, ni cantas.

— Tiempo hubo — respondió Dolores — en que reía y cantaba. Pero si perdí á mi padre ahogado, á mi madre sola y abandonada en una playa; si tengo al hermano de mi corazón embarcado y tan lejos de mí, que la ausencia es ya de años, y puede que sea eterna; si á Lorenzo tocó la suerte de soldado y también partió, ¿cómo quieres, Rosa, que pueda hablar, cantar y reir?

— ¡Verdad es! — dijo Rosa, á cuyos ojos asomó una brillante lágrima —. ¡POBRE DOLORES! Pero consuélate, mujer: los muertos con Dios están, y los vivos volverán.

— ¡Amén! — contestó suspirando Dolores.



CAPITULO XII

UNA tarde estaba Dolores ocupada en el jardín, que había transformado en huerto la económica señora Doña Braulia, la que tenía la ventaja de poseer innato el espíritu del hoy tan encomiado *positivismo*. Unas rechonchas, robustas y apretadas coles reemplazaban á los mirtos; unas rastreras cebollas infeccionaban el lugar que antes embalsamaban las violetas, y unos nabos panzones habían usurpado el suyo á las airosas dalias.

Como es de pensar, la hija se había desesperado y había vertido sus primeras lágrimas sobre las arrancadas flores.

—¡Vaya — decía en tono dolorido á la gansa de su madre—, que está usted con las flores como Sexto Quinto, que no perdonaba ni á Cristo! No va á quedar en el jardín más rosa que yo. ¡Ojalá y se le vuelvan á usted éticas las coles, se le sequen las lechugas y se pudran los nabos!

La tarde estaba mustia, y un viento que ya gemía anunciaba el invierno. Dolores

miraba á las nubes, que pasaban presurosas como cuerpos de un ejército que se prepara al combate; á sus oídos llegaba claro el estrépito de las olas del mar, que inquietas se amotinaban, mientras que se impregnaba la atmósfera de la obscura sombra que esparcía una negra faja que cubría el horizonte al lado del Sur.

—¿Dónde... dónde—pensaba—alcanzará á mi pobre Tomás el temporal que se acerca? ¿Será en el mar, en la tierra ó en la tumba? ¡Acaso no veré más á ese hermano de mi alma!

En este instante se oyó llamar á la puerta de la calle, y Dolores acudió á abrir. En el dintel estaba un alto y airoso muchacho, en un aseado vestido de marinero. Llevaba garbosamente, sobre su rubia y rizada cabellera, el gorro catalán; por sus morenas y sonrosadas mejillas se deslizaban dos lágrimas, que contrastaban con la alegría de corazón que hacía sonreir su bella boca.

—¿No me conoces?—dijo, viendo á Dolores, que, callada, aguardaba que le dijese el objeto de su venida.

Al oir aquella voz, un grito salido de lo más profundo del alma, con la palabra «¡Hermano mío!», fué lanzado por Dolores, que se echó en los brazos del marinero. Pero este goce íntimo fué interrumpido; las fibras de

Dolores, mucho ha acostumbradas al sufrimiento y debilitadas por un incesante trabajo, no pudieron soportar tan repentina alegría, y cayó sin sentido.

Habían acudido al oir el grito D.ª Braulia y Rosa.

--¿Qué es esto? ¿Qué es esto? ¿Quién eres, muchacho?--dijo la primera.

--Soy su hermano, señora — contestó Tomás.

—Si eso fuera, no la habrías asustado.

—Pero, señora...

—¡Lárgate, lárgate; que no traes tu fe de bautismo en la mano, y sabe Dios tus intenciones!

—Madre — dijo con decisión Rosa —: éste es Tomás, el hermano de Dolores; no hay más que mirarlo para conocerlo; se parecen como se parece una rosa de su color á una rosa blanca.

—Calla tú la boca, caridelantera — le dijo su madre—, y trae vinagre para que lo huela Dolores. Y tú — añadió dirigiéndose al marinero —, coge el pendingue, que estás demás. ¡Pues qué! ¿No hay más que entrarse por las puertas ajenas como Pedro por su casa?

Habríase dicho que un profético instinto hacía á la viuda repudiar con tanta aspereza al lindo joven, pues, si bien su dinero y su

plata no corrían riesgo en su presencia, lo corría un tesoro de mucho más valor.

¿Quién no ha visto con placer y simpatía en el cielo esos celajes blancos, esas nubecillas rosadas que en él giran, sin pretender averiguar qué emanaciones los formaron, qué auras los elevaron y dieron su dirección?

Así es que, sin buscarles causas, ocasiones ni motivos, presentaremos desde luego semejantes á aquéllos los suaves, ligeros y rosados amores del joven marinero y de la niña Rosa.

Dolores se había opuesto á estos amores, que habrían desatinado á Doña Braulia; pero no había sido atendida ni por Rosita ni por su hermano. Por desgracia, los buenos consejos dados á un naciente amor, si lo contrarían, son como gotas de aceite echadas sobre una llama: la avivan.

—Rosa — decía Dolores —: mira que esos amores no llevan camino, ni han de tener buen fin. Tu madre no ha de querer por yerno sino á un señor rico y principal.

—Pues como no se ponga más manteleta que la de un yerno principal, ya estará fresca—respondía Rosa—. No me hacen á mí gracia los principales. Ahora poco vino aquí una jarapada de señoritos de Cádiz. ¡Virgen de Regla! ¡Vaya una patulea de señoritos! Llevaban unos sombreros sin forma ni ma-

nera, con más alas que un tejado; los brazos colgando, la ropa holgada como sayal de boyero, é iban más destartalados y más descoyuntados que San Serapio. Uno me quiso requebrar, y yo le dije: «¡Póngase usted en una horma, señor, que va usted muy *desbaratao!*» Nada, Dolores; los principales son para las principalas de gorra y mantellina; cada oveja con su pareja, hermana.

Así, pues, en este amor infantil todo era hojas suaves y flores efímeras, menos la voluntad, que era el tallo.

No sólo habían sido ambos atraídos el uno hacia el otro como dos arroyuelos, bajando la misma pendiente para unirse en el valle y seguir su alegre curso entre las adelfas y el césped, sino también por haber sentido Tomás el ansia de echar un áncora á su corazón sin lastre, y Rosa por el vivo placer de demostrar á su madre con hechos, como lo hiciera ya de palabra, que diferenciaban de un todo en punto á la idea que ambas tenían formada sobre novios. Así era que con la habilidad más diestra y el placer más extremado sabía cogerle las vueltas al Argos más fiero, pero más descuidado del mundo, y acudir á la reja para hablar á Tomás. En honor de la verdad, debemos decir que en aquellas conferencias ilegales, muy poco graves y menos sentimentales, no se trataba ma-

yormente de amor, y que la risa era la que ocupaba en ellas el puesto de presidente. Solían ser de este género:

—¿Qué traes?—preguntaba el *novio* á la *novia* al hallarla sin poder hablar palabra, no por emoción, ni menos por turbación, sino por la risa que la ahogaba.

—¡Qué he de traer!—contestaba Rosa—. Que ahora mismo decía mi madre al P. Nolasco: «Mi niña... (¡mira tú *mi niña*, con catorce años menos dos meses y veinte días!) Mi niña—decía su mercé—no sabe siquiera la palabra amor. Mi niña... á los veinticinco años ha de llegar sin haber mirado á un hombre á la cara; eso queda de mi cuenta.» Pues queda de la mía, señora madre—pensé yo para mis adentros—el no llegar á los diez y seis sin haberle dado á su mercé un nieto. Para entonces ya serás piloto, y te podrás casar, ¿no es verdad, Tomás?

—¡Por supuesto! Pero hay que atender, Rosa, á que son ustedes, tu madre y tú, muy empingorotadas para mí, y que tu madre no ha de querer.

—¡Qué empingorotadas, si tío Miguel Lechugas, el que vende y pregona: «¡Abanicos de calaña! Si se rompe el papel, queda la caña», es primo hermano carnal de madre! Pero si no quiere, me sacas por la iglesia... y ya está.

—Y tú, ¿qué respondiste á tu madre?—preguntó Tomás.

—¿Qué respondí? Atiende. Le dije al Padre Nolasco: «Padre, mire usted á mi tío.» El Padre le miró, y dijo: «¡Bello señor!» Y le rezó un Padre nuestro, como hace siempre que lo mira. Yo me había puesto lejos de mi madre. porque cada vez que nombro á mi tío, me tira un pellizco.

—¡Oiga! ¿Y por qué?

—Porque no lo hago sino con el fin de que el P. Nolasco le rece un Padre nuestro, y mi madre, en lugar de agradecerme que le procure estos sufragios, se incomoda; porque desde que ha heredado y se ha metido á fina, ha echado un genio como un dragón.

—Pero... vamos al caso: ¿tú respondías acaso á tu madre con llamar la atención del P. Nolasco sobre el retrato de tu tío?

—Aguarda; ya voy, que no soy triquitraque. Le dije, pues, al P. Nolasco cuando concluyó su rezo: «Padre: ¿ha visto usted en su vida de Dios un señor más feo que mi tío? —¡Jesús! ¡Qué *desacuero!* (1), dijo mi madre, que ya sabes la echa de fina, y es tan fina como yo, y entrambas lo somos como albarda vuelta del revés. ¿Qué tiene mi hermano de feo?—Todo, respondí yo; pero en particu-

(1) Desafuero.

lar las cejas que tiene como bigotes de gato, y el color, que es de membrillo cocho.— No era feo; que era un bello señor, dijo el Padre Nolasco, que es tan bonito como era él. —Pues sepa usted, le dije, que es tan feo porque nunca se casó.—Vete, vete al jardín á regar el lechuguino, moza tempranera, dijo mi madre.» Alegréme de verme despedida como villarda; eché á correr, y me vine aquí más pronto que la luz, y su mercé detrás, y me encerró. Me río; ¿y no me he de reir? Porque ya ves tú que el buey que me corneó, á buena parte me echó. Pues aquí pelo la pava; cosa á la que siempre me ha tirado la inclinación, y que me gusta más que una misa cantada. Mientras no venías, me puse á cantar:

El hablar quiere gracia,
El cantar brío,
Y el pelar la pavita
Quiere sentido.

Mira, Tomás, estaba rabiando por decírtelo.

—¿El qué?

—Que estoy contentísima.

—¿Por qué?

—¡Qué se yo!...

—Pues yo también lo estoy; pero sé por qué.

—¿Pues por qué?

—Porque eres mi novia.

—¡Ya lo creo!

—Y también porque el capitán me ha dicho que me va á llevar de marinero y á enseñarme el pilotaje.

—¿Y adónde te va á llevar?

—A Hamburgo.

—¿Otra vez vas á las Indias?

—No; esto es por otro lado.

—¿Más lejos?

—No, más cerca; de la vuelta de arriba.

—¡Anda con Dios! Pero mira que no quiero que vayas más á Montevideo, que dice el P. Nolasco que quien lo cuenta una vez no lo cuenta dos.

—No hagas caso de lo que dice el P. Nolasco en tratándose de navegar, porque le tiene tanto miedo al agua, que estoy para mí que le asombra hasta la del Bautismo.

—Tengo que decirte, Tomás.

—Y yo á tí, Rosa.

—Pues empieza tú.

—No, tú; que las faldas van por delante.

—Pues es un acertijo. ¿A que no lo adivinas?

—Veamos.

—Pues atiende:

Yo, y mi hermana diligente,
Andamos en un compás,
Con el pico por delante.
Y los ojos por detrás.

—¿Los ojos por detrás, el pico por delante?... Será el pavo real.

—¡Qué *espilfarro!* ¿Acaso son dos hermanas? ¡Las tijeras... torpón, las tijeras! Dime tú uno; que me divierten; anda:

--Una dama hermosa
Corre su fortuna,
Corta sin tijeras,
Cose sin agujas.

Rosa se puso pensativa, y murmuró:

—¿Una dama hermosa?... Yo. ¿Corre su fortuna?... Yo. ¿Corta sin tijeras?... Un sayo, yo. Pero eso de coser sin agujas... no caigo.

—¿No me tienes cosido sin agujas á tu reja, mujer?

—Mira, verdad es.

—Pero no es eso, y no has acertado.

—¿Pues qué es?

—Es la lancha.

—¡Ay Jesús! ¡Mi madre!...—exclamó Rosa—. Y si me coge aquí, me pegará. Eso no me importa; pero mandará tapiar la ventana, y eso sí me importa.

Diciendo esto, echó á correr; pero volviéndose de repente, dijo á Tomás:

—Cuidado; que cuando vuelvas de la mar me traigas langostinos.

Y ligera y callada como una exhalación, desapareció.

¡Cuántos pecados condena la maledicencia como mortales, que son tan veniales como el referido! ¡Cuántas niñas, por falta de recato y de modestia, se exponen á que sufra su fama!



CAPÍTULO XIII

Mientras Rosa y Tomás tejían su corona de flores de primavera, había llegado la época en la que en el año cincuenta se licenció temporalmente parte del ejército, y los dos hermanos López recibieron permiso para venir á su pueblo. No quisieron avisárselo á su familia para sorprenderla. En Lorenzo entraba la sorpresa, no sólo como medio de avivar el gozo por lo inesperado, sino la intención de no dar tiempo á que nada de cuanto en su ausencia hubiese podido surgir se le pudiese ocultar.

Era un domingo. La tarde declinaba, dejando paso á la noche; inclinábase el sol hacia su descanso, cual si le pesara su corona de dorados rayos. El viento había refrescado, impregnado del frío hálito de la noche. Los aviones habían tocado ya estrepitosamente á silencio á la grey aérea, y sólo el mochuelo tímido y acosado de día se quejaba en su soledad, como el paria, de la segregación de su casta. Las olas se extendían indo-

lentes sobre la playa, bajando el tono de su atronadora voz al de una queda y monótona cantinela; una á una, como las quedas palabras del tímido, salían las estrellas para estampar en el cielo la de *Descanso*.

Dos jóvenes caminaban con ligero y firme paso por el desnudo y escueto camino de Sanlúcar á Rota, apresurando progresivamente su andar, como si cada objeto que divisaban los hubiese reconocido y les gritase: «¡Llegad!»

—Ya siento—dijo el mayor—no haber dado aviso de nuestra alegría á madre. La pobre no está ya para sacudidas.

—Pues yo no lo siento—repuso el menor—, que la alegría da vida; y de esta suerte me cercioraré de cómo se porta Dolores.

—¡Calla, Lorenzo, calla! Que Dolores es una prenda que no mereces tú por desconfiado.

—Esteban, dice el refrán, que de la mujer te guarda y de la buena no fíes nada. Dolores se ha metido á servir contra mi gusto en casa de D.ª Braulia; el por qué no he podido averiguarlo, y algún por qué debe haber; no me lo ha querido mandar á decir; se echa fuera, y herradura que chapeletea, clavo le falta y firme no está. ¿A qué entrar en una casa extraña, pudiendo estar al lado de mi madre? Así, uniendo puntas con cabos, he

venido á entender por esas *turbieses* que algún gusano encierra el capullo.

—Estás, como el profeta Jeremías, que anunciaba la desdicha antes que viniera al mundo. ¡Ya está aviada tu mujer! Ha de ser bien desgraciada. ¡POBRE DOLORES!... Ha entrado á servir; pero, ¡en qué casa, hombre! En casa de D.ª Braulia la viuda, que no tiene más que una niña chica, y que es más recogida y honrada que una Santa Mónica.

—Yo nada digo en contra de la viuda; pero lo que suceda en su casa no lo sabe madre.

—Hermano—dijo Esteban—:

No adelantes el discurso
sino para pensar bien;
que á veces nos discurrimos
lo que no ha sido ni es.

Pero por tu mal pensar te había de estar bien empleado de hallarte con que Dolores te hubiese dejado, Lorenzo.

—Ni aun en chanza digas eso, hermano; que en chanza es y cría mala sangre.

Había anochecido cuando llegaron al pueblo.

—Pasemos por la casa de la viuda—dijo Lorenzo.

—Hombre, después irás; vamos primero á casa, que sobre padre no hay compadre—contestó Esteban.

—Hermano —repuso Lorenzo, dirigiéndose á la izquierda—, ¡si no son sino dos pasos más!...

Esteban titubeó; pero, por no entrar solo en su casa, siguió á su hermano á alguna distancia.

Este se había acercado á la casa de la viuda, y en la ventana última vió á un hombre en la reja.

Como había anochecido y le volvía la espalda, sólo pudo ver que era alto y airoso.

Al verlo, sus ojos se abrieron desmesuradamente; una nube pasó ante su vista; su cuerpo se estremeció, como la tierra antes de abrirse paso la lava. Acercóse, sin que el ruido de sus pasos pareciese imponer ni turbar al hombre que estaba en la reja.

—¡Algo sabía Esteban!—murmuró entre sus apretados dientes Lorenzo.

—¿Con que—decía el de la reja en voz que no cuidaba de que fuese oída—me querrás siempre?

—Por sécula sin fin—murmuró una suave y alegre voz de mujer.

—¿Y te casarás conmigo?

—¡Por supuesto! ¡Vaya!

—¿Aunque se opongan?

—Aunque se opusiese el Rey y todo su ejército capitaneado por el P. Nolasco.

—¡Jesús me valga! ¡Soy muerto!—gritó el infeliz joven, cayendo desplomado en el suelo.

—¡Y por mí!—dijo en lúgubre é iracunda voz Lorenzo—. Veremos si os casáis sin que se oponga y lo impida el que oponerse é impedirlo puede.

—Lorenzo, hermano, ¿has sido tú?—gimió con dulce voz el herido, que reconoció á su agresor.

—¡Dios del cielo! ¿Quién me nombra? —exclamó trémulo y asombrado Lorenzo.

—Yo, yo, Tomás. ¿No me conoces?

—¡Tú!... ¡tú!... — tartamudeó Lorenzo, dando diente con diente, echándose sobre el herido y reconociendo con asombro las lindas é infantiles facciones del hermano de Dolores.

Levantándose en seguida con los brazos alzados al cielo, exclamó en desatentado parasismo de desesperación:

—¡Dios me maldiga!

—No, no—dijo con debilitada voz el herido—. ¡Él te perdone... como te perdono yo!

Y el pobre niño perdió el sentido.

—Huye, hermano, huye—dijo Esteban, que á pesar de la angustia de su alma conservaba la cabeza serena, viendo que á las voces que había dado Rosa acudían gentes—; huye; yo cuidaré de este infeliz, y puede que

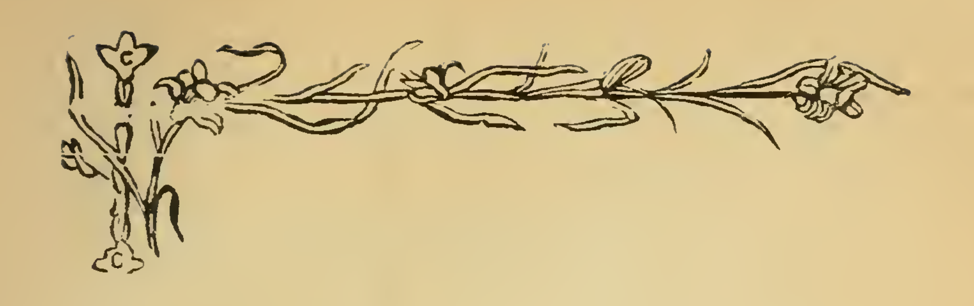
quiera Dios que se salve; huye—prosiguió, empujando hacia una callejuela á su hermano, que con los puños cerrados se golpeaba la frente—. ¿Quiéres matar á padre y á madre?

Lorenzo desapareció en las sombras de la noche.

Apenas se habían reunido algunas gentes, cuando Esteban reflexionó que para no suscitar sospechas contra su hermano, presentándose solo en su casa, debía ausentarse y buscar á Lorenzo, que necesitaba de ser consolado y guiado.

Así fué que se deslizó por entre las gentes que habían acudido; pero no pudo hacerlo sin que algunos lo hubiesen observado y aun tomado las señas, aunque sin reconocerle.

Esteban recorrió en vano aquellas cercanías: no halló á su hermano. Dirigióse á Sanlúcar, donde al día siguiente continuó sus pesquisas, sin notar en su turbación que era espiado; y á la tarde, al salir de una taberna en la que había entrado á escuchar lo que hablaban, por ver si algo averiguaba de su hermano, ó del estado del herido, fué preso.



CAPÍTULO XIV

Dolores acostumbraba siempre á pasar las tardes de los domingos en casa de los López; pero desde que había venido Tomás, ansiaba porque llegasen esas tardes de asueto, porque las pasaba al lado de su hermano, que paraba en su antigua morada, adonde fué en derechura desde que desembarcó, y de donde no le dejaron salir la familia de López, que le miraban como cosa propia. Habían pasado los dos hermanos, como siempre, la tarde hablando, Dolores, de su pobre madre, y después distrayéndola Tomás con referirle sus viajes, sus percances y fortunas con vivos y alegres colores.

—Todo eso está muy bueno, Montevideo —le decía el P. Nolasco—; pero ¿no habría sido mejor que no hubieses pasado ninguno de esos trabajos, y que te hubieses estado quieto y en gracia de Dios, guardando los puercos del compadre Gil Piñones?

—Padre Nolasco—respondía Tomas—: ¿ve usted esas nubes?

El P. Nolasco miró al cielo y contestó:

—Las veo... ¿Y qué?

—Pues dígales usted que se estén quietas, á ver si lo hacen.

—¡Pues mire la comparación! ¡Buen arriero tienen para que se estén quietas!

—Pues, Padre, otro tengo yo que no me deja parar.

—¡Habráse visto rabo de lagartija como éste! Lo propio estás tú con la mar, como las mariposas con la luz; no has de parar hasta que te trague la mar con sus grandes tragaderas.

—Con Dios, Dolores—dijo á la caída de la tarde Tomás.

—¿Ya te vas?—respondió ésta con tristeza.

—Me precisa—repuso con aire de importancia su hermano.

—¡Si no puede estarse quieto!—observó gruñendo el P. Nolasco.

—Tomás, Tomás—le dijo su hermana, que entendió donde iba—: ¿con que no quieres hacer caso de mis consejos?

—Vamos—repuso Tomás riendo—, ¿ahora vienes tú haciendo la segunda parte del P. Nolasco? Pues mira, yo también te aconsejaré con la copla.

Tomás se puso á cantar:

Dejad llorar á las nubes,
Dejad alumbrar al sol,
Dejad al viejo quejarse
Y al mozo gozar su amor.

—Si fuese reina y tuviese por hija una princesa, todavía me había de parecer poco para él—dijo Dolores, siguiendo con la vista á su hermano.

—Pero ¡qué precioso mozo se ha hecho! —repuso la tía Melchora—. No me canso de mirarle.

—Y ha conservado su mismo genio de antes, su sal, su mismo agrado, su misma alegría, su mismo ángel—añadió Catalina.

—Verdad es—dijo el P. Nolasco—; sería completo si no fuera tan terco.

En la misma hora que tenía lugar la catástrofe que hemos descrito se preparaba Dolores á regresar en casa de su ama, cuando se esparció por el pueblo la alarmante y tétrica voz: «¡Un herido!»

Cuando cunde esta lúgubre voz en un pueblo de campo, el efecto que produce es sumamente conmovedor. Cantos, risas y juegos se extinguen instantáneamente; sucédeles un hosco silencio, sólo interrumpido por exclamaciones de lástima y horror, y de todas las casas se ven salir mujeres pálidas y azoradas, tocándose por las calles los pañue-

los, y dirigiéndose presurosas al sitio de la catástrofe, murmurando con angustia: «¡Mi marido! ¡mi hijo! ¡mi hermano!» Si es una riña y llegan antes que se haya terminado, se las ve, verdaderas heroínas, no por vanagloria, sino por amor, echarse denodadamente entre los combatientes, sin temer á sus puñales, ni á la ceguedad de su ira; lo que prueba que el ideal á que pueden llegar los sentimientos del corazón se halla en la naturaleza más cumplido y santo que no en las creaciones romancescas, pues que el ideal del sentir está en el corazón que lo exhala y no en la cabeza que lo crea.

—¡Es Tomás, Tomás; el hijo de la pobre tía Tomasa!—dijeron unas mujeres al pasar por la calle.

—¿Qué dicen?—preguntó Dolores, á cuyos oídos llegaron el nombre de su hermano y de su madre—. ¿Qué han dicho?—volvió á preguntar, cayendo sobre una silla, pues no pudo sostenerse en pie.

Catalina se había arrojado á la puerta de la calle, y corría fuera de sí para alcanzar á las mujeres que acababan de pasar.

—No me impuse—contestó á Dolores más muerta que viva la tía Melchora, á cuyos oídos habían llegado los dos nombres.

El P. Nolasco nada había oído; y el tío Mateo estaba en el corral.

En este instante se acercaba pausadamente y en silencio un grupo de hombres, que traían tendido sobre una escalera al herido. Yacia éste sin sentido; estaba blanco como el jazmín caído de su rama, y parecía dormir sin dolores y sin encono.

—¡Mi hermano!—gritó con sofocada voz Dolores, cruzando con convulsa vehemencia sus manos sobre su pecho.

—¡Tomás! ¡Jesús!..—dijo con dolor el tío Mateo—. ¿Quién ha sido el malvado que ha herido á ese inocente?

—No se sabe—respondieron los hombres.

—¡Tomás! ¡Hijo mío! ¿No me oyes?—dijo el P. Nolasco, tomando entre las suyas las yertas manos del pobre niño—. ¿Está muerto? — añadió, acercando su mano al rostro del herido—. No. ¡Corred, corred por el cirujano!

— Ya viene — le fué contestado.

Tomás fué acostado en la cama que había sido de Lorenzo.

Llegaba el cirujano, que registró la herida, hizo la cura, y dijo al salir al P. Nolasco:

— Cuando vuelva en sí con el espíritu que acabo de recetar, que le administren, pues no pasará de la noche.

El P. Nolasco se volvió á la cabezera del herido, que en este instante volvía en sí y decía:

— ¿Dónde estoy?

— En mi casa, en mi casa — respondió la buena anciana—; en la cama de mi Lorenzo.

— Sacadme de ella, sacadme de ella — dijo con débil, pero azorada voz el herido.

— ¿Y por qué, hijo?

— Porque si muero, no querrá Lorenzo acostarse más en ella — respondió Tomás.

— En ella vas á curar, hijo mío — repuso la tía Melchora.

— ¡No, no! — dijo el pobre niño—. ¡Voy á morir!

Y volviendo los ojos entonces hacia el Padre Nolasco, prosiguió con dulce sonrisa:

— Ya veis, Padre, que no era en la mar en donde me esperaba la muerte.

— Mejor para ti, que vas ahora á morir como un santo, rodeado de tu gente y teniéndome á mí á la vera para administrarte los Santos Sacramentos — contestó el Padre.

Entró en este instante el Alcalde para tomarle declaración.

Tomás contestó á las preguntas de éste, que había sido herido por equivocación, según oyó decir al agresor, á quien no conoció; pero, fuese quien fuese, le perdonaba.

Alejáronse en seguida todos para dejarle solo con el P. Nolasco, á fin de que pudiese confesarle.

Cuando hubo terminado la confesión, y el Padre le preguntó si le quedaba aún algo sobre su conciencia, contestó:

— Algo, sí, Padre... He mentido ahora poco.

— ¿Cómo es eso, hijo, ahora poco?

— Sí — dijo el moribundo —; he dicho al Alcalde... he dicho que no conocía á mi matador.

— ¡Y qué! ¿Le conociste?

— Bajo sigilo de confesión os digo que sí, Padre, le conocí.

— ¿Y quién fué?

— Eso no lo diré yo, Padre; que el callarlo no agrava mi conciencia.

En este instante fué el infeliz acometido de un copioso vómito de sangre. La agitación que esto produjo en la casa permitió á Dolores el escapar á la vigilancia de algunas mujeres que la guardaban, apartada de aquel cuadro tétrico y destrozador, y se precipitó en el cuarto con los ojos desencajados y pálida como la estatua de mármol de un sepulcro.

— ¡Pobre Dolores! — dijo con ahogada y apagada voz el moribundo, mientras dos lágrimas asomaban á sus ojos, ya quebrados por la muerte que le invadía, y dulces aún por la vida que le quedaba.

— Ya le llegará su vez de descansar — dijo el P. Nolasco —. Vete, vete — añadió, entre-

gando á la desesperada é inerte Dolores en manos de las mujeres que la habían seguido—, vete, que perturbas su alma. No pienses más que en Dios, que es tu Padre, y te llama á Sí — añadió volviendo á la cabecera del agonizante.

— ¡No pensaré más que en Él!—murmuró Tomás, alzando sus ojos, aún llenos de lágrimas, al cielo.

— Ahora que estás preparado que mejor no cabe, hijo mío, levanta tu corazón al Señor misericordioso, á quien vas á ver, y muere tranquilo, que aquí estoy encomendándote el alma ccmo si fueses mi propio hijo.

Tomás apretó suavemente la mano del Padre, sonrió, cerró los ojos... y no los volvió á abrir.

Entonces en voz baja, luego en voz más alta, y después en gemidos, pasó de boca en boca esta terrible voz: «¡Murió!»

— ¡Qué dolor! ¡qué dolor! — exclamaban las mujeres — . ¡Las campanas van á doblar solas! ¡Quién vió tal iniquidad de matar á ese inocente que á nadie ofendió ni con el pensamiento!

— ¡Y le perdonó! — añadían otras llorando—. Era un ángel que ha muerto como ha vivido, sin hacer daño á nadie. ¡Si ésta es la muerte de Abel!

Dolores estaba como petrificada: sus ojos no lloraban; sus labios no gemían, y sólo de cuando en cuando un estremecimiento nervioso demostraba que viviese. Las buenas mujeres le habían puesto sobre el corazón un pedazo de paño de grana, habían salpicado su rostro de agua y á todo resistía su inercia. De repente se levantó, fué á su arca, que guardaba en su cuarto la tía Melchora, sacó todo el dinero, tan trabajosamente ganado y tan cuidadosamente guardado, que estaba destinado á comprar su ajuar de novia, y entregándoselo á la buena anciana, dijo con voz que apenas se oía:

—¡Para la caja, tía Melchora; que quiero que lleve caja propia para el entierro... y para sufragios!

Dicho lo cual, dió un gemido, y cayó desplomada en el suelo.





CAPÍTULO XV

Esteban había sido conducido á Sevilla, y debía ser juzgado por un Consejo de guerra.

En los interrogatorios había sostenido con calma y firmeza que él no había cometido el crimen que se le imputaba. Reconocido por el hortelano de la viuda, que fué el primero que había acudido al lugar de la catástrofe, y que le había hablado, no negaba su presencia, pero negaba el crimen. Reconvenido con la objeción de que, hallándose allí en el momento de suceder la muerte, debería haber visto al asesino, lo negaba, lo cual aumentaba las flagrantes pruebas de culpabilidad que contra él se aglomeraban. Su salida ó fuga de Rota á esa hora, á pesar de declarar que era aquel el destino de su viaje; su afán al siguiente día en recorrer las tabernas de Sanlúcar con el marcado fin de saber cuanto de la catástrofe se decía, y averiguar si había muerto el herido; alguna turbación y vacilamiento en sus respuestas; todo atestiguaba de

tal manera en contra de él, y el crimen era tan horroroso, que se le impuso por unanimidad la sentencia de muerte.

Esteban la oyó con serenidad. Debe, en efecto, ser menos horrorosa la muerte violenta cuando se presenta como sacrificio, que no cuando se presenta como expiación.

En el momento en que se iban á llevar al reo de la sala del Consejo, salió de entre un grupo de hombres un joven que se adelantó de repente con paso firme hacia el tribunal. La lívida palidez que cubría su semblante enérgico no parecía debida á la emoción del momento, sino aneja á aquel rostro en que nada de la vida parecía haber quedado sino un fuego sombrío en sus negros y ardientes ojos.

— Ese hombre es inocente — dijo con acento firme y seco, dirigiéndose al Consejo.

—¿Cómo lo sabéis, y cómo podréis probarlo?

—Entregando al reo.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—Pues traedle.

—Ya está aquí.

—Pues ¿quién es?

—¡Yo!

—¡Vos!

—Yo, convicto y confeso.

Hubo un momento de silencio, debido al asombro y estupefacción que causó esta escena.

—¡Hermano!—exclamó al fin Esteban—. ¿Qué has hecho?

—¿Y tu habías pensado—contestó el otro en tono de reconvención—que te dejaría yo morir? Oye. ¿De cuándo acá me has tenido tú por un infame? Nunca fuí bueno, lo sé; siempre tuve en mí mismo el enemigo que había de perderme. Pero de ahí á ser un vil cobarde que dejase pagar á un inocente mi delito, va mucho, hermano. Intenté procurar tu fuga de la cárcel; pero no lo conseguí, porque nada bueno podía lograrse al que Dios dejó de su mano. Así, pues, caiga sobre el delincuente la ley, y cúmplase en mí la sentencia de que quien á hierro mata á hierro muere. Adiós; consuela á nuestros padres, y... ¡perdonadme todos!

El Consejo, en vista de este inesperado incidente, se suspendió, y Lorenzo fué mandado trasladar á la cárcel en lugar de Esteban, que quedó libre; mas este estaba como herido de un rayo, sin palabras, sin acción y sin voluntad. Sintióse fuertemente asido de un brazo por una persona que lo sacó de aquel funesto lugar, y que impulsándole sin que el anonadado Esteban pusiese resisten-

cia, lo llevó á una casa en que entraron, cerrando en seguida la puerta el que lo conducía.

—¡Animo, ánimo!—le dijo, presentándole un vaso de vino—. ¡Animo, que lo requieren las barbas!

Esteban levantó los ojos, y por vez primera miró á la persona que lo había traído á aquel sitio.

—¿Sois vos?—exclamó—. ¿Y os habeis atrevido?

—Para las ocasiones son los amigos—respondió su conductor, que no era otro que su antiguo vecino el carabinero.

—Con que... ¿te ibas á dejar matar?—exclamó Pepa, que había acudido y abrazaba con lágrimas á Esteban.

—¡Y había de delatar á mi hermano, señora!—contestó éste.

—Ahora mismo te vas á meter en el vapor é irte á Sanlúcar, y de allí á Rota; que ojos que no ven, corazón no quiebran—opinó el carabinero.

—Perdone usted, señor — repuso Esteban, que volvía á recobrar su energía—; que yo donde ahora voy es al lado de mi hermano.

Por más que hicieron Pepa y su marido para apartar á Esteban de su intento, no fué posible.

El carabinero le acompañó; pero cuando llegaron á la cárcel, como si su llegada hubiese sido prevista, salió el oficial, por quien Esteban había sido defendido, á recibirle.

—El reo—dijo—me envía á vuestro encuentro porque no quiere veros, no por falta de valor, pues está resignado y tranquilo, ni por falta de cariño, sino por interés hacia vos, que no podríais verle sin sufrir un dolor tanto más vehemente cuanto que no será corto y transitorio como el suyo. Me ha dicho que si la voluntad del que va á morir es sagrada, que la atendáis, y le deis con ello ese último consuelo. Partid en este instante: id á consolar á sus padres, y abrid allí esta carta de despedida, que es su última comunicación con este mundo, pues desde que me la dictó sólo tiene su mente en la eternidad, que tan magna aparece á la hora de morir. No os desesperancéis; si algo en su favor se puede hacer, se hará.

Al oir estas terminantes palabras el infeliz Esteban volvió á caer en su sombría inercia.

—¡Pues qué!—murmuraba con ahogada voz.—¿No le veré más? ¿No volveré á ver al hermano de mi alma? ¡Jesús! ¡María Santísima! ¡Esto es peor que morir! Más valiera mil veces que nunca se hubiese presentado.

El buen carabinero, con sus pocas palabras, pero con su mucho celo, se llevó á Esteban.

—¡Animo, ánimo!—repetía.—Es preciso hacer de tripas corazón. Vete á tu casa. ¿Qué vas á hacer aquí?

Diciendo esto, le arrastraba consigo por la orilla del río, y apresuraba el paso al ver que por una feliz coincidencia se preparaba un vapor á salir para Sanlúcar. Cuando llegó, le metió en la embarcación, pagó su pasaje, le recomendó á un camarero conocido suyo, y se volvió á tierra en el mismo momento en que, levando el ancla el vapor, empezaba á imprimir á aquella pesada mole el impulso que la había de hacer ligera y rápida cual la flecha al impulso del arco.

¿Qué pluma podrá pintar las destrozadoras escenas que se sucedieron en la casa, antes tan feliz, de los López, al saber golpe sobre golpe, mediante á la brusca franqueza campesina, las desastrosas nuevas de que era Esteban portador? ¿Quién puede pintar aquella desatentada desesperación, aquel sufrimiento infinito? Cuanto decirse pudiera quedaría muy atrás de la realidad, como se queda el pincel que intenta pintar el agua y el fuego, á los que no puede dar calor ni movimiento.

En medio de esta desolación fué leída por el P. Nolasco la carta de Lorenzo, que era como sigue:

«Ni á Dios ni á los padres se les pide nunca perdón en balde; y como á Dios se lo he pedido, os lo pido á vosotros, á quienes tan mal pago he dado por el amor que me han tenido. No se aflijan ustedes por mi suerte, que no llevo más que lo que merezco, y lo recibo resignado, á la vez como castigo y expiación. ¡Hermano: Dios te pague el gran cariño que me has demostrado! Que si viviese, no te lo pagaría besando la tierra que pisas. Otra cosa quiero que hagas por mí para poder morir tranquilo. A esa desdichada á quien dejé en una mala hora sin arrimo ni calor de nadie, ampárala; cásate con ella; ¡hazle dulce la vida, que tan amarga le hice yo! Y para que muera tranquilo, prometedlo al leer mi carta, por que las palabras dadas al que va á morir se cumplan; pues el saber que se cumplen ha de ser el consuelo que me lleve yo á la tierra. Perdonadme y encomendadme á Dios, que Él es el que nos consuela á todos!»

Cuando en medio de sollozos y gemidos se terminó la lectura, Esteban se acercó á la cama en que yacía, cual un cadáver convulso, la infeliz Dolores.

—Dolores—le dijo—: la última voluntad de mi hermano es sagrada; ni tú puedes tener otro marido que yo, ni yo otra mujer que tú. Él confía en que no haremos falla su última voluntad, y no debemos marrarle.

Dolores calló y siguió sollozando.

—Si no consientes — dijo con angustia Esteban—, es que no lo quieres á él, no me aprecias á mí y no estimas á la familia. ¿Prometes, Dolores? Que el tiempo urge.

—Prometo—gimió Dolores—hacer lo que él quiso y tú quieres.





CAPÍTULO XVI

Seis días habían pasado en esta agonía. La pobre madre estaba en una convulsión casi continua; el padre había envejecido de golpe, y su cuerpo, hasta entonces robusto y derecho, se había doblado cual el árbol que venció un huracán. Dolores daba pocas esperanzas de vida. Catalina hallaba fuerzas en su amor á sus padres para no dejarse postrar por su dolor, y Esteban, anonadado, sofocaba su desesperación por no aumentar la de sus padres. Sólo el Padre Nolasco estaba sereno, y era á su vez la Providencia de esa familia, como ella había sido la suya. Cuidaba á todos, y á todos exhortaba con fuertes argumentos á la conformidad en las penas, aun las más acerbas, puesto que para ellas la prescribe Dios, y de lo que tan admirable ejemplo nos dió su Santa Madre. A intervalos levantaba su voz en las oraciones, cuyo sonido conocido y amado llega al oído con toda la magia de un consuelo, de un recuerdo, de una esperanza;

como el lazo que une á vivos y muertos, y esta vida á la otra vida.

Una mañana, algunas vecinas que venían caritativamente á asistir á esta infeliz familia, decían al médico al salir:

—Señor: nada de cuanto le mandáis le hace á la pobre de la madre; esto le cuesta la vida.

—Más cuidado me da el padre, aunque aparenta más serenidad — respondió el médico.

—¿Y Dolores, señor? ¿Será preciso administrarla?

—Todavía no urge; es joven y aquí hay sujeto. Una crisis podrá salvarla.

En este momento se abrió violentamente la puerta, y el carabinero, sofocado, desalado y cubierto de polvo, se precipitó en la casa gritando:

—¡Señores, mientras hay Dios hay misericordia! ¡Indultado! ¡Indultado!

Nada más dijo; nada más pudo decir; pero nada más necesitaba decir para volver la vida á aquella agonizante familia.

Esteban se abalanzó fuera de sí al carabinero.

—¡Qué decís! ¿Indultado?

—Indultado.

—¿Mi hijo? — gritó saltando de su lecho, sobre el que estaba tendida, la madre.

—¡Lorenzo!

—¿Por el tribunal?—exclamó el padre, que se había levantado erguido como un joven.

—¡Qué por el tribunal! Por la REINA. ¡VIVA LA REINA! ¡VIVA ISABEL SEGUNDA! —gritó el carabinero, tirando por alto su morrión.

—¿No morirá?—sonó la débil voz de Dolores desde su alcoba, que daba al patio.

—Cuando Dios quiera, y no antes—respondió el carabinero.

La escena que siguió, difícil sería pintarla cuando no tienen los mismos actores que en ella actuaron memoria ni recuerdo de lo que pasó. La madre se dejó caer inánime en los brazos de su marido; Esteban y Catalina rodeaban con sus brazos el santo grupo que formaban sus ancianos padres; Dolores había hallado fuerzas para incorporarse en su lecho, cruzar las manos y alzar al cielo su ferviente acción de gracias; las buenas vecinas lloraban á gritos; el carabinero no cesaba de pasar el revés de su mano por sus bigotes empapados en lágrimas, y sólo el P. Nolasco, impasible, decía:

—¿Lo veis, hijos? Dios aprieta y no ahoga. Bien os lo decía yo: ¡Conformidad! ¡La esperanza es lo último que se pierde! Si las de acá abajo salen fallidas, las de allá arriba son siempre ciertas. Así es que ha hecho Su Divina Majestad de la esperanza una virtud,

y manda á las criaturas que la tengan siempre en su corazón para que no desfallezcan. El corazón desfallecido no es corazón legítimo, hermanos.

¡Oh, caridad! Pon á menudo la pluma en la poderosa mano que puede firmar el indulto. Si no es en consideración al reo, séalo en consideración á su familia, inocente de su culpa!

El extraño suceso acaecido en el Consejo de guerra se había esparcido y despertado la curiosidad y el interés público; pero muy en particular entre los Oficiales que componían el Consejo, y que habían presenciado aquella escena de honradez y de amor fraternal. La sencilla nobleza que vieron en el porte y palabras de aquellos hombres graduados de rústicos les había enternecido, porque tras los rostros tostados é impávidos, y de las manos endurecidas con el manejo del sable, suelen alguna vez latir corazones más blandos y generosos que no entre otros rostros blandos y delicados, ya de uno ú otro sexo, que se inmutan y enternecen en *conversación.*

Uniéronse á esta simpatía general la de altos personajes, que levantaron una súplica de gracia á la buena Soberana, tan dispuesta á la clemencia, que nunca se acude en vano á su hermoso corazón. A ese corazón bendito que halló voces para perdonar á un enemi-

go en el mismo momento de recibir el alevoso é inicuo golpe regicida, nunca le pueden faltar esas palabras de clemencia que son el derecho divino de los Reyes.

—¿Y queda libre? ¿Vendrá acá?—preguntó la madre cuando al primer enajenamiento siguió un poco de calma.

—Si por la Reina fuese, vendría... ¡Señores, VIVA LA REINA!—dijo el carabinero.

—¡Bendita de Dios sea la Reina!—exclamaron todos con explosión y entusiasta gratitud.

—¡Si por la Reina fuese... vendría!—prosiguió el carabinero.—Pero Su Majestad no puede mas que perdonarle la vida. Entra después la pena que le sigue: presidio.

—¡Presidio!—exclamó la pobre madre.

—Sí, señora. ¡Y cómo ha de ser! ¡Quien la hace la paga, tía Melchora!—dijo el carabinero.

—¡Pero si Tomás, el ángel mío, que murió como un Abel, le perdonó!...

—Eso tiene á su favor; pero no basta.

La madre se echó á llorar amargamente.

—Melchora, no ofendas á Dios — le dijo el tío Mateo, volviendo á caer doblado y con la cabeza caída sobre su asiento.

—¡Es que yo le creí libre!...—repuso sollozando la madre.

—¿A qué prometértelas tan felices, mujer? ¡Si lo que ha hecho es un delito de los gran-

des!... Su castigo ha de llevar — repuso el honrado anciano.

—¿Y adónde va, Sr. Canuto? — preguntó la pobre madre.

—A las islas Marianas.

—¿Y por cuánto tiempo?

—No se sabe—contestó el carabinero, que sabía que era de por vida.

El pobre tío Mateo lo había comprendido también así.

Entretanto, había llamado Dolores á Esteban á su lecho, y le decía:

—Esteban, puesto que, gracias á la misericordia divina y humana, Lorenzo queda con vida, no hay nada de las promesas hechas á un difunto. Mientras viva él, no seré mujer de otro.

—Así lo entiendo yo, Dolores—respondió Esteban—. Mucho te quiero, y á la par de mi hermana Catalina; pero siempre he mirado en ti la mujer de Lorenzo, y el casarnos viviendo él me parece como mancha de sangre. Pero te quedarás con nosotros, Dolores; que buenos brazos tengo yo para mantener á una hermana, y yo soy dos veces tu hermano, una por Lorenzo y otra por Tomás.

Dolores se echó á llorar.

—Mira—le dijo el P. Nolasco cuando Esteban se hubo marchado—; Rosita me ha en-

cargado que te diga que no viene á verte porque no quiere ni pisar esta casa ni ver á ninguno de las gentes de Lorenzo. Y por más que le he dicho que eso no está bien, no hay quien la venza, al menos por ahora. Me dijo que te dijera que tú no habías de estar en ninguna parte mientras ella viva, sino á la vera suya; ya lo sabes.

Rosa también, como Dolores, había pasado de la infancia á la juventud, por las lágrimas. Aquel color de rosa tan fresco y subido que ostentaban sus mejillas había desaparecido para siempre de su rostro. Su petulante alegría se había apagado como una luz al soplo del torbellino. Ya no llamaba la atención del P. Nolasco sobre el retrato de su tío; ya no sostenía con su madre sus emancipadas polémicas. Ocupaba su vida seriamente, frecuentaba las iglesias, se ocupaba de los quehaceres de la casa y mucho de los pobres.

El aniversario del día 5 de Septiembre, de lúgubre memoria, se ve en el convento, al borde del mar, á un sacerdote anciano, que dice pausadamente una misa de difuntos. Oyenla siempre dos mujeres, que están estrechamente unidas; una es una joven, bien vestida, grave, pero lozana, que parece empezar una existencia seria y útil; la otra, también joven, enlutada, pálida, delgada y

destruída, que parece acabar una vida de sufrimientos; la primera, es Rosa; la segunda, Dolores.

Cuando las ven pasar, dicen todos con simpatía:

—¡Cómo ha sentado Rosa, la de D.ª Braulia! Se ha hecho una mujer de su casa, como Dios manda.

Y añaden conmovidos:

—Dolores, la de la tía Tomasa, se va consumiendo como la luna menguante. No le ha quedado cara en que persignarse. ¡Tiene muerto el corazón en el pecho! ¡Esa nació para sufrir!... ¡Pobre Dolores!

FIN

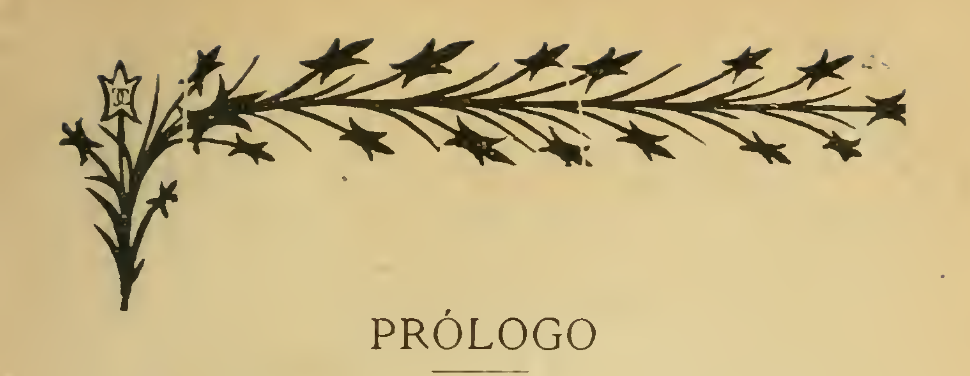
UN SERVILON

Y

UN LIBERALITO

Ó

TRES ALMAS DE DIOS



PRÓLOGO

SR. D. FERMÍN DE LA PUENTE Y APECECHEA.

Mi muy respetado y querido amigo: Recibo la grata de usted y la novela de FERNÁN CABALLERO titulada UN SERVILÓN Y UN LIBERALITO, acerca de la cual me pregunta usted ¿qué me parece?; añadiéndome que lo hace con el deliberado propósito de contárselo al público.

No tema usted que esta última circunstancia influya para nada en mi respuesta. Fuera de que hace tiempo ambicionaba yo la honra de poner mi nombre entre los admiradores del gran novelista, estoy ya tan acostumbrado á tratar con el público, que á veces, cuando le hablo, dudo si hablo conmigo á solas. Además, ¿qué podría yo decirle que él no supiera, en justa alabanza de aquel escritor eminentemente español y cristiano, y de esta obra, que es una de las joyas más preciosas que enriquecen su corona?

Usted sabe que nosotros, los aficionados á los libros, escogemos amigos entre los escritores; y yo puedo asegurarle que, apenas co-

menzó á sonar por España el nombre de FERNÁN, ya le tuve por mi amigo, y no me cansaba de leer sus obras, y las leía hasta con gratitud, como es natural sentirla hacia el ser benéfico que posee el secreto de adormecer los dolores del alma y fortalecer en sus abatimientos al espíritu contristado.

Y cierto, no robaba mi atención tanto la gala del estilo, sino la nobleza de las ideas y la pureza del sentimiento; no veía yo en el incógnito escritor ó escritora á la matrona deslumbrante con riquísimos joyeles, sino á la mujer sencillamente ataviada, que no ha menester otro adorno que su belleza, y en cuya sonrisa se descubre la bondad del alma, y en el mirar de sus ojos un pudor y una inocencia como si fueran del cielo.

Bajo esta forma se me ha representado siempre FERNÁN, porque yo, francamente, siempre me sentí inclinado á creer—aunque no me consta la verdad—que no era hombre el autor de ciertas páginas, que sólo el corazón de una mujer sabe escribir.

Y aún creí más: que esa mujer—si es que lo era—debía ser de la misma sangre, de la misma familia que cierto amigo mío, cuyo nombre no estampo aquí por no ofender su modestia, que hace tan amable su talento; pero que FERNÁN adivinará—si lee estas líneas—, adivinará, y se gozará.

Quiero, pues, creer, que su Musa es hermana de la Musa de MI AMIGO; ¡pero una hermana adorable!.. y sobre ello, el más gentil y amable *cicerone* que jamás guió al pasajero curioso, para hacerle conocer y admirar las maravillas del arte en los tiempos pasados y presentes.

Sirviéndome, pues, ella de introductor, acabo de penetrar en el castillo de Mnesteo, «adalid muerto y petrificado, grandioso y fuerte esqueleto con pies fenicios, cuerpo romano, cabeza morisca y brazos españoles» (1); y en verdad que no me ha asustado el temor de fantasmas, ni gemidos misteriosos han helado la sangre en mis venas, porque de aquella vivienda pacífica ahuyentaron á los malos espíritus «las oraciones, y el sol de Dios».

Tampoco tropecé en sus corredores, ni vi en la plaza de Armas «á fenicios, romanos, moros ó á los guerreros del sabio Rey»; pero he pasado un buen rato con los habitantes que les han sucedido — «los gorriones y tórtolas, que se han posesionado del nido abandonado por las águilas y los milanos»—, y, sobre todo, no me arrepentiré nunca de ha-

---

(1) Parece excusado advertir que todas estas frases puestas entre comillas son de FERNÁN CABALLERO en esta novela.

ber estrechado relaciones de amistad con aquellas TRES ALMAS DE DIOS: *Don José Mentor*, el ex-maestro de escuela; *Doña Escolástica*, su esposa, y su hermana *Doña Liberata*.

Gracias á FERNÁN, que me ha proporcionado conocer tan buenas personas, que no son del mundo, «señorón que en nuestro globo se emancipa de su Criador, relegándole—¡y gracias!—á los templos y á los libros», sino que pasan por el mundo, andando siempre en la presencia de Dios.

Sí diré que nada hay más sencillo que el argumento de UN SERVILÓN Y UN LIBERALITO; nada más natural y sin pretensiones que el estilo que usa FERNÁN, y, sin embargo, su lectura tiene sabrosamente embebido el espíritu, y, lo que es más, le instruye y le mejora.

Ahora, si atiendo á las prendas de FERNÁN como escritor, hallándoselas aventajadas siempre, encuentro unas en que compite con los que las posean más sobresalientes, y aun en otras no le descubro competidor.

Porque en primer lugar cuenta y describe bien, y no sólo describe, sino que pinta; no sólo narra, sino que da vida á la narración.

Y sabe trazar caracteres que revelan una mano siempre hábil, y á veces maestra.

Y habla perfectamente la lengua del pueblo, en lo cual no sé quién le lleve ventaja.

Y sabe la lengua de lo que llamamos *culta sociedad*, en la cual no le conozco rival, ni entre los mejores.

Pero con ser estas prendas tan estimables y tan raras, entiendo que no nace de ellas el gran valor, que hará vivir, después de muertos nosotros que los admiramos, á los escritos de FERNÁN. Lo que los preservará de la muerte es un *no sé qué*, que escapa al análisis, y hace amar al autor y á la obra; un QUID DIVINUM que atrae, hechiza, enamora al espíritu; un perfume, digámoslo así, de amor de Dios y de casta poesía, que se exhala deliciosamente de todas las creaciones de su ingenio.

Recuerdo al leerlas ese libro singular que llaman el KEMPIS, y esa odisea de la desgracia que Italia nos regaló con el título de «MIS PRISIONES». Descuella en otras obras más vigorosa imaginación, deslumbran imágenes más atrevidas, seduce estilo más florido ó pomposo; mas yo prefiero leer el KEMPIS, MIS PRISIONES y las NOVELAS DE FERNÁN, porque me parece oir la voz del BUEN PASTOR y los sollozos del hijo pródigo.

Y es, que la MUSA DE FERNÁN es la MUSA DEL PESEBRE DE BELÉN y la del MONTE OLIVETE; y como ella bajó del cielo, sabe cosas

que ignora esa otra musa que suele inspirarnos á nosotros.

No olvidaré jamás que, cuando niño, oyendo recitar la NOCHE SERENA de Fray Luis de León, pensé y dije para mí: «No se escribe esa poesía con sólo un gran talento; esa poesía es la expresión y como el sonido natural de un alma pura y elevada.» Lo mismo pienso y lo mismo digo ahora al leer las obras de FERNÁN CABALLERO. Y creo, además, que á un escritor que aspire, profanamente hablando, á subir al templo de la inmortalidad, le conviene mucho — si es cosa esta en que puede entrar para algo la conveniencia — ser buen cristiano; porque, siéndolo, tiene ya andada la mitad del camino. Que la virtud es la belleza moral, y la belleza moral es el alma de toda obra, la cual no podría vivir mucho tiempo sólo por las formas, que, siquier seductoras, al fin no constituye sino una especie de hermosura física.

El espíritu heroico de Corneille encontró fácilmente el «¡QU'IL MOURUT!» que después de tres siglos aún nos hace palpitar de entusiasmo. Pero á FERNÁN le es más fácil encontrar ideas y expresiones, aunque de otro orden, más sublimes todavía. ¿No lo es la caridad cuando busca ingeniosa, y hasta sutil, disculpas generosas á la misma ingratitud? ¿No lo es la resignación, ese heroísmo del

alma cristiana, que la hace hollar vencedora, sobre sus más horribles enemigos, la calumnia, el desamparo, la miseria y, en medio de deshechas borrascas, la conserva tranquila y serena bajo las miradas de Dios complacido?

¿Qué le cuesta á FERNÁN obligarnos á bajar la cabeza con amor y admiración ante un pobre hombre y dos pobres mujeres? Muy poco, en verdad... ¡prestarles su alma!

A mi entender fué su principal intento pintar «la grandeza según Dios, que no es la grandeza según los hombres»; y cierto, lo consiguió; porque nadie ha de negar que el ex-maestro y su esposa y su hermana aparecen sabios en su ignorancia, nobles en su miseria, sublimes en su infortunio. ¿Qué es, comparado con ellos, y qué vale Leopoldo, con ser gallardo mancebo, de ingenio vivo y de alentado corazón? ¡Lo que son y lo que valen á par de los grandes principios del catolicismo, de las virtudes inefables del Evangelio, el vano alarde de una filantropía estéril, ó las fosfóricas luces de una filosofía de la *nada!*

Hasta cierto punto se personifica en aquellos tres caracteres la sencillez, la piedad, la grandeza de los siglos pasados, y se hace despuntar en el segundo la liviandad y la petulancia de la época presente. Pero el ex-maestro y su familia no sólo tienen indulgencia

para los extravíos de Leopoldo, sino que le aman á pesar de ellos. El tiempo antiguo mira con dolor, pero disculpa hasta donde es posible, los errores del nuevo, y aunque no puede aprobarlos, y aunque ha de condenarlos, lo hace lleno de caridad hacia las personas extraviadas... Sí; sin duda debajo de una lección moral encubre nuestro insigne novelista un gran consejo político, que ¡ojalá no olvidáramos nunca! acordándonos siempre de que la tolerancia es la hija primogénita de la caridad.

Cuando yo considero las obras de FERNÁN y de otros escritores que, sin desdeñar lo bueno que brindan los innegables adelantamientos del tiempo presente, se complacen en recordarnos á todas horas la santa imagen de nuestra antigua, católica, monárquica y querida ESPAÑA; que en vez de avergonzarse del ESCÁNDALO DE LA CRUZ, valerosamente la levantan en medio de Europa, como signo de gloria, de civilización y de libertad; cuando esto considero de una parte, y de otra pongo los ojos en esa gran batalla que se está dando en el mundo, y de cuyo éxito penden sin duda los destinos futuros de la humanidad, verdaderamente me siento sobrecogido por una idea dolorosa, y quisiera tener tan gran voz que resonara en España, para gritar de día y noche sin tregua ni re-

poso: «¿Qué hacen nuestros Grandes? ¿en qué piensan nuestros ricos? ¿en qué piensan y qué hacen, que no veo, no ya en las casas opulentas sino en las modestas, sino en las humildes, y en todas partes y en todas las manos los cristianos escritos de DONOSO, de BALMES y de FERNÁN? ¿Qué hacen y en qué piensan, que no se apresuran á esparcir las ideas salvadoras á los cuatro vientos del cielo, é inundan á toda España, para evitar esa otra inundación de ideas corruptoras y perversas que, á modo de los ejércitos del Anti-Cristo, ó siéndolo en realidad, traspasan los montes, saltan los muros, penetran cautelosos é invisibles en nuestros hogares, á enloquecer la cabeza de nuestros jóvenes, á manchar el casto seno de nuestras hijas, allanando sus caminos á esa espantable revolución que nos amenaza con un nuevo diluvio...?

Pero... ¿dónde voy, amigo mío, dónde voy...? Usted, aun juzgándome con su bondad proverbial, de seguro recordará las palabras del viejo Horacio: *sed non erat his locus*. Será así: no tengo dificultad en confesarlo; ¡mas lo escrito está escrito! Hora es, sin embargo, de poner punto á lo que no merece el nombre ni tiene las pretensiones de prólogo—líneas desaliñadas, trazadas de cualquier modo sobre el papel—, pero que contienen la expresión íntima y verdadera de los senti-

mientos que en mi alma ha despertado la obra de FERNÁN CABALLERO.

En conclusión, y por decir en dos palabras cuanto siento acerca de nuestro ilustre amigo, yo aseguro á usted, y usted sabe que hablo verdad, que cuando leo sus obras admiro su bello talento; pero amo sobre todo su alma, que es incomparablemente más bella.

Adiós, amigo mío; lo es, y lo será siempre de usted sincero y apasionado,

ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.





UN SERVILÓN Y UN LIBERALITO

ó

TRES ALMAS DE DIOS

CAPÍTULO PRIMERO

EL CASTILLO DE MNESTEO

> Souvent à l'aspect d'une belle contrée on est tenté de croire qu'elle a pour unique but d'exciter en nous des sentiments élevés et nobles.
>
> MADAME DE STAEL.

> Al contemplar una hermosa vista suele uno sentirse llevado á creer que es su único objeto excitar en nosotros sentimientos elevados y nobles.

Ya en otra ocasión hemos hecho mención del antiguo castillo de Mnesteo, que existe en el Puerto de Santa María, y pertenece á los Duques de Medinaceli. Fué llamado de Mnesteo por haber sido

construído por un Príncipe fenicio de igual nombre. Pasó después á la dominación romana: luego á la de los moros; hasta que en 1264 lo conquistó el Rey D. Alfonso el Sabio, para cuya conquista le alentó, apareciéndosele, la VIRGEN de los cristianos; en memoria de lo cual dió el sabio y religioso Rey su venerado nombre á aquella población, perdiendo así la bautizada villa su pagano nombre de Mnesteo.

Mas si interesase ahora á alguno de nuestros lectores penetrar con nosotros en su recinto, le serviremos gustosos de *cicerone*. Haremos aún más; toda vez que en ello le complazcamos, le haremos conocer á sus moradores, y tendremos, según la expresión de una amiga nuestra de infinito talento y gracia (1), un rato de *comadreo*.

Sentimos que á fuer de verídicos no nos sea posible divertir al lector con una descripción lúgubre y medrosa en el género de las de la autora inglesa Anna Radcliff, en vista de que, según dice Custine, *l'imagination aime à frémir* (la imaginación gusta de estremecerse). Porque, opuestamente, para ser verídicos, tenemos que descender á los pormenores más sencillos, más cándidos y,

---

(1) La Sra. D.ª Espíritu Santo Moreno de Escalante.

si se quiere, más triviales de la vida común, si hemos de describir el estado actual del castillo, de este adalid muerto y petrificado, de este grandioso y fuerte esqueleto con pies fenicios, cuerpo romano, cabeza morisca y brazos españoles, que ostenta el Puerto como antiguo y noble blasón de cuatro cuarteles sobre una eminencia, á la entrada de su río Guadalete, á cuya orilla, y al amparo de su valiente defensor, se ha ido extendiendo la población, como crece el vástago á la sombra del árbol que lo cría.

Al penetrar en el recinto por la puerta que se halla en la gran plaza que da nombre, esto es, la plaza del Castillo, se atraviesa un pequeño espacio, se suben unas gradas y se entra en el compás que precede á la iglesia, que es el punto céntrico del edificio. Fórmala un espacio grande, abovedado, cuyo techo está sostenido por enormes pilares, sin tener más luz que la que recibe por una gran ventana que está al pie de la iglesia, y la toma de un corral interior. No hemos podido averiguar el primitivo destino de esta vasta pieza: si fué aduana, lonja, mezquita ó almacén en que se depositasen víveres. Hoy es el adornado, bendito y recogido santuario de un culto sostenido y devoto, al que con gran asiduidad concurren los habitantes de la ciudad.

A la derecha del compás hay una escalera empinada que conduce á lo alto. La plataforma ó azotea que está sobre la iglesia constituye un gran espacio enladrillado, que fué—y conserva aún hoy día el nombre—de *Plaza de Armas*. Alrededor de esta plazoleta están las habitaciones que fueron morada de los caudillos y salas de armas, y que hoy subdivididas forman habitaciones. Vive en la mejor el capellán del castillo; en otra el sacristán; en otra un maestro de escuela; en la más pequeña una anciana viuda: todos tipos los más genuinos de gentes pacíficas, por lo cual uno de los formidables torreones se ha convertido en oratorio, otro en cocina, otro en palomar y otro en jardín. ¿Cómo, pues, amalgamamos con estos objetos la aparición de un moro feroz llevando su cortada cabeza debajo del brazo, ó de un formidable caudillo cristiano entre cuya celada se divisase una calavera siniestra? ¿Cómo podrían oirse gemidos ni amenazas entre las bóvedas y escaleras de aquellas torres, en que tan pacíficamente cuelgan los chorizos y ristras de pimientos; en que tan amorosamente arrullan los palomos; en que tan unidas están las almenas con las flores, á las que sirven de reclinatorio, y que por ellas han olvidado de un todo dardos, flechas y arcabuces; en las que tan suaves suenan las preces, y con tan

esforzado *qué se me da á mí* retumba el doméstico almirez?... No, no; allí no hay malos espíritus, asombros ni horrores: las oraciones, el sol de Dios, la paz material y la del alma, las buenas conciencias y las flores los han ahuyentado.

Si nos asomamos por la ventana de la sala del capellán, que está á la derecha de la plaza de Armas, vemos un corral, que sería quizás el cementerio en tiempos de guerra, convertido en un diminuto huerto, presidido por una aislada y austera torre cuadrada, en la que se han amontonado gran cantidad de huesos de bizarros cristianos y valientes moros enterrados en aquel lugar. En cuanto á los huesos romanos que allí puedan hallarse deben bailar de contento al considerar que la tierra, á fuerza de oir su famosa plegaria, *de que les sea ligera*, se ha ido aligerando hasta el punto de no cubrirlos. Los honrados moradores actuales del castillo suplicaron atentamente á estos huesos errantes que cediesen su sitio á las coles y rábanos, á la hierbabuena y al perejil, y que se fuesen apiñando en amor y compañía en aquella torre, testigo de sus hazañas. Los huesos no se negaron á acceder á lo que con tan buen modo se les pedía, y allí están sin que nadie se meta con ellos, sino unos preciosos conejos caseros, que viven, juegan y procrean

alegre y pacíficamente á su lúgubre sombra.

Necesaria es, pues, una fuerza de abstracción—que no le es dada sino al historiador ó al anticuario—para poder prestar todo el vivo y solemne colorido de su heroico pasado á aquella mansión del sol, de flores, de paz y silencio, de lindos animalitos caseros y de buenos vecinos.

Hasta los ecos que repitieron los bélicos sonidos de trompas y clarines han caído en un obstinado mutismo, no queriendo descender á alternar con el canto del gallo, cantor que, cual no otro, cumple con una de las primeras reglas de su arte, que es la *de echar la voz;* con la algarabía de las golondrinas que charlan hasta *por las alas*; con el ronco y poco armonioso arrullo de los palomos, amantes formales, fieles y comedidos; ni con los destemplados arranques de los patos poco filarmónicos, que sin la más mínima aprehensión, hieren el aire que los rodea y los oídos que los oyen; pero ni aun con los alegres cantares del canario saltimbanquis, que prefiere á las de laurel coronas de jaramago.

Un lugar hay, sin embargo, en que la mente deja de sonreir y el alma se eleva ampliamente á otras esferas. Es éste la plataforma de las altas torres que, coronadas de sus

almenas, se alzan erguidas en su ancianidad y abandono, tan bellas, tan derechas y tan señoras, como cuando dominaban y defendían el país.

La vista que desde su altura se descubre admira, eleva, embelesa, y, si nos es permitido decirlo, deslumbra. ¡Tal es el esplendor de la atmósfera, del cielo y de la mar, la lontananza de los horizontes, la belleza de los objetos y lo grandioso del inmenso paisaje que desde aquellas alturas se presenta á la vista!

Al lado del Sur se extiende en toda su majestad y su brillo el mar, que hacia la izquierda viene á ostentar sobre la barra que precede al río Guadalete el garbo de sus olas y la blancura de sus espumas. Al frente se ve á Cádiz, que, aunque distante dos leguas, muestra claro sus tersos y delineados contornos, como dibujados con firme pulso en el esmalte del horizonte.

A la izquierda, siguiendo con la vista el recto camino real por medio de un verde coto, se llega con él, á las dos leguas, al elegante Puerto Real, y siguiéndolo después en su curva, se llega á la isla, ó ciudad de San Fernando, donde muere entre *albinas* la bahía, dejándoles por legado gran cantidad de la afamada sal, que en blancos montes apiñan. En lontananza se extiende Chiclana en

su llano, llevando por bandera una ruina, que fué lindísima capilla de Santa Ana, y se encarama Medina en su monte, como vigilando sus verdes campos y sus ganados.

Volviendo la vista á la derecha, se ve subir la carretera en suave cuesta por entre viñas y arboledas, la que más adelante se arrastra por ricos campos de trigo, hasta llegar á Sanlúcar de Barrameda.

Al Norte, esto es, en dirección opuesta al mar, vese el camino de Jerez atravesar la vega, derecho, como el que quiere llegar pronto, y torcer después á la derecha, para salvar los altos cerros, en cuyo seno se ocultan las magníficas canteras que hace tantos siglos están formando los edificios que levanta el hombre y dedica, ya al culto, ya á labrarse sus moradas, y, después de pasar cerca de lo que fueron ruinas del castillo de doña Blanca, desaparece detrás del monte.

Este castillo, de que apenas resta vestigio, fué edificado por D. Alonso el Sabio sobre una eminencia que dominaba el río; pero el río ha tomado las de Villadiego, como un desertor, si no á sus banderas, á su cauce. Relevado, por consiguiente, el castillo del cargo de vigilarlo, cansado de su soledad y de su *far niente*, se ha caído como una barraca, sin respeto á su poético nombre de Castillo de doña Blanca, nombre que debe

á la tradición, que jura y perjura que en aquel solitario albergue encerró el rey don Pedro á la mujer que le faltó á la fe debida.

Vese también en la vega otro objeto lleno de *actualidad y palpitante de interés* (según se expresan en francés traducido los periódicos de la corte y sus socios de las provincias), se ve, sí, se ve, poniendo cuidado ó sacando un anteojo de larga vista, el camino de hierro; pero... ¡qué chico! ¡qué mezquino! Cuando en seguida se baja la vista y se mira aquel castillo de otras edades, tan grande, tan fuerte y sólido; cuando se miran las iglesias seculares, allí, en Cádiz, en Puerto Real, serenas é inmutables entre huracanes, vicisitudes, guerras y siglos... ¡y se compara á esa moderna *obra magna*, no puede uno menos de considerar que mientras más se emancipa el hombre de Dios más mezquinas, efímeras é inconsistentes son, no solamente sus ideas, sino también sus obras.

Sirven de punto de vista á este cuadro del Norte los montes de Ronda, que el San Cristóbal tiene á sus pies, mientras alza su cabeza entre nubes.

Esta vista toda es magnífica y grandiosa. Ostenta el país tan abierta y completamente sus contornos como muestra su índole una persona franca. Todo lo alcanza la mirada que, después de vagar con delicia por la tie-

rra, tan bella como la ha hecho Dios, se alza al cielo, más bello aún, lleno de admiración y gratitud, ofreciendo ambos al Criador, que agradecer es amar, y admirar es tributar homenaje.

Pero volvamos á bajar con cuidado, para no perder pie, los vetustos y carcomidos escalones de las escaleras, y regresemos á la *Plaza de Armas*, la más pacífica del mundo, que conserva—á pesar de ser el más descarado anacronismo—su nombre, como prueba palpable de la fuerza de la tradición.

A la derecha de la escalera está la habitación del sacristán, que es la menos buena, por tener luces á corrales; en ésta es donde se halla el torreón, poco elevado, sobre cuyo turbante de almenas ha puesto la sobrina del sacristán una corona de flores.

Una vez en la Plaza de Armas, vemos á la izquierda la habitación de la viuda, dueña del corral de gallinas y del torreón-palomar, torreón bonachón que no se desdeña de proteger al palomo perseguido por el gavilán, como protegió á Príncipes contra Reyes, á caudillos contra caudillos.

A la derecha está la habitación del capellán, que es la mejor, y tiene la hermosa torre ochavada que le sirve de oratorio, y donde la VIRGEN DE LA PAZ la derrama en los corazones.

Al frente está la habitación en que vive el maestro de escuela, D. José Mentor, con su buena mujer D.ª Escolástica y su buenísima hermana D.ª Liberata.

No hemos querido describir las anteriores habitaciones por no cansar al lector, que es probable que no sienta la simpatía que tenemos nosotros por el castillo de Mnesteo. Pero, en cuanto á ésta, nos precisa describirla gráficamente, por ser en ella en la que van á tener lugar la mayor parte de los eventos que vamos á referir.

Después de atravesar la alegre y tranquila plaza llamada de *Armas* por antonomasia, en la que en lugar de fieros hombres de guerra se ven, como ya indicamos, hermosos palomos que andan presumidos volviendo sus cabecitas para lucir los tornasoles de su plumaje, se entra en una pequeña antesala ó pasadizo, que á la izquierda tiene una puerta que da entrada á un cuarto con una ventana á la Plaza de Armas, y que es el que ocupa D.ª Liberata.

Entrase por este pasadizo á la sala, que es lindísima por tener al andar una azotea que domina la pescadería, la aduana, el muelle, el río, y va á descansar en el siempre verde coto de la orilla opuesta. La sala está aseadamente amueblada, con su estera, sus sillones de caoba, que cubren con una careta de

tela de algodón blanco unas crines contemporáneas de las de Bucéfalo que, cansadas de sentirse aplastadas, se esfuerzan por salir de su purgatorio. En el testero hay una mesa *puritana*, sin ninguna clase de adorno, sobre la cual se ve un nicho de caoba y cristales que encierra una hermosa efigie de la VIRGEN. En la pared cuelga un cuadro antiguo, de poca estima como obra artística, pero de muchísima como objeto de veneración, que representa al Santo de la profunda y sincera devoción de la familia, de padres á hijos, San Cayetano.

Debajo de este cuadro, en otro de media caña pintado de negro, está un mamarracho con una banda azul y blanca, que pasa por el retrato de Don Fernando VII, y fué colocado allí por el dueño cuando la guerra de la Independencia.

A la izquierda, á los pies de la sala, hay una puerta pequeña, por la que se entra en la alcoba del matrimonio, la cual tiene ventana á la referida azotea, y no tiene nada de notable sino una cómoda papelera vetusta y secular, cuya tapa viene á cerrarse en diagonal sobre una tabla angosta, en la que se ven un CRUCIFIJO y algunos libros; y encima de la cómoda, colgado en la pared, otro cuadro de San Cayetano.

Esta alcoba tiene una puerta que comunica

con un pasadizo triangular, en cuyo extremo está la entrada del valiente torreón convertido en cocina. ¿Quién vió nunca un caballero con cota de malla y lanza en ristre, convertido en ranchero? Con entrada á ese mismo pasadizo hay un cuarto pequeño con ventana á la Plaza de Armas, que sirve de comedor á la familia.

En este partido (nombre que se da en Andalucía á cada una de las partes en que se divide un edificio grande, para que sirva á vecinos), vivía desde innumerables años la familia del maestro de escuela. Ahora, pues, que conocemos el local, vamos á ocuparnos de los habitantes que han sucedido en él á fenicios, romanos y moros, y á los guerreros del sabio Rey; esto es, los gorriones y tórtolas que se han posesionado del nido abandonado por las águilas y milanos.

Es de suponer que, si los miembros de la Sociedad de la Paz tuviesen noticias de las transformaciones que en beneficio de ésta ha sufrido el descrito castillo, ese león hecho cordero, ese Hércules hilando, ese Aquiles vestido de Matrona, ese dragón narcotizado, lo hubiesen elegido para punto de reunión de sus sesiones; pues, ciertamente, con plena aprobación de sus habitantes, se habrían podido anatematizar en aquella *Plaza de Armas* todas ellas, inclusas las flechas de Cupido.



CAPÍTULO II

TRES ALMAS DE DIOS

Bienaventurados los pobres de espíritu.
EVANGELIO DE SAN LUCAS.

Il est vrai que la grandeur selon les hommes n'est pas la grandeur selon Dieu.
ALEXANDRE DUMAS.

DON José Mentor era, como ya hemos dicho, un maestro de escuela. Los adelantos de la época atrasaron al pobre D. José: el colegio, la gratuita, la escuela mutua, aquellos rayos de las luces del siglo le arrebataron todos sus niños, como lo habían hecho los de Apolo con los de Niobe. Pero D. José no se descorazonó: siguió viviendo en su pacífico castillo, en su tranquilo hogar doméstico, con su mujer y su hermana, en paz y en gracia de Dios, tan confiados los tres en el Santo de su devoción, San Cayetano, abogado de la Providencia, que á ninguno robó su desgracia un cuarto de hora de sueño.

Don José contaba con un vitalicio en que vendió una casa ruinosa. Consistía aquél en una peseta diaria—¿qué tal sería la finca?—vitalicio que, con su imprevisión de niño, puso sobre su cabeza, sin acordarse de que su mujer y su hermana deberían probablemente sobrevivirle. Tenía algunos otros recursos: era el uno llevar del brazo á misa á una anciana extranjera ciega, por cuyo obsequio recibía tres cuartos; y era otro, algunas lecciones de leer y de escribir que daba á las Maritornes con pretensiones de ilustrarse, con lo que lograban leer novelas perversas, descuidar sus quehaceres y la aguja y llevar calcetas con puntos.

—Mire usted, niña—solía decir D. José á las talludas discípulas que hacían palotes—: ¿ve usted esas viguitas del techo? Pues así deben ir, derechitos y bien alineados.

Don José era feo — preciso es confesarlo, que amor no quita conocimiento—; de un feo que llamaba la atención. Sus narices, desmedidamente salientes y gruesas, necesitaban todo el extremado largor de la cara en que se ostentaban para vivir en paz con la boca y la frente, sus vecinas. No eran menos largas sus orejas, ni menos gruesos sus labios, siendo el inferior colgante y pendiente como pabellón. Sus ojos pequeños, enterrados en gruesos párpados, tenían una expre-

sión bondadosa, á la par que atónita ó curiosa: lo que era debido á su sordera; y eran cobijados por unas cejas tremendas, que formaban un entrecejo formidable, que hubiera sentado bien en un busto de Júpiter, pero que estaban en la cara de nuestro buen don José completamente fuera de lugar, y podían competir con la carabina de Ambrosio. Era alto, y su cuerpo se había torcido de una manera lastimosa, teniendo un hombro muy alto y otro muy bajo, como si se esforzase en probar que nada hay igual en este mundo —que es lo que le hace original—; nada... ¡ni aun los hombros en un mismo sujeto!

Sin embargo, cuando por Semana Santa ó el día del Corpus vestía D. José un frac negro que estrenó á principios del siglo, y salía pavoneándose y arrastrando los pies, su mujer y su hermana le seguían con la vista al atravesar la Plaza de Armas, mirándose después con una sonrisa de satisfacción que parecía decir: *¡Que se presente otro!*

Doña Liberata tenía la misma fealdad que su hermano, en pequeño, así como la misma sordera, aunque como mujer era menos torpe, y se enteraba más pronto de lo que deseaba saber, ó de lo que se le quería comunicar. Ligera, dispuesta, hacendosa, acudía á todo con paso menudo y precipitado, y ayudaba á los gastos cosiendo ajeno. Nunca

se había casado por no habérsele presentado ocasión, ni haberla ella buscado jamás.

Doña Escolástica era algo gruesa, muy pastorona, sin hiel, como los palomos pisaverdes que paseaban la Plaza de Armas; de un feo menos subido, pero de una insulsez más marcada que su cuñada.

Estas tres personas, tan semejantes, existían felices y bien avenidas en medio de sus escaseces, no amargaban su pan con quejas ni su vida con apuros, y nunca se vieron en la triste situación, á que gradualmente fueron descendiendo, genios más alegres, ni índoles más apacibles, pues la alegría y la apacibilidad las dan las conciencias limpias y la fe virgen y firme que poseen los ricos de corazón y pobres de espíritu. Este su envidiable temple de alma, esta completa sumisión y confianza en Dios crea la mansedumbre, y ésta ahuyenta los angustiosos cuidados, los excesos de la sensibilidad, la hiel contra los hombres y las cosas. Y, sobre todo, crea el hermoso don de la conformidad, que espontáneamente brota en las almas de aquéllos, y que las cobija con su dulce sombra, sin que noten ellos siquiera que la tranquilidad de su espíritu es debida á la excelencia de sus almas, y que el epíteto burlesco de ALMA DE DIOS con que con tanta ligereza los ridiculiza el mundo, significa nada menos que haber

llegado al apogeo del cristianismo. Ha dicho muy bien Dumas que la grandeza según Dios no es la grandeza según los hombres. Por lo cual nada de extraño tiene que, á pesar de la bondad de los individuos que hemos descrito, ocupasen en la sociedad una posición más que subalterna, tanto por su clase, como por su pobreza, como por su desgraciado exterior, como por esas mismas virtudes que desdeña el mundo, ese señorón que en nuestro globo se emancipa de su Criador, relegándole — ¡y gracias!—á los templos y á los libros, no sin mofarse de los que sacan su santo Nombre de la clausura de las obras teológicas, que no lee. Miran los hombres descreídos que á él pertenecen estas virtudes de alto abajo, como miran los bullidores delfines y peces espadas que se agitan en la superficie del mar á la perla que tranquila yace en el firme fondo.

La índole bondadosa y la falta de hiel de D. José eran tan conocidas en el pueblo, que para pintarla burlescamente habían inventado sus paisanos, que necesitan poco para ejercitar su humor burlesco, el siguiente chascarrillo (1):

---

(1) Mucho hemos sentido ver en las gacetillas de un periódico de Madrid esta chuscada. Reclamamos en nombre de D. José la invención sacada y aplicada

Contábase que D. José entró un día en su casa cuando menos se le aguardaba, y halló á un amante con su mujer. ¿Qué hace el ultrajado marido? Coge en los brazos á su rival, le lleva al fin del paseo de la Victoria, esto es, de extremo á extremo del pueblo; allí le deposita en el suelo y le dice con voz severa: «¡Esto es por la primera vez! Pero le prevengo á usted que si otra vez le encuentro con mi mujer, que como me llamo José y como espero salvarme, le llevaré hasta allí!» y le señaló un ventorrillo que se halla á un cuarto de legua. D. José, satisfecho con la reparación que había dado á su ultrajado honor, se volvió á su casa. Añadían que desde aquella época databa el desquiciamiento de los hombros del héroe de la aventura.

Para principiar nuestra relación desde el principio—como suele hacerse—es preciso retroceder al año 1823, en cuya época estaban el castillo y sus habitantes idénticos á como los volveremos á hallar después y á como los hemos descrito. Hay personas que no tienen juventud, así como hay otras que son jóvenes toda su vida, no sólo en su sen-

---

por sus paisanos exprofeso para él y no para un caballero gallego que en la gacetilla le usurpa su lugar. ¡Cómo corren los cuentos! No corren así las máximas, no.

tir, sino hasta en su físico; jóvenes arrugados, modernizados con modas de París, embalsamados con ungüentos, encurtidos con esencias, á cuyos miembros no pesan y á cuyas cabezas no sirven de lastre los años. Si á las primeras falta la fragancia de la primavera, á los segundos falta la madurez del otoño.

Como hemos dicho, el torreón del ángulo izquierdo servía de cocina á la familia del ex-maestro de escuela. Una noche de dicho verano estaba D.ª Liberata majando con el mayor ahinco la miga, el ajo, la sal y el tomate para el gazpacho. Aunque no hubiese sido un poco sorda, la atención profunda que prestaba á su faena y los vigorosos golpes que daba al mortero habrían bastado para abstraerla completamente. ¡Cuál sería, pues, su asombro, cuando, de repente y como llovido de la bóveda, se vió á un hombre en frente de ella! Las cejas de D.ª Liberata—que como las de su hermano, tenían una aptitud particular para alzarse, formando un arco agudo—arrastraron detrás de sí á los párpados, dejando sus ojitos negros desmesuradamente abiertos; su boca los imitó, y la mano del mortero quedó levantada inmóvil en la suya!

Un ladrón en aquel castillo, donde no había nada que robar, era un fenómeno más

extraño y sobrenatural que hubiese podido serlo la aparición de un moro ó de un romano.

Sin embargo, la persona aparecida no justificaba tanto espanto. Era un joven de unos veinte años; traía una chaqueta y un pantalón estrafalario, y en la cabeza una gorra con visera y ésta muy echada á la cara. Un tanto de barba juvenil, que no había sido afeitada en varios días, daba alguna sombra y algo de varonil á aquel rostro de colegial. De estatura mediana, tenía elegantes formas. y su flexible cuerpo parecía hallarse poco á gusto en el traje que llevaba, en el cual se movía extraño é impaciente, como la serpiente que ansía por soltar y zafarse de su deslucida piel, cuando debajo tiene otra más adherente, más lucida y más nueva.

—Pe... ro...—articuló D.ª Liberata, que no pudo acabar de pronunciar el nombre de sus hermanos.

—Señora—dijo el aparecido:—me va usted á perder. Soy perseguido por fieros esbirros; he trepado por las grietas de este desmoronado muro con la intención de entrar por esa abierta ventana y con la esperanza de hallar pechos nobles é independientes que amparasen un víctima del despotismo.

Doña Liberata, que era sorda, que era novicia en percances aventureros, y que á esto

añadía el haber perdido la cabeza por el miedo, contestó temblando:

—¡Señor! ¡Por la Virgen del Carmen! Somos unos pobres; á mi hermano le han cerrado la escuela; yo no he cobrado todavía la costura de esta semana. Nada tengo, sino mi rosario y mi caja de plata; si usted las quiere...

La pobre D.ª Liberata metió con dolor profundo su temblorosa mano en la faltriquera.

El aparecido, haciéndose cargo de la dificultad de oído de su interlocutora, se acercó á ella, y le dijo:

—Yo no soy ladrón.

—¿No?—contestó D.ª Liberata algo tranquilizada y soltando con íntima satisfacción el rosario y la caja de plata que tenía asidas—. Pues entonces, ¿á qué se entra usted á deshoras por las ventanas?

—Porque un poder tiránico me persigue para prenderme—contestó en recia voz el aparecido.

Las cejas de D.ª Liberata, que habían emprendido su descenso, se remontaron instantáneamente.

—¿Qué? ¿quieren prender á usted? ¡Ave María Purísima! — exclamó angustiada —. ¡Este ha hecho una muerte!—añadió mentalmente—; si chisto me deja en el sitio. ¡Dios tenga misericordia de mí!

El desconocido conoció cuanto pasaba por la aterrada mente de su interlocutora, y se apresuró á decirle:

—No he cometido delito alguno; soy un prófugo político.

Esta voz culta que significa fugitivo, errante, y que ha sido aplicada por la ley al que se substrae al servicio de las armas, el pueblo la ha adoptado con la variante de *préfulo*, y ha hecho de ella la denominación genérica y exclusiva de aquel que acude á la huída para escapar al sorteo. Bajo este concepto inspira siempre un *préfulo* interés y lástima.

—¿Un *préfulo*? ¡pobrecito!—dijo la buena D.ª Liberata, volviendo sus cejas á ocupar su línea recta—. Vamos, esté usted sosegado—añadió con bondad—, que nosotros no le hemos de delatar. Pero voy á avisar á Escolástica y á Pepe, para que no se asusten.

Doña Liberata se fué, con los pasitos cortos y precipitados que le eran propios, dejando abierta la ventana por la que había entrado el fugitivo, y la puerta por la que ella salió, con tanta confianza en el intruso como terror le había inspirado al aparecerse.

Don José que, mediante á ser sordo, tenía algo de desconfiado y otro algo de *gruñón* (ambas cosas empero en dosis muy inofensivas), no estuvo tan propicio como su hermana para esconder á un fugitivo, ni para creer

sobre su palabra que lo fuese por huir de la quinta.

—¡Qué prófugo!...—gruñó con su gruesa y pastosa voz;—¡si ahora no hay quinta! Ese es un prófugo, pero prófugo de presidio. Los tiempos están revueltos, y cuando esto sucede hacen los tunantes de las suyas. ¿Por qué le dejaste entrar?

—¿Acaso me pidió licencia?—contestó su hermana—. Pero, mira, José: no tiene mala traza, y es casi un chiquillo.

—¡Chiquillo que de noche trepa por las paredes y allana las casas!... nada, nada; que se vaya... ó voy á llamar á la guardia.

—¡Hombre! cómo se va, si está cerrado el castillo y es preciso despertar al sacristán para que abra la puerta!...—observó Doña Escolástica.

—Que se vaya por donde ha venido; no quiero líos con la justicia, ni dimes ni diretes con los franceses, aunque no sean éstos los malvados de Napoleón.

—Pepe, no te conozco; ¡qué despiadado estás!—le dijo su hermana—. Por los cantos descarnados ha podido subir, pero no se puede bajar por ellos.

Mientras que con su acostumbrada calma discutían D. José, su hermana y su mujer el asunto, el fugitivo, cansado de esperar, había seguido el camino que vió tomar á D.ª Li-

berata, y se presentó de repente con mucha soltura á los ojos atónitos del trío.

Don José frunció sus cejas jupiterianas, y se levantó erguido, con su hombro izquierdo más remontado que nunca.

Pero el que se presentaba no era hombre á quien impusieran las cejas de D. José, puesto que si la impavidez y el *sans façon* francés se hubiesen unido, habrían engendrado al que se presentó á su vista. Habíase quitado el prófugo su feísima gorra, y levantado de sobre su frente, tersa y erguida, sus negros rizos; su boca sonreía, luciendo la bella dentadura que la adornaba, y dirigiéndose á su huésped, dijo con gran frescura:

—¿Usted es D. José Qué-se-yó-qué, hermano de esa señora Qué-se-yo-cuánto, á la que he dado, mal que me pese, un susto magno?

—Don José Mentor, servidor de usted—contestó D.ª Escolástica—: no ha oído á usted porque es un poco tardo...

—¿Mentor?—exclamó, soltando una carcajada el aparecido—: por consiguiente, ustedes serán los Calipsos de esta gruta, y yo vengo de molde para ser el Telémaco.

—¿Qué dice?—preguntó D. José á su mujer.

—Que se llama Telémaco—contestó ésta.

—No digo eso — repuso alzando la voz, y redoblando sus carcajadas el aparecido—;

me llamo Leopoldo Ardaz. ¡Ay!—añadió, golpeándose la frente—: lo primero que me encargó Ramón fué que ocultase mi nombre.

—No hay cuidado por eso—advirtió don José—, que lo que á usted ni á nadie pueda perjudicar no saldrá nunca de nuestros labios. ¡Mas que fuese usted Barrabás en propia persona! Además... yo no lo he oído.

La hermana, que se preciaba de oir mejor que su hermano, se acercó á su oído y le dijo sin gritar:

—Se llama *D. Deopolvo* Ardaz.

El huésped volvió á empezar á reirse, y como la risa se pega, sobre todo entre gentes sin hiel, uno después de otro se pusieron todos á reir.

—Pero, vamos al caso—dijo después de un rato D. José—; aunque usted perdone, ¿usted quién es, Sr. Ardaz? ¿Qué ha hecho, y por qué se esconde?

—¿Quién soy?—contestó éste—. Un hombre libre. ¿Qué he hecho? ¡Defender la libertad! ¿Por qué me escondo? Porque volvemos á los tiempos—y se puso á cantar—en que se asaban, cual salmonetes, la carne humana.

—¡Dios del cielo! ¡Un nacional de Madrid! —exclamó asustado D. José.

—¡Jesús, un tragalista! — murmuró temblando D.ª Escolástica.

—¡Madre mía, un bullanguero!—dijo con dolor D.ª Liberata.

—Vamos — dijo Leopoldo, que notó la impresión que había causado su terminante declaración—, conozco que deben ustedes estar en dudas sobre mi persona; pero voy á tranquilizar á ustedes. Denme avíos de escribir; escribiré á quien salga responsable de mí, y llevará usted la carta, Sr. Mentor.

— ¡Que lleve yo la carta á las diez de la noche, y quizás á los quintos infiernos! ¡En eso estaba yo pensando!—gruñía Don José, mientras estaba escribiendo su huésped.

Después de cerrar la esquela, preguntó éste á D. José:

—¿Usted conocerá al Gobernador?

—¿D. Juan de Soto? ¡Pues no le he de conocer!

—Vaya usted á su casa; pregunte por su ayudante Valverde, y entréguele en mano propia esta esquela.

—¡El ayudante del Gobernador!—exclamó D. José—. Este se quiere perder, y nos va á comprometer—pensó apurado; y añadió en voz recia—: Señor: es tarde.

—No le hace; vaya usted.

—Es que el castillo está cerrado.

—Haga usted que le abran.

—¡Cascabeles con el mocito éste, y cómo

sabe mandar! ¡Parece que en su vida ha hecho otra cosa!—gruñó D. José.

—Pepe—le dijo su hermana—: complácele; se conoce que es persona fina.

—Lo mismo me da á mí, si es delincuente, que sea fino ó que sea basto.

—Hombre, si se vale de ti, ¿le has de huir la cara?—le dijo su mujer—. Haz lo que te dice en caridad, que él sabrá lo que le conviene; ¡Es tan bonito!

—¡Pues mire qué recomendación para un consejo de guerra!... ¡Y si siquiera lo pidiese con buen modo!...—gruñó D. José, y salió arrastrando los pies, precedido de su hermana, que iba alumbrando con el velón.





CAPÍTULO III

UN SERVILÓN Y UN LIBERALITO

> Las plazas abundaban en legisladores de veinte años, que encontraban á Cristo demasiado viejo, y que deseaban suplirle abrogándose el cuidado de dirigir la humanidad.
>
> JULIO SANDEAU.

> No es el *tormento*, sino la *causa*, lo que constituye el martirio.
>
> SANTOS PADRES.

APENAS había transcurrido un cuarto de hora, cuando se oyeron pasos acelerados por la plaza de Armas, y entró la persona á quien iba dirigida la carta, que se precipitó hacia el recién venido, al que abrazó, exclamando:

—¡Leopoldo! ¡Leopoldo! ¡Tú aquí; tú, escondido! ¿Qué locura ó qué desgracia es ésta?

Doña Escolástica y D.ª Liberata se retiraron consideradamente, y se fueron con una luz á aguardar á su Pepe en la escalera.

Cuando estuvieron solos, hizo Leopoldo la siguiente relación á su amigo:

—Habiéndose unido mi regimiento á las tropas del Rey, tres oficiales, que éramos exaltados, desertamos. Pudimos llegar á Gibraltar, donde nos recibieron los ingleses como héroes, y nos embarcamos disfrazados, llevando pasaportes con nombres supuestos, y con algunos pasajeros de pésimas trazas, en un queche con destino á Cádiz; pero apresados por una lancha cañonera, fuimos traídos aquí. Como esto sucedió de noche, pude esconderme entre los dobleces de una vela que estaba arrollada en el camarote. Los demás fueron desembarcados, y yo permanecí todo el día en mi escondite; pero, llegada la noche, salí y me di á conocer á los dos marineros que habían quedado guardando la embarcación. Estos me depositaron sigilosamente en tierra, y atravesaba la plaza de la Pescadería cuando oí que desde la casilla del muelle me llamaban. Aunque era claro que esto sería para cerciorarse de que no llevaba contrabando, no creí prudente exponerme á ninguna clase de registro, y proseguí mi camino.

Entonces oí que salían á alcanzarme, y para que no lograsen su intento, puse mis piernas á todo vapor. No sabiendo dónde refugiarme, presentóse ante mí el torreón de ese castillo, con su abierta y alumbrada ventana, que parecía decirme:—Pase usted ade-

lante. — Sabes desde el colegio que soy buen gimnasta; trepando por los intersticios de los descarnados cantos, subí á la ventana, por la que entré, y me encontré frente á frente con una de las castellanas de este castillo, á la que aparecí, bajo la celada de mi yelmo (vulgo á la sombra de mi visera), algún Orlando furioso ó Barbarroja renegado... y... colorín colorado, cate usted mi cuento acabado.

—¿Y qué hacemos ahora? — exclamó Valverde apurado.

—Respirar para no ahogarnos — repuso Leopoldo con su imperturbable calma—. ¿Tan imbuído y contaminado estás con las ideas y máximas tiránicas de los que te rodean en la actualidad, que te parece ver colgado sobre mi cabeza, á guisa de espada de Damocles, un nudo corredizo?

—Desertar de sus banderas, ser cogido disfrazado y con pasaporte falso, al ir á entrar en una plaza sitiada, con todo el carácter de un espía...— exclamó con dolor su amigo—. ¡y te muestras tan impasible y tan sobre ti!

—¿Y qué quieres que haga?—repuso Leopoldo—; ¿que me eche de cabeza en lo patético? No; lo patético me es antipático (¡qué lindo esdrújulo!). El hombre debe ser franco y verdadero; el hombre noble y liberal nunca sale de su carácter, y si me condenasen, me verías ir al patíbulo cantando.

Leopoldo, que no tenía muy bonita voz, se puso á cantar:

Se levante Merino mil veces,
Se reúna la turba servil,
Me designen por víctima suya,
Me preparen mil muertes y mil...

—No temas á las mil muertes, ni á una tampoco—dijo sonriendo Valverde—; no se trata de eso. Se trata de que no se pueda sospechar en ti una acción vil; de que tu ilustre nombre no figure en los tribunales, y de que tu persona no sufra detenciones y disgustos. Debes, por ahora, quedar oculto.

—No tengo inconveniente, con tal que no sea por mucho tiempo—repuso Leopoldo—; porque este castillo, que chochea, y sus moradores, que le imitan, son capaces de convertirme en idiota en poco tiempo. Y si en breve no me procuras los medios de salir de aquí por la puerta, me saldré por la ventana por la que he entrado, aunque al bajar me encuentre á la derecha con los bigotes negros de tu Fierabrás Soto, y á la izquierda con los rubios del Duque de Angulema, esa sosa y ajada flor de lis.

—¡Cuánto confías—repuso Valverde—en tu buena estrella, en la amistad de tus amigos y en la falta de tiranía de la causa á la que gratuitamente se la atribuyes! Pero, en fin, vuestra insolencia misma y vuestra osa-

día hace nuestro elogio. No volveré cuanto deseo, por no despertar sospechas; pero trabajaré por sacarte de aquí con seguridad y honor. Prométeme tener entretanto paciencia y ser prudente.

—Procúrame ante todo mi equipaje, excelente Pílades; porque la ropa que tengo puesta me pesa y agobia como la concha de una tortuga. Además, quiero hacer la conquista de aquella torre matrona que se atreve á descollar entre las demás, y ver por ese medio de infundirle algunas ideas liberales sobre la igualdad.

Valverde le prometió lo que le pedía, y se fué después á recomendar á sus huéspedes el sigilo.

Mientras la conversación de los dos amigos, habían las hermanas preparado lo mejor posible la piececita que les servía de comedor; habían pedido al capellán un catre de tijera y cubiértolo con ropas no finas, pero blanquísimas y sahumadas con alhucema, y habían aprestado, con huevos frescos y con el gazpacho tan bruscamente interrumpido en su confección, una frugal cena á su huésped, el que se la engulló con un apetito propio de los veinte años, reforzado por un día de ayuno, y durmió como un bienaventurado.

—Don Leopoldo—, le dijo á la mañana si-

guiente D.ª Escolástica, que, á fuer de mujer, era curiosa, y á fuer de buena se interesaba por él—: ¿tiene usted madre?

Este contestó:

—Madre, padre, abuela, tías, tíos, hermanos, primos, cuñados y sobrinos, y cuidado —añadió vizqueando— que no caiga sobre usted un vizconde con toda su parentela.

—¿Y es su padre de usted de tropa?—tornó á preguntar D.ª Escolástica.

—Sí, es guardia de Corps del P. Quieto, por orden superior del general Gota.

—Pues si no tiene más pan y prest que los que le dé ese padre, tendrá su estómago que alistarse en la compañía de hambrientos —dijo, haciéndose gracioso contra la voluntad del que le crió, D. José.

—Tiene rentas propias, individuales é independientes, sin contar con la bolsa ajena, esto es, la paga del Gobierno, que sale de las contribuciones que aniquilan el país.

—Pero ¿qué es su mercé?—tornó á preguntar la curiosa.

—Su mercé no es mercé, que es señoría, y Conde y Marqués.

—¡Hola! ¡Marqués! ¡Sea para bien, y por muchos años!—dijo respetuosamente D.ª Escolástica, repitiendo recio la noticia á su marido y á su cuñada.

—También San Cayetano era hijo de tí-

tulo—dijo D.ª Liberata—del Conde Gaspar Tiene. Felicito á usted.

—¿Y eso qué significa para que me feliciten ustedes?—exclamó impaciente Leopoldo; y poniéndose de pie se puso á cantar gesticulando esta canción, en boga en aquella época:

Todo Conde ó Marqués nace hombre.

—¿Qué dice?—preguntó D. José al verlo tan enfuncionado.

—Que todo Conde ó Marqués nace hombre—contestó su mujer.

—Y qué, ¿había de nacer mujer?—repuso D. José.

Leopoldo entretanto había concluído la discreta copla y cantaba el estribillo ó coro:

¡A las armas corred, ciudadanos!
¡A lidiar, á morir ó vencer!

Don José entretanto movía impaciente su cabeza.

Leopoldo proseguía:

Guerra á muerte á la tiranía.

—¿Y quién es el tirano?—preguntó don José.

—Ese Nerón—contestó Leopoldo, señalando al mamarracho que figuraba la hermosa persona del Rey Fernando á caballo.

—Mocito—repuso D. José—: no hable usted así del Rey de España mientras humea aún en los campos y en las ciudades la sangre noble y leal de los que murieron por él; que eso saca los colores á la cara á todo español legítimo.

—¿Es usted por lo visto un servilón de siete suelas?—exclamó sofocado Leopoldo.

—¿Y usted, según parece, un liberalito á casquete quitado?—repuso D. José.

—Ser lo que soy lo tengo á mucha gloria, —dijo Leopoldo.

—Ser lo que soy lo tengo á mucha honra, —repuso D. José.

—¿Cómo tiene usted valor—, exclamó muy en sí Leopoldo—, de expresarse así en la presencia de un mártir de la santa libertad?

—Dice usted dos despropósitos, mocito.

—Y usted cada salomonada que asombra; es usted un badulaque, ó está loco.

—Estoy muy cuerdo, señorito. ¿Dónde ha visto usted canonizada esa *santa* y abogada de las bullangas? Santo quiere decir el que posee la santidad, el que es perfecto y libre de toda culpa, y sólo se dice de las cosas de Dios en español puro, ¿está usted? Tampoco es usted un mártir, pues dicen los Santos Padres que no constituye el martirio el tormento que se padece, sino la causa por lo cual se sufre, ¿está usted?

—A usted es preciso ó matarlo ó dejarlo —exclamó furioso Leopoldo—. Es usted —añadió saliéndose—un bolonio, un fanático, un preocupado, un... un... ostrogodo!

—¡Pues está bueno!—dijo D. José, cuando su contrincante hubo salido—. ¡Que me diga que soy un atrevido en decir que soy realista, cuando anda él escondido y huyendo por no serlo! ¿Habráse visto tal descaro!...? ¡Vaya con el mocito!

--¡Pobrecito!--dijo Doña Liberata--. Dejale, José, no le respondas; está caído, y á los caídos no se les canta el trágala como hacen ellos.

—¿Y yo se lo he cantado ni nada que se le parezca?—repuso D. José--. No he hecho más que responderle: que para decir mi parecer tengo boca como cualquier liberal, y voz, aunque no tan chillona como las suyas.

—José, ya ves,—opinó su mujer,—que como es hijo de Marqués...

—Y aunque sea hijo de Duque, ¿qué derecho tiene, me querrás decir, para decirme á mí badulaque, loco, bolonio y hasta ostrogodo?—repuso su marido.

—Oye, Pepe, y eso ¿qué quiere decir?

—Mira tú, que yo soy y no lo sé. Pero me hago cargo que querrá decir un hombre rudo, muy basto y muy templado á la antigua. ¡Puede echar plantas lo moderno!... ¡Cascabeles!

Leopoldo á los pocos días sintió un fastidio desmedido, como es de suponer. Su humor era tan malo y estaba tan propenso á la impaciencia, que sería largo el referir las escenas que tuvieron lugar entre él y los pacíficos habitantes del castillo, víctimas todos, ya de sus bromas, ya de sus arranques de impaciencia, ya de sus desdeñosos aires de superioridad, ya de sus travesuras.

Sin embargo, como Leopoldo, aunque tenía desparpajo, no tenía acritud; como, aunque era desvergonzado, no era acerbo; como desdeñaba y befaba sin *despreciar;* como sus pocos años, su viveza y su buen fondo, al través de la maleza que lo cubría, se patentizaban á cada instante, y como todos los que le rodeaban eran tan buenos, no sólo se interesaban por él, sino que le iban tomando sincero cariño. Y así, nunca estuvo un escondido más seguro que él entre aquellos contrarios á su opinión, á quienes cada día contradecía, atacaba, burlaba y escandalizaba descaradamente y con la más completa falta, no ya de delicadeza, sino de equidad.

Cuando D.ª Liberata le veía muy desesperado, le decía:

—Don Deopolvo: encomiéndese usted á San Cayetano, abogado de la Providencia. Sus devotos nunca llegan á ricos; pero nunca, nunca les falta la subsistencia. Hágale us-

ted una promesa, y verá usted cómo le saca con bien de este atajo.

—¡Vaya usted á freir monas!—contestaba con coraje Leopoldo—. Pues qué, ¿me cree usted algún *fanático supersticioso* como usted?

Leopoldo estaba entonces, por desgracia, imbuído en las acerbas máximas antirreligiosas que de la mano traía consigo el liberalismo, que, por ese instinto de verdad que hay en todo corazón recto, rechazaban las gentes religiosas, á las que tan ampliamente ha dado razón el tiempo.

Cuando entraban en la sala, solían siempre las hermanas hallar á su amado protector San Cayetano vuelto de cara á la pared.

—¿Lo ven ustedes?--les decía entonces Leopoldo, autor del trastorno—, el Santo les vuelve las espaldas. ¡Milagro! ¡milagro! Pronto un ex-voto, para conservar la memoria de que al Santo no le gusta que le muelan, como hacen ustedes, y no quiere pesados delante de sus ojos.

Un día, no sabiendo qué hacerse, se entró en el oratorio del Capellán, que estaba ausente. Era éste aficionado á la pintura, y tenía sobre el caballete un cuadro sin concluir que representaba á Santa Ana enseñando á leer á la Virgen. No bien lo hubo visto Leopoldo, cuando, sin pensarlo dos veces, cogió

un pincel con pintura negra, y trazó en las hojas del abierto libro que en sus manos tenía la Santa estas palabras: *Código de la Constitución*. Se salió muy serio silbando, y se subió á una de las torres, donde se echó de bruces sobre el pretil, y se puso á mirar á la bahía, sin acordarse más de lo que había hecho.

Cuando D. José con su mujer y su hermana se ponían á rezar por el Rey, como tenían de costumbre, interrumpía los rezos para decirles impaciente:

—¿Qué les importa á ustedes el Rey? ¡El Rey es un pecador como yo, y un zoquete, tan zoquete como los que rezan por él!

Las hermanas se ponían entonces las manos en la cabeza exclamando:

—¡Por Dios, por Dios, no diga usted eso ni en chanza, señor! que se debe dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César; esto dice el Evangelio.

Y D. José añadía:

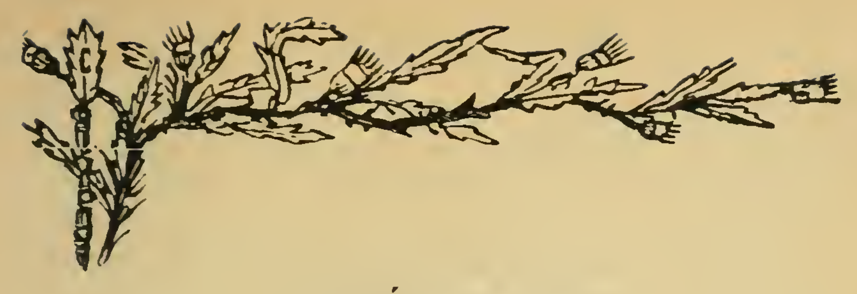
—Al Rey lo ha puesto Dios en el trono, y debemos acatarle, ¿está usted, mocito? Hemos de ser mandados, no hay tu tía; y para eso está ahí el Rey legítimo, que lo tiene de derecho, por herencia, y en la masa de la sangre. Y esto vale más que cien reyezuelos, á cuál más malo, á cuál más amigo de destruir, que están abriendo una puerta... ¡por la que se nos entrarán muchos males!

—En teniendo yo veinticinco años—respondía con coraje Leopoldo—, si hay entonces Constitución, he de procurar ser diputado á Cortes nada más que para meter el palo en candela y proponer que se les ponga una mordaza á usted y á otros malvados servilones como usted.

—No lo dudo; no dudo que si vuelven ustedes á sacar la cabeza así lo hagan—contestaba D. José—. Lo que tiene que á la Verdad no se la podrán ustedes poner, y cuando no hable por boca de los hombres, hablará por medio de los hechos. ¿Está usted, mocito?

—¡Cuándo saldré de este maldito castillo! —exclamaba Leopoldo tirando la silla—: ¡¡¡castillo de la tontería, digna morada de la vejez, cuartel general de ineptos, mansión del opio, fortaleza del *statu quo!!!*





CAPÍTULO IV

LA TERTULIA Á LA LUNA

> De la misma manera que excita el asombro el recio nadador que corta con fuerza y vence una corriente impetuosa, así también admira que haya imaginaciones bastante vigorosas para hallar inspiraciones poéticas al través de las tendencias y del espíritu del siglo actual.
>
> VELISLA.

A la caída de una tarde estaban lo shabitantes del castillo reunidos en la Plaza de Armas tomando el fresco. Ya el sol había hecho su última caricia á la alta torre que, más encumbrada que las demás, alza sobre todas sus almenas, las que parece haber levantado, como pirámides conmemoratorias, á cada siglo que cuenta y ha visto morir. La luna, que empezaba su lenta y silenciosa ascensión, las alumbraba triste y pálidamente, como si fuese un gran cirio que en sufragio de sus hijas hubiese encendido su padre el Tiempo. Las estrellas,

que están más altas que la luna, brillaban alegremente, cual si alcanzasen á ver á su Criador.

Los animales domésticos, moradores del castillo, no prorrumpían ya sino en aquellas voces lentas y arrulladoras, precursoras del sueño que anuncian, y que precede á su descanso, cuando, de repente, y como bajados del cielo, se oyeron unos sonidos encantadores. Al resonar aquellos suaves acentos en aquel callado y severo edificio, los ecos que se durmieron al extinguirse los últimos sonidos de las trompas y clarines guerreros despertaron dulcemente sorprendidos al oir las melodías de Rossini; si eran estos ecos moros, pudieron creerse muertos en los campos de batalla y resucitados entre huríes. Y no fueron ellos los solos agradablemente sorprendidos, sino todos los demás moradores del castillo. Los palomos posados sobre las almenas, torciendo en todas direcciones sus cabecitas, buscando con su serena mirada á su alado vate el ruiseñor. Los conejitos salieron de su confortable osario, se pusieron en dos pies lavándose sus caras con ambas manitas á compás. Los jilgueros y canarios se entusiasmaron, lanzando á deshoras sus más puros trinos y más sonoros gorjeos, como para formar el coro á aquellas encantadoras melodías. El gallo salió erguido

de debajo de su higuera, como Aquiles de debajo de su tienda, levantando tan bien y metódicamente sus patas, como si se lo hubiese enseñado un maestro de equitación; las gallinas, más prosaicas, fueron las que no se distrajeron de sus únicas ocupaciones, que son buscar con que llenar el buche y nido donde poner el huevo.

—¿Qué es esto?—dijo el ama del Capellán.

—Es—respondió D.ª Escolástica—D. Deopolvo...

— Dale con el Deopolvo — observó don José —; te he dicho que es Leopoldo, Leo-pol-do, ¿te enteras?

Doña Escolástica hizo una señal de asentimiento y continuó:

— Don Deopolvo, pues, recibió esta mañana su equipaje, que por fin pudo rescatar su amigo; en él venía su flauta, y se ha ido á tocarla á la torre: ¡y qué bien lo hace!

— ¡Qué primor! — añadió la sobrina del sacristán, que, no por ser sobrina, dejaba de poder ser tía —; ¡no parece sino que baja del cielo la música, como si fuera la de los ángeles.

— Oye, Pepe — preguntó D.ª Liberata, que medio se enteró — : ¿toca el *Santo Dios*?

— ¡No, qué! — respondió su hermano — ; toca cosa profana y alegre: ¡unas seguidillas ó cosa por el estilo, pero bonitas... bonitas!

— Preciosas — repuso con fe D.ª Liberata.

A poco sonó la Oración, y los vecinos del castillo se pusieron á saludar á la SEÑORA con el Angel, en seguida á rezar el Rosario.

Leopoldo no lo notó, y es probable que aunque lo hubiese notado no habría interrumpido su tocar. Y, no obstante, como todo lo que son cosas *sentidas* se armonizan unas con otras en el corazón, sin profanarse y sin despoetizarse, aquellas voces monótonas, que con respeto se alzaban, y aquellas dulces y sonoras melodías, que alegres bajaban, parecían responderse, como el pájaro enjaulado que no puede volar y la alegre alondra en altas esferas. Todas las cosas de este mundo tienen dos modos de mirarse: el uno con la helada mirada de la razón, que todo lo enfría y lo rebaja, como la luz de la bujía, y el otro con la ardiente y simpática mirada del corazón, que todo lo dora y vivifica como el sol de Dios. Esta vista del corazón se llama *Poesía*. ¡Felices aquellos que, teniéndola, la expresan en palabras armoniosas! ¡Y más felices aún los que la conservan y entretejen en la vida práctica, en la que se la cree inútil, y aun nociva, por los que no la comprenden, siendo un don del cielo!

Cuando concluyeron de rezar hacía rato que Leopoldo había dejado de tocar. Porque

Leopoldo, aunque amaba la música, si no con *pasión*, con *extremo*, como lo amaba y odiaba todo, no tenía paciencia para hacer mucho tiempo de seguido una misma cosa.

—Ya calló el canario sin jaula—dijo doña Escolástica—; ¿qué estará haciendo?

—Puede que haya mandado por almagra, como hizo el otro día, para echarla en mi tinaja—dijo la sobrina del sacristán.

—O por pimiento chile para untar los bordes de mi alcarraza, como hizo ayer, de manera que me abrasé los labios: ¿ve usted la pupa?—dijo D. José señalando su gran labio.

—¡Si esto no se puede tolerar!—dijo el sacristán.

—No lleva mala intención—repuso doña Escolástica.

—¡Cascabeles!—exclamó D. José—. ¡Con buena ó mala intención... á mí me dolió de lo lindo!

—¿Qué estará haciendo?—volvió á decir al cabo de un rato D.ª Escolástica.

—Ve á verlo, si tanto empeño tienes en averiguarlo—le respondió su marido.

Pero, ¡cuál sería el asombro de todos cuando vieron á su huésped elegantemente vestido de paisano, y puesto de punta en blanco, que, con un junquito en la mano, y silbando el *Himno de Riego*, atravesó la

Plaza de Armas, les hizo un saludo con la mano y se echó á la calle!

Fué tal el general asombro, que todos quedaron gran rato callados y con la boca abierta.

—Pues valía la pena—dijo al fin D. José— de romperse las uñas y exponerse á quebrarse la cabeza trepando por un muro, y entrarse por la ventana, para salirse con tanto descaro por la puerta.

—¡Quién vió otra!—opinó el sacristán—. Disfrazado se esconde ¡y con su ropa se deja ver tan cariparejo!

—¡Y cantando que iba el himno de Riego! —exclamó asustada D.ª Escolástica.

—¡Vaya por Dios!—dijo D.ª Liberata—: pues siempre que sale el cante del *niño de Diego* hay jarana.

—Te he dicho cien veces—le gritó su hermano— que no se dice el *niño de Diego*, sino el himno de Riego.

—Oye, José—preguntó ésta—: ¿qué es himno?

—Himno es—contestó su hermano—un canto en alabanza de Dios ó de sus Santos, ó bien entre los gentiles un poema para celebrar sus dioses ó sus héroes.

—Pues no le viene bien el nombre á ese cante—observó su hermana.

—Ya se ve que no—repuso D. José—. Pero

si han trabucado todos los nombres porque les ha dado la gana, ¿eso quién lo remedia?

—¡Si no fuera más que los nombres!... —suspiró el sacristán.

—Pues si le digo eso á ese mocito—prosiguió D. José—, me dice con el salero del mundo bolonio, badulaque y loco.

—Y *ostrobobo*—añadió su mujer.

—¡Pues eso es jarabe de pico! En el fondo es un infeliz; alegría... pocos años...—observó D.ª Liberata.

—Sí—dijo D. José— ; pero tiene una lengua muy larga.

—Como todos—repuso el sacristán.

—¿Si estará libre?—dijo la viuda.

—No; sino que al loco y al aire, darle calle—repuso D. José.

—¡Dios vaya con él y le libre de mal—dijo D.ª Liberata.

—¡Y á nosotros también!—repuso su hermano suspirando—. Pero este mocito no ha de parar hasta que nos atraiga una desazón; ¡ya lo verán ustedes!...

—Dios quiera que no hayan cerrado el castillo cuando vuelva—dijo D.ª Escolástica.

—A bien que se entrará por la ventana —repuso mal humorado su hermano—; ó puede que acabe la noche en la cárcel. Un hombre que estaba aquí como la propia rosa, ir tan impávido á meterse por los ojos, di-

ciendo: *¡aquí estoy yo!*... ¡Vamos, si es preciso que haya perdido los pocos sesos que tiene! Bien dice la copla:

> Un loquito del Hospicio
> Me dijo en una ocasión:
> «Ni son todos los que están,
> Ni están todos los que son.»





CAPÍTULO V

LA PERLA

> Angelitos de Dios, testiguitos del diablo.
>
> REFRÁN.

> La Fe es un vaso sagrado, en el que cada uno debe estar pronto á sacrificar sus sentimientos. su razón y su imaginación. Se puede disputar sobre el saber, porque éste se puede rectificar, extenderse; pero la Fe siempre es una.
>
> GOETHE.

LEOPOLDO paseó las calles del Puerto lo más tranquila y garbosamente del mundo. No era conocido en aquella población, y así confiaba en que iba muy bien disfrazado con su propia ropa.

Bajó toda la bien denominada calle Larga, á cuyo epíteto se puede sin lisonja añadir el de hermosa; anduvo por el espacioso paseo de la Victoria, y hallándolo muy solitario, se encaminó al Vergel, que es otro paseo más pequeño y más céntrico á la orilla del río, paseo que estaba lleno de gentes, y en el que

se entró nuestro héroe como Pedro por su casa.

No bien hubo dado una vuelta, cuando oyó una vocecita, aunque infantil, muy recia y sonora, que decía:

—¡Mamaíta, mamaíta! Ahí está Leopoldo Ardaz.

El nombrado hizo como si no hubiese oído aquella señal de reconocimiento, y apretó el paso; pero se encontró delante de sí colocada, á la manera que Alcibíades niño lo hizo para parar un carro, esto es, decidido á morir ó vencer, á una niña de seis á siete años, ataviada con lujo y primor, que le dijo con su agudo tiple:

—Ardaz, ¿por qué está usted vestido de paisano? El uniforme le sienta á usted mejor.

—Calla, calla, Margarita de mi alma (¡de mis pecados!)—añadió mentalmente el interpelado—; voy de prisa; tengo una cita con un amigo.

—¿Y no quiere usted ver á mamaíta? Allí está sentada en aquel poyo. ¡Venga usted, venga usted!

Y Margarita asió de la mano á Leopoldo, al que arrastró hacia uno de los asientos.

—¿Usted por acá, Ardaz?—exclamó sorprendida de verle una elegante señora.

—Sorpresa también, aunque más grata, me causa á mí, Condesa, el ver á usted en

este Vergel, cuya atmósfera asfixia, según lo cargadísima que está por la aglomeración de tantos hijos de San Luis.

—¿Quién son los hijos de San Luis, mamaíta?—preguntó la niña, que en toda conversación se entremetía.

—Son los franceses, mi corazón.

—¡Ay, cuántos hijos tuvo ese Santo!—dijo la niña—, ¡y qué guapos son! ¿No es verdad, Ardaz?

—¡Vaya!... ¿te gustan?—repuso con reprimido coraje Leopoldo—, ¡pues cómprales dulces, mi alma!

—¿Sabe usted lo que me ha dicho el sobrino del general Gundi?—prosiguió muy ancha la niña—, que Margarita quiere decir perla.

—Cosa digna de repetirse, hija mía.

—Y que soy yo la Perla de las Antillas.

—Hasta ahora lo había sido la Habana.

—No; ésa es demasiado grande para ser perla. Yo lo soy, ¿no es verdad, mamaíta?

—Sí, hija de mi vida; y la de más valor á mis ojos.

La Condesa de la Enramada era una habanera tan sencillamente fina como naturalmente amable, que no tenía más defecto para sus amigos que el de mimar de una manera exagerada é incómoda á su hija. Era esta señora tan esmerada y sibarita en sus refina-

mientos de lujo, que mandaba su ropa á lavarse á la Habana, por parecerle que no se lavaba bastante bien en España, que es el país de Europa en que la lava mejor (1). Había venido á la península á traer á un hijo suyo al colegio de Artillería; había después permanecido en Madrid, donde conoció á Leopoldo, y cuando, ahuyentada por las circunstancias políticas, salió de Madrid para regresar á la Habana, se halló á Cádiz sitiado, por lo que permanecía en el Puerto hasta que terminase el sitio.

—Pero... ¿cómo se halla usted aquí?—preguntó la Condesa á Leopoldo—. A juzgar por sus ideas belicosas, yo le hacía en Cádiz al pie de un cañón con la mecha encendida en la mano.

—No lo estoy—contestó Leopoldo—por haber sido apresada la embarcación que á Cádiz me conducía por una lancha cañonera, Cancerbero de la entrada de su bahía.

—¿Está usted, pues, preso?

—No, señora, que escapé. Estoy escondido.

La Condesa soltó una alegre carcajada.

---

(1) Cuéntase esto de la tan renombrada habanera la Condesa de Jaruco, cuya hija casó en la guerra de la Independencia con el General francés Conde de Merlín.

—Esto es—dijo—, que se hace usted la ilusión, cuando pasea por los paseos públicos, de llevar el sombrero de Merlín.

—No es eso, Condesa. Si me ve usted aquí es porque, confiado en que nadie me conoce en este campamento francés, he salido á dar una vuelta entre dos luces.

—Sí; la luz del sol y la de los reverberos, para disfrutar de ambas donde más resplandecen. ¿No ve usted, imprudente, que se expone?

—Ya me vuelvo á mi guarida, en la que no me hallarán ni me buscarán, porque es el puro inmaculado limbo del servilismo.

—Y ¿cuál es esa mansión, ese palomar en que albergan las palomas al halcón?—preguntó admirada é irreflexiblemente la Condesa.

—En el Castillo—contestó sin detenerse y con su acostumbrada imprevisión Leopoldo.

—Mamaíta, yo quiero ver ese castillo—dijo Margarita.

—Los oídos que á mis estúpidas lechuzas del castillo faltan, sobran á esta perla fina, que me viene de perlas para comprometerme,—pensó Leopoldo.

—Hija de mi vida, eso no puede ser,—contestó la madre á su hija.

—Llévеme usted, Ardaz—rogó la niña.

—No, hija mía, me guardaré de hacerlo. Ese castillo es el de *No volverás*. El que entra en él ¡ay! mal que me pese, no vuelve á salir. Además, hay un fiero dragón llamado D. José, que se traga á cuantas perlas se le presentan, incluso á la de las Antillas, esto es, la isla de Cuba, si se le pusiera por delante.

—Ese dragón será *yankee*,—dijo riendo la Condesa.

—Lo que puedo decir á ustedes sin mentir es que es feróstico, y tan gigante, que tiene un hombro en Flandes y otro en Aragón. Si no fuera por eso, con mil amores te llevaría, Margarita (donde no te diera el sol en tres meses)—añadió mentalmente Leopoldo.

La Condesa insistió en que Leopoldo se fuese, y éste, que ya estaba aburrido, se volvió poco después á su pacífica guarida.

Merced á la costumbre popular que existe, tanto en el campo como en las ciudades, entre los españoles, de dormir poco, sobre todo en verano, estaban todavía levantados sus huéspedes cuando llegó Leopoldo: D. José, para abrirle la puerta del castillo; D.ª Liberata, por si quería cenar ó se le ofrecía algo, y D.ª Escolástica para acompañar á los otros. Los tres demostraron la mayor alegría

de verle, y le dieron mil parabienes por su feliz regreso.

—¡Qué majaderías!—dijo Leopoldo que venía de mal talante—. ¡No están ustedes poco cansados y machacones en gracia de Dios! ¡No parece sino que, como Noé, he escapado de algún diluvio universal! ¡Podríase creer, al ver ese cuidado con que están ustedes por mí, que pesa sobre mi cabeza alguna carga de graves delitos! Si ustedes me siguen moliendo con sus advertencias y apremiando con sus consejos, tan fijo como dos y tres son cinco, que me presento á D. Juan de Soto ó al General Córdoba, y arda Troya.

Al oir esto, D. José, su mujer y su hermana, en fila y sin chistar, como mansos corderos, tomaron el camino de la puerta.

—No tengo sueño—añadió Leopoldo—, estoy aburrido, dado al demonio; ¿no tienen ustedes algún libro que leer, aunque sea el *Bertoldo*?

Salieron todos apresurados para complacer á su huésped, y la primera que volvió muy ufana y contenta fué D.ª Liberata.

—Aquí tiene usted—dijo presentando á su huésped unos libritos en rústica muy usados—: éste es la vida de la VIRGEN; nunca la leo sin llorar y morir de gozo; éstas lo son de Santos, y verá usted los milagros que ha obrado Dios por su mediación; no que ese

Martín Lutero no sanó ni un dolor de muelas.

Seguía sus pasos D. José, llevando en sus manos un librote panzudo en una encuadernación negra muy deteriorada.

—Bajo una mala capa hay un buen bebedor—dijo al presentársela con íntima satisfacción á Leopoldo, y abriendo el libro en el sitio donde había por señal una cuartilla de papel con palotes, provechos de su ex-escuela, se puso á leer con su gruesa y pastosa voz este trozo:

En este tiempo Francia corrompida,
La católica ley adulterando,
Negará la obediencia al Rey debida,
Las sacrílegas armas levantando;
Y con el cebo de la suelta vida
Cobrará la maldad fuerza, juntando
De gente infiel ejército formado
Contra la Iglesia y propio Rey jurado.

—No se canse usted más en leer esos malos versos, que serán de algún maestro de escuela bolonio, como usted, ó de algún fraile panzón y pendolista—dijo Leopoldo.

—¿Qué está usted diciendo, mocito!—exclamó D. José, y señalando con el dedo la portada, añadió—: son de un militar como usted; pero que tenía más seso, y por eso se ha granjeado fama y renombre.

Leopoldo leyó en la portada:

«La Araucana de Ercilla.»

—Déjeme usted de vejestorios—dijo rabioso á D. José—, que bastante tengo con usted, su mujer y su hermana.

—¡Pues mire usted que tras que le trae uno buenos libros!...—murmuró D. José, encaminándose arrastrando los pies hacia la puerta.

— Tome usted — añadió Leopoldo, corriendo á D.ª Liberata y entregándole sus tan queridas vidas de Santos—, tome usted... para hacer cartuchos.

—¡Ay qué irreverencia!—exclamó con dolor la buena y religiosa mujer.

—No es irreverencia, señora; es despreocupación—repuso Leopoldo.

—Mire usted, mocito—le dijo D. José—: que de la que usted llama despreocupación á la herejía y al apostatado hay camino; pero tenga presente que es pendiente y se anda muy pronto.

Diciendo esto, salió D. José seguido de su hermana.

—¡Y que no éntre la pesadez en la nomenclatura de las plagas del mundo!—exclamó al verlos salir Leopoldo.

No sabiendo qué hacerse, se sentó en su mesa y se puso á escribir á su amigo Ramón Ortiz.

Carta á Ramón Ortiz.

«¿Dónde discurres que se halla tu íntimo? Se halla hecho víctima del despotismo y de la tiranía en el Puerto de Santa María, que bien puede serlo de todos los diablos; escondido en un castillote el más desencantado del mundo, en un castillo de Chuchurumbel, en el que tontos son cuantos habitan en él.

»¿Te figuras á tu amigo el liberal, el ilustrado, el adorador de lo moderno y seide de la elegancia, encerrado en un cotarro vulgar, santurrón, servilón; con un capellán sin más luces que las de un cirio pascual, con un sacristán que tiene un apagador en la mano, otro sobre su intelecto y los ojos apagados; con dos viejas beatas, más feas que Barrabás, que quieren á la fuerza que rece el rosario con ellas como un santurrón, y haga una promesa á San Cayetano, santo de su devoción, y, por último, con un maestro de escuela que es en lo físico y en lo moral un borrico ¡en pie, sin que le falten las descomunales orejas propias de la especie? Me tiene este rinoceronte con sus subversivos axiomas monárquicos y teológicos tan frita la sangre, que se me van y vienen unos ímpetus feroces de ahogarle entre mis manos. ¡Sí, sí! Llegará el caso en que no pueda contener mi ira, y el día menos pensado se

quedarán extáticos los coquineros (1) y estupefactos los vandeanos de segunda edición, al ver en una de las torres litografiado á un maestro de escuela.

»Por fortuna tenía yo aquí á un padrino, que no te nombro, pues voy viendo que en los tiempos retrógrados que corren la prudencia se hace necesaria; y mientras sea necesaria la prudencia, que es un freno, que es una hipocresía, que es una contemplación del parecer ajeno, nada hemos adelantado en la luminosa senda de la libertad y de la independencia. Este padrino me ha prometido sacarme pronto de este centro de oscuridad; de este pantano de turbias, mansas y estancadas aguas; de esta jaula vetusta y ruinosa de lechuzas y pájaros bobos. Mi primer vuelo será el de las golondrinas, esto es, surcaré los mares para reunirme á los míos, á ustedes, queridos, para morir ó cantar, según las circunstancias.

»Esta noche, cansado de mi odiosa prisión y de mis insoportables carceleros, que á los demás tormentos que me causan, añaden, sin mi licencia, el quererme muchísimo,

---

(1) Ya hemos dicho en otro lugar que este nombre dan á los habitantes del Puerto de Santa María, por la gran abundancia de una almeja pequeña de aquel nombre que se vende por sus calles.

salí á dar una vuelta, y me encontré en el paseo á la..., ya iba á poner su nombre, sin acordarme de mi reciente alianza con la señora Prudencia, persona cuyo trato estirado me es antipático. La... me ha dicho que estás en Cádiz, y me ha ofrecido encargarse de esta carta y cuidar de que llegue á tus manos.

»Con ella estaba su insoportable apéndice, la niña Margarita, ese inoportuno *Métome en todo*, que con sus ojos de lince me reconoció á un cuarto de legua, y con su voz de silbato se puso á llamarme, comprometiendo mi incógnito, para participarme que los franceses la apellidaban *perla*, por llamarse Margarita. Las hijas de la primera pecadora del mundo no han degenerado nunca: sacan la vanidad y la presunción del seno de sus madres. ¡Qué crianza da su madre á esa niña! Asombra. ¡Qué niña! ¡Qué niña! ¡Quién pudiera disolver esta perla en vinagre, como lo hizo la hermosa Cleopatra con otra!»





CAPÍTULO VI

EL QUID PRO QUO

La buena fe es el primer distintivo del hombre honrado y el espontáneo brote de un corazón sano.

MÁXIMA.

El alma buena, llena de pureza,
juzga por bien lo que es indiferente,
y en el mal halla achaques de flaqueza.
Aquí tiene principio, de aquí nace
aquella santa y celestial simpleza
que á Dios tanto enamora y tanto place.

DIEGO MURILLO.



la mañana siguiente, muy temprano, recibió Leopoldo un billete sin firma, que le entregó un marinero. Leopoldo reconoció la letra, que era la de Valverde. Contenía estas palabras:

«Leopoldo: eres incorregible y has nacido para desesperar á tus amigos. Has tenido el atrevimiento de presentarte en un paseo público, de saludar y estar largo rato hablando con una señora muy conocida; su niña lo ha dicho y ha descubierto tu paradero: esta mañana vas á ser preso. Para evitarlo, vístete el traje de marinero que te lleva el dador, que

es hombre de toda mi confianza, y síguele. El cuidará igualmente de poner en salvo tu equipaje.»

Apenas concluyó Leopoldo de leer la esquela, cuando se puso á liar su equipaje, vistió el traje que le llevaban, escribió una esquela á D. José, que con su familia estaba en misa, en que le avisaba su marcha, se despedía y le rogaba comprase á su mujer y hermana una memoria con diez onzas que quedaban con la carta; en seguida añadió estos renglones á la carta de Ramón Ortiz:

«Estoy descubierto y es preciso huir. La niña Margarita, esa cotorrita habanera, esa sabonetilla de repetición, me ha vendido. No tengo tiempo para más. Ya te participaré los futuros destinos de tu amigo, el más perseguido y el más errante.»

En seguida cerró ambas cartas, y, con su acostumbrado atolondramiento, equivocó las direcciones, poniendo á la de D. José el sobre á Ramón Ortiz, y dirigiendo la que había escrito á Ramón Ortiz á D. José. Puso ésta con las diez onzas sobre la mesa de la sala, hecho lo cual siguió á su guía.

Media hora después volvían de misa los habitantes del partido.

—¿Y D. Leopoldo?—preguntó D. José, que fué el último que llegó.

—No se habrá levantado — contestó su mujer.

—Si no se hubiese acostado tan tarde... —gruñó D. José.

— ¡Pobrecito! déjale que duerma; que dormir mucho es propio de la poca edad — dijo D.ª Escolástica.

— Sí, sí, que duerma — opinó D.ª Liberata—; mientras duerme no se fastidia, ni se impacienta, ni peca.

— ¡Pobrecito, pobrecito!.. Están ustedes con el señorito que han de acabar por tocar rosarios en él. ¡Pobrecito! Pobre es el diablo que no ha de ver á Dios... Bien que con el camino que lleva, puede que á él le suceda lo propio — regruñó D. José.

—¡Pepe! No te conozco—observó su hermana—; esos son malos juicios; D. Leopoldo es un bendito, y sus cosas no son más que chamarasca.

— En nada lleva mala intención — añadió su mujer— , ni tiene hiel; y nos quiere bien.

Don José se había acercado á la mesa, y vió entonces la carta que sobre ella había colocado Leopoldo.

Una carta para D. José era cosa demasiado extraordinaria.

—¿Quién podrá escribirme?—pensó, sacando de su estuche de zapa negra sus espejuelos.

En este momento D.ª Liberata, que había ido al cuarto del huésped, entró con sus pasitos cortos y apresurados, diciendo azorada:

—¡Pepe!.. ¡Escolástica!.. No está en su cuarto; no está en su cama...; no está en parte alguna!

—¡Ay! ¡Qué habrá sido de él! — exclamó D.ª Escolástica cruzando las manos.

—¡Toma! Se habrá largado con viento fresco — dijo D. José — sin decir ni chuz ni muz y sin pedir parecer á nadie, de la misma manera que entró.

—¿Si será del pobrecito esa carta? Pepe, hermano, léela.

Mientras D. José se ponía sus grandes espejuelos, murmuraban su mujer y su hermana:

—¡San Rafael vaya con él! ¡San Cayetano lo proteja!

Don José abrió la carta y se puso á leer:

«¿Dónde discurres que se halla tu íntimo?»

—¿Mi íntimo? — dijo D. José —. ¿Dónde está esa intimidad? ¡Y me dice de tú! ¡Eso no está bien con un hombre de mis años!

—Eso es franqueza—dijo su mujer.

—¡Patrañas!—contestó el lector, que prosiguió:

«Se halla hecho una víctima del despotismo y de la tiranía...»

— ¡Las paparruchas de siempre! — gruñó D. José.

«de... de... de la tiranía en el Puerto de Santa María... que bien puede serlo de todos los diablos...»

—¡Buen principio de semana!—observó el lector.

«los diablos... escondido en un castillote el más desencantado del mundo.»

—¡Ya!—dijo D.ª Liberata—, desde la Bula de la Santa Cruzada...

Don José prosiguió sin detenerse:

«En el castillo de Chuchurumbel, en el que son tontos cuantos habitan en él.»

Don José paró su lectura, miró á su mujer y después á su hermana, que bajaron los ojos, y continuó:

«¡Te figuras á tu amigo el liberal, el ilustrado, el adorador de lo moderno y seide de la elegancia, encerrado en un cotarro vulgar, santurrón, servilón, con un capellán sin más luces que las de un cirio pascual!»

—¡Jesús, Jesús! ¡Vaya por Dios, vaya por Dios! — exclamaron á una voz D.ª Escolástica y D.ª Liberata.

Don José, después de escombrarse estrepitosamente y con coraje, prosiguió:

«Con un sacristán que tiene un apagador en la mano, otro sobre su intelecto y los ojos

apagados; con dos viejas beatas más feas que Barrabás...»

—¿Lo oyes, Liberata?

—¿El qué?—preguntó ésta que no había oído bien, á causa de que la recia y corajuda voz de D. José al leer los cumplidos dirigidos á su mujer y á su hermana, se había apagado.

—Que somos más feas que Barrabás—le gritó muy formal, pero sin incomodidad, su cuñada.

—¡Vaya, eso es ponderación!—opinó D.ª Liberata.

—¡El *pobrecito*... el *bendito*... ¡Cascabeles con el mocito!—dijo D. José que volvió á leer:

«*más feas que Barrabás; que quieren á la fuerza que rece el rosario con ellas como un santurrón y haga una promesa á San Cayetano, santo de su devoción*; *y*, *por último*, *con un maestro de escuela...»*

—Por lo visto—observó el lector—en el modo de pensar de este mocito sólo oran los *santurrones*. Pero vamos á ver—prosiguió, estirando bien la carta y acercándose á la ventana—: ahora la emprende el *angelito sin hiel* conmigo, y ahora viene el trueno gordo:

«*un... un... un... maestro de escuela que en lo físico y en lo moral parece un borrico en pie, sin que le falten las descomunales orejas propias de su especie.»*

—¿Qué t-a-l tal?—dijo el lector, cuyas mencionadas orejas se habían puesto del color de la grana, y cuyo labio inferior estaba más caído y saliente que nunca—. ¿Qué tal? ¿Qué decís ahora del *pobrecito*, del *bendito*? ¿Sabe insultar el nene? ¡Liberal, liberal de los exaltados; que para eso se pintan solos! ¡Y dejarnos esta sarta de desvergüenzas y oprobios por despedida, al largarse á la francesa! ¿Puede esto concebirse entre gentes blancas?

—Eso no está bien—dijo D.ª Liberata.

—Eso no es regular—añadió D.ª Escolástica.

Don José continuó leyendo:

«*Me tiene este rinoceronte con sus subversivos axiomas monárquicos y teológicos frita la sangre...*»

—¿Rinoceronte? Oye, Pepe, ¿y eso qué quiere decir?—preguntó su mujer.

—Quiere decir—contestó con despecho el interrogado — un animal, un animal disforme, primo, paisano y compadre del elefante.

—¡Qué cabeza de chorlito!—dijo D.ª Liberata.

—¡Qué cabeza de novillo de cuatro años—rectificó D. José furioso—, que con cada embestida tumba patas arriba al que entrecoge!

—Vamos, sigue, Pepe; veremos en qué viene á parar—pidió su mujer.

—¡Sigue!...—repuso éste—. ¡Como que es muy divertida la lectura y da un buen rato á cualquiera!

Don José volvió á ponerse con un gesto violento la carta ante la vista, y prosiguió:

«*Rinoceronte... la sangre, que se me van y vienen unos impulsos feroces de ahogarle entre mis manos...*»

Al llegar á este párrafo, la carta cayó de las manos de D. José, que palideció.

—¡Intenciones de asesino! ¡Animas benditas!... ¡Quién hubiera pensado que tales pensamientos abrigara al verle tan gentil y tan galán!—exclamó D.ª Escolástica.

—¡Gentil!... ya lo dijiste—repuso D. José—. ¡Un mal cristiano sin fe ni ley; un hombre á quien nada habíamos hecho sino bienes, que siente conatos de matar á uno, sólo porque oye de sus labios la palabra de Dios! Esto es una iniquidad, una ingratitud poco vista.

—No nos pese el poco bien que le hemos hecho, Pepe—dijo D.ª Liberata—. El bien agradecido es pagado por el que lo recibe; el bien no agradecido lo paga Dios; pues nada de lo que hagan los hombres, de bueno ni de malo, ha de quedar sin compensación.

—Si volviese haríamos por él lo que pudié-

semos, ¿no es verdad, José?—añadió D.ª Escolástica.

—Menos meterle en casa—repuso su marido—; que de los escarmentados nacen los avisados. Así me harán ustedes el favor, aunque se ahoguen de calor, de tener de noche la ventana de la cocina cerrada; no vuelva á entrarse ese mal alma la noche menos pensada; que ya sabe el camino.

—Pero ¿qué es lo que hay en este papel? —preguntó D.ª Liberata, que se había acercado á la mesa, y que, abriéndolo, vió aparecer á sus ojos las diez onzas que debían acompañar la carta escrita á D. José, y que había tomado el camino de Cádiz.

—¡Qué les parecen á ustedes los sesos á la jineta del mozo!—dijo D. José—. ¡Se deja olvidado su dinero! ¡Vamos!... ¡Si ese hombre no tiene atadero!

—¡Dios mío! ¡Y falta que le va á hacer al infeliz!—exclamó D.ª Liberata.

—Pepe: ¿no se le podría enviar?—preguntó su mujer.

—¿Y adónde se le dirige, mujer de Dios? —contestó impaciente su marido—. Nada, guardadlo; que cuidado tendrá él de reclamarlo.

—¿Y si no lo reclama?

—En pasando estos barullos se indagará dónde pára, y se le enviará.

—Pepe: ¿y si nos morimos?—dijo su hermana.

—Mujer: casualidad sería que de aquí á que las cosas se serenen muriésemos los tres. Pero, por si acaso, dame el papel y el tintero.

Don José escribió en una cuartilla de papel estas palabras: «Estas diez onzas de oro pertenecen á D. Leopoldo Ardaz, Teniente que era en el año de 1823 del Regimiento de Reales***, al que deberán ser entregadas.» Dobló el papel, lo lió con las diez onzas en un pliego con todo primor, le puso tres obleas cuadradas y escribió encima la palabra DEPÓSITO. Diólo á su mujer para que lo guardase en el arca de cedro en que se guardaban con reverencia las alhajas de la casa (incluso el consabido frac negro de D. José, y sus títulos y licencias para abrir escuela), y se preparaba á seguir la lectura de la carta, cuando se oyó un tropel por la escalera, y asomándose los tres á la pequeña antesala, vieron con asombro presentarse en la Plaza de Armas á un Coronel francés, que hacía de mayor de plaza, con algunos soldados y un intérprete.

El Coronel mandó poner un centinela á la subida de la escalera, y dijo en voz recia:

—Monsieur Josef Mentor, maître d'école.

Omitiremos pintar, porque el lector lo habrá comprendido ya, el susto y alarma que

se apoderó de aquellas buenas gentes, que habían pasado su tranquila vida en aquel castillo, verdadero paréntesis de piedra en la activa ciudad, tan olvidado, tan petrificado, tan extraño y tan inaccesible al bullir de mundo y al ruido de los acontecimientos, como lo está una roca en medio del mar al movimiento y estrépito de las olas que no la mueven ni impregnan.

—¿No os dije siempre que ese desatinado nos había de atraer algún pesar? — exclamó consternado D. José—. ¡Esto es salir de Herodes y entrar en Pilatos! ¡Cúmplase la voluntad de Dios! Servidor de Usía — añadió presentándose ante el Coronel y haciendo la cortesía más desgarbada que han visto ojos humanos.

—Usted tiene aquí escondido á un preso fugado—dijo el Coronel.

Don José contestó:

—Señor, aquí vino un sujeto que yo no conocía, y que por más señas se entró de noche por la ventana, y sin pedir mi venia. Buscaba amparo, y se lo di, que no creo yo que amparar al desvalido está prohibido, ni por las leyes divinas ni por las humanas. Así, pues, aquí ha estado, en mi casa; pero ya no está.

El Coronel mandó registrar el castillo, y no se encontró á nadie.

—Usted le ha hecho fugar — dijo el Coronel—. Así, pues, es usted cómplice.

—¿Cómplice? ¿De qué?—preguntó D. José.

—Usted le ayudaba en su intento; era un espía.

—Qué, señor, no puede ser; ni escribía ni veía á nadie.

—Pues él debía tener precisamente informes, y algún amigo que le ha avisado de haber sido reconocido anoche, y que le ha proporcionado los medios de fugarse.

—Eso no sé yo.

—Pero de cierto sabrá usted quién es ese amigo.

Don José calló un instante, en el que el miedo y su honrada veracidad sostuvieron un recio combate, y después contestó:

—Le conozco; pero aseguro, á fuer de hombre de bien, que sólo de vista.

—¿Y quién es?—preguntó el Coronel.

Don José pasó su dedo alrededor de su cuello, y respondió con decisión:

—Eso no lo digo ¡aunque pierda ésta!

Su mujer y su hermana se precipitaron hacia él acongojadas, como si viesen ya en peligro aquella cabeza tan querida.

—*Oh! le sot!*—exclamó el Coronel.

—¿Qué dice?—preguntó su hermana.

—Me dice sóo porque creerá que quiero huir —contestó su hermano—. No, señor—añadió

con creciente entereza—; no trato de huir: no puedo ya correr, ni quiero. Aquí estoy: Usía es el cuchillo y yo la carne; haga Usía lo que quiera de este infeliz, que en los años que tiene no ha tenido un sí ni un no con la justicia. Pero que por mi dicho se le siga perjuicio á nadie; que José Mentor sea un delator... ¡eso no! aunque me lo mandase el mismo Rey, que Dios guarde.

—Pues irá usted á la cárcel—dijo para intimidarle el Coronel.

—Iré—gritó en un arranque de desesperado valor D. José, señalando con el brazo heroicamente la escalera.

Su mujer y su hermana se abrazaron á él llorando amargamente.

—¿Le ha confiado á usted el fugitivo algunos papeles?—preguntó el Coronel.

—Ninguno.

—Que registren al señor—mandó el jefe.

Esta orden fué ejecutada al punto, y la carta de Leopoldo fué hallada en el bolsillo en que la había metido su dueño.

—¿Lo ve usted?—dijo el Coronel —. Esta carta es para usted, y debe ser de su preso.

—Verdad es—contestó D. José.

—Así, pues, usted me engañaba.

—¡Yo engañar! — exclamó ofendido don José—. No, señor; yo no engaño nunca. Esta carta es *mía*, escrita á mí, y no es ningún

papel que pertenezca al que se busca, ni menos es un depósito. ¿Usía me comprende?

Apenas empezó el Coronel á leer la carta, cuando, á pesar del carácter de Juez de que venía revestido, empezó á reirse tan irresistiblemente, que aquella escena de tribunal acabó en escena de sainete.

En esta carta aparecía la no complicidad de D. José tan patente, pintaba tan á las claras la situación, que el Coronel, al devolvérsela, le pidió excusas, le hizo un ligero saludo, y se retiró.

Apenas se hubo ido, cuando D. José, cogiendo con una de sus manos el brazo de su mujer, y con la otra el de su hermana, se las llevó, arrastrándolas precipitadamente á la sala.

—¿No han caído ustedes...?—les preguntó con toda la alegre animación de que era capaz su tranquila naturaleza.

Su mujer y su hermana le miraron atónitas diciendo:

—No. ¿Qué hay?

—Hay—contestó entusiasmado D. José—, hay que ese D. Leopoldo es un hombre bueno si los hay; prevenido, á pesar de sus pocos años; un hombre honrado, un amigo leal, y con muchísimo criterio, con un corazón bueno y noble—añadió enternecido, dándose una palmada en el pecho—. ¡Esta carta, esta

carta!—repitió, dando sobre el papel golpes con el reverso de su mano—; esta carta, que creíamos un insulto, esta carta nos ha salvado. Y, previendo lo que iba á suceder, la escribió sólo con este fin. ¿No lo estáis viendo claro como la luz del día?

—¡Verdad es! ¡Verdad es! — exclamaron gozosas y asombradas las cuñadas.

—¡Mira si discurrió el pobrecito!—añadió D.ª Liberata—. ¿No decía yo que nos quería bien?

—¡Si tenía muy buenas entrañas, hijo mío, y las luces muy espabiladas...!—dijo D.ª Escolástica.

—Cuidado—previno D. José—que aunque tengáis frío, dejéis todas las noches la ventana de la cocina abierta.

—Y una mariposa para que se distinga bien en la obscuridad—añadió su mujer.

—El Faro de San Sebastián (1) —dijo con una especie de asomo de bosquejo de sonrisa el grave D. José.

—¡No—observó su hermana, el de San Cayetano, abogado de la Providencia!

---

(1) Así se denomina el Faro de Cádiz.



CAPÍTULO VII

EL ECO

> Eco, hija del Aire y de la Tierra, amó á Narciso; mas viéndose desdeñada por ese amante de sí mismo, se retiró á las cuevas, los montes y los bosques, en los que la consumió su dolor, no quedando de ella sino la voz.
>
> MITOLOGÍA.

MERCED á su disfraz, había llegado Leopoldo á Cádiz embarcado en el falucho que llevaba las frutas y legumbres al Rey, en vista de que la casualidad suele mimar á los que en ella confían, así como la prudencia suele desamparar cabalmente á sus más fervientes subordinados.

Una vez en Cádiz, Leopoldo se halló en su centro, rodeado de amigos y camaradas, y en sus glorias, por haber salido del espantoso centro del servilismo, proponiéndose persuadir al Duque que lo demoliese, lo que contribuiría á modernizar el Puerto. Pero el día menos pensado exclamó:

—¡Pues para tan poco tiempo no fuera Príncipe yo! — cuando se halló al Rey en su Trono absoluto, y á sí mismo *indefinido*.

Leopoldo hizo varias exclamaciones corajudas, ensartó una docena de maldiciones contra los *servitas* y los esbirros de la Santa Alianza, y se puso á tocar la flauta.

Había llegado á Cádiz la Condesa de la Enramada con su inseparable Margarita. Cuando fué Leopoldo á verla, miró de una manera feroz á la niña, que en cambio le dijo con su nunca atajada franqueza:

—¡Ay, Ardaz, en todas partes está usted! Yo pensaba que se hallaba usted para siempre en el castillo de *No volverás*.

— Aquí estoy para servirte, hijita mía — contestó Leopoldo—. Te lo digo porque no me importa que lo repitas. ¿Sabes, señorita Eco?

—¿Eco? ¿Qué es Eco, Ardaz?

—La primera parte de una virtud muy apreciable, y que yo deseara que gastases en tus palabras, perlita Eco.

—¡Mamaíta: que Ardaz me dice señorita Eco!

—Es un nombre muy bonito, mi corazón —repuso su madre.

—¡Pues no quiero, no quiero, no quiero! —repitió la niña alzando gradualmente la voz—. Me llamo Margarita, que quiere decir perla.

—Eco—dijo con los labios sin que se oyese Ardaz, que era poco menos niño que su interlocutora.

—Mamaíta—dijo ésta desesperada—: prohiba usted á Ardaz que me diga Eco. Me llamo Margarita, que quiere decir perla.

—Perlesía — enmendó entre dientes Leopoldo.

—Hablando de eco, Ardaz: ¿ha oído usted hablar de uno muy famoso que suena en los fosos de Puerta de Tierra?—dijo la Condesa.

—Es la primera noticia que tengo — respondió el interrogado.

—¿Qué es eco?—preguntó la niña dirigiéndose á Ardaz, en vista de que su madre se acababa de levantar para recibir á unas amigas suyas que entraron.

—Ese eco es—le contestó Leopoldo — una ninfa muy amiga de repetir cuanto oye, á quien, para castigarla, ha preso en los fosos de Puerta de Tierra D. Fulano Hércules, que fundó esta ciudad. Ya lo sabes: escarmienta.

—¿Y qué son fosos, Ardaz?

—Zanjas.

—¿Y qué son zanjas?

—Hoyas.

—¿Para guisar?

—Sí, al eco; que cuando hierve, suena muy bien.

—¿Quién?—dijo la Condesa dirigiéndose

de nuevo á Leopoldo—. No puede oirse cosa más linda que el sonido de una flauta en aquellos parajes. Ardaz: usted que toca tan bien ese instrumento, ¿podría proporcionarnos el buen rato de oirle allí? Estas amigas mías lo desean tan vivamente como yo.

—Con el mayor placer, Condesa—contestó Leopoldo.

—Quedamos, pues, convenidos y aplazados para mañana á las dos de la tarde — dijo alegremente la Condesa.

—Yo también quiero ir—exclamó Margarita.

Leopoldo, que como hemos dicho, era poco menos niño que ella, estuvo para decirle: Si tú vas, no voy yo.

Al día siguiente fueron todos puntuales á la cita, y se pusieron en camino, subiendo á la muralla por disfrutar de mejor vista y mejor piso.

—¿Dónde lleva usted la flauta?—preguntó Margarita á Leopoldo.

—En la petaca—contestó éste.

—¡Ay, qué chica es! A verla.

—No puede ser: en la muralla están prohibidas las armas.

—¿Pues qué, es un arma?

—Sí... en caso de guerra sirve de pistola.

—Eso no es verdad...

—Qué fina eres, *perla* no oriental.

—¡Mamaíta: Ardaz no me quiere enseñar la flauta!

—En los fosos la verás, vida mía —le respondió su madre.

No habían andado diez minutos cuando dijo la niña.

—Mamaíta: tengo sed.

—Hija: ¿qué te ha producido esa sed? ¿Te sientes indispuesta, mi corazón?

—No, sino que tengo mucha sed.

—Ardaz: allí veo á un rosquetero con vasos de agua: si tuviese usted la bondad de llamarle.

—Con mucho gusto, señora.

Y Leopoldo echó á correr, renegando enérgicamente de la niña.

No habían llegado á la mitad de la muralla cuando dijo la niña:

—¡Mamaíta, estoy cansada!

—¡Pobrecita mía!—repuso su madre compadecida—. Sentémonos un poco en este pretil para que descanses.

—El diván de los pordioseros—pensó desesperado Leopoldo—. ¡Dios sabe si habrán dejado en él reminiscencias animadas!

A poco, con la instabilidad de los niños, Margarita se levantó, atravesó la muralla, y se fué al lado opuesto que domina la bahía, mas siendo muy alto el parapeto, se puso á gritar:

—Ardaz, Ardaz: aúpeme usted, que quiero ver los barcos.

Lepoldo hizo como si no lo oyese.

—Ardaz: ¡cuánto agradecería á usted—dijo la Condesa—que alzase un instante á la niña! La pobrecita mía no alcanza á ver los barcos.

—Con mil amores, Condesa.

—Vamos, ¡esto es insoportable!—iba murmurando Leopoldo al atravesar la muralla—. ¡Vaya con la zangoncita de la niña, que es preciso levantar en peso como si tuviese dos años!

—Oye, niña—le dijo alzándola del suelo lo suficiente para que su cabeza sobresaliese del parapeto, de manera que la niña apoyó en él sus manos y su barba—; oye, niña: ¿tú no vas á la amiga?

—¿Y usted no va al colegio? Pues yo he visto en el de Artillería en que está mi hermano, unos colegiales más altos que usted.

Un segundo después dijo Leopoldo:

—Ya puedes haber contado los barcos, los faluchos y hasta las lanchas de la bahía—y soltando de repente á la niña, que tenía apoyada su barba en la piedra tosca del parapeto, se la desolló al caer, y prorrumpió en los más lastimeros ayes y quejidos.

¡Ahí fué ella!.... La Condesa temblaba convulsa, sus amigas estaban á cuál más azoradas y compadecidas. Lo que es Leopoldo,

causante del mal, hacía el papel más desairado; sus muestras de interés eran rechazadas por la paciente con imponente rencor, á punto de coger y arrojar por encima del parapeto un pañuelo de holán que Leopoldo le presentaba, para estancar una mostacilla encarnada que se había asomado á la rozadura.

Fué preciso bajar de la muralla é ir á una botica, donde se aplicó á la lánguida doliente sobre su desolladura un papelito de estraza humedecido con agua y sal, y á instancias de la misma, que ardía en curiosidad de oir el eco que cantaba al hervir en una olla, volvieron á emprender su caminata á los fosos de Puerta de Tierra.

Llegaron y salvaron la puerta de la ciudad, puerta fuerte, colosal, revestida de su armadura de baluartes y parapetos, armada de punta en blanco, que con su puente levadizo parece extender una mano amiga al que acoge, ó levantarlo como un puño amenazador contra el que, como conquistador, quisiese penetrar en el recinto que guarda, y que es el nunca profanado asilo del españolismo, pues aquella puerta nunca se abrió sino á la voz de ¡VIVA ESPAÑA!; aquel eco nunca repitió con su dulce acento sino ¡VIVA ESPAÑA!

Mientras nos hemos entretenido en considerar la puerta, habían bajado la Condesa y

los que la acompañaban á los fosos; á Margarita se le había caído el papel de estraza sin sentir, aguardando con la boca abierta el ver salir una flauta de una petaca, y Leopoldo se había puesto á tocar.

Hallábanse todos embebidos en el efecto encantador que producían los sonidos de la flauta, tan distinta como suavemente repetidos por el eco, y embalsamados por aquellas melodías aéreas que se cernían entre murallas, fosos y baluartes como rayos de sol que hubiesen bajado á brillar y reir en un calabozo, cuando, sin haberlos notado venir, se hallaron á su lado el Capitán francés que estaba de guardia en la Puerta de Tierra, acompañado de dos amigos, que habían sido atraídos por la magia de aquellas melodías gemelas.

Leopoldo que, como hemos dicho siempre, se dejaba llevar por su primer movimiento, derecho, pronto y sin detenerse, como salen las muñecas de muelle de las cajas en que están encerradas; Leopoldo, que sentía un odio tremebundo, que había de durar dos meses, hacia los franceses, no bien los vió, cuando, apartando la flauta de sus labios, la desmontó y guardó en el bolsillo.

—¡Ay!—dijo Margarita—, Ardaz no quiere tocar más porque han venido aquí esos oficiales.

—Espero que no será así—dijo el Capitán saludando á las señoras—; y como hemos bajado aquí atraídos por el dúo encantador que ejecuta el señor con el eco, el suspenderlo sería una desatención que no merece nuestro deseo de oirle, puesto que nada tiene que no sea lisonjero para ese caballero.

—Llamad como gustéis á mi negativa—dijo Leopoldo—; pero no toco más.

—Caballero—repuso el francés—: una desatención confesada es un insulto. ¿Debo interpretarlo así?

—*Ad libitum*—respondió con su usual frescura Leopoldo.

Las señoras, á quienes la sorpresa había dejado paradas hasta entonces, intervinieron, pero era tarde. Sus reflexiones y sus persuasiones se estrellaron contra el *ultimatum* del ofendido Capitán.

—El señor me ha insultado, y sólo tocando podrá darme la satisfacción que me debe. Si no me otorga ésta, pediré otra que no se niega.

Leopoldo por su lado respondía á los agentes de la conferencia con el más perentorio:

—No toco; pero me hallo muy dispuesto á complacer al señor en su segunda exigencia.

Por más que la Condesa les hizo presente que un desafío en las circunstancias de en-

tonces tendría para ambos contrincantes los más funestos resultados y les proporcionaría los más trascendentales compromisos, ninguno cedía. ¡Cómo habían de ceder, si creían ambos, con mucha formalidad, que en aquellas insignificantes quisquillas estaba comprometido nada menos que... su honor!!! Nosotros los hombres nos burlamos del sexo bello; pero, confesemos *internos*, que á veces debemos los del sexo feo parecer muy ridículos al bello, en particular cuando nos metemos á confeccionar códigos, que es nuestra parte flaca.

Entonces las señoras acudieron á las súplicas y á las lágrimas. El francés se mantuvo inmutable como el destino, impasible como una de las pirámides de Egipto, que son una de las maravillas del mundo. Pero Leopoldo, que, á pesar de sus ligeros cascos, era un caballero, sintió haber, y sobre todo en presencia de señoras, dado lugar á aquella escena tragiridícula. Considerando esto, sacó su flauta con mucha cachaza, y dirigiéndose á las señoras:

—Conozco que he sido un imprudente, que he faltado á los miramientos debidos á señoras; pero es de cuerdos reconocer su error, y de prudentes enmendar su yerro. Voy á complacer, no á los señores, sino á ustedes, á las que debo esta reparación.

Leopoldo tocó algunos compases, guardó su flauta, y se retiraron.

Las señoras iban tan satisfechas y tan agradecidas á la prueba de consideración que les había dado Leopoldo, que no sabían cómo demostrárselo y encomiar su fineza, su buen trato y su prudencia. Las pobres señoras no habían notado que al pasar cerca del Capitán le había Leopoldo entregado su tarjeta, en señal de que volverían á verse, y que, por consiguiente, estaba muy lejos de merecer los justos y sensatos elogios que admitía el hipócrita con una modestia admirable.

Había Leopoldo entregado su tarjeta, porque decía de buena fe, segun el *código de honor* de los espadachines, que en este lance estaba su *honor* comprometido. ¡Hasta este punto han llegado los varones con barba y sin ella á tergiversar el sentido de la palabra *honor*, que genuinamente significa gloria ó buena reputación, que sigue á la *virtud*, al *mérito* y á las *acciones heroicas*, haciendo como ciertos salvajes, que llaman *dioses* á unos ídolos que ellos mismos confeccionan, á los ojos de los cuales creen hacer una obra meritoria inmolando víctimas humanas, y rociando sus aras con sangre! Pues ¿qué es un llamado *lance de honor* sino un asesinato premeditado?

Así sucedió, que á la mañana siguiente, á

las cinco, estaba Leopoldo con sus padrinos y el Capitán con los suyos en Puntales, el uno frente al otro con una pistola en la mano.

La suerte había decidido que al marchar el uno sobre el otro fuese el Capitán el que tirase primero, y así sucedió. Pero Leopoldo tenía razón en confiar en su buena estrella, que no le desamparó. La bala francesa pasó rozando por su hombro, y fué á herir mortalmente á una inocente retama.

Ambos desafiados siguieron avanzando.

—¿Qué vas á hacer?—gritó á Leopoldo su padrino Ramón Ortiz.

—A matarle—contestó Leopoldo con su inalterable sonido de voz—, ó á perdonarle la vida bajo una condición.

Los desafiados se pararon y quedaron inmóviles en su misma posición.

—¿Y cuál es esa condición?—preguntaron los franceses.

—Esta condición es—contestó Leopoldo—que cante el señor una canción.

—¡Cantar!... ¡En estas circunstancias!—exclamaron.

—No hay más: cantar ó morir—repuso Leopoldo—. El señor me forzó á tocar sin ganas; yo le obligo á mi vez á cantar sin ellas. Sólo así quedamos pagados: es el finiquito de nuestras cuentas. Ya veis que no abuso de mi ventaja, cuando sólo pido la aplicación del Talión.

El Capitán se negó; Leopoldo insistió.

Era de ver la inmovilidad de aquellos dos hombres, impávidos ambos; el uno cerca de recibir la muerte, el otro próximo á darla, por una canción, por unos sonidos de flauta, por una de esas fruslerías, ¡dignas bases de los insensatos lances de honor! Era de ver, repetimos, esa inmovilidad, que contrastaba con la activa intervención de los testigos, que iban, venían y se afanaban sin resultado.

Mas al fin, viendo que Leopoldo estaba resuelto á no ceder; conociendo que el tiro de su pistola á la distancia en que se hallaban, no podía marrar; empezó á vacilar el Capitán, porque el valor que no se apoya en una buena causa y que no es sostenido por la conciencia es bravata, y decae cuando no logra su objeto. Se penetró, por último, del argumento que uno de los testigos le hizo, y fué que si su Enrique IV había dicho que bien valía París una misa, y la oyó, aunque era entonces protestante, podía él decir, sin rebajarse, que bien valía su vida una canción. El Capitán, pues, apretó los dientes, y cantó con una voz poco armoniosa este estribillo (*refrain)* de una canción de su romancero en boga, Béranger:

«Reviens ma voix faible, mais douce et pure
»Il est encore des beaux jours á chanter.»

Leopoldo y sus testigos, mudos é impasibles, saludaron y se retiraron. El lance costó al Capitán dos sangrías y quinientas sanguijuelas (sistema Brousais).

Por más que se esmeraron los actores de este acontecimiento en callarlo, empezó á cundir, esparcido por conductos invisibles, impalpables y desconocidos, como suele acontecer con todas las cosas que se quieren tener secretas; como si la Justicia divina anticipase premios y castigos, desvaneciendo con su soplo el velo con que piensan los hombres cubrir sus maldades, pues ciertamente en esta inconcecible publicidad hay algo de providencial.

Pocos días después, estando Leopoldo en casa de la Condesa de la Enramada, y hallándose la sala llena de gentes, un caballero, ignorante del todo de las personas que habían figurado en el lance, lo refirió desde su principio hasta su fin con todos sus pormenores.

La Condesa, que ignoraba el desenlace, palideció y miró á Leopoldo, que estaba tan sereno é impasible como si se estuviese refiriendo un hecho del tiempo de los moros.

—¿Y no se ha podido averiguar quiénes han sido los autores del lance?—preguntó al narrador uno de los concurrentes.

—Nada, absolutamente —contestó éste—.

Y es una suerte, porque las autoridades están furiosas, y dicen que es necesario un escarmiento y una enérgica represión, para evitar en las delicadas circunstancias actuales que estos lances se repitan.

—Pues yo sé quiénes son—dijo Margarita.

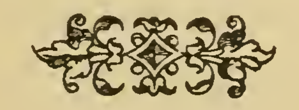
—¡Niña!—gritó en la mayor angustia su madre, cogiéndola por un brazo.

—Sí que lo sé—gritó contrariada la niña—. El que tocó la flauta fué Ardaz, y el francés que le quería oir era el que estaba de guardia en la Puerta de Tierra (1).

A la madrugada siguiente, Ardaz, de nuevo fugitivo por causa de la niña Margarita, se embarcaba en un vapor inglés, maldiciendo á todas las niñas mal criadas, mimadas, entremetidas y parlanchinas.

---

(1) El lance referido nos ha sido comunicado por personas fidedignas que en aquella época se hallaban en Cádiz.





CAPÍTULO VIII

SAN CAYETANO

El tránsito de la Iglesia á una secta se hace generalmente por el camino de los vicios, y el de una secta á la Iglesia, *siempre* por el de las virtudes.

FITZ WILLIAMS.

Una pobre mujer es la que me ha enseñado ó ilustrado sobre las vías de la Providencia. Ella había puesto en Dios la misma confianza y esperanza que yo había puesto en los hombres; y nunca he visto un ánimo más sereno en una situación más desgraciada.

BERNARDINO DE SAINT-PIERRE.

PARA volver á hallar á las personas que han actuado en nuestra relación, en circunstancias que tengan analogía con las anteriores, tenemos que salvar diez y ocho años, los cuales, vistos de frente, parecen un siglo, y vistos de espaldas parecen un átomo. Totalmente se transforma el Tiempo, ese Rey coronado de las canas que platea, ese Padre de la experiencia y de la ciencia,

ese campeón despacioso de la verdad, ese viejo ligero con dos alas, que le sirven, según dice Julio Sandeau, la una para borrar nuestras alegrías, la otra para enjugar nuestras lágrimas.

Mas este viejo, que tantas sepulturas abre, había en el transcurrido espacio abierto la de uno de los que hemos visto en los anteriores capítulos, ¡y era D. José! Había acaecido su muerte de la manera siguiente:

Una noche, después de haber rezado, se acostó D. José en perfecta salud al lado de su buena compañera: á la mañana siguiente llamó ésta á su cuñada D.ª Liberata, acudió, y...

— Hermana — le dijo —: mira que me parece que Pepe se ha muerto.

—¡Qué! ¡No; no puede ser!..—repuso ésta acercándose á su hermano ya cadáver—. ¡Pepe, Pepe!—llamó; pero viendo que no respondía, se puso á tentarle la frente y el pulso, hecho lo cual, volviéndose á su cuñada, le dijo:

— Mujer, creo que tienes razón... ¡muerto está!

— Nos cogió la delantera — dijo su mujer.

— Ayer me dijo: allí te espero — añadió D.ª Liberata—. Pero se ha ido sin los Santos Sacramentos, Escolástica.

— Ayer confesó y comulgó — repuso su

mujer—. ¿Si le daría el corazón que se iba á morir?

—Se lo diría al oído el ángel de su guarda—dijo D.ª Liberata—. Vamos, hermana, á encomendar su alma á Dios, que es lo que nos queda.

Y ambas cayeron de rodillas, y se pusieron á rezar con voz tranquila y espíritu recogido y fervoroso, pero sereno.

¡Oh, almas de Dios! sencillas, mansas, tranquilas y conformes. ¡Almas mil veces bienaventuradas! ¡Qué lecciones dais á las almas mundanales, inquietas, apuradas, extremosas, que refinan y alambican el dolor, gastando su buena savia en hojarasca!

Con la muerte de D. José cesaron el vitalicio y los demás mezquinos recursos de la familia, y, por último, la pobre D.ª Liberata perdió tanto la vista, que sólo podía dedicarse á hacer calceta, triste y postrer recurso de las pobres mujeres hacendosas. Los telares de medias deberían prohibirse en caridad de Dios. La miseria, pues, había invadido aquel interior, antes tan feliz; pero no embozada, sino en esqueleto, sin un girón que la cubriese, con las manos vacías y la boca hambrienta, acompañada de la vejez, á la que tanto abruma, ¡pero que tanto resiste! Bien podía esta doble tremenda visión, la vejez inerte y desvalida y la miseria sin le-

nitivo ni esperanza, asombrar á cuantos se le presentasen; pero no así á aquellas hermanas, Á AQUELLAS ALMAS DE Dios que no las veían, interpuesta como estaba entre ellas y los ojos de éstas la imagen de San Cayetano, abogado de la Providencia, con sus planes de ley, símbolo y atributo de almas puras.

Sin embargo, había dos días que no comían; dos días que D.ª Liberata estaba enferma y postrada en su lecho. ¿Olvidábalas el Santo?

— Liberata — dijo D.ª Escolástica—, dos días hay que no has probado alimento. Voy al cuarto del Padre Capellán á pedirle una taza de caldo.

—No, no —repuso ésta—; acaba de pagar por nosotras la casa; nos dió un socorro la semana pasada; su mercé no está muy sobrado; no se debe abusar.

—Pero mujer... ¿te dejo morir?

— No cuides tú de eso; el que esto no suceda está al cargo del Santo bendito—dijo la buena anciana alzando sus amortiguados ojos hacia el cuadro de San Cayetano.

— ¡Ay, hermana! — repuso D.ª Escolástica —, ¡ya me voy temiendo que nos ha olvidado!

—¡Qué disparate, Escolástica! Lo que hace es probar nuestra fe.

— Dos días hay que no comemos, y mañana...

— Dios proveerá, Escolástica.

— Así, hermana, dejémonos de cuidados y angustias y vamos á rezar.

— Vamos — respondió su hermana, y dirigiéndose á su cuadro tan querido del santo abogado de la Providencia — : ¡Ampáranos —oró mentalmente—: no te lo pido por mí, sino por aquella pobrecita que está en la cama, que no ha tomado en tanto tiempo ni una cucharada de caldo!

— ¡Santo mío! — invocaba á su vez con el corazón la pobre enferma — : intercede por nosotras con Dios para que nos socorra; no lo pido por mí, sino por la pobre Escolástica, que tanto siente no poder asistirme!

Apenas habían rezado diez minutos, cuando D.ª Escolástica calló. En aquella silenciosa Plaza de Armas sonaban voces y tropel.

—¿Qué podrá ser esto?—dijo D.ª Escolástica, saliendo de la alcoba en que dormían ahora ambas hermanas; y, asomándose á la puerta, notó en la Plaza de Armas cantidad de gentes, aumentándose su sorpresa al ver destacarse de aquel grupo á un caballero cuyo traje de General estaba cubierto de bandas y cruces, que, llevando del brazo á una hermosa joven, se dirigía hacia ella.

—Estos señores—pensó D.ª Escolástica—vienen á ver el castillo.

—Señor—dijo al General que en este momento llegaba á la sala—: esta casa está toda á la disposición de V. E. Pero, señor, en esta alcoba hay una persona enferma.

—¿Quién es la persona enferma?—preguntó el General.

Esta pregunta, que hubiera causado sorpresa á cualquiera otra, no se la causó á D.ª Escolástica, que contestó sencillamente:

—Mi cuñada Liberata.

—Doctor—dijo el General, llamando á uno de los señores que habían quedado en la Plaza de Armas—, hacedme el favor de examinar á la enferma que se halla en esta alcoba.

El facultativo entró en la pieza designada, y el General preguntó á D.ª Escolástica:

—¿Y D. José?

—Mi José, señor—contestó ésta—, está donde quisiera estar yo—. Y señaló al cielo.

En seguida añadió:

—¿Pero ha conocido V. E., que es un caballero tan principal, á mi Pepe, que era un pobre maestro de escuela?

—Y habiendo faltado él, ¿con qué cuentan ustedes para subsistir?—preguntó el General, sin contestar á la pregunta.

Doña Escolástica señaló al cuadro que so-

bre la mesa colgaba en la pared, y contestó:

—Con aquél, que es abogado de la Providencia, y hasta hoy no nos ha desamparado.

En este instante salía el facultativo de la alcoba.

—¿Qué tiene la enferma? —preguntó el General.

—Inanición, señor; hay dos días que no toma alimento.

El General procuró ocultar que se hallaba dolorosamente conmovido; dijo algunas palabras al oído del médico, y en seguida se entró en la alcoba, seguido de la hermosa joven y de la atónita D.ª Escolástica.

—¡Doña Liberata!—exclamó con alegría—: ¿con que San Cayetano ha dado á ustedes un chasco? ¿No decía yo, cuando se lo ponía á ustedes de espaldas, que el santo no quería á las gentes cansadas?

—¡Jesús María!—exclamaron alborozadas ambas buenas mujeres—; ¿V. E. es aquel loqui... perdone V. E.; aquel jovencito que se nos entró como un pajarito por la ventana?

—¡El mismo!... que ahora se entra por vuestras puertas como un hombre formal, á pedir á ustedes perdón por lo mucho que sin consideración las mortifiqué, y á darlas gracias por las inmerecidas bondades y favores

que les debí; pues ya no soy aquel loquillo, sino un hombre que ha aprendido á PENSAR Y Á SENTIR. ¿No es verdad, Margarita?

—¡Margarita!—exclamaron asombradas las dos hermanas.

—Qué, ¿les asombra mi nombre?—preguntó con bondadosa sonrisa la hermosa joven.

—No es el nombre, señora—contestó doña Escolástica—; es porque es el mismo de una pícara niña que delató al señor; y si no se lo avisan á tiempo, ¡Dios sabe lo que hubiese sucedido!, pues apenas huyó, cuando se llenó la Plaza de Armas de tropa, y á mi Pepe, porque no quiso decir el nombre del amigo de V. E., se lo quisieron llevar preso. Pero como V. E., á pesar de su locú... de sus cosas, tenía tan buenas entrañas, dejó á mi Pepe aquella carta—V. E. se acordará—que escribió con objeto de que le sirviese de salvaguardia; y así fué, que apenas la leyó el oficial que venía haciendo de Gobierno, cuando se echó á reir y le dejó en paz.

—¡Que escribí una carta con ese objeto! —exclamó admirado el General—. No lo recuerdo.

—¿Tampoco recuerda V. E. que se le olvidó el dinero?—preguntó D.ª Escolástica. —¡Diez onzas!, diez onzas nada menos se dejó V. E. al lado de la carta.

—La carta decía — observó el General— que eran destinadas á comprarles una memoria del huésped que tanto les dió que hacer.

—No, señor; nada de eso decía la carta; así fué que mi Pepe las metió en un papel, que selló, diciendo á quién pertenecían, y escribió encima la palabra *Depósito*, por si moríamos antes que V. E. las reclamase ó hubiésemos podido averiguar su paradero. Pero ni una ni otra cosa sucedió, y ahí están, señor.

El General se volvió á la señora que le acompañaba, y dijo:

—¡Y iban á perecer de hambre! ¡Esto admira!

—¡Esto enternece, Leopoldo!—contestó la joven, secando con su rico pañuelo dos lágrimas que surcaban sus mejillas.

—Pero recuerdo muy bien—dijo el General— que mi carta expresaba el destino de esa suma.

—No, señor; y si os queréis convencer, aquí está la carta—dijo D.ª Escolástica, sacando de la vetusta papelera una carta envuelta en una plana de palotes, que puso en manos del General, añadiendo:—Siempre la guardó mi Pepe como reliquia.

El General miró el sobre para cerciorarse de que era dirigida á D. José, y se puso á

leerla con curiosidad, á la par de la joven señora, que se había apoyado en su hombro.

Los lectores recordarán el contenido de la carta que han leído ha poco. Pero no así el General Leopoldo Ardaz, que había diez y ocho años que la había escrito. Pero tanto él como la joven señora tenían demasiada bondad de corazón, y eran demasiado finos, delicados y cultos para que aquella carta ingrata y denigrativa les moviese á risa.

—¡Qué cabeza era entonces la mía!—murmuró el General al oído de la señora—; esta carta era dirigida á Ramón Ortiz, y equivoqué el sobre... ¡y se han hecho la ilusión de que la escribí con la intención de evitarles compromisos!... ¡Oh corazón sano y sin malicia, que todo lo alzas á tu pura esfera, como rebaja todo á la mustia suya el corazón gangrenado por la hiel de la malevolencia y el agraz de la malicia!

Por fortuna, al volver la hoja hallaron el párrafo que hablaba de Margarita, lo que volvió á traer la escena al florido terreno del buen humor.

«*El insoportable apéndice de su madre* —leyó la joven, riendo de corazón—, *¡qué crianza dan á esa niña!... ¡asombra!*—prosiguió leyendo—. *¡Quién pudiera disolver esta perla en vinagre, como hizo la hermosa Cleopatra con otra!*»

—Pues ha sido al revés — dijo sin cesar de reir—; la perla ha sido la que ha absorbido al vinagre.

—Y sin impregnarse de él—contestó el General—; cumpliendo cual no otra con la misión de la mujer cristiana y culta, que no consiste en seguir los errores de su marido, ni menos en identificarse con sus maldades, si las tuviese, sino en constituirse en ángel visible de su guarda; que le retraiga del mal y del error y le guíe al bien y la verdad. La mujer que yerra con su marido tiene dos cargos ante la suprema ley, que quiso que fuese para el hombre, no el aguijón que irrita, sino el freno que contiene.

—«*Estoy descubierto*—prosiguió leyendo la joven—, *la niña Margarita, esa cotorrita habanera, esa sabonetilla de repetición me ha vendido.*»

—¿Lo ven Vuecencias?—dijo D.ª Escolástica—. ¡Esa pícara niña fué!...

—Esa pícara niña—exclamó volviendo á reir la joven—hizo otras muchas fechorías de que fué víctima vuestro huésped.

—¿Puede darse?...—repuso D.ª Escolástica—. ¡Pobrecito!... ¡Válgame Dios y qué malas entrañas tenía la dichosa niña! ¿Qué más hizo?

—Poco después, en Cádiz, le originó un desafío con un francés.

—¡Santo Dios de Israel!...—exclamaron las buenas ancianas.

—A los pocos días lo divulgó, por lo cual el huésped de ustedes tuvo que huir y que expatriarse.

—¿Pues no es nada! ¡Ay qué niña!...

—Pues no es esta la peor partida que le jugó, porque años después, habiendo ido su merced á la Habana, le puso como á un manso cordero el santo yugo; pues yo, su mujer, y servidora vuestra, soy la pícara niña Margarita.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Y cómo ha sido eso!--preguntaron asombradas las hermanas.

—El loco huésped de ustedes—contestó la interrogada—, después de doce años bien empleados en su carrera, en los que sobre los campos de batalla ganó sus grados, no sin que le dejase la muerte, de la que siempre escapó, esta cicatriz en la sien y un hombro atravesado por memoria, vino destinado á la Habana, donde se encontró con su antigua contraria la pícara niña Margarita, que, por lo visto, entonces tenía juicio y era apreciable, puesto que su adversario trocó en un todo sus sentimientos hacia ella.

La sorpresa de las buenas ancianas, que iba siempre en aumento, llegó á su colmo cuando vieron entrar unos mozos de fonda que traían en bateas una suculenta comida.

Margarita corrió hacia ellos, destapó una sopera, llenó un plato de sopa y se apresuró á llevarlo á la desfallecida; mas ésta no le tocaba y permanecía profundamente abstraída.

—Tome usted, tome usted—le dijo Margarita—; esta es la medicina que ha prescrito el facultativo.

—¿En qué se detiene usted, D.ª Liberata, que no gusta el alimento que debe apetecer y que tanto necesita?

—Señor—repuso la anciana—: ¿dudaréis aún de la influencia de la intercesión de mi Santo sobre la Providencia, que en el día de hoy desde la Habana os ha guiado aquí?

—No por cierto, no por cierto, D.ª Liberata—contestó el General—. Soy español, soy cristiano, soy católico; creo, por lo tanto, en las gracias espirituales y materiales que obtiene la fe, esa fe que nos une á Dios, á su redil, á nuestros hermanos. Si la hallo en almas puras y en corazones sanos más robusta, más ciega, más cándida y confiada que lo es la mía, lejos de condenarla ó burlarme de ella, la venero y la admiro. Y para no envidiarla, me esfuerzo por adquirirla, no por la convicción del entendimiento, que la fe no desciende á los torpes y estrechos alcances del hombre, sino por medio de la voluntad, poderosa hija del alma.

Al oir estas palabras, las dos excelentes

mujeres cruzaron sus manos, y dos lágrimas corrieron lentas y brillantes por sus mejillas.

—¡Quien á Dios busca á Dios halla!—dijo D.ª Liberata.

—¡Que no le hubiese oído mi José!—dijo D.ª Escolástica.

—Con que... ¿nada les ha quedado á ustedes?—preguntó el General.

—¡Nada!—contestó D.ª Escolástica—pues el vitalicio murió con mi José.

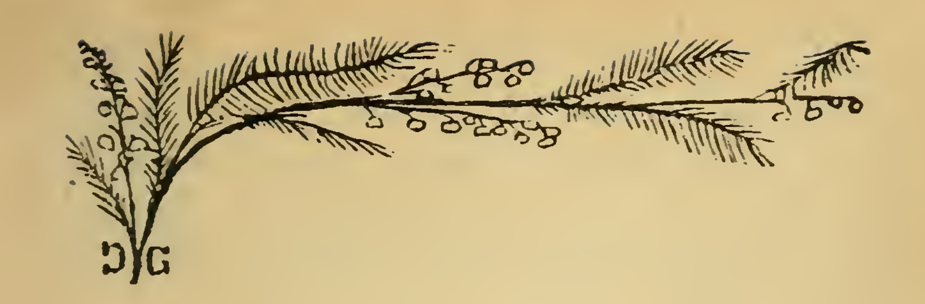
—Y yo veo tan poco que apenas puedo coser—añadió D.ª Liberata—; que á medida que caía aquel sano alimento en su desfallecido estómago, se iba vivificando.

—Pues el vitalicio que murió con D. José resucita con Leopoldo—dijo el General.

—Tú cuidarás del vitalicio de D.ª Liberata, á quien tan terrible susto diste entrándote por la ventana; pero la pícara niña Margarita cuidará de D.ª Escolástica.

—Señora—exclamó D.ª Escolástica—: ¡si con una peseta nos sobra! ¡Y nunca nos falte!

—No, nunca les faltará á cada una—repuso el General, que añadió sonriendo—: San Cayetano se me ha aparecido y me ha encargado que cuide de que así suceda.



EPILOGO

—

¡Oh, Leopoldo! —exclamó con dolor Margarita cuando hubieron salido—. ¡Y habrá hombres de ideas rectas y de corazón sano que se atrevan á decir á los creyentes y á imbuir en el pueblo: «Vuestra fe es necia; vuestra confianza es vana; no hay esfera espiritual; el mundo es una bola material y estúpida que no tiene Criador; sin más luces que la de los hombres; sin más motor ni más poder que el de la casualidad!...»

—Si son jóvenes, acuérdate de mí y no desesperes de ellos—contestó su marido—, que ellos volverán, si son buenos, á la grey, en cuya serena atmósfera se eleva el alma, se ensancha el corazón y descansa la mente. Si son viejos, esto es, si tienen ya el corazón seco, sin brotes de amor al Criador y á la criatura; si tienen la mente estacionada y encallada en sus errores; si su voluntad inerte y estéril no puede crearles la fe que salva; si

sus ojos están ya sin lágrimas, sus pechos sin suspiros, su vida sin esperanzas ulteriores á estas transitorias... ¡compadécelos!... ¡Dios se ha alejado de ellos porque ellos se han alejado de Dios!

FIN



ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

Págs.



